



Entre sueños

ÁNGELES
IBIRIKA

Lectulandia

El Valle del Roncal, una zona de los Pirineos moldeada por ancestrales tradiciones. Un lugar repleto de bosques, de gente sencilla y de incógnitas. Ubicación excepcional para recrear esta novela de sentimientos, rencores y enfrentamientos que nos enreda, sin embargo, en una de las más hermosas historias de amor. Entre sueños es una novela que enamora desde la primera página, que te arrastra a un entorno de increíble belleza y aumenta la fascinación en el correr del entramado de esta asombrosa historia. La escritora no se ciñe simplemente al relato romántico de sus protagonistas, sino que te involucra en la espiral de sus vidas, te obliga a emocionarte con ellos y dar tu opinión en voz alta ante el conflicto de emociones que les atraen y alejan a la vez. Ángeles Ibirika es una narradora portentosa. Un auténtico resplandor para los que amamos las novelas de pasión.

Lectulandia

Ángeles Ibirika

Entre sueños

ePub r1.0

sleepwithghosts 28.04.16

Título original: *Entre sueños*
Ángeles Ibirika, 2010

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a un navarro muy especial. Eduardo Ibirika, mi abuelo. El hombre con el corazón más noble y tierno que he conocido jamás. Él llevaba, en sus ojos y en su alma, la nobleza y la magia que los hombres del Reyno de Navarra poseen.

Y a la memoria de Begoña Ibirika, con todo mi amor y mi agradecimiento por la bondad que derrochó siempre su corazón. Siempre la llevaré en el mío.

ÁNGELES IBIRIKA

Dales vida a los sueños que tienes escondidos, descubrirás que puedes vivir estos momentos con los ojos abiertos y los miedos dormidos, con los ojos cerrados y los sueños despiertos.

MARIO BENEDETTI

El Valle del Roncal, una zona de los Pirineos moldeada por ancestrales tradiciones. Un lugar repleto de bosques, de gente sencilla y de incógnitas. Ubicación excepcional para recrear esta novela de sentimientos, rencores y enfrentamientos que nos enreda, sin embargo, en una de las más hermosas historias de amor.

Beatriz ha crecido aborreciendo a Ignacio Ochoa de Olza, su abuelo. Aun así, el anciano la sorprende legándole sus propiedades. Desde que recibe la noticia, su único pensamiento es venderlo todo y llevar a cabo su ilusión: un hotel de lujo.

Jon, sin embargo, ha conocido a ese hombre trabajado con él y ha llegado a quererlo como a un padre. La aparición en el valle de la arisca y altiva mujer que hereda todo lo que él soñaba que fuera suyo provoca su inmediata antipatía hacia ella.

Entre sueños es una novela que enamora desde la primera página, que te arrastra a un entorno de increíble belleza y aumenta la fascinación en el correr del entramado de esta asombrosa historia. La escritora no se ciñe simplemente al relato romántico de sus protagonistas, sino que te involucra en la espiral de sus vidas, te obliga a emocionarte con ellos y dar tu opinión en voz alta ante el conflicto de emociones que les atraen y alejan a la vez. Porque desde que comienzas a leer la novela, ya eres parte de ella.

Ángeles Ibirika es una narradora portentosa. Un auténtico resplandor para los que amamos las novelas de pasión.

NIEVES HIDALGO

—¿Tan poco hombre eres que no piensas defenderte? —acometió Lucía con ojos llenos de odio.

Ignacio permaneció sentado, con los brazos sobre la mesa y la mirada en las cartas que ella había arrojado junto a sus manos. ¿Cómo iba a defenderse, si no tenía ni argumentos ni fuerzas para hacerlo?

—¿Qué he hecho mal? —volvió a preguntar Lucía—. Dime en qué te he fallado.

Él negó con la cabeza. Se sabía el único culpable, el responsable del sufrimiento que estaba mortificando a su esposa y a él mismo, responsable de aquella agonía inmensa que ni siquiera le permitía hablar. Entrecruzó los dedos sobre la madera y se tragó las lágrimas. Le habían enseñado que un hombre no debe llorar, aun cuando la vida se le está cayendo a pedazos.

Lucía sí lloraba, y lo hacía con la mezcla de dolor y de rabia que había apagado el amor que hasta entonces había sentido por su esposo.

—¿Ni siquiera te vas a dignar mirarme mientras te hablo? —preguntó, parada junto a la puerta de la cocina.

Ignacio necesitó coger aire antes de hacerlo. El peso del desánimo le anclaba y le inmovilizaba el cuerpo y hasta el pensamiento. Se volvió despacio, y el corazón le dejó de latir cuando vio una pequeña maleta a los pies de su esposa.

—¿Qué significa eso? —consiguió balbucear, con el rostro descompuesto.

—Me voy —dijo ella, sacando fortaleza de su dolor—. Me voy de esta casa y de tu vida. Me voy porque no quiero verte nunca más.

El llanto de un bebé sonó a la vez que Ignacio se levantaba. Lucía salió hacia la habitación conyugal y unos segundos después regresaba con su niño en brazos, abrigado con una mantilla blanca de lana.

—Es mi hijo —dijo Ignacio a media voz, consciente de que estaba a punto de perderlo.

—Pero yo lo he parido —respondió Lucía—, y se irá conmigo.

El desafío en la mirada de la mujer se clavaba en la sombra doliente y vencida en la que en la última media hora se había convertido Ignacio. Sabía que ya no tenía ningún derecho a pedir, pero necesitaba hacerlo.

—No me abandones —suplicó. En sus ojos se evidenciaban todas las lágrimas que se estaba tragando, toda la oscuridad en la que se estaba sumiendo.

Pero eso a Lucía no le despertó la piedad. La agraviada era ella, que siempre se había entregado sin condiciones.

—¿Cómo tienes la poca decencia de pedirme algo así? —bramó con la dureza que le brotaba de su alma herida.

—Sabes que puedo impedir que os vayáis —dijo él con toda su verdad pero sin rastro de amenaza—. La ley estaría de mi parte.

El temor atenazó el pecho de Lucía. Se encogió, abrazando con fuerza a su bebé. Se dijo que, a pesar de todo, él no sería capaz de obligarla a vivir a su lado haciéndole más daño del que ya le había causado. No le rompería la vida por segunda vez.

—¿Lo harás? —preguntó, con un atisbo de duda.

Ignacio inspiró con fuerza pero el oxígeno no le alcanzó los pulmones. Negó con la cabeza, despacio, sin dejar de mirarla. No podía retenerla contra su voluntad. No podía causarle más dolor ni más frustración. Tenía muy claro dónde terminaban sus derechos, dónde comenzaba su dignidad.

Lucía suspiró y cogió su maleta. Volvió a enfrentar su mirada con la de su esposo, reprochándole en silencio que hubiera sido capaz de provocar tanto daño. El niño comenzó a llorar de nuevo, como si presintiera que jamás volvería a escuchar el sonido de la voz de su padre y se revelara ante ello. Ignacio trató de acariciarlo con dedos temblorosos, pero ella retrocedió dos pasos para que no lo alcanzara.

—Espero que los remordimientos no te dejen vivir —sentenció Lucía, dejando que el orgullo le ocultara el desconsuelo—. Rezaré para que te consumas en el infierno.

Ignacio no pudo responder. El sufrimiento que había causado le dolía más a él mismo que a ella, por eso se resignaba a ser quien más perdiera en la separación. La observó salir con su pequeño, que era toda su vida. Conocía muy bien la fortaleza y la obstinación de su esposa, sabía que no volvería a verlos.

Fue su desesperación la que le hizo avanzar tras ella.

Lucía se detuvo en mitad del pasillo, se giró despacio y se encaró con él. Le desafiaba en silencio a que intentara detenerla. Y lo hacía porque estaba segura de que eso no ocurriría. Sabía que en apenas tres segundos cruzaría la puerta y se alejaría para siempre de esa casa y, unos minutos después, también abandonaría la villa de Roncal para no regresar jamás.

Ignacio se mesó el cabello con dedos crispados. Volvió a tragarse las lágrimas, esta vez más amargas, más afiladas, más dolientes, que le desgarraron las entrañas. Aún tuvo tiempo de mirar, por última vez, la hermosa carita de su niño antes de que Lucía se diera la vuelta y caminara hacia la calle.

Cuando la perdió de vista regresó a la cocina y se paró ante las cartas, apretó los puños y cerró los ojos con pesar. En ese momento no podía sentir los remordimientos que ella le había deseado que fueran eternos, no los tenía. Sólo le embargaba una pena inmensa, una tristeza profunda que comenzaba a congelarle el corazón.

Valle del Roncal, en la actualidad

Lamentó que la fría lluvia de marzo que había caído durante todo el día hubiera cesado justo para recibirla.

Consideraba que ella merecía como bienvenida una tormenta de granizo bien cargada de rayos y truenos. Eso le haría entender, nada más llegar, que aquél no era su sitio.

De aquella mujer sólo conocía el sonido de su voz y su nombre, pero en cuanto vio el BMW que abandonaba la carretera comarcal para internarse en el camino de la finca, supo que el buitre ya había llegado a por su parte del festín.

Y él tenía que hacer de anfitrión, pensó mirando hacia aquellas nubes negras que habían dejado de derramar agua. Las mismas que Beatriz observó desde el interior de su automóvil cuando lo detuvo al inicio del sendero.

Según las coordenadas que ella misma había introducido en el navegador, ése era el lugar, pero no terminaba de creerlo. Aquello estaba en medio de ninguna parte. El abogado tenía que haberse equivocado al darle la dirección.

Se alegró cuando descubrió presencia humana. Y aunque su ánimo no estaba para frivolidades, le gustó que fuera un hombre joven y atractivo.

Sacó del bolso sus elegantes gafas de sol y se las puso con rapidez mientras el desconocido que podría orientarla se acercaba. No quería que viera sus ojos congestionados por las lágrimas que había derramado durante horas.

Bajó el cristal de la ventanilla para preguntar, pero él, parado ante la portezuela, con las manos en las caderas, se le adelantó:

—Beatriz Ochoa de Olza, imagino —dijo, percibiéndola tan altiva y orgullosa como la había imaginado, pero con un aspecto más dulce y delicado del que le había supuesto.

Beatriz no supo si debía alegrarse. Por un lado, que él fuera el hombre que buscaba, era bueno; y por otro, que aquel espacio verde y salvaje fuera su lugar de destino, era algo terrible. Había deseado llegar allí para refugiarse a llorar en una casa que no veía por ningún lado.

—Tú debes de ser Jon —dijo sonriendo y tratando de no adelantarse a los acontecimientos—. No estaba segura de haber acertado con el sitio.

—Pues lo ha hecho —señaló él, preguntándose cómo lo había conseguido con esas gafas oscuras en un día tormentoso y plomizo—. Aquí está reunida la parte más importante de toda su herencia.

Aún no estaba todo perdido, pensó Beatriz. Probablemente ésta era la explotación ganadera, pero la casona que había pertenecido a su abuelo y donde iba a pasar los

próximos días, debía de estar en un lugar más civilizado.

—Esto es bonito —mintió para no mostrar que tanta naturaleza le provocaba vértigo—, pero imagino que no es todo —añadió, sin querer interesarse de modo directo por la casa.

Abrió la portezuela del coche.

Jon pudo verla con un vestido azul que le cubría hasta la mitad del muslo, y que al final de unas larguísimas piernas se calzaba con unos zapatos de alto y fino tacón de aguja. Un atuendo perfecto para visitar los establos, pensó enojado.

—Los negocios de su abuelo están en Pamplona —explicó con impaciencia, diciéndose que además de arrogante debía de ser corta de entendimiento—. Son unas carnicerías, una de ellas de carne caballar. El resto, lo que más amaba, está aquí, entre las tierras, la cabaña de ganado y su casa en...

—A eso me refiero —interrumpió Beatriz, satisfecha, saliendo del automóvil y mirándole por encima del cristal de las gafas—. Me dijo el abogado que la casona era...

Cortó lo que estaba diciendo para lanzar un grito a la vez que caía hacia atrás, sobre el hueco de la puerta abierta del coche. Estiró los brazos y se sujetó con dificultad a la carrocería.

Jon no movió ni un dedo para ayudarla. Acababa de apreciar el alivio que le provocaba a ella escuchar hablar de la casa de Ignacio; como si hubiera hallado un palacio en un mundo de mugrientos. Ahora observaba satisfecho cómo la generosa tierra de Roncal, bien empapada de lluvia, le había engullido los finos tacones y los mantenía bien sujetos mientras ella luchaba por mantenerse en pie.

—¿Está segura de que sabía adónde venía? —preguntó en tono de burla, retrocediendo unos pasos para contemplarla mejor.

Beatriz se quedó inmóvil, con las punteras de sus zapatos levantadas y los talones bien encajados al suelo, y mirándole, perpleja. No esperaba encontrarse con un sofisticado dandi, pero tampoco con un patán que disfrutara viéndola en apuros. Estaba acostumbrada a caballeros que se desvivían por complacer a una dama.

Sin atreverse a mover las manos para encontrar algo bien firme donde sujetarse, sopló con fuerza para apartarse un grueso rizo dorado que le caía entre los ojos. Estuvo a punto de responder a aquel hombre como merecía, pero se dijo que no lo haría; no se mostraría tan vulgar como él. Aún en un medio hostil como aquel valle perdido entre montañas y ante un majadero sin educación, ella no perdería la suya.

Inspiró y exhaló con suavidad, tal y como su profesor de yoga le había enseñado a mantener la serenidad en momentos de crisis, y miró a su alrededor. Una pequeña casa de piedra, de una planta, con un banco de madera bajo una de las ventanas, llamó su atención.

—Espero que eso no sea la propiedad que he heredado de Ignacio —dijo, segura de que la respuesta sería un rotundo no.

Jon se entretuvo un momento observándola. Trataba de medir, fijándose en la

fuerza con la que aquella mujer aleteaba los orificios de su nariz y comprimía los labios, lo frustrada y lo enfurecida que estaba.

—¿Puedes responderme? —apremió Beatriz con impaciencia—. Ésa no es la casa de Ignacio, ¿verdad?

A Jon le incomodó que para referirse a su abuelo lo llamara por su nombre. Miró hacia la pequeña edificación de piedra que se erguía, solitaria, en un extremo de la finca. Después se volvió a ella: demasiado altiva. Seguramente se consideraba por encima de cualquier cosa que pudiera encontrarse en aquel lugar; pero sobre todo por encima de él. Inspiró con una malsana satisfacción al comprender que eso era, principalmente, lo que ella había llegado buscando: la estupenda casa de Ignacio. No soportaba la idea de verla allí ahora que ya no estaba el pobre viejo.

—Ésa es —dijo, disfrutando de la sorpresa que leía en los ojos de Beatriz—. Su abuelo acostumbraba estar cerca de sus negocios, y los más importantes eran su ganado y sus quesos. Por eso convirtió la borda en su casa.

—Borda... —repitió ella, jurándose que no perdería los nervios.

Mientras se preguntaba qué maldita cosa era una borda, intentó liberar sus tacones del barro, pero sólo consiguió sacar el pie del zapato. Frustrada, lo introdujo de nuevo y dejó de pelear con la tierra para mirar con orgullo a Jon.

Él no pudo contener una carcajada mientras se giraba hacia un costado. Desde que el abogado del difunto Ignacio le llamó diciendo que la nieta heredera pasaría a conocer sus propiedades, se había consumido en un humor endemoniado. Ahora, viendo el agobio en el que ella agotaba sus energías, comenzaba a relajarse.

—Una borda es una cabaña de pastores —informó con placer al mirarla de nuevo—. A veces es necesario quedarse a dormir cerca del ganado.

Y ella tendría que pasar allí la noche.

Beatriz se tragó el nudo de llanto que le oprimía la garganta. De las seis horas que había conducido desde Madrid, más de tres se las había pasado llorando. No quería comenzar otra vez. Al menos no delante de aquel pueblerino ignorante y áspero que la trataba sin ninguna cortesía.

—El albacea me aseguró que era una gran casa.

—El albacea, que además siempre fue el abogado de su abuelo, es un tipo muy guasón, pero no sabe gastar bromas. —Resopló para evitar volver a reír—. Se habrá divertido mucho imaginando su cara al llegar aquí.

Mirar hacia aquel lugar, pequeño y sombrío, la agobiada, pero, aun así, prefería aquella visión a la del gesto de mofa de Jon. Recordó al abogado, el tal Luciano Bessolla, sentado ante la mesa de su lujoso despacho, en lo más céntrico de Pamplona, con las paredes cubiertas de títulos, diplomas y más papel inservible, mientras le hablaba de las propiedades que había heredado del difunto Ignacio Ochoa de Olza: su abuelo.

—Es increíble que alguien que se considera un profesional pueda jugar con estas cosas —farfulló, tan abatida como enfadada—. Pero me va a oír. Y también a Diego,

porque cuando él se entere...

Recordar a Diego le terminó de agriar el humor. No quería pensar ni en él ni en el abogado.

Echó un vistazo hacia los lados. Había conducido entre estrechos desfiladeros que ya le auguraban que la llevarían a ese infierno verde en el que ahora se hallaba, con una alfombra húmeda y espesa bajo sus pies, con tierra fangosa que le estaba engullendo los tacones de sus mejores zapatos. A su izquierda, al inicio de la finca, estaba la carretera por la que había llegado, el río Esca y una selva ascendente de árboles y arbustos. A su derecha, más bosque, más pinos, más verde... Y todo aquel verde comenzaba a marearla. Por primera vez, comprendió lo que Boucher quería decir cuando aseguraba que la naturaleza es demasiado verde y está mal iluminada.

De pronto escuchó el sonido del silencio junto al inquietante murmullo de las aguas del río. El perturbador sonido del silencio.

—Pero... —inspiró despacio para no mostrar preocupación. No quería facilitarle más motivos para que se divirtiera a su costa—, no puedo creer que alguien quiera vivir aquí. Esto es muy solitario.

Solitario.

A cualquier cosa llamaba solitario, pensó Jon. De haber sentido un mínimo de simpatía por ella, le habría hablado de lugares en verdad solitarios y únicos. Lugares en los que el silencio sabe hablarle al alma, donde se escucha caer el rocío y respirar a los árboles, donde la tierra húmeda huele a vida y hasta las leyendas se pueden sentir...

Lugares a los que jamás llevaría a alguien como ella.

Cruzó los brazos sobre el pecho, separando las piernas, mostrando que el aprieto en el que ella estaba le traía sin cuidado.

—No debe preocuparse por eso. —Con un movimiento de cabeza le señaló otra parte del terreno, a su espalda—. Estará bien acompañada.

A Beatriz, con los pies clavados al suelo y sujetándose al coche para no caer, no le resultó sencillo girar el cuerpo. Pero lo consiguió, y sus ojos se posaron en lo que le pareció una larga nave como la de cualquier polígono industrial de Madrid. La parte superior de las paredes blancas, algo así como un tercio, desaparecía y eran las columnas desnudas las que soportaban el peso del tejado rojo.

—Eso que ve son los establos de las ovejas —continuó Jon, asegurándose de que ella entendiera dónde iba a quedarse—. A la derecha, en la zona cerrada hasta el tejado, están la quesería y las cámaras. El resto, hasta el final, es la casa de los Ionescu; la familia rumana que trabajaba para su abuelo y que ahora lo hace para usted. —Por si ella se hacía ilusiones de tener compañía esa noche, Jon lo aclaró, con una malévola sonrisa—. Ya han terminado sus quehaceres por hoy; estarán cenando, así que se los presentaré mañana.

Beatriz calculó la distancia que separaba aquello que él llamaba casa del abuelo, de los seres vivos más cercanos; podría ser como dos manzanas del Paseo de la

Castellana del Madrid que ya comenzaba a añorar.

Jon, insensible a su angustia, se acercó hasta apoyar una mano sobre la puerta trasera del coche y continuó hablando:

—Tras esa nave hay otra que usted no puede ver desde aquí. —Ladeó la cabeza para observar de cerca la tierra que mordía sus tacones, y sus ojos chispearon divertidos—. Y dudo que tenga algún deseo de moverse.

—Estoy descubriendo que eres un hombre muy sagaz —dijo Beatriz con ironía—. Prueba a iluminarme —le desafió, volviéndose hacia él y tambaleándose de nuevo hasta que consiguió sujetarse a la carrocería con más fuerza.

Jon sonrió sin disimulo. Le habría gustado ver la frustración que ocultaban las gafas en los ojos de esa mujer del mismo modo en que, estaba seguro, ella estaba leyendo la mofa en los suyos.

—Son los establos de las vacas y las yeguas. Después todo son pastos —y añadió con sorna—: ¿Hay algo más que quiera usted saber?

Beatriz tenía muchas preguntas, pero no quería hacerlas porque la actitud de aquel hombre la exasperaba. A pesar de todo, no fue capaz de resistirse:

—¿Dónde vives tú? —Más que a consulta, sonó a exigencia.

Aquellos aires de reina que un rato antes le hubieran encendido a Jon todos sus demonios, ahora le divertían. Pensó que era una fierecilla codiciosa atrapada y vencida por un poquito de barro... y por él, que estaba dispuesto a terminar de arreglarle el día.

—Vivo en Roncal; el pueblo que ha dejado atrás, como a un kilómetro. —Se apartó del vehículo y se detuvo ante ella, introduciendo las manos en los bolsillos—. Yo sólo trabajo aquí, y estaba a punto de irme —añadió para hacerla sentir aún más sola.

En el rostro de Jon continuaba danzando una sonrisa de guasa y autosuficiencia. Beatriz volvió a ventilar su rabia dilatando y encogiendo los orificios de su nariz. Recordó a su profesor de yoga. Volvió a respirar de modo rítmico y pausado, y se dejó caer sobre la fina piel negra del asiento de su BMW. Alzó los pies descalzos hasta las alfombrillas secas del automóvil y se inclinó hacia el exterior para alcanzar sus zapatos pringados de hierba húmeda y barro.

—Acercaré el coche hasta la casa —dijo con brusquedad, a la vez que los lanzaba con ímpetu hacia la parte trasera, estiraba el cuello y elevaba la barbilla.

Condujo descalza, tratando de mantener el ritmo de su respiración y repitiéndose que en dos o tres días regresaría a Madrid, se olvidaría de aquel inhóspito lugar, y su vida volvería a ser la que siempre había sido.

No se dignó mirar atrás. Confió, o más bien rezó por que él la siguiera y le entregara la llave, le abriera la puerta o le dijera de qué maldita forma podía entrar en aquella horrible cabaña.

Jon caminó tras ella con una sospechosa sonrisa. Estaba de buen humor. Tanto, que según se acercaba decidió que la ayudaría a meter sus maletas en la casa.

Hora y media después era noche cerrada. Las nubes negras que amenazaban tormenta, derramaban una pesada oscuridad que llenó de frío el espíritu de Beatriz cuando cedió a la ocurrencia de mirar a través del cristal de la ventana.

No tuvo ánimos para llamar al abogado y pedirle que le explicara lo de la maravillosa casona que según él había heredado. En ese momento su desesperación seguía siendo lo que había dejado atrás, el dolor que le causaba recordar lo ocurrido y no ser capaz de comprenderlo.

Con el estómago vacío, el miedo en el cuerpo y una soledad en el alma mayor aún que la que tenía cuando salió huyendo de Madrid, se metió en la cama y alzó las mantas hasta cubrirse la cabeza, igual que cuando era niña y jugaba al escondite, tapándose los ojos con las manos ante la creencia de que, si ella no veía a nadie, nadie la podía ver a ella.

Ahora necesitaba esconderse de la vergüenza que sentía, del lugar patético en el que se refugiaba, de la oscuridad, de la soledad, del silencio.

Mientras tanto, en una acogedora cocina de Roncal, en el segundo piso de una gran casa de piedra, Aitana ponía sobre la mesa una bandeja con filetes de merluza rebozada y un cuenco con ensalada.

Para Cosme y su esposa, la hora de la cena la marcaba la llegada de Jon, el hijo menor y el único que aún permanecía soltero. Acostumbraban esperarle sin importar lo que tardara, excepto en épocas especiales de trabajo intenso. Entonces, llegada una hora prudente, Aitana ponía un puchero con agua al fuego y colocaba sobre él un plato hondo con una generosa ración, y lo cubría con una tapa. Una vez que el agua comenzaba a hervir, reducía la temperatura para que sólo mantuviera el calor y se acostaba sabiendo que, cuando su hijo llegara, encontraría la cena caliente.

Pero ésta no era una de esas noches, y Aitana estaba sentada a la mesa, entre su marido y su hijo, dispuesta a disfrutar, más de la compañía que del delicioso pescado.

Cosme estaba emocionado. Esa tarde él y su compañero de cartas habían ganado la partida de mus en la que los perdedores pagaban una tanda de cafés. Habían transcurrido semanas desde su última victoria, y no se cansaba de contar, con todo detalle, cómo se había desarrollado el tercer juego que les dio el triunfo.

Jon cenaba en silencio. Ni participaba de la conversación ni la atendía. Tenía su mente en la borda, en Beatriz, en que con ella en Roncal la paz se le había acabado. En que si ella no se iba, tendría que ser él quien abandonara el trabajo, y si la cosa se complicaba demasiado, tal vez hasta los negocios que ahora compartían.

Terminada la cena y cuando su padre comenzaba a escenificar por tercera vez el momento sublime del órdago, Jon pareció despertar de su letargo.

—Ha llegado —dijo, manteniendo la vista en el trozo de pescado que le quedaba en el plato y que desplazaba de un lado a otro con el tenedor.

—¿Ha llegado? —preguntó su madre, sorprendida—. ¿Quién ha llegado?

—Beatriz Ochoa de Olza —con la mirada aún baja, exageró la resonancia de cada

palabra—. Ha llegado hace unas dos horas.

Cosme olvidó su grandiosa hazaña del mus, y apartando su plato vacío inclinó el cuerpo sobre la mesa.

—¿No habías dicho que vendría mañana?

—Estaba equivocado. —Jon dejó caer el tenedor, que sonó sobre la porcelana, y alzó la mirada—. El abogado me ha llamado a primera hora de la tarde. Según dijo, ella acababa de decidir que vendría. ¿Cómo iba a imaginarme que ya estaba en camino? —se lamentó, y agitó la cabeza, incrédulo—. La gente normal necesita hacer planes, preparar maletas, avisar en el trabajo...

Cosme resopló y guardó silencio. Sabía lo que aquella llegada suponía para su hijo. Hasta había rezado para que la nieta no se dignara aparecer por allí para conocer lo que había heredado. Se palpó el bolsillo de la camisa y sacó un arrugado paquete de cigarrillos. Una mirada reprobatoria de Aitana bastó para que devolviera el tabaco a su lugar.

La madre preocupada pasó a dedicar toda su atención a su hijo.

—La esperábamos. Poca importancia puede tener que llegue un día antes o un día después —dijo, tratando de transmitirle calma.

Jon ni siquiera la escuchó. Se sentía demasiado molesto y malhumorado.

—Si la hubierais visto —comentó entre dientes—. Es orgullosa, estúpida, soberbia...

—No deberías hablar así de ella —interrumpió con suavidad Aitana—. Es la nieta de Ignacio.

—Nieta de Ignacio... —Sus labios se curvaron en una sonrisa cínica—. Ese título le queda grande.

Cosme volvió a recostarse en el respaldo de su silla. Sobre aquel asunto prefería no opinar delante de su esposa, al menos hasta conocer a la muchacha.

—Eso no es de nuestra incumbencia —continuó diciendo Aitana—. Ella tiene todo el derecho a estar aquí, y tú no deberías dejar que esto te amargue.

—No lo haré. —Sonrió, sólo para tranquilizarla. Después miró a su padre, que observaba en silencio. Sabía que pensaba como él, pero que no lo diría por no comenzar una discusión—. De todos modos, mamá, parece que has olvidado todo el sufrimiento del viejo.

—¡No se me ha olvidado nada! —Había alzado demasiado la voz. Suspiró y tomó la mano de Jon entre las suyas—. No lo he olvidado, cariño, pero estoy segura de que a estas alturas Ignacio ya la habría perdonado.

Jon respiró hondo. Habían pasado pocos meses desde la muerte del abuelo y aún le dolía recordarlo. Si al menos Beatriz hubiera esperado un poco más para aparecer, él hubiera tenido tiempo para asimilarlo, para esperarla, para hacerse a la idea de que las cosas habían cambiado.

Aitana lo sintió lejos, le vio el brillo en los ojos y le apretó la mano que aún mantenía entre las suyas.

—Cuéntanos cómo es la chica —dijo, intentando aligerar la conversación.

Jon agitó la cabeza para sacudirse los pensamientos y tranquilizó a su madre con una expresiva y enternecedora sonrisa.

—¿Y para qué, si no merece la pena? —Suspiró, haciendo una pausa en la que volvió a verla con claridad—. Es rubia, de altura puede que me llegue por la barbilla, delgada... más bien seca —aclaró, siendo consciente de que exageraba—. Seguro que a ti te parecería guapa, pero yo sólo veo una mujer insoportable que aparenta tener muy mala leche.

—¡Como su abuelo! —intervino Cosme, animado porque aquel comentario no le comprometía.

—Sí —dijo, mirando a su padre—, como su abuelo, aunque lo domina mejor de lo que lo hacía él. Mientras hablábamos me sonreía como si todo le pareciera perfecto. Pero te aseguro que por dentro ardía en furia —añadió con visible satisfacción.

—¡No habrás discutido con ella! —exclamó Aitana, inquieta.

—No. Tan sólo nos hemos tanteado. Cuando le mostré... —Pensó mejor lo que iba a decir—. Cuando le mostré su casa me desaparecieron todas las ganas de pelea.

—Creo que debería ir a verla —pensó Aitana en voz alta—. Presentarme y ofrecerle mi ayuda para lo que necesite. —Miró a su marido, que seguía observando en silencio—. En cuanto recoja la cocina, tú y yo iremos a ver a esa chica.

—No tan deprisa, mamá. —Cogió aire mientras sonreía—. Ella no está en el pueblo.

—¿Cómo que no está en el pueblo? ¿Dónde está, entonces?

Jon miró los rostros interesados de sus padres. Sabía que en cuanto abriera la boca recibiría un buen sermón. Pero las reprimendas de su madre no le preocupaban, y las de su padre apenas si se producían. Cogió su vaso de vino y apuró despacio el último sorbo.

—Está en la borda —dijo, dejándolo de nuevo sobre la mesa—. Pasará allí la noche.

—¡Dios del amor hermoso! —exclamó Aitana—. Pero, ¿en qué estaba pensando esa chica para quedarse en ese sitio?

—Dio por sentado que eso no podía ser la casona de su abuelo. —Jon recordó el aire de superioridad de Beatriz y apretó los dientes hasta que se le deshizo la sonrisa—. No pude resistirme. Le dije que eso era la fantástica morada que había heredado.

—¿Cómo has podido hacerlo? —Aitana se esforzaba en no alzarle la voz—. Si alguien me hubiera dicho que tú harías una cosa así, no lo hubiera creído.

—No soy un santo, mamá. —Ni se consideraba un santo ni le gustaba que le presionaran para que lo fuera—. Y no te pongas trágica por esta tontería, no deja de ser una vivienda aunque lleve deshabitada mucho tiempo.

—Deberías subir a buscarla y llevarla a su casa.

—Mamá, ¡por favor! —protestó con impotencia—. No le des tanta importancia.

Es un buen modo de bajarle los aires de reina con los que ha llegado. ¡Díselo, papá! —pidió, volviéndose hacia Cosme—. Dile que nadie se muere por pasar una noche en la borda.

—Prefiero no opinar, hijo. Siempre que discuto con tu madre salgo perdiendo. Pero... —miró a su esposa y susurró—, nosotros hemos vivido allí durante muchos años y somos gente normal; sin traumas.

—¡No es lo mismo; ella está acostumbrada a otras cosas! —contestó, y Cosme decidió continuar callado—. ¡Es una señorita!

Jon rio, poniéndose en pie y apilando los platos; el suyo en la parte superior por ser el único que contenía restos.

—Una señorita que, con un poco de suerte, mañana será historia porque se habrá largado por donde ha venido —aventuró, dejando los platos junto a la fregadera.

—¿Y si ha llegado para quedarse? —preguntó la madre, acercándose con los cubiertos en las manos—. Trata de verle las virtudes, hijo; seguro que las tiene. Hazlo por Ignacio.

—Mamá, te lo ruego. No hagas eso —suplicó, mirándola con tristeza—. No utilices el cariño que yo tenía al viejo para convencerme de que tengo que soportar a su nieta.

—Me preocupas. Tal vez si dejaras de pensar en conseguir esas tierras y ese ganado, mirarías a esa chica de otro modo.

—No piensas lo que dices. —Se acercó a la mesa a por los vasos y los dejó junto a la loza—. Tengo motivos bien fundados para no soportarla, y tú lo sabes. Pero escuchándote parece que lo que siento hacia ella es sólo resentimiento porque es la dueña de algo que yo deseo.

—No quise decir eso, cariño —se disculpó al ver que le había ofendido con sus palabras.

—Pues lo ha parecido.

Aitana suspiró y le miró dolida por su seca respuesta. Jon suavizó el semblante.

—Lo siento, mamá. Entiendo lo que querías decir. —Miró a su padre, buscando su silenciosa complicidad—. Pero como papá está callado, sólo puedo pagar mi mal humor contigo. —Aitana sonrió y él se sintió mejor—. Gracias por tu preocupación.

—Pero no vas a seguir ninguno de mis consejos, ¿verdad?

Jon negó con la cabeza. Revolvió con los dedos el castaño y bien peinado cabello de su madre, y se dirigió hacia la puerta que daba al balcón.

Aitana suspiró mientras daba paso al agua para comenzar a fregar.

La noche era fresca. Jon tomó una gran bocanada de aire y apoyó los brazos en la barandilla de madera, en el corto espacio que quedaba entre los tiestos cargados de geranios. Bajo él, los costados de un cuidado huerto donde sus padres pasaban las horas se iluminaban desde las farolas de forja adosadas a las fachadas. Unos doscientos metros de buena tierra en los que las diferentes verduras y hortalizas ocupaban su espacio como si de flores ornamentales se tratara.

Pero el verdadero jardín, en la villa de Roncal, estaba en las ventanas y balcones de madera de sus casas de piedra y grandes mansiones señoriales, adornados con geranios frescos, grandes y olorosos; en su mayor parte rojos. Suponía un placer para los sentidos caminar por sus calles empedradas en forma de y, y ascender sin prisa hasta la iglesia parroquial de San Esteban.

Su madre tenía razón. A Ignacio no le habría gustado ver la hostilidad con la que trataba a Beatriz. Ella era su única nieta y seguro que, desde donde estuviera, ya la había perdonado. Pero él no era Ignacio. Él ni podía ni quería entenderla, mucho menos perdonarla por todo el dolor que había causado al abuelo.

Frunció el ceño, y su anguloso perfil de nariz recta y mandíbula marcada se contrajo en un gesto amargo. ¿Qué buscaba aquella mujer allí? ¿Qué demonios estaba pensando hacer con todo lo heredado? No se fiaba de los caprichos de una niña pija de ciudad. No confiaba en que supiera apreciar el verdadero valor de todo aquello.

Comenzó a llover de nuevo. Jon, a salvo del agua bajo el pequeño tejado que daba protección al balcón, sonrió al escuchar el primer estallido de tormenta. Sus ojos negros otearon el cielo contando los segundos hasta el primer rayo: seis segundos; la tormenta estaba a unos dos kilómetros. En unos minutos la tendrían encima. Se peinó el oscuro cabello con los dedos hasta alcanzarse la nuca despejada. La sentía tensa, agarrotada. Se la frotaba con fuerza cuando un nuevo trueno resquebrajó el firmamento y aumentó el caudal de agua.

¡Sí, señor! Aquélla iba a ser una magnífica tormenta que complicaría la noche a aquella niñata y, con suerte, la espantaría en dirección a Madrid apenas amaneciera.

Sin atreverse a abrir los ojos, Beatriz se encomendó a todos los santos conocidos. Despertaba con una aguda sensación de angustia y rogaba por que todo hubiera sido una absurda pesadilla. Necesitaba despertar en Madrid, entre las paredes moradas de su habitación, remolonear entre las sábanas antes de levantarse y darse una estimulante ducha, tomarse un café rápido y conducir, asediada por el agobiante tráfico de la ciudad, hasta su trabajo en las oficinas del Paseo de los Cerezos.

Inspiró hondo para exhalar despacio, contó hasta tres y abrió con lentitud los ojos.

El techo blanco, atravesado por fuertes vigas de madera oscura, fue la confirmación de que sus problemas eran reales. Todo; desde la pesadilla vivida en Madrid, hasta la llegada al Valle del Roncal y a la casa, borda o como fuera que la había llamado ese tal Jon, absolutamente todo era tan amargo como real.

Se cubrió por completo con las mantas y lloró de nuevo. En apenas veinticuatro horas había derramado más lágrimas que en toda su vida, exceptuando las vertidas por la pérdida de sus tres seres más queridos.

Cuando se quedó seca y sin fuerzas, apartó las mantas, despacio, y volvió a fijarse en la habitación en la que se había mantenido despierta casi toda la noche, rezando por que se debilitara la tormenta. Nunca la asustaron las inclemencias del tiempo, pero esta vez lo había sentido como un arranque de enfado de la naturaleza, como una real y cruda amenaza. Se había estremecido con el golpeteo del agua en el tejado, justo sobre su cabeza, y con el viento haciendo aullar a los árboles que rodeaban la finca. De modo continuo la sobresaltaron el crujido de los truenos, que parecían partir la casa por la mitad. Ni siquiera cerrando los ojos pudo ignorar el fogonazo intermitente que iluminaba la habitación a jirones, dándole un aspecto intimidante y tétrico.

Al parecer, en aquel maldito lugar no sólo el verde era más intenso, también las tormentas rugían de modo más fiero y despiadado.

Se sentó sobre la cama, apoyando la espalda contra los barrotes de hierro del cabecero, y, secándose las mejillas con un extremo del embozo de algodón, miró a su alrededor.

Con la luz del nuevo día, también nublado y oscuro, la sensación no mejoraba. Seguía viendo un trapo arrugado vistiendo la ventana de una sola hoja. También la mesilla, el aparador y el armario le parecían muebles viejos que no servirían ni para el más indulgente de los restauradores.

Se levantó y caminó hasta el pasillo, descalza y temblando de frío. Justo a su izquierda quedaba la puerta que daba al exterior. Frente a ella, un arco de obra era el acceso libre a la cocina. A su derecha otra habitación con dos camas, y, al fondo del

pasillo, un pequeño cuarto de baño con un sencillo plato de ducha. A eso quedaba reducida la gran casa que había esperado encontrar allí.

Más demoledora que aquella absoluta humildad, le resultó la tristeza de la casa, la falta de luz y de vida. Era como si las paredes no hubieran escuchado voces y risas durante años... pero sólo hacía unos meses que había muerto Ignacio. Se estremeció al pensar que tal vez era ella quien le había contagiado su oscuro y afligido estado de ánimo. Se sentía tan mal que no le extrañó que hubiera conseguido el cambio en una sola noche.

Mientras se duchaba con un agua helada que le golpeaba la piel como afiladas virutas de acero, dejó que sus penas se escurrieran por el desagüe a la vez que se iba vistiendo de orgullo. Nadie se muere por pasar dos días en un lugar como éste, se dijo, mientras secaba su cuerpo con una áspera toalla blanca. Nadie se muere de vergüenza, nadie se muere de amor, nadie se muere de pena, se repitió mientras comprobaba si en aquella maleta, hecha con prisas, había metido algún calzado sin tacones. Al final la vació sobre la cama y, entre el revoltijo de sus prendas de reconocidos diseñadores, encontró las zapatillas de lona que usaba para acudir al gimnasio y las recibió con un suspiro de alivio.

—De lo único de lo que puedo morir, es de hambre —dijo en voz alta mientras buscaba también unos pantalones y recordaba que la noche anterior no había encontrado en la cocina ni un rancio mendrugo de pan. Y decidió salir hacia la casa de la familia rumana. O lo que era lo mismo: al encuentro de un buen desayuno.

La ducha la había dejado temblando de frío. Se puso unos vaqueros, una camisa azul celeste de manga larga y un jersey azul marino, bien grueso. No le pareció suficiente y, antes de salir, añadió a su conjunto una acolchada y floreada cazadora que cerró hasta el cuello.

Pisó con firmeza el verde vivo empapado aún de lluvia, y respiró profundo. Después de una larga y estrepitosa noche de tormenta, apreció un poco más la tranquilidad de aquel espacio silencioso. Agradeció que el cielo se hubiera quedado en silencio, aunque eso aumentara la sensación de soledad que le provocaba ese lugar. Miró a lo lejos, donde el valle volvía a cerrarse en un angosto desfiladero que conducía al pueblo de Urzainqui, y suspiró mientras se prometía que nadie vería su tristeza ni adivinaría sus problemas. Se iría en tres días con la misma dignidad con la que había llegado.

Cuando alcanzó la casa de los Ionescu, la humedad de la hierba le había traspasado hasta los calcetines, congelándole los pies.

Golpeó la puerta con los nudillos y esperó largo rato. Encima de su cabeza, en el centro del dintel, estaba clavada una flor seca, grande y plana que recordaba al sol del mediodía con sus rayos extendidos. Había otra igual sobre la entrada de la borda. Preguntándose cuál podía ser su significado, aún golpeó otras dos veces antes de darse por vencida.

Su lujoso y delicado Cartier señalaba las nueve de la mañana, y nadie en aquel

lugar daba señales de vida. Probó con la puerta de la quesería y obtuvo la misma respuesta. Pero esto no era el hogar de nadie y no eran necesarias las ceremonias; presionó sobre la manilla y la puerta cedió. Se encontró con un amplio espacio de paredes blancas que hacía de distribuidor a cuatro puertas, dos de ellas simples y pintadas de blanco, y otras dos grandes, correderas y de acero inoxidable. De un perchero colgaban tres prendas oscuras de abrigo. Bajo ellas, un par de botas de montaña, unos mocasines femeninos y unas botas blancas de goma.

Oyó murmullo de voces tras una de las dos sencillas puertas que tenía enfrente. Pensar que al otro lado podía estar Jon, tan ácido como la tarde anterior, la obligó a coger aire y expulsarlo muy despacio. Se miró en el pequeño espejo colgado en la pared, sobre un lavabo de acero inoxidable en el que había un dispensador con jabón azul. Se animó diciéndose que, a pesar de las lágrimas, tenía buen aspecto. Se ahuecó sus bucles pajizos, se peinó las cejas con los dedos y ensayó una sonrisa que le hizo sentirse más segura.

Esta vez entró sin llamar.

Jon y Doina, de espaldas a ella, no la oyeron entrar. De pie, junto a un gran tanque rectangular de acero inoxidable, material que facilitaba una pulcra limpieza, trabajaban y hablaban sobre lo diferentes que eran, entre sí, los dos hijos de Doina.

En el recipiente, la leche cuajada ya había sido partida en trozos del tamaño de una pequeña perla, había sido vuelta a prensar y cortada en partes más grandes. Con ellas iban rellenando moldes de plástico en los que antes habían extendido unos trapos blancos para que envolvieran el cuerpo fresco del queso y ayudaran a formar la corteza. Trabajaban sobre una placa, también de acero inoxidable, colocada a modo de mesa sobre uno de los extremos del tanque.

Beatriz, sorprendida por el olor denso que despedía el suero separado de la leche, los observó un momento antes de dejarse sentir. Todo aquello era nuevo para ella, que si bien sabía disfrutar del placer de un buen queso acompañado de un gran vino, nunca se había preguntado cómo se elaboraba.

También, por primera vez, podía analizar el aspecto de Jon sin sentir sobre ella sus penetrantes ojos negros o su sonrisa burlona. Y comenzó por las botas de goma blancas con las que él pisaba sobre un suelo encharcado en agua y suero.

Pensó que tenía una «retaguardia» atractiva. Se adivinaban unas piernas rectas y largas bajo el tejido azul marino de un pantalón de mahón, y una espalda delgada y musculosa que daba forma y movimiento a una gruesa camisa, también azul, con los puños recogidos hasta los codos. Una especie de delantal de cuero blanco que evitaba que se le empapara la ropa mientras manipulaba el queso, y la cinta que lo anudaba en la parte baja de su espalda, hizo pensar a Beatriz que, al abrigo de tanta tela, existía una cintura muy masculina y estrecha.

Tomó aire y, con los ojos fijos en la nuca de Jon, carraspeó antes de decir con timidez:

—Buenos días.

Los dos rostros se giraron a la vez. En el de Jon ella pudo leer, además de la sorpresa, el fastidio; en el de Doina, una sonrisa amable. Para evitarse el mal rato, prefirió quedarse mirando a la mujer. Pero ninguna de las dos tuvo tiempo para presentarse.

Jon había necesitado apenas un segundo para analizarla: cabello suelto, cazadora, vaqueros, zapatillas húmedas...: un banco de gérmenes.

—¿Qué haces aquí? —soltó con brusquedad—. Lo estás contaminando todo.

Beatriz se quedó clavada ante la puerta. Él la tuteaba de pronto, pero lo hacía con tal grosería que no podía agradecersele. Le resultaba evidente que no bebía los vientos por ella, pero seguía sin entender por qué la trataba con tanta desconsideración. Suspiró con pesar y bajó la cremallera de su cazadora, manteniendo a duras penas la compostura.

—Sólo vine a conocer a los Ionescu y a...

—Está bien —la interrumpió él, iniciando una rapidísima presentación—. Ésta es Doina, esposa de Mihai. —Miró a la sorprendida rumana para decir—: Doina. Ésta es Beatriz, nieta de Ignacio. —Se volvió hacia Beatriz, muy serio—. Ahora ya os conocéis, así que sal de aquí, porque lo estás contaminando todo.

Volvió a prestar toda su atención al molde que acababa de llenar y, cruzando los extremos de la tela sobre la superficie, apretó con fuerza con ambas manos para escurrir el suero y no dejar ningún espacio vacío.

Beatriz sintió que le hervía la sangre. Fijó la mirada en el duro perfil de Jon, en la boca que apretaba con más fuerza de la que ejercían sus manos sobre el recién moldeado queso. ¿Quién era él para hablarle así? ¿Qué derecho creía tener para humillarla cada vez que la veía?

Comprimió los labios en una fina línea recta, respiró con fuerza por la nariz y contuvo los deseos de gritarle.

—No puedo contaminar nada —respondió, segura de que le dejaría sin palabras—; acabo de ducharme con agua casi congelada en esa cosa que tú llamas borda y en la que no hay ni...

—Gracias por la información —señaló Jon, mirándola de nuevo—. Ahora ya sabemos que eres una chica muy limpia. Pero aquí elaboramos queso, y además lo hacemos con leche cruda. —La examinó con gesto crítico—. Traes los cabellos sueltos y unas zapatillas bien cargadas de bacterias, por no hablar de otras muchas cosas.

Beatriz bajó la mirada hacia sus empapadas deportivas blancas y después observó las immaculadas botas de Jon.

—Lo siento —dijo con sinceridad—. No lo sabía.

—Pero, ¿ha dormido usted en la borda, señorita Beatriz? —preguntó Doina en cuanto pudo meter baza en la conversación.

Beatriz la miró sorprendida. También miró a Jon, que volvía a sonreír, templado y misterioso.

—¿Es que hay otro lugar donde podía haber pasado la noche?

—Por supuesto que lo hay —respondió él, llevando varios moldes, ya llenos de cuajada, hasta la prensa, al otro extremo de la habitación.

Ni Beatriz ni Doina siguieron hablando. Observaron sus movimientos aguardando a que él continuara. Pero Jon se tomó su tiempo. Giró la manivela y aprisionó la hilera de moldes apilados. Cuando regresó al tanque, tomó un nuevo molde, colocó en su interior el trapo e introdujo en él un bloque de cuajada antes de informar a la sorprendida Beatriz:

—Hay una casa, tal y como te comunicó el albacea. Está en el mismo pueblo de Roncal. —Hizo una pausa para disfrutar del fuego en el que se calcinaban los ojos verdes que veía por primera vez—. Tu abuelo nunca vivió aquí.

Entonces, las manos de Jon se detuvieron sobre el molde que estaba llenando. Esperaba la lógica explosión de furia, los insultos, los gritos. Pero ella le mantuvo la mirada en silencio, tan digna y orgullosa como cuando la tierra le devoraba los tacones.

Y es que Beatriz no podía creer que hubiera dormido en aquella casucha sólo porque él quería divertirse a su costa. Le pareció una broma infantil, estúpida. Le habría gustado borrarle aquel aire de superioridad diciéndole que, a pesar de su rostro atractivo, su altura y su cuerpo delgado y musculoso, le faltaba mucho para que se pudiera considerar un verdadero hombre. Pero una vez más se mordió la lengua para conservar las formas.

—¿Eres con todo el mundo igual de amable, o te estás esforzando en desplegar todos tus encantos conmigo? —preguntó, con la voz más suave que pudo fingir.

La sonrisa de Jon terminó dominando en su rostro y sus ojos llamearon divertidos.

—La nieta especial merece un tratamiento igualmente especial. Y ahora que todo comienza a estar más claro entre nosotros, sal de aquí. —Ladeó la cabeza para señalarle la puerta—. Busca a uno de los hijos de Doina. Él te acompañará al pueblo; a esa gran casa que venías buscando.

Beatriz estaba desconcertada. No entendía a qué obedecía tanta desconsideración. Apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas, alzó la cabeza y salió al instante. Ante aquel maleducado prepotente, las clases de yoga y relajación que había dado durante años no le servían para nada. Necesitaba gritar a pleno pulmón para desahogarse.

Y tal vez lo hubiera hecho si, nada más pisar el exterior, un mastín pirenaico de noventa kilos no se le hubiera plantado delante como si fuera un muro de contención.

Todo el calor que le emanaba de su furia se transformó en un frío mortal que le recorrió la columna vertebral hasta hundirle el terror en la nuca. Quería gritar pidiendo ayuda, pero no encontraba su voz.

«No te muevas. No te muevas», se repetía en silencio como una orden para sí misma y para el monstruo blanco que clavaba en ella sus pequeños ojos color

avellana. La cabeza del animal, con una mancha gris sobre cada una de las orejas y parte del rostro, era enorme; su cuerpo era enorme; todo en él, excepto los menudos y sagaces ojos, era enorme.

Hizo esfuerzos por conservar la calma. Pero la respiración se le agitaba y temió que acabaría con una de las crisis de ansiedad que desde hacía ya tiempo mantenía bajo control. El animal avanzó unos pasos, le temblaron las piernas y supo que estaba perdida. Moriría en medio de un valle rodeado de escarpadas montañas, devorada por un gigantesco perro salvaje.

—¡*Obi*, ven aquí, campeón!

Era una voz humana. Beatriz sintió alivio y esperó, sin atreverse ni a parpadear, a que el perro atendiera la llamada de su amo. Pero el animal o no se llamaba *Obi*, o estaba sordo, o tal vez era más salvaje y peligroso de lo que ella había imaginado.

Cuando creyó que sus piernas no la sostendrían por más tiempo, volvió a escuchar la voz. Esta vez mucho más cerca; a su lado, y le hablaba a ella.

—Buenos días. Creo que no nos conocemos.

Beatriz giró la cabeza muy despacio para no provocar a la fiera. Traian, el mayor de los hijos de Doina, le vio el terror en los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sorprendido y preocupado.

—Por favor —consiguió susurrar Beatriz—; atrapa a ese monstruo antes de que se me eche encima.

Traian se acercó a *Obi* y lo sujetó por el collar. No podía creer que un animal tan pacífico como aquél pudiera provocar tanto pánico a nadie.

—No te preocupes —dijo, tratando de tranquilizarla—. Es un perro muy noble y no tiene ninguna intención de atacarte.

Beatriz tragó saliva. El miedo le había secado la boca. Iba a responderle que cómo podía conocer las intenciones del animal, cuando otro mastín, más grande aún que el primero, llegó despacio, se detuvo a los pies de Traian y se quedó mirándola con fijeza.

—Por favor —susurraba con miedo a que las fieras la escucharan—. Aleja a estos monstruos. Por favor.

—Está bien —dijo él con paciencia—. No te agobies, tranquila.

Traian comenzó a alejarse caminando de espaldas y sonriendo divertido. Un simple «¡vamos!», bastó para que los dos mastines olvidaran el objeto de su curiosidad y se fueran tras el chico.

Beatriz aguantó inmóvil hasta que los tres desaparecieron en el establo, y corrió por la hierba mojada como si con la humedad le hubieran crecido alas en las zapatillas.

Mientras, en el interior de la quesería, Doina había hecho mención de levantarse para salir tras Beatriz y presentarse con corrección. Jon la detuvo.

—La niña refinada puede esperar a que terminemos el trabajo.

Ella continuó llenando moldes y tratando de ponerle nombre a lo que acababa de ocurrir. Aquél no era el Jon tierno que conocía, y se lo dijo:

—No ha sido muy amable con la chica, señor Jon.

Ella era el único miembro de los Ionescu que le trataba de usted y lo llamaba señor. Al principio, él había peleado durante meses para terminar con el particular y absurdo tratamiento, pero la tozudez de Doina fue más fuerte. Hacía años que el cerebro de Jon había dejado de escuchar el señor y a considerar que le hablaba de usted por mera costumbre.

—No me cae bien, Doina —le aclaró—. No puedo fingir una simpatía que no siento.

—Podía darle una oportunidad —propuso ella, desplegando otro paño blanco—. Parece una buena niña.

—¿Estás segura? —Jon comenzó con un nuevo molde—. A mí me recuerda a uno de esos buitres que sobrevuelan el ganado en busca de carroña. —La cuajada blanca ocupó su espacio sobre la tela—. Y yo no voy a ayudarla, con una sonrisa complaciente, a recoger su botín.

—¿Y si se equivoca con ella? ¿Y si dentro de un tiempo se da cuenta de que era una buena niña?

—Si eso llega a pasar, Doina, me fustigaré, por cabrón.

—¿Fustigaré? No conozco esa palabra.

Jon rio, relajado, antes de explicar:

—Fustigar, castigar, azotar... ¿Te parece bien que haga eso si me equivoco con esa mosquita muerta?

Doina sonrió mientras encajaba la tapa en el molde y cogía uno nuevo. Pensó que sería todo un espectáculo verlo sin camisa, azotándose a sí mismo sobre aquella espalda musculosa en la que ella había curado más de una herida. Pero nunca una herida de expiación.

—Me parece bien —bromeó, risueña—. Voto por que la señorita Beatriz maneje el látigo.

—Sí que sabes lo que significa *perversa*, ¿no es verdad? —Doina le miró de soslayo—. ¡Claro que lo sabes! Llevas en este país media vida y son muy pocas las palabras que no conoces. Pues bien; eso es lo que tú eres: *perversa*.

Ella ni preguntó ni protestó, dando por hecho que conocía el significado y que, en aquel momento de malsana felicidad, la definición le iba a ella como anillo al dedo. Aún rellenó y prensó con sus manos un nuevo molde antes de volver a hablar.

—Lo que no he entendido bien es por qué se quedó la señorita a dormir en la borda.

—Mejor así, Doina. Es una tontería. Y además da igual, porque Traian o Marcel la llevarán hasta el pueblo. —«Si antes no se vuelve para Madrid», pensó—. No soportaría tenerla merodeando por aquí todo el santo día.

Elaborar el queso les llevó toda la mañana. Al inicio de la temporada, hacia el mes de diciembre, conseguían menos unidades y terminaban antes. Durante los primeros meses la leche de las ovejas que habían pastado en la sierra durante el verano y el otoño era más floja y se necesitaban hasta siete litros para conseguir un pequeño queso de un kilo. Ahora, en pleno mes de marzo, con el ganado en los establos y alimentándose de fardos de paja, forraje de la rivera y algo de pienso, elaboraban cada uno con tan sólo cinco litros.

En la pequeña entrada que separaba la quesería de un mundo de bacterias, Doina cambió las botas de goma por sus mocasines, colgó su delantal blanco sobre la percha y se apresuró hacia la casa para preparar la comida.

Jon se lo tomó con más calma. Sentado en un estrecho banco de listones de acero, ató con parsimonia los cordones de sus botas de monte, recordando el encuentro con Beatriz. No dudaba que a esas horas ya estaría fisgoneando en los armarios y cajones de la casa de su abuelo en busca de algo de valor. Le dolía imaginarla allí, ahora, cuando el viejo ya no necesitaba sus visitas.

Suspiró profundamente y se puso en pie, frotándose las manos sobre el abrigado tejido de su pantalón. Tomó del perchero un ligero tabardo azul marino y salió en dirección al pueblo. Le gustaba caminar. Por eso, en sus idas y venidas a la finca, siempre que le era posible evitaba utilizar su automóvil.

En cuanto Beatriz entró en la casa, el terror a los mastines cedió para dar paso a la furia. No podía creer que hubiera pasado la noche en aquella cabaña sólo porque el maldito Jon hubiera querido divertirse a su costa. No entendía a aquel hombre, pero había decidido que lo perdería de vista: a él, a su borda y a sus detestables animales.

En la habitación sus ropas aún estaban desperdigadas sobre la cama, junto a la maleta. La abrió con brusquedad y comenzó a arrojar prendas que se fueron acumulando en el centro, como trapos viejos. A pesar de las lágrimas que se agolpaban en sus ojos, descubrió que el montón era idéntico al que había formado hacía menos de veinticuatro horas, cuando otra enorme decepción la había empujado a salir huyendo de Madrid.

Al comprenderlo, toda su furia se le deshizo en dolor. Empujó la maleta, estrellándola contra el suelo. Después fue ella quien se dejó caer, apoyando la espalda en la cama y envuelta en sollozos.

La desolación por lo ocurrido a quinientos kilómetros de allí volvió a romperle el corazón; el sentimiento de humillación y vergüenza le hizo desear desaparecer, tal y

como había intentado hacer al llegar a ese insufrible lugar.

Estaba repitiendo, paso a paso, todo el proceso como en un particular y estúpido día de la marmota. La habían agraviado de nuevo, esta vez un pueblerino inculto, y ella recogía sus cosas para esfumarse, vencida y en silencio. Se sintió el saco de arena al que todos podían golpear sin temor a que hiciera nada para defenderse.

Acurrucada en el rincón que formaba la mesilla junto a la colcha, dejó que se adueñara de ella el llanto, la frustración, la impotencia, hasta que su espíritu fuerte y luchador la zarandeó.

Cuando llegó el mediodía y Jon atravesaba el pastizal para dirigirse a Roncal, ella había terminado con los lloros y había hecho sus cuentas. Creía que, como mucho, en dos noches más, se sentiría preparada para regresar a su casa. Dos noches y abandonaría ese valle inhumano. Dos noches que estaba dispuesta a pasar en esa casucha o donde fuera con tal de no sentir que había perdido la poca dignidad que le quedaba. Y aunque en el fondo sabía que aquélla era una rebelión absurda, tomar esa decisión le hizo sentirse un poco mejor.

Su hambre de veinticuatro horas le mordisqueaba el interior del estómago. A través del cristal de la ventana cuidó los pasos del intratable pastor. Nada más perderlo de vista abrió la puerta y oteó con cuidado, asegurándose que las dos bestias blancas y peludas no estuvieran por los alrededores, y corrió, perdiendo el aliento, hasta la casa de los Ionescu.

A la vez que Jon comía con sus padres y les explicaba que Beatriz ya estaba acomodada en su verdadera casa, ella saboreaba un nutritivo guiso de patatas con bacalao en la cálida y animada cocina de los rumanos. Por fin se había presentado y conocido a los Ionescu. A Doina, de la que ya había descubierto su dulzura nada más verla junto a Jon; a su esposo Mihai, hombre cariñoso y de pocas palabras; y a Traian y Marcel, jóvenes despiertos y alegres que animaron la conversación. Traian, por su parte, tuvo la delicadeza de fingir que la veía por primera vez.

Entre charlas más o menos banales, también hubo momentos más trascendentales que mantuvieron encogido el corazón de Beatriz. Mihai contó cómo, veinticinco años atrás, él y su esposa habían abandonado su querida Rumanía en busca de un mejor futuro para la familia que deseaban crear. Y ambos le hablaron de su acertada llegada a Roncal donde sus dos hijos nacieron y crecieron sin problemas, como dos roncaleses más.

Al cabo de una hora de animada sobremesa, los tres hombres se fueron de la casa para iniciar sus labores de la tarde, y Doina sacó del frigorífico algunas cosas para que Beatriz pudiera cocinarse la cena.

—Si quiere, esta tarde la puedo acompañar al pueblo para que llene la despensa—dijo, metiéndolo todo en una bolsa de plástico que cerró con un nudo—, aunque sigo pensando que debería quedarse en su casa; la de verdad.

—Me quedaré aquí —repitió Beatriz, por tercera o cuarta vez desde que finalizó la comida—. En tres días regresaré a Madrid. No merece la pena comenzar con cambios. Ya he plegado mi ropa en los cajones —mintió—, pero sí voy a aceptar tu ofrecimiento para ir de compras.

—Prepare una lista con lo que crea que va a necesitar —aconsejó Doina mientras le tendía la bolsa, que Beatriz cogió encantada.

—No imaginas cuánto agradezco tu ayuda —expresó Beatriz con una sonrisa amable.

Aún conversaron un buen rato. Doina se ofreció a ayudarla a instalarse en la borda, si era allí donde quería quedarse, pero Beatriz le dijo que no era necesario. Entonces le dio la buena noticia de que existía una caldera que funcionaba con gas butano. Marcel pasaría a ponérsela en marcha esa misma tarde y por fin dispondría de agua caliente.

Al final Beatriz salió de la casa satisfecha, portando en sus manos un pequeño tesoro comestible. Miró a su alrededor y no halló ni rastro de las bestias. Y mientras atravesaba el prado con la mirada puesta en los marcos de madera de las ventanas de la borda y en la exagerada inclinación de su tejado, pensó que ya le quedaba menos tiempo para perder de vista semejante choza.

La leche ordeñada a última hora de la tarde esperaba en el tanque de refrigeración, donde se conservaría a siete grados hasta el día siguiente. Entonces la mezclarían con la del ordeño de primera hora de la mañana para elaborar con ella el queso.

Aunque los Ionescu cumplían con su trabajo a la perfección, Jon dormía más tranquilo si antes se había dado una vuelta para comprobarlo todo. Esa tarde, después de inspeccionar en la quesería la temperatura del tanque, se entretuvo arreglando el vendaje de la pata herida de una oveja y revisando el estado de la ordeñadora automática. Cuando salió de los establos ya había caído la noche, y la ventana iluminada de la cocina de la borda destacaba como un faro encendido en lo alto de un oscuro acantilado.

Profirió una maldición, pero no contra Beatriz, sino contra sí mismo, que con su estupidez había dado a esa mujer la posibilidad de quedarse cerca. Pero ¿cómo habría podido sospechar que estaría a gusto en un lugar como aquél? Había visto su BMW, su Cartier, sus zapatos, su ropa; la había visto y había comprendido que tenía gustos caros.

Poco podía imaginar que, en ese preciso momento, y a pesar de que había comprado, en Roncal, alimentos para tres días, ella terminaba de cenar un trozo de pan y dos manzanas con el sabor a mar con el que las habían empapado sus lágrimas. Sí, esa noche, sentada junto a la mesa de madera de la cocina, mirando el fuego bajo que desde hacía años nadie encendía, Beatriz había vuelto a llorar.

Ahora, con la misma tristeza, pero ya calmada, miraba su móvil calculando el

riesgo que tenía encenderlo a esa hora de la noche.

Por fin lo hizo. Introdujo su clave y lo dejó sobre la mesa, esperando que cesara la sucesión de pitidos que indicaban las abundantes llamadas perdidas y la entrada de mensajes. Borró sin leer todo lo recibido y marcó el número de Luciano Bessolla: su albacea.

Se disculpó por llamar fuera de las horas de trabajo, pero a él no pareció importarle. Más bien al contrario.

—Tu llamada me alegra, Beatriz —respondió la voz grave de Luciano, al otro lado del teléfono—. Me resulta imposible contactar contigo. Quería saber qué tal te había ido el viaje y qué opinas de esa preciosa villa y de las propiedades de tu abuelo. Tengo el teléfono de Jon, pero no quería molestarle para este tema.

—Has hecho bien —respondió Beatriz, aliviada—. Él no te habría contado demasiado porque apenas si nos hemos visto aún.

—¡Bueno! —exclamó Luciano con voz animosa—, ¿y qué opinas de todo eso?

—La casa es preciosa —inventó ella, pues sólo había visto su exterior esa misma tarde, al hacer las compras con Doina—. Y el pueblo, con esas casonas de piedra y madera tan hermosas y cuidadas, me ha gustado mucho.

En eso sí era sincera. Cuando cruzaba el puente sobre el río Esca, le había deslumbrado la belleza del primer y gran edificio rodeado de arcos y balconadas, con un reloj en lo más alto de su fachada y el colorido escudo de la villa, ofreciendo al visitante una cálida bienvenida. Y, tras él, la torre de la iglesia de San Esteban, emergiendo de su impresionante cuerpo macizo, dominando desde lo alto todos los tejados rojos y las calles empedradas.

No se había detenido, pues los datos introducidos en su GPS le indicaron que aún no había llegado al lugar que buscaba. Pero cruzó el pueblo despacio, fijándose en las estrechas calles que quedaban a su izquierda y en las ventanas y balcones de las casas, adornados con geranios.

—Me alegra que te guste, Beatriz —confesó Luciano—. Ya te dije que todo el Valle del Roncal, y en especial esa villa, tiene un encanto que muy pocas veces podemos ver.

—Sí —respondió ella, recordando el «especial encanto» de Jon—. Pero yo te llamaba para otra cosa. ¿Has encontrado compradores para todo esto?

—Eres muy impaciente, Beatriz. ¿Cuántos días han pasado desde que me pediste que vendiera?, ¿tres, cuatro? Si queremos conseguir un buen precio, no debemos darnos prisa. Estoy tratando de adjudicarlo todo por separado: fincas, animales, casa, negocios... Creo que es la mejor manera de rentabilizarlo, pero también será un proceso más largo.

—Está bien. Lo dejo en tus manos. No tengo demasiada prisa —reconoció—. Si necesitas hablar conmigo, dentro de unos días estaré de regreso en Madrid. Lo digo porque aquí casi nunca tengo cobertura —mintió de nuevo—, y por eso tengo apagado el móvil.

—Podré esperar —hizo saber el albacea—. En realidad necesitaré un tiempo para tener algo preciso que contarte. Disfruta de los días que te queden de estar ahí y olvídate de este asunto —le aconsejó—. Yo me ocupo, y cuando lo tenga todo listo me pondré en contacto contigo.

Tras la conversación con Luciano, Beatriz llamó a su amiga Laura. Había salido precipitadamente de Madrid, sin querer ver a nadie, pero no podía dejar que ella se angustiara por su ausencia durante los días que aún tardase en regresar.

Le contó que estaba bien, pero no quiso hablarle del lugar donde estaba ni de los motivos por los que se había ido. Sabía que Diego recurriría a ella en busca de información y no quería comprometerla.

Conversaron un buen rato. Beatriz, mientras con los dedos juntaba sobre la mesa las miguitas caídas del pan con sabor a sal que había comido, le dijo que acababa de tomar una cena fantástica y que ahora le esperaba una noche reparadora en una estupenda cama de dos metros. Al final, el buen humor de Laura consiguió dibujarle alguna sonrisa y mejorarle un poco su desdichado ánimo.

Se sentía como un gato encerrado en una caja de zapatos; en su propia caja de zapatos. Daba igual que husmeara por los bordes o diera zarpazos en las esquinas. Sólo conseguía alterarse y aumentar su sensación de ansiedad e impotencia.

Hacía dos días que Bea había desaparecido y él sólo podía pasear su inquietud de un lado a otro y llamar a un teléfono que siempre le respondía que estaba apagado o fuera de cobertura.

Diego dejó de caminar y miró por el ventanal que ocupaba toda una pared de su despacho. Eran las ocho de la mañana y el sol comenzaba a alzarse perezoso sobre los edificios adormilados de Madrid.

—¿Dónde estás, Bea, dónde te has metido? —se preguntó en voz alta, con la mirada perdida en el tráfico, y la memoria en la última vez que la vio.

Aquel recuerdo terminó de mortificarle. Resopló con fuerza, deslizando los dedos por su corto pelo castaño, y caminó con energía hasta su mesa. Apenas la alcanzó, se giró con brusquedad para regresar junto a la ventana.

—Si no apareces o me llamas pronto, acabaré volviéndome loco —murmuró de nuevo.

Sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta de su traje gris, de Armani, que potenciaba el atractivo de su cuerpo alto, delgado y de amplios y rectos hombros. Sin ninguna esperanza, marcó el número de Beatriz. Después de cientos de intentos sin ningún resultado, esta vez el teléfono le devolvió el sonido de una señal de llamada. Contuvo la respiración mientras escuchaba un primer tono, después un segundo... Cerró los párpados sobre sus esperanzados ojos negros y apoyó la frente contra el cristal.

—Cógelo, Bea. Por Dios, coge el teléfono —suplicó en voz baja.

A casi quinientos kilómetros de allí, Beatriz, vestida con los únicos vaqueros que portaba en su maleta, se ajustaba una chaqueta naranja de punto sobre una camiseta de manga larga de pequeñas flores naranjas, verdes y blancas. Sus zapatillas de lona no hacían juego con el atuendo, pero al menos ya estaban secas y lo estarían durante todo el día, pues el cielo prometía desplegar los rayos de un sol radiante.

Se cepillaba el cabello en el pequeño cuarto de baño, cuando escuchó el sonido de su móvil. Palideció al recordar que la noche anterior lo había dejado sobre la mesa de la cocina... encendido.

Caminó por el pasillo, despacio, como si el teléfono fuera un animal tan grande y peligroso como cualquiera de los mastines y temiera despertarlo. Se acercó a la mesa y miró el nombre que parpadeaba en la pantallita al son de la melodía: Diego. Lo cogió y acarició con el pulgar la tecla de apagado. No quería hablar con él. No quería escucharle. Pero, como una autómatas, lo descolgó y se lo llevó al oído, en silencio.

—¡Gracias a Dios que te encuentro, Bea! —exclamó Diego con alivio—. ¿Sabes cuántas veces te he llamado durante estos días? Estaba a punto de volverme loco.

Beatriz no respondió. Bajó los párpados mientras las lágrimas comenzaban a deslizarse entre sus pestañas.

—Por favor, Bea. Dime algo. No me castigues más —suplicaba con desgarró—. Sabes que te amo.

Beatriz, aún demasiado herida, buscó entereza para no atender a sus explicaciones.

—Voy a colgarte, Diego —susurró.

Él cerró con fuerza los ojos cuando la voz que amaba sonó en sus oídos con palabras que le desgarraron el corazón.

—¡No! Por favor, Bea. Perdóname. Te juro que no volverá a ocurrir. —Seguía sintiéndose un gato encerrado en su propia y minúscula caja de zapatos—. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para que me perdones. Cualquier cosa, Bea.

—Voy a colgar —repitió ella en voz baja.

—¡No! Dime dónde estás. Déjame verte —imploraba con desesperación—. Estas cosas no se pueden hablar por teléfono. Te amo y te lo voy a demostrar. No con palabras ni con regalos. Esta vez te lo voy a demostrar con hechos. —Golpeó su frente contra el cristal, una y otra vez, mientras se le extinguía la voz—. No me abandones, Bea. Te lo suplico. No me abandones.

Beatriz colgó y apagó con rapidez el móvil, arrojándolo sobre la mesa. Se cubrió el rostro con las manos y sollozó con tanta rabia como desconsuelo.

No quería escucharle. Había huido para no hacerlo. Necesitaba estar alejada de él unos días para tranquilizarse, para pensar, para recuperar la dignidad que sentía que había perdido.

Con el hombro apoyado contra la entrada a los establos del ovino, Jon observaba el cuidado con el que Marcel conducía el pequeño tractor, empujando la paja ya usada por las ovejas. Habían terminado con el ordeño de la mañana y él aguardaba los minutos que restaban para comenzar a elaborar el queso.

—Buenos días, señor Jon —saludó Doina, a su espalda—. Mientras termina de trocearse la cuajada voy a llevar un poco de leche a la señorita Beatriz.

Él miró el pequeño cubo en el que se mecía el suave líquido blanco. Mihai ordeñaba cada mañana la vaca con la que cubrían el consumo diario de su familia y el de la casa de Jon.

—Así que le llevas el desayuno —dijo, pensativo—. ¿Cómo ha podido surgir esa confianza entre vosotras con tanta rapidez? —preguntó, dolido por lo que consideraba una traición.

—Ayer vino a comer a casa y yo la acompañé al pueblo a hacer compras. Espero que no le moleste.

—¿Por qué había de hacerlo? —respondió, cruzando los brazos sobre el pecho. Iba a preguntar a qué comida y a qué compras se refería, pero se detuvo al ver que Traian se acercaba corriendo.

—Tienes que ir a casa, mamá —dijo, e inspiró con fuerza para recuperar el aliento—. Papá ha tenido un accidente mientras arreglaba la cerca.

—¿Qué ha pasado? —preguntaron a la vez Jon y Doina, preocupados y sin apercibirse del rostro tranquilo del muchacho.

—No te inquietes, mamá —informó con la misma rapidez—. No es nada grave. Se ha rasgado el interior de dos dedos con el alambre. No son cortes profundos, pero ya sabes cómo se pone con estas cosas. —Sonriendo, se dirigió a Jon—: Si el viejo ve un poco de su propia sangre cree que va a morir, y si eso ocurre sólo deja que le toque mamá.

—¿Estás seguro de que no es nada serio? —preguntó Jon, mirando la palidez de Doina—. Mira que tu padre es muy duro y si se queja será porque...

—Es duro —interrumpió Traian—. Puede con todo, menos con su propia sangre. Se sentirá bien en cuanto mamá le cubra la herida y no vea ese feo color rojo —contó con una sonrisa de burla en el rostro.

—El chico tiene razón —exclamó Doina, más tranquila—. Será mejor que vaya —le comentó, dejando el cubo a sus pies—. En unos minutos estaré aquí y empezamos a trabajar.

Pero no se movió. Miró a Jon, como si esperara una respuesta.

—¡Ah, no, Doina! —reaccionó él, riendo y alzando las manos para apartarse—. A mí no me mires porque no pienso llevarle leche a esa estirada. Tiene un grifo estupendo del que puede beber agua.

—Se le está endureciendo el corazón, señor Jon. ¿Qué le cuesta dejarle el cubo en

la cocina?

—Prefiero ir a curar los dedos a Mihai —indicó, convencido.

—Eso lo dice porque no sabe lo mal enfermo que es. Mientras yo le cure esas heridas, él gritará como un cerdo en día de matanza. —Doina sonrió al recordar el escándalo que su hombretón armó la última vez—. Créame, señor Jon. No le gustará estar allí. Aunque él tampoco le dejaría acercarse. Ya ha oído a mi muchacho: cuando Mihai cree que se muere, sólo quiere que Doina le toque.

Jon miró a Traian con expresión aliviada; él iba a resolverle el problema haciendo de recadero. Pero el chico sonrió con burla y señaló con la cabeza a su hermano, que terminaba de limpiar el establo. Llegaba el momento de poner paja limpia, y se alejó con la disculpa de ayudarle a arrastrar fardos, abrirlos y extenderlos por el suelo.

Mirando a las ovejas que se agrupaban junto a las paredes mientras los chicos se afanaban a su alrededor, Jon emitió un tremendo bufido.

—No puedo ayudarte. Tengo cosas que hacer.

—¡No sea mentiroso! —exclamó ella—. Está esperando que la cuajada esté bien cortada para empezar a trabajar.

—Eres incansable, Doina —exclamó, agobiado.

—Aún es pronto y ella estará dormida; no tiene que verla —afirmó con suavidad—. Puede entrar con la llave que está escondida en la piedra.

—No me vas a dejar tranquilo hasta que lo haga, ¿verdad? —preguntó con aire de derrota.

—Mihai dice que soy como un perro de presa; agarro y no suelto. —El silencioso gesto de duda de Jon la animó a continuar—. Pasado mañana ella se vuelve para Madrid. Deje que antes de irse saboree la buena leche con la que desayunamos aquí.

Jon se alegró al escuchar que la iba a perder de vista más rápido de lo que había imaginado. Pero aún se lo pensó un momento antes de agarrar con fuerza el pequeño cubo y volverse hacia Doina.

—Escúchame bien —dijo para claudicar con un poco de dignidad—: esta vez, y sólo esta vez, le voy a llevar la dichosa leche. Pero prestaré atención antes de entrar, y si tengo la más ligera sospecha de que está despierta, le dejo el cubo en la puerta y me voy. —La sonrisa satisfecha de Doina le hizo añadir—: Y otra cosa. Si llega a enterarse de que he sido yo quien se la ha llevado, te desuello viva.

—¿Desuello? —preguntó Doina, fingiendo inocencia—. No conozco esa palabra.

—Ya. Ya lo sé. —Tensó la mandíbula para evitar sonreír—. Estoy descubriendo que son muchas las palabras que no conoces. Pero ya puedes ir buscando ésta en el diccionario antes de contarle a Beatriz que yo le he llevado la condenada leche.

Doina se encaminó hacia su casa sin añadir una palabra; no quería que él se arrepintiera. Pero se fue tarareando, en voz muy baja, una bella canción de amor rumana, dispuesta a curar con mimos a su quejica y amado Mihai.

Jon se detuvo ante la puerta de la borda y, durante unos instantes, prestó atención. Al parecer Doina tenía razón y Beatriz aún no se había levantado.

Sujetando el balde de leche en su mano izquierda, alzó la derecha hasta alcanzar la llave, oculta en una hendidura entre dos piedras, sobre el marco. La rozó con la yema de los dedos. No le gustaba la idea de entrar sigiloso mientras ella dormía, aunque sólo fuera para dejarle un poco de leche. Las ocurrencias de Doina no siempre eran buenas, y la de que él entrara hasta la cocina le parecía pésima. Decidió que dejar el cubo junto a la entrada y marcharse sin ser visto era lo más apropiado.

Pero la puerta se abrió de golpe.

No le dio tiempo a reaccionar. Todo duró un instante.

Beatriz avanzó como un huracán, con ojos ciegos que no le mostraron a tiempo que Jon se interponía en su camino. Intentó detenerse, pero la fuerza de su propia inercia hizo que el encontronazo fuera inevitable. Lanzó un grito a la vez que su delgado cuerpo chocaba contra unos muslos firmes y un torso musculoso y duro como una roca. Jon adelantó las manos hacia ella para evitar que cayera y, mientras alcanzaba a sujetarla por los brazos, el cubo se estrellaba contra el suelo, derramando la leche.

Su primera reacción fue de preocupación. La miró al rostro, por si el golpe contra su pecho le hubiera lastimado la nariz o cualquier otra zona sensible. Pero cuando vio que ella estaba bien y recuperaba la estabilidad, la soltó como si temiese que su contacto pudiera infectarle de alguna enfermedad contagiosa.

—¡Maldita sea! —gritó, furioso—. ¿Es que no tienes ojos?

Beatriz se sentía hundida, furiosa y frustrada después de haber hablado con Diego, tanto que ni siquiera reparó en la leche vertida. Sabía que sólo tenía que escucharle decir un par de veces más que la amaba, y ella se lanzaría a sus brazos para que le curara el dolor que él mismo le había causado. Siempre ocurría igual. Siempre era lo mismo.

Estaba cansada de contener sus lágrimas y su ira, de ser amable con todo el mundo, de ser correcta. Y allí estaba Jon, desafiándola de nuevo.

—¿Y tú qué narices haces parado ante mi puerta? —le increpó con los ojos en llamas.

—¿Es que tengo que informarte por dónde voy a caminar cada día? —rugió Jon, colérico—. ¿O tal vez prefieres que te pase una hoja de ruta con todo bien detallado para que nos aseguremos de que la entiendes? —añadió con una sorna hiriente.

—¡Eres un prepotente insufrible! —le bramó con una peligrosa mezcla de dolor y rabia—. Estoy harta de soportar tus malas formas y tus ofensas.

—Y yo estoy cansado de aguantar tu torpeza —aseguró él con menosprecio—. Cada vez que te encuentro estás jodiendo algo.

—Creo que aquí el especialista en joder al prójimo eres tú —alzó la barbilla y

crispó los dedos de su mano derecha sobre el marco de madera—. Desde que llegué, y sin ningún motivo, te has empeñado en amargarme la vida.

«Sin ningún motivo», se repitió Jon, agitando la cabeza. No la creía tan estúpida como para no saber qué había hecho mal durante toda su vida, y él no tenía ninguna intención de recordárselo.

—¿Qué demonios haces aquí? —soltó, con los brazos caídos y los puños tensos—. Reconoce que te equivocaste al venir. Lárgate, esto no es lo tuyo.

—¿Lo mío? —exclamó, atónita—. ¿Y qué sabes tú qué es lo mío? No me conoces, o sea que deja de juzgarme.

—Te conozco lo suficiente —se pavoneó Jon, mirándola de arriba abajo con insolencia—. Doina dice que te vas pasado mañana. ¿Por qué no nos haces un favor a todos, recoges tus maravillosos modelitos y te largas hoy mismo? Lo único que haces aquí es estorbar a quienes sí trabajamos.

—¿Me estás llamando inútil? —Irritada, aleteaba los orificios de su nariz y comprimía con fuerza los labios.

—Sí. Te estoy llamando inútil y te estoy llamando estorbo —espetó, satisfecho—. Imagino que en Madrid hay cosas para las que eres perfecta, pero aquí no. Aquí sólo serías útil si desaparecieras para no volver jamás.

—¿Estás olvidando que todo esto me pertenece? —preguntó con frialdad—. No hay nadie que pueda echarme.

—Te pertenece el valor económico, no el lugar al que nunca... hasta ahora —aclaró con malicia—, te habías dignado visitar. ¿Por qué no lo vendes todo y te marchas con el botín? Para eso has venido, ¿verdad?

—No pienso explicarte a qué he venido —dijo Beatriz, con una sonrisa arrogante—. Y mi única equivocación ha sido pensar que eras un hombre normal. Por fin compruebo que eres un amargado intratable que no soporta tener a nadie cerca.

—Depende de quién se acerque y, sobre todo, de con qué rastrera intención lo haga —respondió con simulada calma.

Beatriz abrió la boca para responder, pero la cerró sin haber emitido ningún sonido. Por un instante, la hostilidad en los ojos negros de Jon le avivó recuerdos amargos. Los de unos días atrás, cuando con parecido desprecio alguien le habló de sus rastreras intenciones. «No te atrevas a alzar la barbilla ante mí», había tenido que oír cuando lo único que estaba haciendo era enrojecer de vergüenza. «Conozco a las mujeres como tú. Eres una oportunista, una vulgar ladrona que se aprovecha de la confianza que le otorgan para adueñarse de lo que no le pertenece». Cuando escuchó esas palabras, ya había deseado cien veces que la tierra se rasgara bajo sus pies y la grieta profundizara hasta el averno, pero aquello no había hecho más que empezar...

—Así que tienes razón —continuó diciendo Jon, y Beatriz regresó al presente y expulsó el aire envenenado del que llevaba respirando ya dos días, los dos primeros días de los muchos en los que aún seguiría haciéndolo.

—¿En qué tengo razón? —consiguió preguntar sin que le temblara la voz.

—En que soy un amargado intratable que no soporto tener al lado a alguien como tú —sonrió a pesar del coraje que le consumía—. Preferiría la soledad eterna.

Beatriz inspiró para bufar después como un animal herido.

—Eres el hombre más maleducado y ordinario que he conocido jamás.

—No está mal —chasqueó los labios, fingiendo diversión—. Es casi halagador, comparado con la insensible oportunista que creo que eres tú.

Beatriz crispó las manos a ambos lados de su cuerpo.

—Eres un prepotente que se atreve a juzgar lo que ignora, que por otra parte debe de ser mucho —intentó devolverle un gesto de satisfacción, pero la tensión y la rabia la dominaron—. No me extraña que hayas escogido vivir rodeado de animales. Ellos no te juzgan y, aunque no te soporten, no te abandonan como seguramente ha hecho todo el que te ha conocido.

—No veo que tú te estés dando demasiada prisa en largarte —señaló, manteniendo con dificultad la sonrisa.

—Te equivocas. Sólo sueño con perderte de vista para siempre —apuntilló ella, a punto de explotar.

Jon torció el gesto y sus ojos se transformaron de nuevo en carbones encendidos. No sabía si le abrasaba más la rabia o la impotencia.

—Estupendo —exclamó, alzando el brazo y golpeando la pared de piedra con el puño—. Los dos seremos mucho más felices cuando te hayas ido.

—¡Imbécil! —estalló Beatriz, entrando en la casa y cerrando con un portazo.

—¡Inútil! —respondió Jon con furia, recogiendo el cubo del suelo y volviéndose para caminar hacia la quesería.

En cuanto se vio en la soledad de la borda, Beatriz se desmoronó. Su ira se aplacó para dar paso a la tristeza, y sus gritos airados se transmutaron en llanto desconsolado.

La mañana siguiente Beatriz despertó con los párpados inflamados y un insoportable dolor de cabeza, resultado de haber pasado casi toda la noche llorando. El enfrentamiento con Jon la había despertado a la verdad que se había estado negando a sí misma: los tres días que llevaba escondida en esa tierra inhóspita no habían bastado para mitigar el dolor de lo ocurrido en Madrid. Y lo peor era que no sabía cuántos días, semanas o meses iban a transcurrir sin que ella encontrara fuerzas para presentarse ante Diego y exigirle una explicación. La herida por la que se desangraba el día en el que llegó a Roncal, continuaba tan abierta y fresca como el recuerdo de la mirada cobarde que le rompió el corazón y la dignidad en dos mitades.

Cuando llegó el amanecer del día siguiente, Beatriz había pensado con detenimiento en su situación. Sus problemas continuaban ahí, insalvables, al menos de momento. Pero mientras esperaba que el tiempo transcurriera y le devolviera la normalidad, había algo que podía hacer, algo que la ayudaría a sentirse un poco mejor. Y ante ese convencimiento tomó la decisión más absurda de su vida.

Eran las siete de la mañana y ya se había duchado y puesto sus inseparables zapatillas de loneta, una falda de hilo blanco y una camisa verde manzana de manga larga. Llevaba el cabello recogido en una coleta alta, bien tirante, de la que ni un solo pelo estaba fuera de lugar.

Ya en la cocina, sacó del frigorífico lo que le quedaba de la leche fresca que el día anterior le había llevado Traian. La vertió en una pequeña cazuela y la puso al fuego. Mientras esperaba que se calentara, recordó la tarde que había pasado de compras con Doina. La buena mujer había protestado mucho cuando vio que la lista estaba llena de productos precocinados. Tenía muy clara la diferencia entre lo que era comida sana y bazofia para llenar el estómago, pero, aun así, la ayudó a encontrar todo lo que llevaba anotado.

Después, y con toda la compra en el interior del coche, se dedicaron a callejear entre suelos y casas de piedra, pequeños huertos familiares y preciosos y olorosos geranios rojos.

Pero, entre tanta belleza, hubo una parte mala: descubrir, en la calle Arana, la casa de Ignacio. Era hermosa, con una gran puerta en forma de arco y un largo balcón central en el que, en el pasado, su barandilla estuvo también llena de flores. Era señorial y se encontraba en el centro del pueblo mientras ella estaba pasando los días en una borda.

Doina, que había fingido la casualidad de llevar encima la llave de la casona, insistió hasta lo indecible para que entraran a verla. Beatriz se negó con la misma terca insistencia. No confiaba en su fuerza de voluntad y temía que, una vez que

hubiera visto la comodidad y la ventaja que supondría pasar allí el tiempo que necesitaba estar escondida, habría cogido su maleta y se habría trasladado sin perder un segundo.

Ahora, sentada junto a la mesa de la cocina, saboreando el tazón de leche con un poco de pan con mermelada y recordando la bronca con Jon, se alegraba de no haber cedido.

No le entusiasmaba la idea de quedarse en esa borda soportando las impertinencias de un desabrido pastor, pero por el momento necesitaba hacerlo. Además, el último enfrentamiento con él había cambiado algunas cosas.

Se juró que nadie volvería a echarla de ningún sitio. Nadie volvería a pisarle su dignidad y su orgullo. Nadie volvería a decirle qué podía o no podía hacer, dónde debía o no debía quedarse.

Vendería sus propiedades, sí, tal y como lo había decidido junto a Diego. Volvería a Madrid, por supuesto. Pero todo eso lo haría después de haber demostrado a ese soberbio prepotente que ella era la dueña y no obedecía sus órdenes. Él, que ni era ni sería nadie en su vida, iba a ser el primero, en muchos años, al que le impondría sus derechos y su voluntad. El primero ante quien sacaría su entereza y a quien demostraría que no volvería a dejarse intimidar.

Mientras pensaba que la habían desairado por última vez, casi sintió lástima por Jon, por que hubiera tratado de avasallarla cuando su paciencia y su docilidad habían llegado al límite.

Unos minutos después se colaba en el distribuidor que daba entrada al lugar donde se elaboraba el queso y a otros tres espacios que aún no había investigado.

Se quitó la gruesa rebeca que la protegía del frío matinal, cambió sus zapatillas por un par de botas de goma y se colocó uno de los delantales blancos que cubrió por completo su falda de hilo. Puso un especial cuidado en recogerse las mangas de su exclusiva camisa hasta los codos para protegerla, en la medida de lo posible, de algún percance que la echara a perder. Ante el espejo se aseguró que su cabello continuaba tirante y bien despejado del rostro, y se lavó las manos con el jabón desinfectante azul.

Tiró de la manilla para pasar al interior de la quesería y, tal y como había supuesto, allí estaba Doina, con delantal y botas blancas, comenzando con la labor del día.

—¿Cómo ha madrugado tanto, señorita Beatriz? —preguntó, sorprendida—. ¿Y por qué se ha vestido así?

—Luego te lo explicaré —respondió con un gesto de complicidad—. Primero quiero que me cuentes algunas cosas sobre tu trabajo. —Se acercó al depósito en el que la había visto trabajar junto a Jon—. Además de elaborar queso por las mañanas, ¿haces más cosas aquí?

—¡Claro que sí, señorita Beatriz! En una explotación como ésta hay todo el trabajo que se quiera hacer.

—Pero no para una mujer —se atrevió a asegurar Beatriz.

—Se nota que no sabe ni de queso ni de ganado —dijo Doina, sonriendo—. Cada día, después de comer, vengo a fregar y esterilizar todo esto; debe quedar perfecto para que al día siguiente volvamos a manipular la leche. Tengo mis propios trabajos, y cuando termino suelo ayudar a mis tres hombres.

—O sea, que no te sobra tiempo para ti —dijo, absorbiendo la información—. ¿Te gustaría tenerlo?

—Cuando necesito tiempo me lo tomo sin problemas. Pero, claro; lo que yo no hago se convierte en trabajo extra para los demás —analizó con pesar—. Míahi, mis dos muchachos y el señor Jon me consienten mucho.

—El señor Jon —repitió Beatriz, pensativa—. ¿Qué cosas preparas aquí antes de que él llegue para hacer los quesos contigo?

—Traslado al depósito la leche del ordeño de ayer, que está refrigerada en el tanque. Después añado la de hoy, que llega directa desde la ordeñadora que está al otro lado, en el establo —dijo, señalando el tubo metálico que salía del depósito y se incrustaba y desaparecía en la pared—. Una vez mezcladas las caliento a unos treinta y cuatro grados, preparo el cuajo, lo añado y lo muevo bien. En una hora se convierte en un bloque. Entonces se corta con la lira en trozos muy pequeños, casi como los granos de arroz, y para entonces suele llegar el señor Jon.

—¿Y comenzáis a elaborar los quesos?

—Más o menos. Aún quedaría meter la plancha que empuja los pedacitos de cuajada hacia un lado para ayudar a desuerar. Todo se compacta entonces de nuevo para formar un bloque, y lo cortamos en pedazos del tamaño aproximado de los moldes. ¿Por qué lo pregunta, señorita Beatriz? ¿Está pensando en contratar a alguien para que me ayude con el trabajo?

Beatriz sonrió y buscó en el delantal unos bolsillos que no encontró. Estaba convencida de lo que iba a hacer y, aun así, no conseguía que las manos le dejaran de temblar.

«Un día más y nos habremos librado para siempre de su presencia», pensaba Jon mientras se esterilizaba las manos con el jabón azul. «Mañana se levantará, meterá su maleta de marca, llena de ropa de marca, en el portaequipaje de su coche de gran marca y conducirá hasta su mundo de comodidades del que nunca debió haber salido».

Se secó las manos mientras en su rostro crecía una sonrisa de satisfacción, y entró en la quesería.

Cuando la vio junto al recipiente, con el delantal y las botas de goma, miró a su alrededor buscando a Doina y una explicación. Doina no estaba y él farfulló entre

dientes que la mataría en cuanto la viera.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó con más furia de la que recordaba haber sentido nunca. Ni siquiera cuando el día anterior chocaron en la puerta de la borda.

Durante la última hora, mientras se cuajaba la leche y se cortaba en minúsculos pedacitos, Beatriz se había preparado para aquel encuentro. El corazón le bombeaba en las sienas y en las muñecas, pero cogió aire y alzó la cabeza con dignidad.

—Voy a sustituir a Doina haciendo queso. Ella tiene otros trabajos que hacer mientras yo estoy ociosa. —La mandíbula de Jon se contrajo y ella disfrutó repitiendo—: Y a mí nunca me ha gustado estar ociosa.

Jon apretó hasta que sintió que le crujían los dientes. Aquello no podía estar pasando. Era una broma estúpida o un mal sueño. Sacudió la cabeza, incrédulo.

—Creí entender que te ibas mañana —dijo, mirándola con impertinencia.

—Me iba, pero he cambiado de opinión —sonrió con ironía—. Espero que estés tan feliz como yo porque vamos a trabajar juntos.

«¿Trabajar juntos?...». Eso ya no era un mal sueño, ni siquiera se quedaba en categoría de pesadilla. Era una venganza urdida en el infierno. Si siempre se había preguntado cuánto hielo tenía ella en el corazón, ahora su curiosidad se centraba en lo retorcidos que podían llegar a ser sus pensamientos.

—¡Ni lo sueñes! —soltó, dejando escapar una risa nerviosa—. Yo no soy tu profesor de manualidades. Si piensas quedarte aquí y te aburres, búscate otro entretenimiento. Esto es un trabajo de verdad —dijo, dirigiendo su mirada a su alrededor.

—Lo sé. Y también sé que puedo hacer lo que me plazca. Te guste o no, desde este momento voy a ocupar el lugar de Doina.

—Doina es buena y rápida haciendo queso —advirtió, evaluándola desde la ira de sus ojos negros—. Contigo me eternizaré y no estoy dispuesto a hacerlo.

—Aprendo rápido —afirmó ella con osadía—. Doina me ha explicado los pasos y no me ha parecido tan complicado. Puedo hacerlo y lo haré.

Jon guardó silencio, estudiando la expresión de seguridad de Beatriz. Él la había molestado y ahora ella le devolvía el favor, con la diferencia de que ella estaba en una mejor posición para complicarle la existencia. Se preguntó si se trataba de un capricho de niña consentida. Un capricho que acabaría cuando sintiera el peso de las horas de trabajo, de la responsabilidad.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —interrogó, soberbio y a la vez temeroso de escuchar la respuesta.

—No lo tengo claro —sonrió burlona, imaginando el sentimiento de impotencia de Jon—. Hasta que me canse de esto o sienta deseos de regresar a mi casa. Puede que ocurra en una semana, un mes, un año. ¿Tienes algún problema con eso? —preguntó con ironía.

Jon sabía reconocer cuándo había perdido, y, esta vez, al menos de momento, ella

era la vencedora. Se acercó al recipiente donde las planchas habían comprimido de nuevo la cuajada, y hundió en ella el cuchillo para dividirla en bloques idénticos.

—Ningún problema —respondió, fingiendo tranquilidad—. Sólo espero que no entorpezcas mi labor... ni la de nadie.

—Descuida. No lo haré —afirmó Beatriz, observando con satisfacción el perfil tenso de Jon, que, sin más explicaciones, continuó con el trabajo.

Pero cuando terminó con los cortes y comenzó a dar forma al queso, se aseguró, en silencio, de que ella le entendiera.

Colocó un molde en la mesa y esperó que Beatriz hiciera lo mismo. Extendió un trapo sobre él, empujó con la mano para llevar el centro hasta el fondo y observó cómo lo hacía ella. Después, y sin dejar de vigilarla, lo llenó con uno de los trozos y apretó con las manos.

Le costaba dominar su impotencia. Por eso prefería mantenerse callado; para no explotar. Que ella estuviera en la borda era malo, pero tenerla trabajando a su lado le parecía un castigo insoportable.

Volvió a mirarla. Ella repetía con exactitud todos sus movimientos y él continuó. Cogió los extremos de la tela, los cruzó sobre el recién formado queso y presionó con fuerza.

—Asegúrate de que no quedan espacios vacíos —dijo de pronto, en una tensa voz baja que sobresaltó a Beatriz—. La cuajada debe llenar todo el molde.

El tono poco amigable no invitaba a responder. A Beatriz le satisfacía haber quedado por encima de él por primera vez, pero la situación no era agradable. Encajó la tapa de plástico en su molde bien lleno y lo dejó a un lado. Con un profundo suspiro que llegó con claridad hasta los oídos de Jon, comenzó a extender un nuevo paño.

Ésa fue toda la conversación que mantuvieron durante el trabajo. Cada cierto tiempo Jon recogía los moldes, los enfilaba en la prensa y apretaba con cuidado buscando el punto preciso. Después regresaba donde el olor de la leche y el suero se mezclaban con otro que había experimentado durante algunas tardes de finales de verano en las cercanías de los bosques de Irati: moras silvestres. Le sorprendió que alguien como ella oliera a algo tan delicioso y simple. Le pegaba más la fragancia de un perfume caro, exótico y pegajoso.

Mientras trabajaba, la observó con disimulo. Le recordaba a Ignacio. Los dos tenían el mismo verde misterioso en los ojos, la misma profundidad y el mismo fiero orgullo. Pero ahí terminaban los parecidos, al menos los visibles, se dijo mientras reconocía que era una mujer atractiva, con unos rasgos delicados y dulces. El cabello rubio y ondulado que le descansaba sobre los hombros estaba ahora bien sujeto por una coleta y había perdido su apariencia suave y esponjosa.

Pensó que no dejaba de ser irónico que siendo tan fría y codiciosa tuviera un aspecto tan angelical.

Cuando ella alargó el brazo para alcanzar un fresco bloque de queso, Jon pudo ver

de cerca su nariz pequeña, recta y relajada, muy diferente de cuando estaba enojada y dilataba sus orificios abriéndolos y cerrándolos como si fueran válvulas con las que controlaba su presión interior para no explotar.

Jon inspiró y trató de centrar su atención en su labor, pero no le resultó sencillo. Sus ojos iban una y otra vez hacia el rostro o las manos de Beatriz. Había observado que cuando estaba muy centrada extendiendo el trapo o apretando sobre el queso, se mordisqueaba el labio inferior. Le pareció un gesto infantil y a la vez sensual. Y la recordó enfadada, contrayendo aquellos mismos labios en una fina y tensa línea recta tras la que parecía mantener encerradas todas las palabras furiosas que le llegaban a la mente.

En verdad era hermosa; hermosa e insufrible. Pero sobre todo era alguien a quien tenía que soportar por un tiempo. Tan sólo esperaba que el período fuera más corto que su propia y escasa paciencia.

Tal y como Jon había argumentado que ocurriría, la jornada de trabajo se alargó en más de una hora, pero no le restregó su acierto. Vacío el recipiente de suero para que después Doina limpiara y desinfectara todo, y salió soltándose el cordón del delantal.

Ella le siguió. Si con su silencio él pretendía hacerla sentirse incómoda, lo había conseguido, pues ni siquiera sabía hacia dónde mirar.

Tras lavarse las manos y mientras Beatriz se cerraba hasta el cuello su gruesa rebeca, Jon abrió la puerta y pegó la espalda a la pared para cederle el paso. Sorprendida ante aquel primer gesto de caballerosidad, durante unos segundos lo miró sin saber qué decir. Cuando iba a sonreírle y aceptar su atención, algo blanco, grande y peludo se movió junto a la puerta, esperando la salida de su amo.

Beatriz palideció y retrocedió unos pasos.

—Sal tú. —Sonó demasiado rápido y brusco—. He olvidado algo.

La disculpa era absurda y Jon la interpretó como un abierto rechazo a su gesto amable. Sonrió con sarcasmo y salió, cerrando la puerta con un golpe seco.

Ella esperó un rato antes de volver a asomarse. Sólo cuando se aseguró de que tanto Jon como los mastines habían desaparecido, corrió a refugiarse en su pequeña casa.

Sus sosegados ojos grises le miraban esperando que continuara. Aquél era su primer día de trabajo y se había sentado ante él, con una libreta y un bolígrafo, para escribir a taquigrafía las cartas que quisiera dictarle. La primera de ellas, dirigida con familiaridad al director del Banco Central, había surgido con fluidez. Fue en la segunda cuando apareció el problema y su jefe había ido bajando el ritmo hasta terminar quedándose silencioso y ausente.

Diego Pedrosa había recordado a Bea, sentada en aquella misma silla, escribiendo lo que él le dictaba y cruzando con sensualidad una pierna sobre otra. Y se había

recordado a sí mismo introduciendo la mano entre sus muslos y acariciándola en su intimidad hasta escucharla gemir de placer.

Mientras su nueva y atractiva secretaria lo miraba, insegura, él se levantó despacio y se acercó al mueble bar. Se sirvió una copa de coñac y caminó hasta el ventanal.

Estaba desesperado. La tecla de rellamada de su móvil había perdido el dibujo sin que hubiera conseguido hablar de nuevo con Bea. Había llamado a todas las amigas de ella que él recordaba, y todas le afirmaron no saber nada. Incluso Laura, a la que por supuesto no había creído, le había asegurado que ignoraba su paradero.

—¿Va a continuar dictándome, Don Diego?

La pregunta le hizo recordar dónde estaba y qué hacía. Vació la copa de un trago y continuó pegado al cristal.

—Discúlpame. Lo haré más tarde. Ahora necesito estar solo.

No escuchó el sonido de los tacones alejándose. Ni el ruido de la puerta al cerrarse con suavidad. Tenía el pensamiento en momentos vividos junto a la mujer que ahora se escondía de él.

Al cabo de tres semanas de trabajar a contrarreloj tratando de emular el ritmo vertiginoso de Jon, Beatriz había conseguido una aceptable habilidad para elaborar queso. Jon lo veía. Veía su esfuerzo, su empeño, sus avances. Pero ni se le pasaba por la cabeza dedicarle ningún cumplido. Se había resignado a tenerla al lado durante las mañanas, pero sin cruzar con ella demasiadas palabras. Su primer pensamiento al despertar era siempre un deseo: que ella se decidiera a largarse por donde había venido.

Beatriz, resentida porque no entendía que la menospreciara sin ninguna razón, había dejado a un lado su carácter charlatán y apenas si abría la boca para decir cuatro cosas. Terminaba la mañana agotada, más por el estrés de competir que por la propia tarea. El cuerpo le pedía relajarse durante toda la tarde, pero la inactividad la dejaba triste y llorosa, recordando a Diego y su último y doloroso encuentro.

Durante varios de esos momentos ociosos, había visto cruzar ante la borda unos enormes camiones que atravesaron el pastizal hasta detenerse junto al último de los establos. Con gusto habría salido a fisgonear un rato, pero no se había atrevido. Lo que fuera que hicieran estaba dirigido por Jon, y ése era motivo suficiente para que ella quisiera mantenerse lejos.

Desde esa misma ventana fue observando que todos los días, después de comer, él volvía del pueblo y se encerraba durante un tiempo en la quesería. Y se dijo que, si Jon realizaba labores por la tarde, ella también lo haría. Eso contribuiría a demostrarle que era una mujer muy capaz, y, a la vez, la mantendría ocupada para no pensar demasiado.

Buscó de nuevo la complicidad de Doina. Se acercó a su casa y charlaron

mientras la observaba preparar la cena. La pequeña y dulce mujer le contó que la misteriosa labor de Jon consistía en sacar de la salmuera todo el queso metido en ella desde el día anterior y sumergir el que había salido de la prensa. Le explicó que todo estaba calculado con precisión: tiempo de prensado, composición de las salmueras, horas que cada pieza debía permanecer inmersa. Esa información le bastó para que entendiera que no le convenía meter la nariz en algo tan delicado. No era su intención contrariar a Jon más de lo que ya lo hacía con su mera presencia.

—Hay algo que sí puede hacer, señorita Beatriz —dijo Doina, lavando bajo el grifo unos tomates maduros.

—¿Qué cosa? —preguntó ella, abriendo los ojos y los oídos.

—Voltear el queso. Mis muchachos lo hacen cada viernes por la tarde.

—¿Voltear quesos? —exclamó sorprendida—. ¿Hay que darles la vuelta a los quesos?

—Sí, señorita Beatriz —dijo, a la vez que secaba los tomates con un paño de cocina—. El queso madura en la cámara durante cuatro meses. Hay quien lo deja quieto todo ese tiempo, pero lo correcto es cuidar la temperatura y las condiciones en las que está, y darle la vuelta de vez en cuando. Al señor Jon le gusta que se haga una vez a la semana.

Puso los tomates sobre una tabla, encima de la mesa, y los cortó en finas rodajas que fue colocando sobre la lechuga limpia y troceada. A Beatriz le sorprendió la destreza que tenía para disponer una simple ensalada. También ella sabía prepararlas y decorarlas, pero ahí terminaban sus habilidades en la cocina. Se le daban mejor los números. Estudió la carrera de económicas para, al final, terminar trabajando como secretaria. Una sencilla secretaria con ambiciosas aspiraciones empresariales.

—Eso de dar vuelta a los quesos parece sencillo. —Cogió con los dedos una rodaja que se metió en la boca—. Hoy es viernes, ¿verdad? —preguntó sin estar segura del todo.

Doina asintió sonriendo. Le resultaba gracioso pensar que alguien pudiera estar perdido si no tenía un calendario delante. Cosas de chicas de ciudad, se dijo.

—¿Les parecerá bien a tus hijos que yo les ayude el viernes que viene? —consultó Beatriz, lamiéndose el jugo rosáceo que le había quedado en las yemas de los dedos.

—Estarán encantados —le respondió—. Hablan mucho de usted. Dicen que es muy bonita y muy simpática.

—Ellos también lo son. Lástima que sean un poco jóvenes para mí —bromeó, cogiendo una nueva y deliciosa rodaja, feliz porque había encontrado un modo más de mostrar a Jon cuanto ella valía.

Aún faltaba una semana para que llegara ese viernes. Una semana en la que cambiaron algunas pequeñas cosas.

Para Beatriz continuaron las mañanas en la quesería, con trabajo y poca conversación, y las solitarias tardes en la borda, meditando o mirando por la ventana. La tristeza reinaba en su mente durante casi todas las horas. Si no hubiera sido por sus pocos deseos de encararse a los verdaderos problemas que había dejado atrás, habría hecho su maleta y montado en su coche para alejarse de todo aquello que la agobiaba.

Durante las horas ociosas en las que había curioseado a través del cristal, desde la cocina, había descubierto que Jon llegaba, cada tarde, con un aire relajado que nunca había mostrado con ella. Ese detalle le despertó la curiosidad. ¿Él era tan rudo e impertinente con todo el mundo, o sólo con ella? Había observado que cuando acariciaba a los mastines lo hacía con ternura y, al parecer, también les dedicaba palabras cariñosas. Y no lo hacía porque creyera que nadie lo observaba, pues actuaba del mismo modo ante cualquiera de los Ionescu.

Tarde a tarde fue percibiendo que parecía otro hombre cuando ella no estaba presente. Le vio bromear con los chicos; pasarles el brazo por los hombros; revolverles el cabello, riendo; fingir peleas; correr tras ellos... Al parecer, su parte detestable la guardaba en exclusiva para ella, y le confundía no ser consciente de cuál era el motivo.

¿Cómo podía ser tan cruel e injusto?, se preguntaba cada vez que desde la borda le contemplaba sonreír y bromear. Le apenaba que la rudeza y la impertinencia de ese hombre no le estuvieran dejando mostrar la verdadera Beatriz que llevaba dentro.

No sabía que él andaba con cavilaciones parecidas. La había visto conversar con los chicos y reírles las gracias. Entonces le había parecido una chica sencilla, sin aires de reina. Pero él no se dejaba engañar. Creía estar seguro de lo que Beatriz era, aunque le resultaban curiosas sus transformaciones. Comenzó a observarla sin que ella se diera cuenta, incluso sin que él mismo hubiera reparado que lo hacía. Sólo Traian, despierto como una ardilla, captó el disimulado interés con el que había comenzado a estudiarla.

El jueves por la tarde, Mihai apareció en casa con unas hermosas truchas pescadas por un amigo en las frías aguas del río Esca. Llegaba orgulloso por el regalo y deseoso de compartirlo. Entonces, Doina encargó a Marcel que dijera a la señorita Beatriz que estaba invitada a cenar.

Ella se alegró de poder salir un poco de su rutina, comer algo cocinado decentemente y disfrutar de un poco de conversación con personas amables.

De todas las horas que pasaba en aquel lugar, las más difíciles eran las de la noche. Con la oscuridad todo parecía más lamentable: la cabaña, sus cenas, su situación, sus problemas con Diego... Al menos, esa vez, las cosas serían un poco más llevaderas.

Llegado el momento, se puso el vestido entallado azul. Desde hacía unos meses,

ese vestido le traía muy malos recuerdos, pero era bonito y quería presentarse bien vestida. Cuando llegó el turno de los zapatos, tuvo dudas. Ninguno de sus altos tacones le pareció apropiado. Optó por unas sencillas bailarinas blancas que temió manchar de verdín al atravesar el pastizal. Al final las metió bajo su cazadora, en el costado izquierdo, y se calzó las socorridas zapatillas.

Frente a la puerta de la casa de los Ionescu, se cambió de calzado y dejó las deportivas junto a la pared, para recogerlas cuando saliera.

Mientras esperaba que le abrieran, se ahuecó los rizos, se alisó las cejas, se frotó las mejillas para darles color y ensayó su mejor sonrisa. La misma que le costó mantener después de que Marcel le abriera, se hiciera cargo de su cazadora y la condujera hasta la cocina.

Jon estaba allí, con vaqueros, una camisa azul celeste y aspecto de recién duchado. Sentado junto al fuego, que no estaba encendido, charlaba animadamente con Mihai.

Las palabras se le congelaron en los labios al verla llegar. Lanzó una rápida mirada a la mesa dispuesta para la cena; estaba preparada con seis servicios. De haberse fijado antes en ese detalle, no le habría sorprendido su entrada.

La saludó con brevedad y buscó los ojos de Doina. Ella le sonrió y se volvió para dar los últimos toques a las truchas a la navarra, como si no hubiera entendido que él le reclamaba en silencio. Doina pensaba que aquellos dos necesitaban entenderse, y la pesca con la que le habían obsequiado a Mihai le pareció una disculpa perfecta para sentarlos uno frente a otro.

Esa noche, para ninguno de sus invitados resultó ser la velada distendida y agradable que habían esperado compartir en aquella casa.

A Beatriz no le pasaron por alto las miradas que Jon le lanzaba cuando creía que nadie le observaba. Mientras trataba de comportarse con normalidad con los Ionescu, se preguntaba qué esperaba encontrar él con su escrutinio, si ella era lo que se veía, sin dobleces ni falsedades.

También Jon hizo sus deducciones. Al principio pensó que podría observar más de cerca lo que él llamaba, sospechosas transformaciones: su conversación amable con cualquiera de los miembros de la familia; su risa distendida; su actitud de mujer cariñosa y sencilla, casi humilde... Pero ella se mostró tímida y reservada; más bien azorada. Tampoco ese comportamiento le confundió. Estaba seguro de que la verdadera Beatriz era la insensible y avariciosa que nunca se apiadó de la soledad en la que vivió su abuelo, aunque fingía bien. Era una mujer atractiva que fingía con absoluta veracidad.

Acabada la cena, y tras una sobremesa más larga de lo que todos habían previsto, Jon se puso en pie. Agradeció a Doina la «deliciosa compañía» con una sonrisa que solo ella pudo identificar como irónica, y se despidió porque la noche avanzaba. La rumana, lejos de intimidarse, aprovechó para completar su maquinada acción. Mientras le daba la espalda para retirar de la mesa las tazas de café, le pidió que

esperara un segundo para acompañar a la señorita Beatriz hasta la borda.

Fue un breve instante de miradas y dudas entre Jon y Beatriz. Ella pensó en las zapatillas que le esperaban junto a la pared y que no se atrevería a coger si salía con él. Jon se preguntó de qué demonios podían hablar durante el breve paseo. Y antes de que nadie más notara su indecisión, él aceptó con una sonrisa casi perfecta.

A la vez que Beatriz se ponía su cazadora floreada, decidió que dejaría su calzado donde estaba y lo recogería a la mañana siguiente. Cambió de opinión en cuanto vio brillar la hierba con el rocío de la noche despejada. No quería humedecer y estropear sus delicadas bailarinas.

Solicitó a Jon que la esperara un momento, y se apoyó contra la pared para cambiarse de calzado mientras se disculpaba:

—No podía corresponder a una invitación a cenar viniendo con unas zapatillas horribles —dijo a media voz, atándose los cordones.

Jon la observó, desconcertado y sin saber qué pensar. No había sofisticación, vanidad ni orgullo en lo que ella estaba haciendo. Se calzaba con naturalidad unas zapatillas que le iban a su elegante vestido como una correa de esparto a un diamante.

Beatriz cruzó los brazos sobre sus bailarinas y le miró, diciendo que ya estaba lista. Jon vio, ayudado por la luz de la luna, que ella se había sonrojado como una niña pillada con los dedos hundidos en el tarro de la mermelada. Se giró hacia la borda, confuso, y comenzó a caminar a su lado.

El trayecto no era largo, pero el silencio sí que era incómodo. Un poco agobiada por la situación, ella comentó:

—Son muy buena gente los Ionescu.

—Sí que lo son —dijo Jon, introduciendo las manos en los bolsillos de su parca—. Y desinteresados —añadió, pensando en que ella podía aprender un poco de eso—. Te dan lo que tienen sin esperar recibir nada a cambio.

—Tienes suerte de contar con ellos —opinó, estrechando con más fuerza las bailarinas contra su pecho.

—Sí —respondió, casi con sequedad, y Beatriz no se atrevió a volver a abrir la boca hasta que llegó a la entrada de la borda.

Allí le agradeció que la hubiera acompañado. Él respondió que no había nada especial en ese hecho, pues le cogía de camino, pero ella insistió en agradecerse de todos modos.

Hubo un instante en el que Jon la miró como si fuera a añadir alguna otra cosa, pero sacudió la cabeza y continuó andando hacia la carretera.

Ella le tenía confuso. No entendía qué hacía allí después de un mes, ni tampoco que no le hubiera pedido que le presentara los libros de contabilidad o que le justificara sus gastos. Ni siquiera mostraba interés en tomar las riendas de la explotación ni del resto de los negocios.

Entonces, si le bastaba con los movimientos de las cuentas bancarias que un día fueron de Ignacio, ¿por qué no se iba para continuar con su vida? ¿Qué buscaba en

Roncal?

Al llegar la tarde del día siguiente, Beatriz se dispuso a ayudar a los hermanos a voltear queso. No sabía si para entrar a la cámara frigorífica debía tener el mismo cuidado que para hacerlo en la quesería, y no quiso correr riesgos. Se puso las botas de goma y el delantal, y esterilizó sus manos en el lavabo.

Miró hacia las dos puertas correderas de acero inoxidable pensando que era probable que las dos fueran cámaras frigoríficas. Probó con una de ellas; la que la dirección de la palanca parecía indicar que no estaba cerrada del todo. Empujó y, a pesar del gran tamaño, se deslizó con facilidad sobre sus raíles. Aún tuvo que vérselas con una gruesa y pesada cortina de plástico transparente que hacía de barrera entre la baja temperatura de la cámara y el exterior. Cerró la puerta y pasó por uno de los pliegues abiertos de la cortina para encontrarse con una temperatura gélida que se le pegó al cuerpo y al rostro.

—¡Aquí hace un frío de muerte! ¿Cómo podéis aguantarlo, chicos?

No hubo respuesta. Paseó la mirada por las filas de baldas en las que el queso estaba en hileras, sin tocarse unos con otros. Nunca había visto nada igual. Asombrada, comenzó a recorrer los pasillos, con los brazos cruzados para darse calor.

Hasta que se encontró con una espalda de hombre que no pertenecía ni a Traian ni a Marcel.

Bajo una abrigada parca verde militar, reconoció la esbelta figura de Jon; y, sobre el borde de sus cuellos levantados, su cabello oscuro y sedoso.

Pensó en darse la vuelta y salir de allí sin que la viera, pero recordó haber alzado la voz. Desde hacía unos minutos, él era muy consciente de su presencia.

—Hola —dijo con timidez y sin atreverse a acercarse—. Pensé que encontraría aquí a Traian y Marcel.

Jon se volvió y la miró de arriba abajo. No entendía el sentido de las botas de goma o del delantal. Ni siquiera entendía qué hacía Beatriz allí.

—No van a venir —informó sin dejar de escrutarla—. Me han pedido que les dejara la tarde libre. Alguna fiesta —aclaró, dejando sonreír tan sólo a sus ojos—. ¿Habías quedado con ellos?

—Más o menos. —La mirada de Jon la intimidaba—. Iba a ayudarles a voltear los quesos.

—Pues ya ves que los planes han cambiado —indicó con su familiar tono de burla.

Se dijo que tenía que haber salido de allí. Que no merecía la pena aguantar las impertinencias de aquel hombre. Pero se había propuesto demostrarle sus capacidades y lo haría.

—Me gustaría ayudar de todos modos —soltó, desafiante.

—Hazlo —respondió Jon, alzando los hombros como si no le importara, pero

pensando que esa mujer era una pesadilla que estaba invadiendo todo su espacio.

Beatriz miró a su alrededor preguntándose cuánto tardarían en dar la vuelta a toda aquella cantidad de queso. Se estaba congelando de frío y no quería ni imaginar cómo terminaría si la operación duraba demasiado.

—¿Por dónde comienzo? —preguntó, dispuesta a morir en el intento.

Jon la miró a los brazos, cubiertos por la ligera tela de una camisa; y a su cuello, en el que varios botones sueltos dejaban ver una cadena de oro con un colgante en forma de medio corazón. No supo si llamarlo piedad. En realidad no supo cómo demonios debía llamar al modo en el que, sin tiempo a pensarlo demasiado, se preocupó por ella.

—Primero sal y ponte algo de abrigo —aconsejó, y en su tono no había burla—. Aquí hay siete grados. Cogerás una pulmonía.

—¿Bastará con mi jersey grueso? —preguntó, conmovida por la humanidad que de pronto le mostraba. Era la primera vez que él le dedicaba la ternura que siempre le había visto derrochar con otros.

—No será suficiente. Coge una de las prendas que están en las perchas. Cualquiera que te pongas te quedará grande, pero no creo que importe.

—Gracias —musitó Beatriz, señalando el delantal y las botas—. No sabía cómo debía entrar aquí. —Él la miró sin responder y ella carraspeó, confusa. Al comprender que no habría más palabras, salió, tiritando de frío.

Jon continuó con su labor, pensando que, aunque no le agradaba tenerla cerca, al menos ya no le enfurecía como al principio. Era silenciosa. Algunos días le escuchaba dos únicas frases; la del saludo y la de la despedida. Se dijo que todo iría bien si seguía manteniéndose callada.

Unos minutos después ella volvía a entrar con una parca azul marino que le cubría hasta las rodillas. Se había doblado las mangas y la tela sobrante le alcanzaba casi hasta los codos. Jon reconoció la prenda como suya y pensó que en ella cabían dos mujeres como Beatriz.

En ese momento comenzaba con el costado derecho de un nuevo pasillo. Ella se puso a su lado, sin preguntar, y empezó por el izquierdo. Le parecía sencillo. Tomaba un queso, le daba la vuelta e iba a por el siguiente. Lo malo era que él trabajaba con soltura y ella no estaba dispuesta a quedarse atrás.

Jon vio la prisa con la que comenzaba y se preocupó porque terminara estropeando algo. Pero trató de ser paciente.

—Cuando cojas un queso, trátalo con cuidado y observa si... —Ella le miró con sus grandes ojos verdes, muy cerca, y por un instante Jon sintió que tenía ante él al viejo—. No importa. Da igual.

—No. No da igual —protestó Beatriz—. Puedo hacerlo bien y lo haré. ¿Qué tengo que mirar?

Jon inspiró con fuerza para devolver sus emociones a su estado natural.

—No nos ha pasado nunca, pero puede ocurrir que la producción de toda una

jornada se estropee por... —Su ánimo no estaba ahora para extenderse en explicaciones—. Por cualquier causa. Si ves un queso abierto o abombado, me lo dices.

Beatriz, confundida por la repentina inseguridad que creyó ver en Jon, afirmó en silencio con la cabeza y los dos volvieron al trabajo. Espalda con espalda; aunque no fue así durante todo el tiempo.

A veces era Jon quien se giraba con disimulo para controlar cómo trabajaba, pero también para convencerse de que Ignacio y su nieta sólo tenían en común el tono verde de unos ojos. Que no había visto en ella el alma tierna que tuvo su abuelo. Otras veces era Beatriz quien volvía la cabeza cuidando que él no la adelantara, o quizá para observar sus largos dedos sobre la superficie blanca del queso y verificar si seguía teniendo ese rastro de humanidad que hacía un momento le había dedicado.

De cualquier modo, la prisa y la obsesión de Beatriz por que él no la alcanzara fueron demasiado evidentes para Jon, que, en mitad del siguiente pasillo, se volvió hacia ella y la miró con fijeza.

—¿Estás manteniendo algún tipo de competición conmigo?

Sus ojos negros la desafiaban a que respondiera que sí. Beatriz dominó un temblor; la mirada de aquel hombre tenía la habilidad de hacerla sentir pequeña.

—No —contestó, nerviosa—. Sólo estoy trabajando.

—Me alegro. Cuando quieras que compitamos en algo me lo haces saber. Me gusta ser consciente de lo que hago —sonrió con malicia—. Ya sabes; para disfrutarlo.

—No estaba compitiendo —repitió, rogando que dejara de mirarla de aquel modo.

—Habrán sido cosas mías —cedió, aun sabiendo a ciencia cierta que llevaba semanas rivalizando con él—. Creí que jugabas conmigo, y soy de los que creen que el juego es más interesante cuando se practica entre dos.

Por alguna inexplicable razón, disfrutaba poniéndola en apuros, pensó Beatriz. Y para hacerlo se servía de cualquier simpleza.

—Acepto tus disculpas —dijo con la esperanza de finalizar el estúpido enfrentamiento.

—No te las he ofrecido.

Beatriz apretó los labios y continuó invirtiendo la posición del queso. Sabía que Jon no se disculpaba porque era consciente de que tenía razón; ella pugnaba por hacerlo mejor que él. Pero eso no la hizo detenerse. Siguió cuidándole la espalda para que no la adelantara ni en medio metro.

Unos minutos después, se atrevió a preguntarle algo que le rondaba desde hacía días.

—Cuando el albacea comenzó a hablarme de vacas, ovejas y potros me puse nerviosa y no le presté la atención debida. —Jon la miró, inquieto—. Dijo algo de que tú tienes ganado tuyo mezclado con el de Ignacio. ¿Cómo es eso?

—¿Te molesta? —preguntó, poniéndose a la defensiva.

—No. Claro que no. Sólo siento curiosidad.

Jon no tenía ningún deseo de iniciar una conversación con ella, pero era la dueña, como en su día lo fue Ignacio. Le debía alguna explicación, aunque fuera breve.

—Estuve fuera algún tiempo. —Le volvió la espalda y siguió con su labor, más despacio—. Cuando regresé propuse a tu abuelo que, aprovechando la denominación de origen del Roncal, comenzara a elaborar queso y aumentara la cabaña de ganado. Le pareció una buena idea, pero quería que yo me quedara con él... —Hizo una pausa, recordando—. Yo tenía otros planes. Pretendía montar una consulta veterinaria en el pueblo. Acababa de dejar una que establecí con un amigo, en la ciudad de Pamplona.

—¿Veterinaria? —sonrió, confusa—. ¿Eres veterinario?

—Te sorprende —afirmó sin mirarla—. Esto no encaja con la idea que tienes de mí; un inculto que sólo sabe cuidar animales.

—No sabía que eras veterinario; eso es todo —dijo, enfadada—. ¿Por qué malinterpretas todo cuanto digo?

—Será porque me gustas más cuando estás calladita —declaró él, con pasmosa tranquilidad.

—Tampoco tú ganas mucho cuando abres tu boca —le respondió con sequedad.

No vio la sonrisa de satisfacción en el rostro de Jon. No quería hablar con ella y, sin embargo, cuando lo hacía disfrutaba sacándola de sus casillas. Tampoco reparó en que él comenzó a contar en silencio, despacio: uno, dos, tres...

—¿Por qué abandonaste tu clínica? —preguntó, sin dejar de trabajar—. ¿Os iba mal?

Jon se felicitó. Había estado seguro de que en un máximo de sesenta segundos, ella volvería a la carga. Le había sobrado la mitad. Beatriz no podía quedarse sin saber por qué el ganado de un trabajador convivía con el suyo.

Esperó un poco, tan sólo para que ella pensara que no iba a responderle.

—Funcionaba muy bien —dijo de pronto—. Teníamos mucho trabajo y ya nos estábamos haciendo un nombre. Pero... ¿nunca has sentido la necesidad de cambiar de vida? —Algunos recuerdos aún dolían. No esperó contestación—. Necesitaba comenzar de nuevo.

Llegaban al final. Beatriz pensó que él terminaría con aquel pasillo y se iría, dejándola sin respuestas. Se dio la vuelta y, contemplándolo, apoyó la espalda contra las baldas.

—¿Y por qué no abriste esa consulta aquí?

Jon paralizó sus largos y delgados dedos sobre el queso. Pensó que si se giraba hacia ella la conversación se volvería más íntima. Tendría que mirarla a los ojos para hablarle de sí mismo, y sólo pensarlo le incomodaba. Acarició la superficie mohosa de la pieza que cepillarían y limpiarían con detenimiento una vez que hubiera alcanzado el punto de maduración, y decidió quedarse como estaba.

—Porque no hubiera estado con tu abuelo a jornada completa, tal y como él quería —confesó a media voz.

Recordó a Ignacio suplicándole que se quedara. Diciéndole que nada era igual desde que él se había ido y que todo iría a peor si volvía a marcharse. A pesar de que la mayor parte del tiempo fue un viejo cascarrabias, también fue una de sus debilidades, y el anciano siempre lo supo.

—¿Y qué era lo que querías tú? —se aventuró a preguntar Beatriz.

Jon no iba a decirle que sus deseos fueron lo de menos. Que quedaron olvidados al ver cómo Ignacio envejecía en soledad. Que le faltó valor para abandonarlo.

—No lo sé. —Un impulso le volvió hacia ella y la miró a los ojos. Ya no había vuelta atrás, y apoyó la espalda sobre su lado del pasillo—. Me planteó que afrontáramos lo de elaborar queso entre los dos. Yo tenía el dinero de la liquidación del negocio con mi socio y acepté. En unos meses terminé trabajando para él con libertad total de movimientos y un buen sueldo.

—Pero, ¿y el ganado?

Apenas les separaba un metro de pasillo. Ella le miraba sin pestañear, y él se removió contra la balda, incómodo.

—Con el tiempo fui comprando algunas cabezas porque resultaba fácil cuidarlas a la vez que las de Ignacio. Pero si te molesta que estén con las tuyas yo puedo...

—No es eso, y lamento si he dado esa sensación —interrumpió, avergonzada—. Es que siempre hablas como si todo fuera mío.

—Es tuyo... —Cruzó los brazos sobre el pecho, con seriedad—. Mi parte de ganado es muy pequeña. Insignificante.

Beatriz no podía entender cómo un hombre de la valía de Jon había decidido quedarse al lado de alguien como Ignacio. Había cambiado un futuro brillante por... ¿por qué? ¿Por unos negocios a medias y poco más? Él siempre hablaba del viejo con cariño y hasta con devoción. Un cariño y una devoción que no habían obtenido respuesta por parte de Ignacio, al menos no en su última voluntad.

—Te quedaste a su lado —afirmó, como si él no lo supiera—. Diste a Ignacio mucho más de lo que recibiste.

—En eso se basa el cariño, ¿no? En dar —respondió, molesto—. ¿Quién puede medir todo cuanto yo apreciaba a tu abuelo o él me quería a mí?

—Era un egoísta —aseguró ella, metiendo las manos en el interior de los enormes bolsillos de la parca—. Si tanto te quería, ¿por qué no te incluyó en una parte del testamento?

Jon se preguntó porqué había sido tan estúpido como para mantener una conversación con ella, que sólo le interesó de su abuelo la maldita herencia; la que ella disfrutaba a pesar de no merecerla.

—No te atrevas a juzgarle —amenazó, tensando la mandíbula—. Te tuvo en cuenta cuando tú jamás te acordaste de él.

—No puedo entender que lo defiendas —dijo con gesto crítico—. Deberías

sentirte defraudado.

Jon apretó los puños y sacudió la cabeza. Pensó que ése era el resultado de la hostilidad con la que la había recibido. Al final, la animosidad era mutua y ella buscaba el mejor modo de herirle.

—No sabes nada sobre él —masculló entre dientes. Sus ojos brillaban de dolor y de furia—. Nunca te interesó conocerlo.

—Conozco lo que hizo con mi abuela y con mi padre. Era un mal hombre, y si tú no lo admites es por...

—¡No conoces una mierda! —le gritó acercando la cara a la suya antes de darle la espalda.

Volteó los seis últimos quesos en tres rápidos movimientos con ambas manos y salió destilando furia.

La estela de cólera que dejó su marcha se clavó en el pecho de Beatriz, provocándole una angustia conocida y casi olvidada. Su respiración se aceleró pero el aire no le alcanzaba los pulmones. La ansiedad. La temida ansiedad quería reaparecer y ella no estaba dispuesta a cederle espacio de nuevo. Trató de controlarse respirando por la nariz, despacio. Cerró los ojos y pensó en una playa de arenas blancas y aguas esmeralda. Volvió a bucear en ellas, como en sus últimas vacaciones en la isla de Martinica. En unos minutos recuperó la calma y después, poco a poco, también se hizo dueña del ritmo de su respiración.

Había necesitado que transcurriera un mes para entenderlo.

La actitud arrogante y fría con la que Jon la recibió a su llegada, sus malos modos, sus estúpidas broncas... todo tenía el mismo origen: Ignacio.

Ahora comprendía que la animosidad que le demostraba nacía del cariño que había sentido por el viejo, de la fidelidad que aún le guardaba. Al parecer, tenía una idea muy equivocada de lo que había sido el dichoso hombre, pero, si quería engañarse, ella no le sacaría de su error. No tenía ninguna necesidad de ir proclamando las miserias de su familia. Si no quería más broncas, sólo tenía que evitar nombrarlo.

Las farolas, sujetas a las paredes de piedra como brazos forjados en hierro, le iluminaron en el trayecto desde la taberna hasta el barrio de Iriarte. Se detuvo junto a la fuente de piedra que está en la explanada, frente a su casa. Se sentó en la superficie lisa que queda al final de la pila rectangular, en el pasado abrevadero para el ganado y ahora un lugar donde los visitantes se hacen fotografías.

Le costó enfocar la vista en la esfera de su reloj. Eran las dos de la madrugada. Sólo le quedaban cuatro horas para descansar y se sentía agotado.

Tras la discusión con Beatriz había sentido necesidad de estar con gente que no la conociera. No quería hablar de ella ni de su abuelo, ni de leche, ni de queso, ni de ganado ni de problemas familiares. Necesitó salir con sus amigos para ocuparse de cosas intrascendentes y divertidas.

Pero tantas horas en una taberna, hablando, riendo e intentando adormecer el cerebro, habían tenido un inconveniente. Había bebido más de lo que acostumbraba, pero no lo bastante como para no ser consciente de ello. Y prefirió perder un rato de sueño despejándose con el aire frío de la noche antes de abrir la puerta con torpeza o subir la escalera a trompicones. Los ruidos despertarían a sus padres y su madre se levantaría, dándose cuenta de su estado. Y él no estaba para sermones.

Se abrió la parca para que el fresco le despejara con rapidez, y resopló recordando a Beatriz.

¿Por qué se había enfurecido tanto al escucharla hablar de Ignacio?, se preguntó, bajando los párpados cansados. Debería darle igual lo que dijera o pensara de él. El abuelo ya no estaba; no podía hacerle daño. Lo más inteligente sería dejarlo pasar y aguardar a que ella se cansara de jugar a los ganaderos y, del mismo modo que había llegado, se fuera.

Pero el problema era que le hería, porque los razonamientos de Beatriz no eran tan estúpidos: el viejo le había fallado. Al menos eso era lo que él pensaba cuando los demonios de la duda le asaltaban. La mayor parte del tiempo le vencía el cariño que sentía por él, y confiaba en que había tenido motivos poderosos para entregar toda su herencia a su nieta.

No quería volver a despertar sus recelos. Necesitaba dejar de pensar en todo aquello, al menos hasta que hubiera dormido un poco y tuviera el cerebro en su lugar.

Introdujo las manos en el pozo y se humedeció el rostro con ellas. Las noches de primeros de abril aún eran frías y él se estaba helando, pero al menos se sentía mejor. Sonrió imaginando que el alcohol se le debía de haber congelado en las venas. Resopló, poniéndose en pie, seguro de que ya estaba preparado para alcanzar su refugio sin peligro.

Abrió y cerró con cuidado el portón de madera oscura, ascendió la escalera con sigilo y entró en su habitación sin provocar un solo ruido.

No tuvo temple para doblar con cuidado el edredón de cuadros escoceses. Lo apartó hasta los pies de la cama. Se desnudó por completo y metió su cuerpo agotado entre las suaves sábanas blancas.

No llevaba dos minutos con los ojos cerrados cuando la puerta se abrió y su madre, con un chal de lana sobre un camisón celeste, susurró a la vez que asomaba la cabeza.

—¿Estás despierto, hijo?

Jon la conocía y sabía que no se iría con facilidad, pero, aun así, no se movió.

—No te he oído llegar —continuó susurrando—, pero hace media hora no estabas aquí. ¿Ya te has dormido?

Jon, con los ojos cerrados, se preguntaba cómo quería ella que le respondiera si en verdad dormía. Su madre era pertinaz cuando quería conseguir algo, y en ese momento pretendía hablar con él.

Aitana se acercó hasta la cama. Tenía una noticia que darle demasiado hermosa para hacerla esperar hasta el día siguiente. Cabía la posibilidad de que su hijo estuviera aún en el primer sueño, y bajó el volumen del susurro para que no se despertara si dormía profundamente.

—Estás dormido, ¿verdad?

—Sí, mamá —respondió con resignación—, estoy dormido.

—Hola, cariño —exclamó, feliz, sentándose sobre el borde del colchón—. No quería molestarte, pero al final no me he resistido. Llevo toda la noche esperando escuchar tus pasos en la escalera.

—No te preocupes —dijo, sin abrir los ojos—. Anda, cuéntame eso tan importante que no puede esperar a mañana —pidió, complaciente.

—Ha llamado tu hermano Pablo —dijo, como si fuera necesario puntualizar sobre el único que tenía—. ¿A que no adivinas qué gran noticia nos ha dado? —preguntó, eufórica.

Jon entreabrió los ojos y miró el reloj de su muñeca. Eran las dos y media.

—A estas horas no se me dan bien las adivinanzas —indicó, tratando de no parecer demasiado irónico—. ¿Qué ha dicho?

—¡Me van a hacer abuela! ¡Leire está embarazada! ¿No te parece maravilloso?

—¡Vaya! —Se incorporó de un salto y encendió la lámpara, en su mesilla—. El que decía que no le gustaban los niños va a ser papá. Eso sí que es una buena noticia. Y, ¿para cuándo está previsto que yo me convierta en un orgulloso tío?

—Dice que para Navidad —explicó Aitana, satisfecha—. Será el mejor regalo que hayamos tenido nunca.

Jon apoyó la espalda contra el cabecero, cuidando que las mantas no se le deslizaran más allá de la cintura. Alguna vez, hacía ya años, él mismo había pensado en niños propios. Ahora, y gracias a su hermano, podría volcar su cariño en una niña

que también llevaría un poco de su misma sangre.

—Es cierto —respondió, pensativo—. Me gusta la idea de tener una sobrinita a la que mimar y enseñar un montón de cosas. Ya me veo bajando a Pamplona todas las semanas —añadió, radiante.

—Puede que sea niño —exclamó su madre, que opinaba que el primer hijo siempre debería ser varón.

—Puede que sí —aceptó Jon, sonriendo—, pero va a ser una nena.

—Y tú —dijo ella, cogiéndole la mano—. ¿Cuándo me vas a hacer abuela tú?

Jon suspiró y dio unos golpecitos impacientes sobre la mano cariñosa de Aitana.

—No corras, mamá. Ni siquiera tengo novia.

—Pues ya va siendo hora de que olvides lo que ocurrió con Nerea y encuentres una buena chica.

Jon separó los labios para decirle que aquel tema llevaba años zanjado, que odiaba que se lo recordara, que ella lo sabía y que a veces parecía que le gustaba ponerle de mal humor. Pero se decidió por el camino más corto y sencillo de acallarla.

—Mamá —dijo, señalando el reloj—. ¿Has visto la hora que es? Tengo que madrugar.

—Tienes razón, hijo —respondió, mas siguió sentada—. Ya hablaremos de esto en otro momento, pero hay otra cosa que quería decirte. —Se acomodó sobre la cama mientras Jon se armaba de paciencia—. Tu padre y yo hemos pensado presentarnos a Beatriz. Creo que tú deberías acompañarnos.

Jon rio, incrédulo. Bastante tenía ya con aguantar a aquella mujer cada día, como para que ahora pensara en acercarla a su familia.

—Ni loco. Ni borracho como una cuba. Ni muerto... —La miró, ceñudo—. No quiero confianzas con ella y tú no deberías pedírmelas.

—Es la nieta de Ignacio —argumentó, tratando de convencerlo—. Hace mucho que debíamos haber ido a verla. No tenemos por qué perder las buenas maneras.

—Ella ni siquiera sabe que existís —contraatacó, conteniendo su irritación—, mucho menos que trabajasteis para su abuelo o que él era para vosotros como de la familia.

Aitana pensó que su hijo tenía, esa noche, un humor de perros, y que ni aceptaría la visita a Beatriz ni alegraría una disculpa razonable para no hacerlo.

—Creo que ya va siendo hora de dormir —exclamó, mirando de nuevo el reloj.

Se levantó, enojada como una niña, pero los pocos pasos hasta la puerta y el silencio de Jon le bastaron para que decidiera relajar su actitud.

—Buenas noches, hijo —le deseó, con una sonrisa cariñosa—. Que descanses.

—Buenas noches, abuela —contestó Jon, jocoso, y el rostro de Aitana se volvió a iluminar.

—Entre todos vamos a malcriar a ese niño —susurró mientras cerraba con cuidado.

—Niña —corrigió Jon al quedarse solo—. Va a ser una niña.

Se apoyó sobre uno de sus codos para doblar la almohada por la mitad y colocarla bajo su espalda. Cerró los ojos y pensó en lo que supondría tener un bebé en la familia. Un hijo de su hermano. Una preciosa sobrina de ojos oscuros como la noche. No era un pensamiento descabellado, ya que tanto Pablo como Leire los tenían negros.

Y, poco a poco, con una relajada sonrisa y sin acabar de acostarse, se fue quedando dormido.

Al día siguiente, con la discusión bien fresca en su memoria, ninguno de los dos tuvo ánimo para iniciar una conversación. Jon y Beatriz trabajaron en medio de un silencio tenso, deseosos de que llegara el mediodía.

Al salir, Beatriz no tuvo que hacerse la rezagada o inventar que había olvidado algo. Jon ya se había acostumbrado a que ella saliera la última. No lo entendía, pero no era lo único que le desconcertaba de ella.

Poco podía imaginar Jon en qué había gastado su madre las energías aquella mañana. Seguía empeñada en visitar a Beatriz, y Cosme insistía en que no llevaría la contraria a su hijo. Pero ella supo ser insistente. Le convenció de que un acercamiento de la familia hacia la chica conseguiría que Jon se relajara y comenzara a mirarla de otro modo. Cosme se santiguó antes de aceptar, confiando en que su mujer tuviera razón.

Durante la comida ocultaron sus intenciones, y después esperaron hasta que Jon regresó al trabajo. Era una tarde soleada, estupenda para caminar despacio, por el borde de la carretera, hasta las tierras del difunto Ignacio.

Se presentaron como los padres de Jon, y Beatriz se sorprendió de que hubieran querido conocerla. Los hizo pasar al único lugar de la casa en el que podía atender visitas: la cocina.

Sentados a la mesa, lo primero que hizo Aitana fue disculparse por no haber pasado antes a verla. Mientras tanto, Beatriz ponía al fuego una pequeña cacerola con agua y sacaba un sencillo juego de café de la alacena.

Era el único mueble con puertas en una cocina en la que reinaba la sencillez y lo práctico. En dos de sus paredes se apoyaba una larga y única encimera en forma de ele. Uno de sus lados era el espacio para los fogones con una campana por la que tenían salida los vapores. En el otro, y bajo una ventana desde la que se divisaban las preciosas cimas de los Pirineos, había un fregadero de piedra gris, con un grifo. Toda la parte baja, cubierta por cortinas de algodón blanco, hacía las veces de armario. Otra ventana en la pared de enfrente daba al pastizal y a los establos.

—Doina me ha enseñado a hacer café de puchero —dijo Beatriz, sentándose a la mesa mientras esperaba que hirviera el agua—. En mi casa uso una cafetera italiana que lo hace ella sola.

—Por lo que veo te estás amoldando bien a este lugar y lo disfrutas —opinó Aitana—. Yo ni recuerdo cuándo hice café en puchero.

—Voy lográndolo poco a poco —respondió ella—. Lo que más me impresionó, nada más llegar, fue el silencio. Pero ya lo tengo asumido y ha comenzado a gustarme.

Faltó a la verdad para no parecer una mojigata niña de ciudad, y no quiso hablarles del agobio que aún sentía al verse rodeada de tanto y tan intenso verde, ni de su terror a los perros o su poca simpatía hacia el ganado.

—Estarías mejor en el pueblo —exclamó Cosme—. Allí el silencio es el mismo, pero estás entre vecinos y el verde no te llega hasta la puerta de casa.

—Me encanta esto —mintió Beatriz, levantándose ante el sonido del agua hirviendo—. Cuando abandone la borda será porque me vuelvo para Madrid.

—Jon no nos ha dicho cuánto tiempo piensas quedarte.

La confidencia de Aitana había sido una pregunta. Beatriz abrió un bote que contenía café molido y echó dos cucharadas al puchero, colocó la tapa y apagó el fuego para dejarlo reposar.

—No sé cuánto tiempo estaré aquí —respondió con sinceridad—. Dos, tres meses. Hay gente que se toma un año sabático para renovarse. Puede que yo haga algo parecido —añadió sin ningún convencimiento.

—¿Estás pensando quedarte a vivir por aquí? —preguntó Cosme, al que la larga estancia de la chica le tenía confundido y preocupado.

—¡No! —exclamó Beatriz, echándose a reír—. No lo toméis como un desprecio. Esto me parece muy bonito, pero yo tengo mi vida echa en otro lugar.

—Es normal, hija. Una no corta con su pasado y comienza de nuevo sin un motivo importante. Fíjate en Cosme —dijo, mirando a su marido con una sonrisa—: Llegó de Extremadura a trabajar en la construcción de carreteras, y ya no pudo marcharse.

—Por el acento de Jon, di por hecho que era roncalés.

—Y lo es. Yo soy extremeño, pero mi mujer es de este valle y mis hijos también. Se criaron aquí, en esta borda —dijo, bajando el tono, como si contara un secreto.

Beatriz recordó el aciago día de su llegada. Había preguntado, en tono despectivo, que si «eso» era la casa de Ignacio. Tal vez, pensaba ahora, aquello hirió el amor propio de Jon y quiso vengar la afrenta haciéndola pasar la noche en eso. Sonrió reconociendo que, de haber estado ella en su lugar, sin duda hubiera hecho lo mismo.

—Pablo es el mayor de los dos —dijo Aitana, sacándola de sus reflexiones—. Está casado y vive en Pamplona. Físicamente se parecen mucho.

—¿Y tiene el mismo carácter de Jon? —preguntó con suavidad y alegrándose de que no pudieran leerle el pensamiento.

—No, hija —dijo la madre, agitando la cabeza—. Es bastante más tranquilo. Es alto, delgado y moreno, como Jon, pero ahí acaban las coincidencias. Ya de pequeños, mientras Pablo iba a jugar con amigos al frontón, Jon se quedaba aquí,

esperando que le dejáramos hacer labores con el ganado.

—¿Trabajasteis para Ignacio como ahora lo hace la familia Ionescu?

—Algo parecido. Cuando me enamoré —explicó Cosme, tomando la mano de Aitana— busqué un trabajo que no me obligara a moverme de un lado a otro y encontré a tu abuelo. Él hizo arreglar la borda para que pudiéramos vivir aquí una vez casados. Tenía poco ganado y no fabricaba queso. Aitana y yo podíamos con todas las labores. Nuestros chicos sólo estudiaban, aunque era difícil sacar a Jon de los establos.

—No imaginaba que era así como había conocido a Ignacio.

—¿No te ha hablado de tu abuelo? —se interesó Aitana, y Beatriz negó con la cabeza—. Pues debería hacerlo. Tiene muchas historias divertidas, otras no tanto. Dile que te las cuente.

—Se lo diré —mintió Beatriz mientras se giraba hacia el puchero para filtrar el café con un colador de tela.

La conversación se alargó hasta que se vació la tetera de porcelana. Aitana le habló del huerto que tenía en casa y la invitó a que fuera cuando quisiera coger alguna verdura o charlar un rato. A Beatriz le resultó gracioso escucharle decir que si necesitaba algo y no quería ir ella misma, Jon podía hacerle de recadero.

Se despedían en la entrada de la borda cuando apareció él. Se acercó con sus botas de montaña, su pantalón azul y la camisa remangada hasta los codos. Era lo que tenía el mes de abril, que, tras una noche fría, podía amanecer un día cálido y radiante.

Cuando alcanzó la cabaña, apenas si dedicó a Beatriz una mirada fugaz. Su especial y tensa atención se la dedicó a sus padres mientras decía, cortante:

—Esperadme aquí. Os acercaré a casa.

Y volvió sobre sus pasos en busca del Land Rover que se utilizaba para todo lo relacionado con el ganado y para subir a los pastizales de la sierra de Santa Bárbara.

Durante el corto trayecto al pueblo, Aitana comenzó a explicar lo bonita y simpática que le había parecido Beatriz. Jon le rogó que no hablara, pues él estaba demasiado enfadado y no quería decir nada de lo que después tuviera que arrepentirse.

Mientras Cosme, más cauto, se dijo que ya habría un momento mejor para explicaciones, Aitana regresó a la carga contando la habilidad que tenía la chica para hacer café en puchero.

Con un brusco frenazo, Jon detuvo el auto en medio de la carretera y miró a su madre, sentada a su derecha.

—No quiero hablar —gritó, furioso—. No quiero escuchar. Me trae sin cuidado si Beatriz hace bien el café o le sale como puro veneno. —Alzó una ceja y precisó—: No es algo que vaya a probar nunca. —Resopló, golpeando el volante con los puños cerrados una y otra vez—. Estoy mucho más cabreado de lo que imaginas. Si quieres hablar, sea de lo que sea, te esperas a que yo no esté delante. —La miró con gesto

amenazante mientras metía la primera marcha—. Y no me obligues a detener de nuevo el coche.

Diez minutos después, y cuando el sol terminaba de ocultarse tras las montañas, estaba de regreso en los corrales, tratando de olvidar lo ocurrido enfrascándose en lo que más le relajaba: el ganado.

Desde una de las ventanas de la cocina, la que daba a la entrada y a los establos, Beatriz vio regresar el Land Rover. Y, sin saber por qué, cuidó los pasos de Jon desde que se apeó del auto hasta que desapareció tras la nave de las ovejas. Si además de mirar por la ventana lo hubiera hecho también hacia su propio interior, hubiera visto que comenzaba a interesarse por Jon. Pero, en lugar de eso, encontró la justificación perfecta para salir de la borda tras él: llevaba más de un mes en ese lugar y aún no se había acercado a las cuadras.

Apenas si sabía, por Doina, que cuando era necesario separar a las ovejas lo hacían por medio de barreras móviles, o que las ordeñaban de modo automático, junto a la pared que daba a la quesería y al tanque de refrigeración de la leche. De la segunda nave tampoco sabía demasiado. Contenía vacas, terneros y potros. Las yeguas pasaban la mayor parte del año paciendo en la sierra. Sólo durante los días más crudos del invierno bajaban a los pastos de la finca y, a veces, ocupaban un lugar en los establos. Según Doina, no les quedaba mucho para tener sus potrillos. Parían todas las primaveras. Las primeras crías se vendían en diciembre y el resto cuando cumplían el año.

Beatriz sentía temor por los rumiantes y sus grandes cuernos, y tampoco las ovejas le inspiraban demasiada confianza. Los caballos, junto al yorkshire de su amiga Laura, eran los únicos animales con los que tenía algún contacto.

Por el modo en el que Jon había desaparecido de su vista tras la casa de los Ionescu, imaginó que se encontraría en el último establo. Mirando hacia los lados, atravesó el fresco pastizal esperando que *Obi* y *Thor* estuvieran con Marcel o Traian, entretenidos en cualquier labor con las ovejas.

Llegó a la segunda nave, blanca, como la primera, y con la parte superior también abierta. Se acercó a la entrada, pero escuchó la voz de Jon que le llegaba del exterior. Prestó atención para averiguar si hablaba solo o lo hacía con el ganado. No era extraño que la gente hablara a los caballos. A veces Diego lo hacía con el suyo.

Descubrió, mientras rodeaba la nave hasta la zona trasera donde la superficie de pastos era más extensa, que el áspero Jon estaba hablando en francés. A ella le gustaba deleitarse con las canciones francesas en las que siempre encontraba poesía para el alma y dulzura para los oídos. Adoraba baladas como *Qui?*, en la voz de Charles Aznavour, y consideraba que aquella delicada y melosa lengua era el idioma más delicioso y romántico del mundo.

Llegó sigilosa y lo vio. De pie, junto a una valla de madera que le alcanzaba el

torso, hablaba por su móvil a la vez que acariciaba la frente de una yegua, y otras tres le acercaban sus hocicos solicitándole la misma atención. Él intentaba contentarlas a todas mientras pronunciaba una sensual y acaramelada amalgama fonética.

Eran cuatro de las yeguas que estaban a punto de parir. Mientras el resto de la yeguada tendría a sus potrillos en la sierra, éstas, primerizas, que según la experiencia de Jon presentarían partos complicados, lo harían cerca de casa por si necesitaban de su asistencia.

Terminó su conversación sin haber reparado en que lo observaban, y se entretuvo hablando a los animales en un suave y susurrado francés.

—¿Te entienden? —le preguntó Beatriz, parada tras su espalda.

Jon se volvió, dedicándole una relajada y amplia sonrisa. Beatriz sintió que el corazón se le paralizaba. En ese instante tuvo la convicción de que ningún hombre la había sonreído de aquel modo, y precisamente lo estaba haciendo quien hasta hacía poco le había negado incluso una mirada amable.

Jon guardó el móvil en el bolsillo de su camisa, concediéndose tiempo para analizarse el ánimo. Ignoraba en qué momento había desaparecido su mal humor, si durante la productiva conversación o al escuchar a su espalda la infantil pregunta. Pero lo cierto era que se sentía bien.

—Creo que sí —dijo, observando cómo los bucles sueltos acariciaban el rostro y los hombros de Beatriz—. Llevo muchos años hablándoles el mismo idioma.

—Yo elegí el inglés —comentó, arrugando la nariz—. Del francés conozco las tres palabras de rigor.

Jon sonrió y volvió a acariciar a las yeguas. La actitud sosegada de Beatriz le recordaba más a la mujer que había observado en compañía de Traian o Marcel, que a la que pasaba las horas con él en la quesería.

—Es un idioma muy dulce —continuó diciendo ella, que se acercó para acariciar al primer hocico que le dio la bienvenida—. Imagino que cualquier chica se desharía escuchando una declaración de amor en francés.

Estaba curioseando, preguntando sin demasiada sutileza, pensó Jon, que a punto estuvo de responder que sí. Que la mujer a la que había susurrado por teléfono se había quedado encantada. Era lo que merecía, porque además de insensible e interesada, era cotilla. Pero finalmente decidió ser sincero.

—Cerraba un magnífico trato con un cliente francés —reveló, satisfecho—. Le vendemos potros.

Negocios, se dijo Beatriz, que había imaginado que tanta dulzura al tocar a un animal se la provocaba alguien desde el otro lado del teléfono. Miró a su alrededor. La luz de la tarde se apagaba, los colores se oscurecían y en lugar de oxígeno parecía respirarse calma. Por primera vez se sentía a gusto, disfrutando de la compañía de Jon sin ningún tipo de tensión.

—Creí que toda la producción se quedaba por aquí, como las terneras —dijo, a la vez que comenzaba a acariciar a la yegua con ambas manos.

—Los franceses consumen mucho equino —explicó Jon—. Es una carne más sana que la de vacuno, pero aquí no terminamos de aceptarla. Tenemos unos cuantos clientes franceses que nos compran todo cuanto vendemos después de surtir nuestra carnicería en Pamplona.

—¿Y cómo se lo llevan? —Volvió la cabeza hacia él, que parecía ensimismado con la sedosa piel color avena de una yegua. Admiró su hermoso perfil que por fin se mostraba relajado en su presencia.

—Traen sus propios vehículos. —Continuó absorto—. Yo sólo trato con ellos el precio y me aseguro de que los animales se transporten en las mejores condiciones. Cuando Ignacio vivía, y antes de que se sintiera demasiado cansado, solíamos ir a las ferias de ganado.

—¿Ferias en Francia? —preguntó, satisfecha porque acababa de descubrir qué hacían allí los enormes camiones que había visto desde la borda.

Se sentía tan cómoda, que ni siquiera reparó en que su abuelo había entrado a formar parte de la conversación. Esta vez, escuchar su nombre no le hizo pensar que acabarían discutiendo por su causa.

—Ten en cuenta que tenemos la «muga» a unos treinta kilómetros. —La miró. Beatriz alzó sus cejas en una muda pregunta y Jon aclaró—: La frontera. Está ahí al lado, y a tu abuelo le gustaba mucho ese ambiente festivo de ganaderos. Compraba sementales y veía cómo se movían los precios de la carne. Yo le hacía de traductor.

—¿Ya no vas a esas ferias?

—A Francia no —respondió Jon, tan distendido como ella—. A las de aquí sí. Son imprescindibles para encontrar buenos sementales, pero también para conocer el valor en el que se mueven los potros y poder negociar su venta, como estaba haciendo cuando has llegado.

—Ignoraba que hablaras francés o que visitaras ferias de ganado —reconoció ella con una sonrisa.

—No sabes nada sobre mí —le dijo Jon, apoyando los brazos sobre la barrera, mirándola con fijeza.

—Es cierto —admitió de buen humor—. Es posible que eso se deba a que eres un hombre misterioso.

Posó una mano sobre la valla mientras con la otra se recogía el cabello para volver a dejarlo caer. Jon percibió su sencillo y fresco olor a moras.

—Y a ti te gustan los misterios —dijo, pensando que estaba hermosa. Tal vez más hermosa de lo que nunca la había visto. Al parecer, vivir alejada de la contaminación le estaba sentando bien.

—La verdad es que sí —respondió—. Lo mío es descubrir enigmas y secretos. Soy una mujer que adora los desafíos —exageró de modo consciente.

—*Tu es une femme dangereuse!*^[1] —dijo, sonriendo y agitando la cabeza.

—Me gusta cómo suena —declaró con inocencia—. Sería perfecto si también supiera qué significa.

—No es bueno querer saberlo todo. —Dio dos golpecitos a la valla y las yeguas se apartaron—. Hay cosas que es mucho mejor ignorar.

Comenzó a alejarse despacio y Beatriz le siguió para colocarse a su derecha.

—¿No me lo piensas decir? —insistió con timidez—. ¿No será porque sabes que el significado no va a gustarme?

Jon soltó una suave risa y se detuvo al llegar a la altura de la puerta de la nave, girándose hacia Beatriz. Estaba anocheciendo. Las sombras de los Pirineos se extendían protectoras sobre el valle. El atractivo rostro de Jon se iluminaba con la luz que salía del establo. El de ella, de espaldas a la claridad, se convertía en una imagen oscura rodeada de un revoltijo de rizos rubios, brillantes y esponjosos.

—Dije que yo no tengo secretos —mintió, buscando sus ojos entre las sombras—. No represento ningún desafío para nadie.

Beatriz no respondió. Introdujo las manos en los bolsillos de sus vaqueros y buscó en el cielo el faro de una luna llena que pudiera alumbrarla hasta la casa.

—¿Te acompaño? —preguntó Jon, como si le hubiera leído el pensamiento.

Ella respondió un sí aliviado y él pulsó el interruptor que dejaba las cuadras a oscuras.

Apenas dieron los primeros pasos, Jon dirigió la conversación hacia el ganado. Le contó que compraban pienso para alimentar a toda la cabaña, y que el forraje lo traían de la rivera; de las tierras de cultivo que Ignacio poseía en Caparroso.

Le sorprendió que Beatriz no supiera de la existencia de esos terrenos; no le cuadraba con la opinión que tenía de ella. En realidad, no le cuadraba con ninguna opinión. ¿Qué atención había prestado cuando el albacea le enumeró lo que pasaba a ser suyo?, se preguntó sin ser capaz de responderse. Ignoraba que ella no había querido conocer detalles sobre las pertenencias que provenían del innombrable de la familia. Le había bastado con saber el valor aproximado que podía alcanzar lo heredado.

En medio de esos pensamientos, reparó en que, sin proponérselo, ésa era la segunda vez en pocos días que caminaba junto a ella hasta la borda. Cuando llegaron a la puerta ya se había prometido, unas cuantas veces, que eso no volvería a repetirse.

La mañana siguiente, Beatriz se despertó con una incipiente dicha, entonando la melodía de *Qui?* y con la imagen de Jon girándose hacia ella y sonriendo. No cayó en la cuenta de que pesaba más en su ánimo su avance en la normalización de sus relaciones con Jon, que el problema sin resolver que tenía con Diego.

Ya en la quesería, juntó la leche de los dos ordeños, la calentó a treinta y cuatro grados y echó el cuajo. Y todo ello lo fue aderezando con el delicado tarareo de la canción y una sonrisa de felicidad casi infantil. Cuando la lira cortaba la cuajada en pequeños pedacitos del tamaño de un grano de arroz, ella se atrevió a pronunciar algunas palabras que recordaba de forma vaga.

Así la encontró Jon cuando entró anudándose el delantal, un rato después. Apenas pudo escuchar una estrofa antes de que ella sintiera su presencia y enmudeciera, enrojeciendo como un pétalo de amapola.

Mientras introducía la plancha en un extremo del tanque para separar la cuajada del suero, Jon sonrió guardando silencio. Se dijo que ella tenía una hermosa voz. Una voz tan dulce y delicada como su aspecto.

A partir del encuentro junto a las yeguas, les resultó algo más sencillo compartir el espacio de trabajo. Continuaron hablando lo justo, sin conversaciones amigables, pero al menos el silencio en el que pasaban las horas comenzó a ser más llevadero.

La tarde de un viernes, cuando Jon terminó con su labor, escuchó las carcajadas de Traian. Llegaban desde la parte trasera del establo. Desde que Beatriz ayudaba a los hermanos a voltear queso, terminaban en menos tiempo, y eso les venía bien porque siempre tenían prisa por comenzar con la fiesta del fin de semana. Por eso le extrañó que a esa hora de la tarde aún estuviera allí.

Su voz alegre indicaba que no se sentía preocupado, pero, aun así, Jon rodeó la nave para ver si podía ayudarle en lo que fuera que le estaba reteniendo. De todos modos, tenía que hacer un poco de tiempo hasta que llegara el camión de transporte que se llevaría una buena parte de las terneras que engordaban en los establos.

Cuando reparó en la presencia de Beatriz, ya no hubo marcha atrás. Sentada sobre un fardo de heno y con la espalda sobre la pared de la nave, le miró con ojos sorprendidos. Traian, de pie ante ella y con las manos en los bolsillos, hizo lo mismo.

—¿Has terminado con las salmueras? —preguntó el chico.

—Sí —dijo Jon, acercándose a ellos sin más remedio—. Estoy a la espera de que vengan a por ganado, pero me ha sorprendido escucharte. ¿No andas un poco tarde, hoy?

—Sí... Bueno... —balbuceó, sin saber cómo justificarse—. Le estaba contando a Beatriz algunas cosas sobre Rumanía.

—No puedes saber muchas —dijo, sonriendo—. Tú has nacido aquí, como yo, y no recuerdo que hayas viajado a ese país.

—Pero en casa hablamos mucho sobre esto. A papá le gusta recordar su juventud. ¿Sabes que si yo viviera allí, seguramente ya estaría casado? —preguntó con satisfacción.

—Pues no —reconoció Jon—. Y me cuesta creerlo. ¡Si apenas has dejado de ser un niño! —exclamó, revolviéndole el pelo con los dedos.

—Eso opinas tú, pero en Rumanía ya sería todo un hombre —dijo, pasándose las manos por la cabeza por si Jon le había dejado aspecto de erizo.

—¿Y estabas intentando impresionar a Beatriz con eso? —La miró, sintiendo que debía ofrecerle un poco de amabilidad, aunque sólo fuera porque aquel momento le pertenecía a Traian.

—Ya lo ha hecho —confirmó ella, aliviada al ver que esta vez estaba ante el Jon agradable—. Me tiene asombrada. Y si va a contarme siempre cosas tan interesantes como las de hoy, me tendrá rendida a sus pies.

—¡Vaya! —exclamó Jon, colocando su mano sobre el hombro del chico—. Retiro lo de niño y te pido disculpas.

Traian se infló como un pavo real y Beatriz se cubrió la boca con las manos para reír.

A Jon le sorprendió el tintineo alegre de su risa, como la de una niña que acaba de cometer una travesura y sabe que no tendrá castigo.

—Los hombres no hablan de sus conquistas, ¿verdad? —preguntó Traian a Jon.

—La verdad es que no —respondió, alternando sus miradas entre el chico y Beatriz, que sujetaba la sonrisa mientras le brillaban sus hermosos ojos verdes.

—Pues entonces no puedo contarte las mías —respondió con un orgullo desmedido—, pero seguro que te gano... a pesar de la edad —aclaró con una mirada cínica.

—Es más que probable —respondió Jon—. Y seguro que Beatriz está de acuerdo —dijo, animándola con un gesto amable a que respondiera.

—Traian tiene un atractivo muy especial y él lo sabe —aceptó, dichosa de que estuvieran compartiendo un momento tan relajado y natural.

—¿Ves? —exclamó el chico, extendiendo los brazos—. ¡Ella sí que entiende!

Jon se encogió de hombros fingiéndose vencido. Traian aún alardeó un rato sobre su madurez y su «especial atractivo» antes de despedirse diciendo que ya salía con retraso, y que Marcel estaría intentando quitarle las chicas.

En cuanto le perdieron de vista, Beatriz no pudo contener la carcajada.

—Es un amor —dijo ella, secándose las lágrimas con los dedos.

Jon tardó en responder. Era la primera vez que la escuchaba reír sin control, y eso le causó un hormigueo extraño. Como si el captar ese sonido dulce le cosquilleara los sentidos. Inspiró y metió las manos en los bolsillos, dispuesto a apartarse de ella ahora que no estaba el chico.

—Te llevas bien con él —dijo, sin moverse.

—Es fácil. Es muy abierto y simpático.

—Tienes razón. Pero también es selectivo —reveló, mirando hacia la hierba que abatía con sus botas—. Examina bien a las personas antes de entregarles su confianza.

—O sea que... —sonrió con timidez—, ¿debo sentirme halagada porque me ha convertido en su amiga?

—Sin ninguna duda —aseguró Jon, retrocediendo unos pasos como única indicación de que se iba—. Es listo —dijo mientras se alejaba—. Muy, muy listo.

No era un chico que se dejara seducir por el brillo de unos ojos verdes, el tarareo de una hermosa canción o el tintineo de una risa. Y Jon se preguntó qué era lo que había visto en Beatriz que a él se le escapaba.

Unos días después, al verla del brazo de Doina, volvió a hacerse la misma pregunta. Caminaban en dirección a Roncal, muy juntas, como lo harían madre e hija para contarse confidencias. Mientras las contemplaba alejarse por el camino, le llegó la risa de Beatriz. La misma risa clara de niña que escuchó junto a Traian, y que volvió a provocarle parecida inquietud. Lo que ya no pudo apreciar, pero le hubiera gustado hacerlo, fue si ella se cubría la boca con la mano para que el alegre sonido no se le escapara demasiado lejos.

Beatriz odiaba lavar en esa casa. No había lavadora y, con prendas como los vaqueros, tenía que frotar hasta que le dolían los nudillos.

Esa mañana amaneció con un cielo azul y unas preciosas nubes púrpura enredadas entre los aún tímidos rayos del sol, y dedujo que ésa era la promesa de un día espléndido.

Después de tomar su desayuno, llenó un barreño con agua caliente y un poco de jabón. Había descubierto que, si dejaba la ropa en remojo, después le costaba menos trabajo lavarla. Hundió las sábanas de su cama en la mezcla jabonosa, y salió de la casa para cumplir con su labor.

Habían pasado tres semanas desde que descubrió a Jon hablando francés, y él seguía resultándole un enigma. En la quesería continuaba mostrándose serio y distante, aunque, a veces, la sorprendía con un comentario agradable que contribuía a confundirla más.

—¿Has visto ese cielo rojo? —preguntó esa mañana, la única vez en la que dijo algo que no tenía relación con el trabajo.

—Sí. Ha sido un amanecer precioso.

—Ése es el anuncio del viento —señaló mientras llevaba una tanda de moldes hasta la prensa—. Hoy soplará muy fuerte.

—¿Estás seguro de eso? —dijo, asombrada—. Sólo eran unas preciosas nubes encarnadas.

—Tan seguro como de que giramos alrededor del Sol —afirmó sin mirarla—. A veces se puede leer en el cielo el tiempo que va a hacer.

Después volvió a quedarse en silencio. A Beatriz le hubiera gustado que siguiera contándole cómo se podía saber que luciría un sol radiante, que llegaba lluvia o que se avecinaba una tormenta. Pero esa mañana Jon no tenía ganas de charla y ella no quiso preguntar.

En cuanto terminó la labor y salió al exterior, comprobó que la certeza de Jon estaba bien fundada. El aire se había revuelto y soplabá con vigor. Mecía la hierba que ella pisaba y arremetía contra los árboles, agitando y silbando entre sus ramas.

Al principio le gustó la sensación de caminar de cara a las ráfagas y apretar el paso para avanzar, pero cuando quiso llegar a la mitad del pastizal, ya estaba cansada de luchar contracorriente y de contener la respiración para que la presión no la

ahogara. Con gusto habría gritado que cesara aquel soplido infernal que le estaba consumiendo la paciencia.

Alcanzó la borda y, con ella, la calma. Acompañada por el sonido del viento que jugaba entre los pinos, comió un triste y solitario filete y una ensalada. Después, a la vez que frotaba la ropa de cama en el interior del barreño, observó tras la ventana el zarandeo de las cuerdas que le había puesto Mihai para que sostuvieran sus coladas. La ingenuidad de quien nunca había tendido al aire libre le dijo que esa tarde el algodón secaría tan rápido como si se tratara de seda.

Pero la tarea de colgar se convirtió en un duelo entre mujer y ventisca. Con dos pinzas en la boca, utilizó las manos para coger la bajera y cruzarla sobre el tendedero. El pequeño huracán, que continuaba llegándole de frente, sacudía la tela y cruzaba los extremos hacia su espalda, envolviéndola como un regalo navideño.

Sujetándola como pudo contra la cuerda, consiguió encajar sobre ella las tablillas de madera que sujetaba entre los dientes. Recuperó una del mismo modo y la ajustó en el otro extremo. Por fin pudo respirar mientras el remolino se entretenía ahora con su cabello pajizo.

Inhaló antes de comenzar con la encimera. Ésta era bastante más grande y temía que se convirtiera en una vela desplegada a sotavento y terminara arrastrándola hasta los establos que quedaban a su espalda.

Ocupada como estaba, no vio que Jon, parado en mitad del pastizal, observaba con curiosidad la odisea en la que estaba convirtiendo aquella sencilla tarea.

Volvió a inspirar hondo, mordió otras dos pinzas y agarró la sábana doblada por la mitad. Los extremos volvieron a volar hacia los costados, azotándola y envolviéndola. Esta vez no pudo sujetarse al tendal, la fuerza era enorme y ella tuvo la seguridad de que la acabaría alzando como a una cometa.

Sin soltar la ropa, extendió los brazos y a punto estuvo de rozar la cuerda, pero una nueva racha se lo impidió. Ni siquiera podía gritar para no perder las pinzas, pues sin ellas estaría perdida, alcanzara o no el tendedero.

Cuando se sintió vencida y estaba a punto de soltarlo todo para que ocurriera lo que Dios quisiera, una roca se le pegó a la espalda, dándole estabilidad al mismo tiempo que unas manos fuertes rozaron las suyas para aferrar la tela y apoyarla contra la cuerda.

No tuvo que girarse para saber que era él. Se quedó inmóvil mientras el vendaval agitaba el tejido blanco, golpeando y enfundándola junto a Jon.

Sin tiempo a pensar, él había cedido al impulso de acudir en su ayuda, pero, apenas la rozó, supo que había cometido un error. Le agradó la percepción de tenerla contra su cuerpo y de sentir en su rostro el alboroto de sus bucles esponjosos. Le sorprendió la calidez aterciopelada de sus dedos bajo lo suyos. Y, un desorden, mayor del que les rodeaba, llenó de confusión su espíritu.

No seas tonto, es la nieta infame, se dijo. Pero la sensación no desapareció.

—Coloca las pinzas.

Fue el susurro ronco que a Beatriz le llegó desde su espalda. Ella las cogió de entre sus dientes con dedos trémulos, y las encajó una a cada lado.

—Has elegido un buen día para hacer la colada —continuó diciendo Jon, sin apartarse.

—Quería un secado rápido —bromeó Beatriz, que tampoco se atrevía a moverse del espacio seguro que le estaba ofreciendo.

—Pues entonces has acertado de lleno. Pero deberías sujetarlas mejor o cuando vengas a por ellas te puedes encontrar con la sorpresa de que han salido volando.

Jon se hizo a un lado y aún esperó a que Beatriz terminara de afianzar las sábanas. Después comenzó a alejarse, caminando hacia atrás mientras le aconsejaba:

—La próxima vez ponte de espaldas al viento. Te resultará más fácil.

Se alejó en dirección a la quesería para comenzar la labor con las salmueras. El ventarrón le hacía avanzar deprisa, casi tanto como lo hacían sus pensamientos. Se decía que tenía que guardar las distancias con esa mujer. Comenzaba a provocarle sensaciones extrañas que no quería sentir.

Las zapatillas de loneta estaban perdiendo su blancura. Si el tiempo era bueno, Beatriz las lavaba cada dos días y dejaba que se secaran durante toda la tarde al sol. Pero, a pesar del cuidado que ponía, el blanco ya no era el mismo que cuando las usaba sólo para ir al gimnasio.

Esa tarde no tocaba limpieza. Se las puso después de ducharse y vestirse con sus vaqueros y una camisa blanca de manga larga. Antes había comido sola, como todos los días, un filete medio calcinado y una ensalada. No se le daba bien la cocina. Brincaba y gritaba ante el chisporroteo del aceite, y hasta para dar vuelta al filete alargaba los brazos para alejarse del peligro todo cuanto le era posible.

Por eso, cuando Aitana le ofreció las verduras de su huerto, aceptó sin ningún convencimiento, sin pensar en las ensaladas que cualquiera sabía lavar y aliñar, incluso ella, que las adornaba como si las preparara para un concurso. Durante la comida había reparado en que le interesaba que Aitana cultivara lechugas en verano y escarolas en invierno. No sabía cuál de las dos tendría a primeros de mayo, pero pensó que lo averiguaría esa misma tarde.

Aún era temprano cuando se montó en su BMW. Jon todavía no había regresado tras la comida y la familia Ionescu también estaba desaparecida.

Recordando las calles por las que había caminado con Doina, llegó con facilidad hasta el barrio Iriarte, pasó junto a la fuente de piedra y aparcó en la explanada que quedaba frente a la casa de Jon. Antes de bajar del coche se miró en el retrovisor interior. Se ahuecó el cabello y sacó la barra de labios de su bolso para darse un poco de color.

Al llegar a la puerta le temblaban las manos, agarradas con fuerza a la correa de su bolso. No había visto a Jon en todo el trayecto, por lo que imaginó que aún estaría en la casa.

Se armó de valor, pulsó el timbre y esperó unos eternos segundos hasta que la puerta se abrió y apareció Aitana, con su actitud cariñosa de madre que inspiraba tranquilidad.

—Espero no molestar —dijo Beatriz, insegura por la posible presencia de Jon—. Tal vez no es hora de hacer visitas.

—No te preocupes, hija —respondió Aitana—. Ya hemos terminado de comer y ahora íbamos a tomarnos el café. Llegas a tiempo de acompañarnos.

La hizo entrar a un espacioso recibidor de paredes de piedra en la que destacaba la frontal, lisa y pintada en blanco. Aitana le explicó que la escalera de madera que

quedaba a su izquierda llevaba a la vivienda. Una puerta en la pared blanca separaba el recibidor del lugar en el que apilaban la leña y las herramientas de labranza.

—Recordé que me ofreciste verduras —dijo Beatriz con timidez, retorciendo el asa del bolso entre los dedos.

—Estupendo. Primero pasaremos por el huerto —exclamó, avanzando hacia la puerta de enfrente—. Después subiremos a la cocina. Mi marido y mi hijo nos esperarán unos minutos.

El corazón de Beatriz dio un respingo al escuchar que nombraba a Jon. Confiaba en que él no considerara su presencia como una invasión a su intimidad o algo peor.

Entraron a lo que Aitana llamó «la leñera».

Contra una de las paredes de piedra se apilaban gruesos leños cortados en similar medida, lo que les daba un pulcro aspecto de orden. Al otro lado estaban las bicicletas y los utensilios de labranza, y un pozo tallado en piedra, con agua corriente donde lavaban las verduras antes de subirlas a la casa.

Aitana cogió un cubo metálico y un pequeño cuchillo, y cuando atravesaban la puerta que daba al huerto, comentó:

—Justo aquí arriba tenemos la cocina.

«Y ahí estará Jon», pensó Beatriz, preocupada por la actitud que pudiera tener al recibirla aquella tarde.

El huerto resultó ser más grande de lo que ella imaginaba. La mayor parte de la tierra estaba removida a la espera de que se plantaran las verduras de verano. Pasaron junto a un grupo de coles, alineadas en grupos de cuatro, y llegaron a las escarolas, también en perfecta formación y con las hojas plegadas con cintas de esparto. Aitana comentó que las cerraban para mantenerlas tiernas y blancas por dentro.

—Sólo necesito escarolas —dijo Beatriz, un poco avergonzada—. No se me da bien cocinar.

Aitana la miró sujetando el cubo y el cuchillo con el que pensaba separar las verduras de sus troncos.

—A mí me gusta guisar —comentó, satisfecha—. Podría enseñarte, pero creo que no estás por la labor de aprender.

—Te lo agradezco, pero no merece la pena —confirmó Beatriz con una sonrisa—. No estaré aquí siempre, y en Madrid habitualmente como fuera de casa.

Mientras tanto, padre e hijo conversaban sentados a la mesa de la cocina, ante unas tazas de café, aún vacías. Cosme y Aitana pensaban pasar unos días en Pamplona, en casa de su hijo mayor y su esposa embarazada, y ahora los dos hombres trataban de elegir las fechas más adecuadas.

La espera se alargaba y Cosme, cogiendo la cafetera que Aitana había dejado sobre la mesa, llenó la taza de su hijo y después la suya. Hizo un comentario reprobando la manía de su mujer de ofrecer sus cultivos, y la de las vecinas que

acudían a por verduras sin importarles la hora que fuera.

Jon dio un pequeño sorbo a su café y volvió a dejar la taza sobre la mesa, sonriendo al contar las cucharaditas de azúcar que su padre se sirvió en su propia taza. No lo habría hecho de estar Aitana delante. Ella le tenía controlado el azúcar, la sal, el aceite, y le había limitado a dos el número de cigarrillos diarios, aunque él siempre llevaba una cajetilla en el bolsillo de la camisa. A veces se quejaba diciendo que ella había impuesto, en esa casa, su particular dictadura. Pero en el fondo sabía que lo hacía por su bien; él nunca había sabido cuidarse.

Jon se tensó de pronto.

Por la puerta abierta del balcón llegaba la voz de su madre junto a otra que conocía muy bien. Mientras Cosme continuaba hablando de posibles fechas, él se levantó con intención de alcanzar la barandilla. Se detuvo en cuanto la vio caminar por el huerto, con sus sacrificadas zapatillas blancas, sus vaqueros ajustados y el cabello suelto.

—Yo tenía razón, ¿no? —preguntó Cosme—. Tu madre está con una de las vecinas.

Pero Jon no le escuchaba. Alzaba la cabeza para que los geranios del balcón no se interpusieran entre sus ojos y Beatriz, en la que tenía puestos todos sus sentidos. La observó caminar, agacharse junto a las escarolas, retirarse el cabello con los dedos, reír... Y por un instante sintió que le faltaba el aire. Inspiró con fuerza mientras su padre insistía y él seguía sin escucharle. Se preguntaba qué era lo que le estaba pasando con la nieta odiada, que ya ni en su casa podía sentirse a salvo de ella.

Cuando las dos mujeres se volvieron en dirección a la casa, Jon se apartó con brusquedad para que no le vieran. En un par de minutos estarían allí, Beatriz se sentaría a la mesa y su madre le serviría un café. Charlarían y él no sabría hacia dónde mirar ni qué decir.

Llevaba dos meses aguantando su presencia, pero ahora estaba penetrando en su vida y ocupándole el pensamiento. Y él no podía permitir que eso ocurriera.

—Tengo que irme, papá —dijo de pronto. Debía bajar la escalera, abrir el portón y salir antes de que ellas atravesaran la leñera.

—¿A qué tanta prisa, hijo? —preguntó Cosme, extrañado—. Ni tan siquiera te has acabado el café.

—No tengo tiempo —respondió sin detenerse—. Discúlpame con mamá y su visita.

De haber sido capaz de volar, no hubiera descendido la escalera con más rapidez de la que lo hizo, ni hubiera alcanzado y abierto el pasador sin necesitar siquiera detenerse.

Y a la vez que cerraba tras él la puerta que daba a la explanada, se abría la que separaba el recibidor de la leñera.

Al verlo junto a la pared de la segunda nave y frente a los últimos pastizales, cualquiera hubiera podido pensar que se escondía.

Jon, sentado sobre un fardo de paja, cepillaba el pelaje de *Thor* mientras *Obi*, tumbado a sus pies, dormitaba al sol del mediodía. La labor de poner orden en aquel pelaje blanco y espeso le ayudaba a pensar con claridad.

Recordaba a Beatriz. El modo en el que ella le había recibido esa mañana en la quesería, con la barbilla alzada, el orgullo herido y la dignidad brillándole en los ojos verdes con los que no había querido mirarle. No había dicho ni una palabra, ni siquiera un buenos días. En cuanto colocó la tapa en el último queso, salió arrancándose el delantal. Cuando él giró la manivela de la prensa, ella ya había desaparecido.

Jon entendía su enfado. La había evitado de forma descarada cuando lo correcto hubiera sido esperarla para tomar un café. Un maldito y simple café que le hubiera evitado algunos problemas.

La noche anterior tuvo que escuchar las recriminaciones de su madre y la cortante crítica de su padre. Esta mañana le había tocado el turno al silencio acusador de la dolida Beatriz.

Él no podía responderles que necesitaba evitarla. Que ella le invadía la mente en demasiadas ocasiones, que no le gustaba lo extraño que eso le hacía sentirse.

—¿No bajas a comer? —preguntó Traian, que llegaba para interrumpirle los pensamientos.

Se sentó a su lado, en otro de los fardos, y se inclinó para acariciar la enorme cabeza de *Obi*. El perro levantó el hocico para ofrecerle la suavidad del cuello.

—Hoy hemos terminado pronto —respondió Jon, que pudo haber añadido que los dos tuvieron prisa por perderse de vista. Él porque se había sentido incómodo, ella porque aún estaba herida.

—¿Crees que se quedará a vivir aquí? —volvió a preguntar el joven Ionescu.

No era necesario nombrarla para que Jon supiera que hablaba de Beatriz. Se decidió a responder para no conceder una sospechosa importancia a lo que sólo había sido una simple pregunta.

—No lo creo. —Siguió pasando el cepillo por el fuerte lomo de *Thor*—. Ella ha venido a complicarnos un poco la existencia. Pero se irá. —Respiró hondo—. Y supongo que no tardará demasiado en hacerlo.

Traian frotó las orejas del animal mientras miraba a Jon de reojo.

—Es simpática, ¿verdad?

Jon se preguntó adónde quería llegar el puñetero chico con sus preguntas. Comenzaba a dudar que fueran tan inocentes como aparentaban.

—No lo sé —respondió con calma—. No le presto demasiada atención. Pero tú sí que debes de saber cómo es.

Tendiéndose sobre el fardo, Traian estiró los brazos y se esforzó por no reír. Se mantuvo en silencio hasta que fue capaz de controlarse.

—Tiene miedo a los perros —informó de pronto.

—¡No! —exclamó Jon, mirándolo incrédulo—. Estás bromeando.

—Lo he visto —aseguró Traian, para agregar—: les tiene terror. Si no me crees obsérvala y verás que mira a su alrededor antes de salir de la borda. Lo hace para asegurarse de que las fieras, como ella los llama, no estén a la vista. Cuando se siente segura echa a correr como un corzo.

Jon pensó en la curiosa manía de Beatriz de salir la última de la quesería. Su miedo a los perros podía ser la respuesta.

—¿Cómo no me di cuenta de eso? —se preguntó en voz alta.

—Es normal —respondió Traian, irónico—. Dices que no le prestas mucha atención, ¿no?

Jon no podía creer que el chico se estuviera burlando de él de aquel modo. Comenzó a sentirse vulnerable y estúpido.

—¿A ti no te están esperando para comer? —preguntó, decidido a terminar con la diversión.

Traian se levantó, riendo, y le dedicó una última caricia al suave cuello de *Obi*. Según se marchaba, dio dos palmaditas, como de pésame, sobre uno de los hombros de Jon.

Él ignoró aquel último gesto de mofa y aún se quedó un buen rato cepillando a los mastines y pensando en el miedo que Beatriz podía tenerles. Era cierto que todos los días dejaba que él saliera el primero, pero esa mañana había sido diferente. Entre aguardar por temor, o salir por orgullo, ella había escogido el orgullo típico de los Ochoa de Olza.

El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura.

—¡Está apagado, maldita sea! —gritó Diego, arrojando su teléfono sobre la mesa de su despacho—: ella lo apaga para mí.

Con dedos temblorosos, se frotó los párpados cerrados y ahogó un gemido.

Era un hombre fuerte, más bien duro. Había sacrificado muchas cosas para alcanzar la posición que ocupaba. Cada pequeño o gran lujo de los que gozaba cada día, los pagaba con creces con otras renunciadas. Incluso en la empresa, a pesar de ser el director, trabajaba más horas que ninguno de los cientos de empleados que estaban a sus órdenes, distribuidos entre las oficinas y la producción.

Diseñaban y fabricaban envases para perfumes, y entre sus clientes se encontraban algunas de las marcas más prestigiosas del país. Durante los últimos años había conseguido hacerse con un tímido mercado en Europa, pero con unas prometedoras perspectivas de crecimiento.

No recordaba haber llorado nunca. Nunca alguien le había importado lo

suficiente. Eso había cambiado desde que se dio cuenta de que la desaparición de Bea era algo más que una rabieta, que no iba a dejar que la encontrase, que esta vez podía perderla. Y lloraba, sí. Cuando no podía más y nadie le veía, lloraba como un hombre al que le están alejando de lo único hermoso que posee, lo único hermoso que conoce.

Se levantó, aflojándose el nudo de la corbata. Necesitaba una copa para terminar con el alarmante temblor de sus dedos. Mientras se la bebía, junto al ventanal, pensó que era imposible que nadie supiera su paradero. Bea tenía que estar confiando en alguien, y estaba seguro de que ese alguien era su amiga Laura. Pero ya había perdido la cuenta de las veces que la había llamado suplicándole información; las mismas que ella le había respondido no saber nada nuevo.

Hundido, apoyó la frente contra el cristal y cerró los ojos. La copa estaba vacía, pero los dedos continuaban temblándole casi tanto como le temblaba el alma.

El momento más seguro para encender el móvil era la madrugada, unas dos horas antes de que saltara la alarma en el reloj de muñeca de Diego y éste comenzara su jornada.

Una vez por semana, Beatriz, aún adormilada, encendía su teléfono y lo ahogaba bajo la almohada hasta que cesaban los pitidos que indicaban las numerosas llamadas perdidas y los mensajes. Después escribía a Laura para que supiera que continuaba estando bien y no se preocupara.

Ésta había sido una de esas madrugadas y, tras enviar el mensaje y desconectar el móvil, Beatriz comenzó a cavilar sobre su situación y ya no consiguió volver a dormir.

Después de dos meses en Roncal, aún creía que no había llegado el momento de regresar a Madrid para enfrentarse a Diego. A veces pensaba que nunca estaría preparada para ese encuentro. Tampoco terminaba de entender qué hacía ella en un pueblo perdido y rodeado de montañas, bosques y pastizales. Había llegado allí buscando un refugio para unos pocos días, y su maldito orgullo la había hecho quedarse para demostrar, al desabrido Jon, que ella podía hacer cualquier cosa que se propusiera.

Pero el momento de orgullo había pasado hacía tiempo y, tras haber probado su valía elaborando quesos, continuaba en aquel lugar sin civilizar, compitiendo con Jon de un modo absurdo.

Acurrucada bajo las mantas, se dijo que no podía seguir así. Si necesitaba quedarse un tiempo más, para mantenerse lejos de Diego, cambiaría algunas cosas.

Limaría asperezas con Jon, comenzando por lo único que había detectado que a él le enfurecía: Ignacio. Estaba dispuesta a tragar un poco de hiel mientras escuchaba lo maravilloso que había sido el viejo. Como si ella no supiera, de primera mano, la negrura que tuvo siempre su miserable corazón.

Ya habían introducido en los moldes la mitad de la cuajada del depósito, y Beatriz aún buscaba un buen momento para hablar.

Lo había intentado varias veces, pero al elevar la mirada hasta el perfil absorto de Jon, había tenido que tragar saliva y, junto a ella, se le habían deslizado también las palabras. Ese hombre, con su comportamiento impredecible, la inquietaba. Lo curioso era que le ocurría algo parecido cuando observaba sus manos, grandes y fuertes, llenar los moldes y apretar con los dedos para compactar la cuajada.

Esta vez probó a hablar sin mirarle al rostro ni a nada que le provocara ahogo.

—He estado pensando... —Ya lo había hecho. Ya había dicho las primeras palabras. Ahora sólo tenía que continuar.

Jon la miró sin dejar de apretar sobre su molde lleno. Le resultó agradable escuchar su voz después de los días que ella llevaba sin dirigirle la palabra, aunque fuera él quien se había ganado su silencio.

—Está claro que tú y yo tenemos un problema —continuó Beatriz—. Y deberíamos tratar de solucionarlo.

—No entiendo a qué te refieres —mintió Jon.

—Sí que lo sabes. Al principio no entendía por qué eras tan áspero conmigo. Después deduje que uno de tus motivos podría ser Ignacio —confesó, cerrando el molde y apretando con los dedos sobre la tapa.

Ignacio, y las malditas tierras de las que no quieres deshacerte, pensó Jon, que rogó en silencio que aquello no fuera el inicio de otra discusión.

—Beatriz —dijo, impaciente y a modo de advertencia—. No creo que éste sea un buen momento para...

—No —interrumpió ella—. No lo es. Por eso quería proponerte algo.

Jon detuvo lo que estaba haciendo y la miró, esperando que se explicara.

—Tú sostienes que Ignacio fue una gran persona. Tal vez yo podría pensar lo mismo si compartieras conmigo algunas cosas. —Jon esperaba la propuesta con recelo—. Me gustaría invitarte a cenar esta noche en mi casa para poder hablar con tranquilidad.

—No creo que esto sea una buena idea. —No podía olvidar su sensata intención de alejarse de ella para evitar la confusión que a veces le causaba.

—Me dijiste que no sabía nada sobre él —insistió Beatriz.

Jon se alejó para colocar en la prensa una hilera de moldes llenos y cerrados. No importaba lo que ella dijera; aquello no era una buena idea. Él no podía decidir que la evitaría y al día siguiente aceptar su invitación a cenar.

Giró la palanca de la prensa y volvió al lado de Beatriz. Ella esperaba una respuesta, pero él cogió un nuevo molde y extendió el trapo mientras valoraba su proposición. Aquello podía ser un homenaje a Ignacio. Si conseguía que su nieta le conociera y llegara a quererlo, sería el mejor regalo que pudiera hacer al viejo, aun después de muerto.

—De acuerdo —dijo, y al aceptar se le aceleró el corazón—. Esta noche

hablaremos de Ignacio.

¿Cómo se vestía, una mujer de ciudad, para una cena en una borda de pastores, con un hombre atractivo pero intratable que no perdía ocasión para hostigarla?, se preguntó Beatriz durante horas. ¿Cómo lo hacía para no parecerle una esnob pretenciosa, y conseguir con ese encuentro un poco de paz?

Cuando se vio con la falda negra de hilo, la camiseta negra de tirantes y la blusa blanca, transparente, Beatriz ya había probado con todo su vestuario. No tenía un espejo de cuerpo entero donde mirarse, pero al ponerse sus zapatos blancos, estilo bailarina, le pareció que estaba elegante a la vez que sencilla.

Algo parecido le había ocurrido, durante toda la tarde, con la cena. No quería servir nada precocinado, con lo que sus opciones se vieron reducidas a los alimentos fríos. Rasgó sobres, abrió botes y manejó el cuchillo para servir jamón serrano, espárragos de Navarra, taquitos de queso y una primorosa ensalada mixta.

Jon llegó recién duchado, con el cabello aún húmedo y oliendo a jabón. Se había puesto unos vaqueros gastados, una camisa blanca y su parca azul marino que se quitó nada más entrar. Llegaba nervioso porque aquel encuentro implicaba un peligro que sólo él presentía, pero aun así consiguió ofrecer una amigable y relajada sonrisa.

—Si no va con la cena, puedes guardarla para otra ocasión —dijo, tendiéndole una botella de vino tinto de Navarra.

Beatriz la cogió sin saber qué decir. Realmente, ¿qué vino iba con lo que ella había preparado? Mientras caminaba hacia la cocina, seguida por Jon, pensó que tal vez debería haberle aclarado, aquella misma mañana, a qué tipo de cena le invitaba.

Una hora después, la botella medio vacía descansaba en el centro de la mesa y ellos dos habían picado de todos los platos sin haber sacado el tema de Ignacio.

Jon se impacientaba. Viendo que ella no arrancaría nunca, se decidió a hacerlo él. Cogió otro taco de queso y observó que era un cuadrado perfecto, como si Beatriz hubiera usado una regla para medir y hacer los cortes.

—¿Qué quieres saber sobre tu abuelo? —preguntó, llevandoselo a la boca.

Ella inspiró con fuerza, llenándose los pulmones y preparándose para escuchar las pretendidas bondades del viejo.

—Me gustaría saber qué tenía para que aún hoy le guardes tanta fidelidad. —No entendía el cariño sin fisuras de un hombre como Jon hacia un ser ruin como Ignacio—. ¿Cómo llegaste a quererlo tanto?

—Imagino que ya sabes que mi hermano y yo nos criamos aquí —comentó él, en una clara referencia a la visita que le habían hecho sus «traidores» padres—. Los primeros recuerdos que tengo de tu abuelo son los de un hombre arisco, amargado. No quería tener críos al lado y yo siempre estaba curioseando alrededor de él y del ganado. —Bajó la mirada hasta su vaso de vino y lo acarició con sus dedos—. Solía echarme con un «maldito niño, vete con tu madre». Pero yo volvía una y otra vez.

Beatriz confirmó su creencia de que Ignacio era un hombre sin corazón, pero calló y siguió escuchando.

—Yo era muy insistente. Aún lo soy —confesó sonriendo—. Al final no tuvo más remedio que aceptar mi compañía. Por entonces no disponía del ordeño automático. Conseguí que me dejara ordeñar alguna oveja de vez en cuando, echarles de comer, limpiar el establo. —Alzó su mirada brillante hacia Beatriz—. Para cuando me fui a estudiar a Pamplona ya trabajaba mano a mano con él y con mi padre, y ya le quería como si fuera mi propio abuelo.

—¿Y te pagaba por tu trabajo? —preguntó sin ninguna malicia.

Jon cogió el vaso y bebió despacio. La pregunta le había molestado. Quiso creer que la estaba prejuzgando, que no llevaba ninguna segunda intención.

—Yo estaba dispuesto a pagar por que me dejaran hacerlo, pero sí —afirmó con satisfacción—, me pagaba, y eso me vino muy bien para mis años de estudio en Pamplona. —Y sin poder evitar la pregunta que llevaba clavada en el alma, le dijo—: Respóndeme ahora tú: ¿Por qué no viniste?

—No te entiendo —dijo Beatriz, confusa.

—El viejo no merecía morir solo —afirmó él, mirándola a los ojos, y según hablaba sentía que los recuerdos le iban envenenando la sangre—. Si vas a preguntarme si él me pidió que te llamara, la respuesta es no. Él nunca pedía, al menos no con palabras. Pero necesitaba verte antes de morir. Por eso hablé con Luciano Bessolla para que me diera tu teléfono; hacía meses que te había localizado a petición de tu abuelo. —Agitó la cabeza sin dejar de mirarla—. Su nieta. Su única nieta y no fuiste capaz de venir ni siquiera a su entierro.

«Era él», pensó Beatriz. El hombre que la llamó para comunicarle que a su abuelo le quedaban días de vida, era él. Recordó que le había impresionado su voz dolorida y cortante, pero no le importó la noticia que le daba.

—Él no pertenecía a la familia. En su día así lo decidió la abuela y yo la respeté. —Tragó al ver la frialdad en los ojos de Jon—. La verdad es que no me costó hacerlo, porque Ignacio era un desconocido para mí.

—¿Por qué me mentiste? —insistió, dispuesto a no darle tregua—. Dijiste que vendrías, pero sólo lo hiciste para que yo dejara de importunarte, ¿verdad?

—También tú eras un desconocido —se disculpó ella, pidiéndole con la mirada que la comprendiera—. No habría sido lógico que te explicara mis problemas familiares. No fue mentir ni tampoco miedo a que insistieras. En aquel momento me pareció la mejor respuesta.

—Era un buen hombre —reiteró Jon, incapaz de ver la silenciosa súplica de Beatriz—. Tenía mucho cariño para dar y sólo necesitaba que alguien le abriera su corazón. Le ocurrió también con los chicos de Doina. En cuanto le mostraron cariño se volcó con ellos para darles todo cuanto necesitaban.

—Le resultaba sencillo dar cosas materiales. Le sobraba el dinero —afirmó Beatriz con suavidad. No quería provocar discusiones. No podía olvidar que la

finalidad de aquella cena era limar asperezas.

—Les compraba cosas materiales, es cierto —respondió él—. Les regaló hasta esas motos de trial con las que disfrutaban como locos. Pero sobre todo les dio mucho cariño. Más del que puedas imaginar.

«Por supuesto que no lo podía imaginar», pensó ella. No entendía que un hombre que no había sido capaz de dar amor a su esposa y a su hijo, lo hubiera tenido para repartir con los hijos de los demás.

—¿Los quería a ellos tanto como te quiso a ti? —preguntó, convencida de que en el fondo los había utilizado a todos para no vivir en soledad—. ¿De verdad quiso a alguien alguna vez?

Jon se frotó la nuca, cansado. No le gustaban las insinuaciones de Beatriz; le hacían sentirse enfermo. Ella tenía la facultad de lanzarle al abismo de sus dudas y hacerle perder el control.

—¿Por qué te empeñas en medir el cariño? Eso se lleva dentro —dijo, golpeándose el pecho con la palma abierta—. No se ve, pero se siente. Y no se puede medir, igual que no se puede medir el odio.

—Sólo trataba de saber cuánta sinceridad ponía él en sus afectos —se defendió Beatriz—. Y es que sigo sin entender por qué, si tanto te quería, no te incluyó en el testamento.

La palabra «testamento» le llenaba, a Jon, el cuerpo de demonios y el alma de desconfianzas. No pensaba enfadarse, ni gritar, ni salir dando un portazo. Inspiró despacio para contenerse y cogió uno de los trozos de queso.

—El queso no se corta en tacos —dijo con una intencionada prepotencia y mostrándoselo entre los dedos.

—¿Qué?... —musitó la confundida Beatriz.

—Que el queso no se corta en tacos —repitió, y se acomodó contra el respaldo para explicarle con paciencia—: Se separa una cuña, se quitan las cortezas laterales y se va dividiendo en triángulos finos. —Arrojó el trozo sobre los que aún quedaban amontonados—. Después se ponen en un plato, bien ordenados, con las puntas hacia dentro.

—Muchas gracias por la clase teórica —dijo, apretando los labios y aleteando la nariz para controlar su rabia—. Pero no creo que eso tenga tanta importancia como para...

—La tiene, porque has jodido el queso —respondió con calma—. El corte le cambia el sabor. Cuando me invitaste a cenar —dijo sonriendo con malicia mientras veía crecer la furia de Beatriz—, creí que cocinarías, pero entiendo que eso es mucho pedir para alguien como tú. Pero, no te preocupes. Mientras existan los abrelatas estarás salvada.

—¿A qué viene todo esto? —gritó, apretando los puños sobre la mesa.

—¿No querías sinceridad? Te la estoy dando.

Era arrogantemente cínico, pensó Beatriz. Del mismo modo que a veces le

agradaba su compañía, ahora contenía las ganas de estamparle en la cara el plato del dichoso queso.

—Eres un prepotente, un imbécil, un maleducado, un... un... —Sentía tanta rabia que no podía pensar en ningún insulto que estuviera a la altura de lo que Jon acababa de hacerle.

—Bien —dijo él, levantándose con tranquilidad de la mesa—. Me voy. Tal vez llegue a tiempo de cenar en casa. Me cuesta mucho conciliar el sueño con el estómago vacío.

—¡No te vas con el estómago vacío! —afirmó, deseando que todo cuanto había comido se le agriara dentro hasta envenenarle.

—¿De veras lo crees? —preguntó con guasa—. Has estado invitada en la casa de Doina. Ya deberías saber lo que es una cena. —Sonrió al coger su parca de una de las sillas para darle después la espalda.

—¡Te odio! —profirió Beatriz cuando él alcanzaba la puerta.

—Me parece bien. Pero te aconsejo que no trates de medirlo. —Le dedicó una última e irritante sonrisa—. Ya te he dicho que eso es imposible.

En cuanto salió de la borda, la calmada apariencia de Jon se disolvió para dar paso al hombre enfurecido. Necesitaba gritar, y lo hizo cuando montado en su coche se alejó lo suficiente como para no ser oído. Rugió con fuerza, golpeando el volante con los puños. Desahogaba la furia que había contenido ante Beatriz, pero también la que ahora sentía contra sí mismo. Y es que se había comportado como un vulgar cabrón menospreciándola y humillándola sin mostrar ninguna piedad. Se había ensañado por una nimiedad, y ni siquiera había sentido placer al hacerlo.

Durante aquella noche hubo momentos en los que Beatriz estuvo tentada de preparar su maleta y salir de allí para no regresar nunca más. No veía dónde estaba la compensación al agobio de trabajar, codo con codo, con un hombre que no la soportaba y que le mostraba su rechazo en cuanto tenía ocasión. Pero tampoco le emocionaba la idea de regresar a Madrid y ver a Diego.

Al final, y cuando las primeras luces del nuevo día se colaban a través de la cortina de algodón, el tenaz orgullo de los Ochoa de Olza había tomado varias decisiones.

Se juró que no volvería a Madrid hasta no tener su moral y su estima preparadas para enfrentarse a lo que había dejado atrás. No se iría de Roncal, precisamente, porque Jon no la quería allí y ése le parecía un buen motivo para quedarse. Y, además, aprendería a cocinar porque aquel maldito hombre le había hurgado en su quebradizo amor propio.

Reconfortada por la idea de que tenía por vecina a una buena cocinera, esa mañana llegó a la quesería vestida y perfumada de orgullo, y con la firme intención de no mirar ni hablar a su compañero de trabajo.

A Jon, la noche le había suavizado el sentimiento de culpabilidad. Ya no se recriminaba con tanta dureza por su actitud con Beatriz, y cuando se encontró con un escudo de altanería que hacía que fuera imposible acercarse a ella, casi se alegró de todo cuanto le había dicho la noche anterior.

La primera hora la ignoró. Después, sus ojos fueron buscándole sus manos, suaves y pálidas, que se movían sobre la esponjosa masa blanca; y los dedos, largos y delgados, con la intensa huella de un anillo ausente en el dedo corazón de la mano izquierda. Pensó que eran unos movimientos delicados y sensuales.

Observando sus dedos, los imaginó desatando botones, deslizando cremalleras, deshaciendo obstáculos para alcanzar y moverse sobre una piel de hombre: su propia piel de hombre.

Sacudió la cabeza preguntándose cómo podía ser tan estúpido de caer una y otra vez en el mismo error. Quería evitar que ella le confundiera, pero él, de modo inconsciente, buscaba esa sensación. Era la atracción irracional que convive con las cosas prohibidas, con las que no debes hacer, con las que no debes mirar...

Según avanzaba la mañana, sus buenos propósitos se despedazaban contra ese imán y él se volvía más audaz. La miraba al rostro, al gesto infantil de mordisquearse el labio inferior, a cuando los separaba porque necesitaba emitir un suspiro. Y Jon comprobó que aquella mujer, hermosa y altiva, no necesitaba hacer nada especial para templanle los instintos más primarios.

Se preguntó desde cuándo le interesaban las mujeres orgullosas que se vestían como modelos de revista. Se respondió que era la primera vez que alguien, a quien consideraba superficial y a ratos ni siquiera soportaba, le atraía tanto.

Viendo que Beatriz ponía la tapa al último molde, dio por sentado que saldría sin despedirse mientras él colocaba en la prensa la tanda con la que concluían la jornada.

Pero se equivocó.

—¿Por qué me miras? —preguntó ella, a la vez que se quitaba el delantal.

Jon sonrió, agitando la cabeza y terminando de ajustar la prensa. Ella tenía ganas de bronca y él descubría que esa actitud desafiante le gustaba.

—Creo que te equivocas. Yo no te he mirado —dijo según pasaba a su lado y salía sin detenerse.

Para Beatriz fue como un nuevo desprecio y salió tras él, hecha una furia.

—Llevas haciéndolo toda la mañana —insistió, cambiándose de calzado sin preocuparse de anudarse las zapatillas.

Sentado en el banco de listones de acero, Jon ataba los cordones de sus botas con deliberada lentitud. Desde hacía un tiempo le costaba comprender las reacciones que le invadían ante esa mujer. Ahora le confundía el estimulante hormigueo que le recorría el cuerpo, haciéndose más intenso a medida que aumentaba el cabreo de Beatriz.

—¡No quiero que me mires! —siguió gritando al tiempo que se acercaba al lavabo para jabonarse las manos—. Eres el hombre más maleducado que conozco. Ayer te invité a cenar y fuiste lo más grosero y estúpido que he visto jamás.

—Eso no era una cena —dijo Jon, y ella le respondió con una risa mordaz.

Terminó de anudar su calzado y se puso en pie, acercándose también hacia el lavabo. Se detuvo junto a la espalda de Beatriz y se inclinó con cuidado para inspirar el suave y dulce olor a moras de su cuello.

—Hace unos meses te dije que eras una inútil —continuó diciendo Jon, observando cómo un bucle escurrido de su coleta le acariciaba la nuca—. Y salvo alguna pequeñísima excepción, sigo pensando lo mismo.

Beatriz sintió que se le acercaba demasiado y alzó la cabeza para afrontarlo con dureza en el espejo. Él se incorporó, despacio, manteniéndole la mirada con un gesto divertido, como si hubiera deseado ser sorprendido con la nariz pegada a su cuello.

La ira inflamó el verde de los ojos de Beatriz.

—Eso no es cierto —respondió, apretando los dientes, y se volvió con la toalla en las manos—. Soy tan buena como tú haciendo quesos. Tal vez hasta mejor —le desafió—. Sé mantener la temperatura, preparar el cuajo... Podría hacerlo sin ninguna ayuda. Y gracias a tu apabullante amabilidad, ahora también sé cortarlo como Dios manda —agradeció, sarcástica.

Jon se quedó mirándola con una sonrisa cínica. Tenía que admitir que ella tenía agallas, tanto para trabajar como para enfrentársele. Pero sólo le reconocía ese valor ante sí mismo, siempre y cuando no estuviera furioso con ella.

Observó cómo le irrumpía el color en la pálida piel de sus mejillas y cómo la impotencia le bullía tras el ópalo de sus ojos verdes. Se la veía hermosa cuando la devoraba la rabia.

—No te soporto —volvió a gritar, impotente ante el silencio de Jon—. Odio tenerte cerca y odio que me mires de ese modo en el que lo estás haciendo ahora.

Sin ninguna prudencia, él le colocó los dedos en la cintura y la apartó del lavabo. En el espejo pudo ver cómo se amorataba de furia, y llegó a creer que su rostro acabaría estallando de indignación.

—Tienes la solución a tu terrible problema —afirmó, poniendo las manos bajo el chorro de agua fría—. Lárgate a Madrid o a tu casa del pueblo y no me verás nunca más.

Beatriz, sujetando la toalla, observó la tranquilidad con la que Jon jugueteaba con el agua. Le enfurecía su calma. Le parecía que actuaba como si supiera que iba a salir victorioso, como en casi todas las discusiones que habían mantenido.

—No sueñes que te vaya a regalar ese placer —le respondió, clavando las uñas sobre la felpa blanca y jurándose que él la soportaría hasta que a ella se le antojara.

Pero Jon siguió mostrando una fastidiosa tranquilidad. Ella buscaba provocarle, pensó. Quería desahogar su frustración con una rabieta de niña malcriada. Pues bien; él le concedería la satisfacción de una buena contienda.

—No te gusta la borda pero vives en ella —explicó, con una guasa hiriente—. No te gusto pero te afanas cada día a mi lado. Hay algo que no encaja —la miró, sonriendo con misterio—, ¿no crees?

Beatriz controló su irritación inhalando con lentitud por la nariz. No pensaba hablarle de los motivos que tenía para esforzarse en trabajar cuando no tenía por qué hacerlo, entre otras razones porque tampoco ella los conocía.

—Me parece que voy comprendiendo —continuó diciendo Jon, que entrecerró los ojos fingiendo pensar—. Por eso estás enfadada conmigo; porque me está costando captar tu juego.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella, cada vez más rabiosa.

—Del juego al que no he sabido seguirte. —Su sonrisa se volvió maliciosa—. Te pido disculpas. No supe entender que haces el sacrificio de vivir en una borda que odias y te has implicado en trabajar todas las mañanas para estar cerca de mí. —Beatriz abrió la boca para protestar, pero Jon continuó—: Te aburres. Esto no se puede comparar con Madrid y te aburres. —Cerró el grifo y la miró a los ojos—. Te aburres y quieres que yo te entretenga.

—Estás loco —soltó Beatriz, cruzando los brazos para ocultar bajo la felpa sus puños crispados—. Yo no quiero nada de ti.

—¿Entra en tu plan esto de hacerte la dura? —preguntó, sacudiéndose el agua de las manos por no pedirle la toalla—. Eso me gusta. Promete ser un juego entretenido.

Quería humillarla. Necesitaba hacerlo, ya que, por algún motivo absurdo, sentía que estaba dejando de odiarla. Para eso podía haber elegido cualquier opción;

cualquier cosa menos ésa. Pero estaba haciendo lo que en el fondo, y de modo inconsciente, deseaba.

La miró, comenzando por las piernas, y ascendió despacio, con descaro. Se detuvo en sus labios y alargó el brazo para rozárselos con los dedos húmedos.

—No te necesito para eso —gritó ella, apartándolo con un manotazo.

Jon lo tomó como una provocación. La sujetó por las muñecas y la arrastró con él hasta encajarla entre su cuerpo y la pared. La toalla cayó a sus pies.

—Está claro el papel que has elegido para mí —dijo, acercándole el rostro hasta que pudo respirar de su aliento—: yo debo entretenerte, divertirte, follarte... y no es necesario que lo haga en ese orden —susurró, bajito—, ¿verdad?

Disfrutó al ver crecer la ira en los ojos de Beatriz, al sentir la fuerza con la que trataba de liberar sus muñecas agitando el cuerpo bajo el suyo. Estaba listo para mofarse una vez más, pero perdió el rumbo y la lucidez cuando la vio abrir la boca para insultarle.

Se lanzó a devorarla como si la hubiera deseado durante siglos. Pero se recreó en la inesperada sedosidad y su lengua no fue lo bastante rápida. Encontró la barrera infranqueable de los labios que Beatriz comprimía con todas sus fuerzas. Él no se rindió. Saboreó y lamió aquella tensa línea recta mientras descubría las formas redondeadas que se agitaban y luchaban contra su pecho. Cuando ella consiguió apartarle el rostro, Jon apoyó la boca en su mejilla, jadeante. El forcejeo y la suavidad de esos labios que se le negaban lo habían excitado.

—Quítame las manos de encima —ordenó Beatriz, sin girarse—. Quítame tu cuerpo de encima —añadió cuando intentó moverse y se sintió presa entre la pared y los músculos tensos de Jon.

Él le soltó las muñecas y comenzó a separarse, pero entonces, ella volteó la cabeza y le miró de frente, limpiándose la boca con un gesto rabioso del dorso de la mano. En sus ojos brillaba un intenso desafío. Sus labios volvían a trazar una fina línea recta que retaba a ser traspasada.

Jon sintió que la sangre le hervía hasta convertirse en vapor oscuro. La poca lucidez que le quedaba se diluyó en rabia, y sólo una idea ocupó su pensamiento; no la dejaría marchar sin haber probado antes a qué sabía su maldito orgullo.

Volvió a apretarse contra su cuerpo y a buscarle la boca con la que ella acababa de despreciarle. Beatriz intentó apartar el rostro, pero esta vez él la inmovilizó, sujetándosele entre las manos. Su lengua se movió enloquecida buscando un hueco. Toda la cólera y la fuerza de Beatriz no bastaron para contenerla. Penetró con fuerza, invadiendo, arrasando, apoderándose de su sabor a dignidad, empapándose de su humedad caliente como si toda ella le perteneciera.

Beatriz peleó, agitando su cuerpo y empujándole por los hombros, pero él era una roca inamovible.

De pronto la lengua dejó de violentarla.

Se deslizó acariciándole el interior con suavidad y salió con docilidad para

lamerle los labios. Beatriz se sintió confundida y, antes de que pudiera forcejear de nuevo, él se apartó unos centímetros para mirarla. Sus ojos negros ardían como tizones avivados por el viento caliente del infierno, y respiraba tan agitado como lo hacía ella misma.

—Si vuelves a besarme, te mato —le desafió Beatriz con simulada y tensa calma. Jon sólo podía mirarla, aturdido. No entendía qué le había incitado a besarla, pero se moría de deseo por volver a hacerlo—. Hablo en serio. —Alzó la barbilla y apretó los dientes—. No te atrevas a tocarme de nuevo.

—Si tanto te desagrado, ¿qué demonios haces aquí? —preguntó con el sonido ronco y lento que surgía de una respiración agitada.

—Si alguien tiene que dar explicaciones, eres tú. —Su boca trazó una sonrisa de triunfo—. ¿O has olvidado que trabajas para mí?

—Te equivocas —dijo Jon, con voz insegura—. Yo trabajo para Ignacio.

—Ignacio está muerto. Todo lo que era de él me pertenece. Puede que hasta tú me pertenezcas —concluyó con intención de humillarlo.

Y lo consiguió.

Sus palabras se clavaron en el centro del amor propio de Jon, que se preguntó qué hacía aún allí. Tras la muerte del viejo no había cambiado su rutina. Continuó haciendo los mismos trabajos, incluso se había implicado en alguno más con el fin de no tener horas vacías. No había dado la importancia adecuada al hecho de que ella era la nueva dueña: ella la que daba las órdenes y él quien obedecía.

—Tienes razón —reconoció con orgullo—, y te agradezco que me lo hayas recordado.

Miró a su alrededor. A la puerta de la quesería, hacia las cámaras, los delantales colgados de las perchas, las botas de goma bajo el banco. Todo lo que había formado parte de su vida durante muchos años. Después miró a Beatriz con ojos nublados por una dignidad cansada.

—Me voy. No estoy dispuesto a recibir tus órdenes. Si quieres que te firme mi renuncia no tienes más que pedirlo.

—Yo jamás te he dado ni una sola orden —aseguró, altiva.

—Eso demuestra que me voy en el mejor momento —respondió, caminando hacia la salida—. Dos últimas cosas —dijo, deteniéndose junto a la puerta—: mañana mismo separaré mi ganado del tuyo. No te preocupes, porque no pienso llevarme nada que no me pertenezca. Y en cuanto a los negocios que tenemos a medias, ¿tienes algún problema porque lo arregle a través de tu abogado?

—Ningún problema. Yo también lo prefiero así —respondió, y alzó la barbilla mientras él desaparecía.

Al quedarse sola tuvo que sentarse en el banco de listones porque no la sostenían sus piernas. Aún sentía en su boca el sabor de los exaltados besos de Jon, y él acababa de despedirse. No podía pensar con claridad, pero le preocupaba que aquél pudiera ser el inicio de un desastre.

No entendía lo que acababa de ocurrir. La mayor parte del tiempo Jon era rudo con ella y hasta daba la sensación de que la odiaba. Entonces, ¿por qué la había besado de aquel modo?, se preguntaba. ¿Para humillarla? Podía creer que así hubiera sido con su primer beso, incluso con el segundo. Lo que le confundía era aquel final, cuando toda la rudeza de su boca se convirtió en caricia y la miró con ojos turbados y encendidos.

Desconcertada, inspiró por la nariz y exhaló despacio. Lo hizo una y otra vez mientras se imaginaba en unas aguas azules y tranquilas donde no existían las complicaciones.

Cuando Jon llegó a casa, sus padres trabajaban en el huerto. Ponían pequeñas plantas de judías y, al lado de cada una, clavaban una larga estaca a la que se iría sujetando la planta según fuera creciendo. Él los observó durante un buen rato desde el balcón de la cocina mientras revivía lo ocurrido con Beatriz.

Desde que la vio llegar, hacía ya dos meses, en su lujoso automóvil, con aquella apariencia perfecta, mirándole con superioridad y orgullo a través de los cristales negros de sus gafas, supo que las cosas entre ellos acabarían mal.

Debería sentirse aliviado porque todo hubiera terminado, pensó. En cuanto se supiera que estaba sin trabajo le lloverían las ofertas y podría permitirse el placer y el lujo de elegir. También podía volver a Pamplona para continuar con la clínica veterinaria que abandonó años atrás. Su ex socio y amigo se lo había pedido muchas veces. Podía hacer con su libertad lo que quisiera. Entonces, ¿por qué se sentía tan mal?

Porque ella le había vencido.

Él abandonaba todo por lo que había luchado durante años, y Beatriz se quedaba como dueña y señora de algo que ni había amado ni amaría nunca.

Y, por si eso fuera poco, la había besado.

Había actuado como un idiota descerebrado, perdiendo el control ante una mujer hermosa. No se explicaba cómo había caído en algo tan absurdo, qué diabólico instinto le había incitado a besarla. Pero algo, en mitad del beso le había convertido la furia en confusión, y él había comprendido que la atracción que sentía por ella era más grande de lo que imaginaba.

Desde la cazuela de barro arrimada al fuego, el confortante aroma de un sabroso *marmitako*^[2] invadía la cocina. La mesa estaba puesta, aguardando la hora de comer. Jon se había adelantado, llegaba sin apetito y el olor a comida le provocaba náuseas.

Prefería esperar en otro lugar.

Bajó a la leñera y enderezó una de las bicicletas recostadas contra la pared. Se sentó sobre la barra que unía el manillar al sillín, y pisó firme el suelo para mantenerla erguida. Unos minutos después sus padres lo encontraban en la misma posición, pensativo y cabizbajo.

Cosme, con la azada en la mano, y Aitana, con el cubo metálico entre las suyas, preguntaron, con recelo, qué había ocurrido.

—Me he despedido —dijo Jon, fingiendo tranquilidad—. No volveré a trabajar para esa arpía.

Aitana se adelantó unos pasos, frunciendo el ceño.

—Pero, ¿qué ha ocurrido, hijo? ¿Por qué sales con esto de repente?

—Hemos discutido y yo me he despedido. No hay nada más que contar. —Una pregunta en los ojos de su madre le hizo añadir—: No quiero que alguien como ella me dé órdenes.

—Yo apoyo tu decisión —exclamó el padre de pronto—. Puedes trabajar donde te dé la gana. No necesitas que...

—¡Cosme! —le cortó Aitana, volviéndose hacia él—. No le animes en esto. Está donde siempre ha querido estar, y si se va ahora se arrepentirá siempre.

—¿No has oído que la chica le da órdenes? —musitó él, por lo bajito, tratando de no herir el amor propio de Jon—. Nadie puede tratar a mi hijo como si fuera su criado.

—¡Ya basta, Cosme! —repitió, y ella no bajó la voz—. Si vas a calentarle los humos, mejor subes y vas sirviendo la comida.

—Tengamos paz, ¿vale? —pidió Jon con paciencia—. Ella nunca me ha tratado como a un criado, papá. Yo no se lo habría consentido. —Miró a su madre, que continuaba acalorada—. Ni siquiera ha intentado imponerme nada, pero puede hacerlo. Y no esperaré hasta que eso ocurra.

—¡Qué mal compañero de viaje es el orgullo! —exclamó Aitana—. Es normal que...

—No es orgullo, mamá —interrumpió—. No me importa trabajar a las órdenes de cualquiera, pero no de ella. —Negó, agitando la cabeza—. De ella jamás.

—Nunca la has mirado bien —afirmó Aitana—. Esto le pertenece, hijo. Tiene derecho a estar aquí.

—Lo sé. —Se apartó de la bicicleta y la posó contra la pared—. No le niego ese derecho, pero me duele.

—¿Qué te duele más, lo que ella hizo con su abuelo o que se haya convertido en dueña de lo que siempre creíste que llegaría a ser tuyo? —preguntó, mirando a Jon, que se alejaba hacia la puerta.

—Las dos cosas —respondió él, apoyando el hombro en el marco de madera y dejando su mirada vagar por el huerto—. Las dos cosas me hacen daño.

Cosme, que desde la interrupción de su mujer les había observado en silencio, se acercó al fregadero y, mientras se ocupaba de lavar la azada, propuso:

—¿Por qué no hablas con ella? Después de todo el tiempo que lleva aquí, puede que lo haya pensado mejor y ahora quiera vender...

—No trataré con ella sobre esto —respondió Jon, sin moverse—. Ya hablé con su abogado hace meses, cuando me contó que ella lo heredaba todo, y me respondió que

no lo pondría en venta. Si no me ha llamado es porque todo continúa igual.

—Siempre has dicho que no te gustan los intermediarios. Que los asuntos se arreglan mejor hablándolos de frente con el interesado —continuó Cosme, sacudiendo el exceso de agua y dejando la azada junto al resto de herramientas—. Dile que estás interesado en...

—No lo haré, papá. Además, aunque quisiera, ya es tarde para eso. —Cogió aire y lo soltó de un fuerte soprido—. Separaré mi ganado, liquidaré los negocios que monté con Ignacio, y cerraré esta etapa de mi vida para comenzar con la siguiente.

—Estoy de acuerdo porque... —La mirada enérgica de Aitana acabó con la frase de Cosme. Cuando estuvo segura de que él no seguiría animando a la rebelión, caminó hacia Jon, que se mantenía inmóvil, con sus ojos negros clavados en el grupo de escarolas.

—Sabes que tu padre y yo estaremos contigo hagas lo que hagas. Aunque te equivoques. Solo quiero que lo pienses bien. Hiciste una promesa a Ignacio.

—Pero no puedo cumplirla —agitó la cabeza, despacio—. No puedo estar cerca de esa mujer.

Algo en aquellas palabras alertaron el corazón de madre de Aitana. Preocupada, se movió hasta que pudo mirar de frente el rostro de su hijo.

—¿Por qué discutisteis? ¿Qué pasó?

—No quieras saberlo —pidió, cerrando los ojos ante el recuerdo de la boca de Beatriz.

Aitana se volvió hacia su marido, que alzó los hombros con impotencia. Cuando Jon se cerraba no había nada que ellos pudieran hacer, salvo esperar a que quisiera confiarse de nuevo. Nunca había sido amigo de compartir penas o problemas.

—Es tu vida, cariño —dijo ella, al fin—. Tal vez te ayude a tomar una decisión el imaginar la explotación de Ignacio dentro de unos años. Si llegas a verla en manos extrañas; o hasta cerrada y abandonada, ¿no te culparás?

Jon se apartó el cabello con los dedos y apoyó la cabeza contra el marco.

—El viejo no debió echar sobre mis hombros una responsabilidad tan grande. No termino de entenderlo —añadió, confundido aún porque dejara toda su herencia a Beatriz.

—Y tú no debiste aceptarla, pero lo hiciste —comentó Cosme, mientras abría la puerta de la leñera para subir a la cocina.

—Las consecuencias de nuestros actos nos acompañarán siempre —dijo Jon en un susurro—, y siempre es demasiado tiempo.

Suspiró, agobiado. No le correspondía cumplir con la última voluntad de Ignacio, sino a su nieta y heredera. Pero estaba claro que el único que había empeñado su palabra era él.

—Anda, cariño. Subamos a comer y ya pensarás con calma lo que vas a hacer —pidió Aitana.

—No tengo apetito —respondió Jon—. Me quedaré aquí un rato más.

—He hecho uno de los guisos que te gustan —informó para tentarlo.

Jon le revolvió el cabello, sonriendo. Ella era una mandona, como bien decía su padre, pero era una mandona tierna que siempre se preocupaba por ellos.

—Guárdame un poco para la noche —pidió, sólo para agradarla—. Ahora necesito un poco de silencio.

Salió al huerto y se sentó en el tronco del viejo roble que su padre había tumbado contra la pared de la casa, a modo de banco. Recostó la espalda contra la piedra caliente por la exposición al sol durante toda la mañana.

Quería dar con una solución. Pensar en su trabajo, en la promesa hecha a Ignacio, en los sueños a los que estaba renunciando. Pero no era dueño de sus pensamientos, que, sin licencia, asaltaban su recuerdo de Beatriz; la tensión de su cuerpo forcejeando contra el suyo, el calor excitante de su aliento, la suave y frágil resistencia de sus labios, el sabor meloso de su boca...

Maldijo, una vez más, el momento en el que se había dejado llevar por los instintos, que le habían complicado la existencia.

¿Cuáles eran los quehaceres diarios de Jon? Muchos. Él lo supervisaba todo.

Mientras Beatriz diluía el cuajo de cordero para convertir la leche en cuajada, trató de pensar en cuáles eran esos trabajos.

Además de elaborar queso, tenía responsabilidades más discretas como comprar piensos, conseguir buenos sementales para renovar la sangre de la cabaña, llevar el seguimiento de los animales sujetos al programa de mejora genética, vender al mejor precio las diferentes clases de ganado, ejercer de veterinario con todos ellos, dirigir los trabajos de los Ionescu...

Beatriz resopló. No podía recordar todo lo que, según Doina, Jon hacía para Ignacio y ya no haría para ella. Se agobiaba pensando en quién se iba a ocupar de todo y respiraba con miedo, por si a sus crisis de ansiedad se les ocurría regresar en aquel delicado momento.

Superada por las circunstancias, se preguntaba qué hacía aún allí, metida en un lío tan grande. Después de los apasionados besos de Jon y al saber que no volvería a verlo, había comprendido por qué había ido aplazando el momento de regresar a Madrid: aún no quería encontrarse con Diego, eso era cierto, pero la razón más importante era que le gustaba estar cerca de Jon. Por eso toleraba el agobiante verde, el inquietante silencio; por eso seguía haciendo queso. No soportaba su rudeza y a veces hasta lo odiaba, pero, de un modo inconsciente, había estado buscando su compañía.

Y ahora que todo había cambiado, sentía una acuciante necesidad de marcharse.

Llamaría a Bessolla para pedirle que acelerara la venta de la explotación antes de que todo acabara en la ruina. Pero la urgencia más inmediata era que la leche estaba terminando de cuajar y ella no podía elaborar todo el queso sola. Tendría que llamar a Doina y explicarle la nueva situación.

—Si tú estás de acuerdo, seguiré trabajando aquí. —Beatriz se giró, sorprendida—. Prometí a tu abuelo que velaría por que todo continuara igual.

No le había escuchado llegar, pero Jon estaba allí, vestido con vaqueros y una camisa de cuadros de diferentes tonos de azul. Beatriz sintió alivio al verle; todos sus problemas habían desaparecido de golpe. Pero también se llenó de una insana satisfacción al comprobar que él venía rogando; rogándole a ella.

—Él está muerto —le respondió, alzando la cabeza con orgullo—. ¿Debo repetir, palabra por palabra, todo cuanto dije ayer?

Jon apretó la mandíbula hasta que le chirriaron los dientes. Su carácter tranquilo se endemoniaba ante la impertinencia de aquella mujer. Caminó unos pasos. Beatriz se fijó en que no llevaba puestas las botas de goma. Él, que tan preciso era con las

normas para no contaminar el espacio de trabajo, se las estaba saltando todas.

—Ése es el problema, que está muerto y no puedo pedirle que me libere de mi promesa. Pero ayer lo olvidé. —Con las manos en el interior de los bolsillos, alzó los hombros en señal de impotencia—. Quiero saber si puedo continuar aquí como si no me hubiera despedido.

Jon observó la superficie de la leche que cuajaba en el depósito: aquel blanco tembloroso le tranquilizaba. Después miró con firmeza a los ojos de Beatriz.

—Me parece bien —indicó ella, disfrutando de causarle incomodidad, pero cuidando de no excederse para que no se fuera de nuevo—. Puedes quedarte. Olvidaré que te despediste y por supuesto también ignoraré tus ofensas.

Jon sabía que responder con un gracias hubiera sido lo apropiado, pero no estaba dispuesto a rebajarse tanto, no después de entender que a ella le importaba bien poco si se quedaba o no. Volvió a mirar el contenido del depósito para calcular el tiempo que faltaba para comenzar a trabajar.

—De acuerdo —dijo, antes de darle la espalda para salir—. Volveré en una hora.

Ya en el exterior, inspiró como si hasta entonces le hubiera faltado el aire. La libertad le había durado muy poco. Su sentido del deber se había impuesto; su corazón, aun sabiendo que era una locura continuar junto a Beatriz, había claudicado.

Algo suave y familiar se enredó entre sus dedos. *Thor* celebraba su llegada ofreciéndole el pelaje de su cabeza y solicitándole unas caricias. Jon se la frotó con cariño. Le reconfortaba comprobar que algunas cosas no habían cambiado. Pensó que con un poco de autocontrol y de tiempo, también él volvería a ser el de siempre.

No fue fácil compartir el espacio aquella mañana. Su última discusión no había sido como las demás y ninguno de los dos podía olvidarlo.

Jon se maldecía por su estúpido comportamiento que le había llevado a la delicada situación en la que se encontraba. Necesitaba quedarse allí por Ignacio, por él mismo. Era muy consciente de que, igual que se había tragado su orgullo esa mañana regresando para ponerse bajo sus órdenes, debería seguir haciéndolo si quería evitar enfrentamientos.

Además, estaban los besos con los que la había forzado. No quería recordarlos, por eso evitaba mirarla.

También Beatriz deseaba paz. El valle era un buen refugio para sus penas, por las que cada vez lloraba menos. Desde que estaba en ese lugar perdido, se había ido sintiendo más fuerte, más segura. No sabía si era porque debía pelear contra las afrentas de Jon, por la distancia que había puesto en su relación con Diego, por sus ganas de salir adelante por sí misma... Daba igual el motivo. Quería seguir allí un tiempo más, y por eso precisaba que también Jon permaneciera en su puesto, velando por todo.

Durante toda la mañana trató de no mirar los largos y delgados dedos de Jon

moverse sobre la cuajada. No quería evocarlos cerrados sobre sus muñecas o manteniéndole el rostro inmóvil mientras él insistía en besarla. Pensar en aquel momento la enfurecía. Sin embargo, recordar la suavidad y la ternura con la que él finalizó el beso, la llenaba de inquietud.

—Buenos días, señorita Beatriz —exclamó Doina al día siguiente, entrando en la quesería mientras se anudaba el delantal—. Tiene nueva compañera de trabajo.

Beatriz sintió una presión en el pecho y trató de respirar con calma.

Hacía veinticuatro horas que Jon había regresado, y ya había enviado una sustituta. ¿Acaso lo había pensado mejor y al final lo abandonaba todo?

No se atrevía a preguntar para no parecer demasiado interesada. Si Jon no quería trabajar con ella, no iba a ser ella quien pareciera morirse por trabajar con él.

—¿Cómo está Jon? —preguntó, pensando sobre el primer molde que llenaba esa mañana y actuando como si la respuesta no le preocupara demasiado.

—Imagino que bien, señorita Beatriz. Estará en su casa, durmiendo —respondió, comenzando con su tarea.

Durmiendo a las ocho de la mañana. Para Beatriz ésa era la confirmación de que se había despedido para siempre. Trató de no dejarse dominar por el pánico, al menos hasta tener la seguridad de que la había dejado plantada.

—Se acostaría muy tarde ayer —comentó, con la esperanza de que Doina comenzara a contar lo que sabía.

—¿Tarde dice, señorita Beatriz? —Sonrió ante el sospechoso interés—. Se ha acostado hoy, después de las seis de la mañana. Según me ha contado Mihai, el pobre señor iba roto.

¿Y qué significado tenía la palabra *roto* para Mihai? ¿Cansado, desesperado, herido...? Beatriz continuó llenando moldes. No se le ocurría qué preguntar para que la respuesta se adecuara a lo que quería saber.

—Vaya luego a ver los potrillos —dijo Doina en tono cariñoso—. Tienen más grandes las patas que el cuerpo, pero son bonitos.

—¿Potros? —exclamó Beatriz, esperanzada—. ¿Han nacido los potros?

—En eso estamos, señorita. Parece que las yeguas se han puesto de acuerdo para complicarle el descanso al señor Jon.

La presión en el pecho desapareció, y Beatriz respiró con alivio. Jon se había pasado la noche haciendo de veterinario y ahora estaba, como bien decía Mihai, con el cuerpo roto.

—No sabía que esto de los partos era tan complicado. —Inspiró al sorprenderse realmente preocupada por Jon—. ¿Pierde muchas noches?

—Con las yeguas, no. Suele ir todo bien y se arreglan ellas solas. Las que son malas para parir son las ovejas de raza latxa. Ésas sí necesitan ayuda.

—¿No es ésa la raza de las que nosotros tenemos? —consultó, frunciendo el ceño.

—Sí, señorita Beatriz. El queso Roncal no se hace con otra leche. Cuando llegan los partos, por noviembre, el señor Jon pierde muchas noches.

—¿No le ayudan Mihai y los chicos? —preguntó, calculando que para entonces ella ya no estaría allí.

—El señor Jon no quiere. Dice que si todos se pasan la noche danzando, nada funcionará al día siguiente.

Beatriz suspiró muy bajito. Se sentía feliz. Saber que Jon estaba cuidando de todo le infundía tranquilidad. Imaginarlo durmiendo después de toda la noche haciendo de comadrona de yeguas inexpertas le inspiraba ternura. La combinación de ambas cosas le dibujó una sonrisa tonta que no podía borrar de su rostro.

—¿Sabe cuánto tiempo lleva aquí, señorita Beatriz? —preguntó Doina a la vez que cogía un nuevo molde.

—Creo que unos... —entrecerró los ojos para pensar.

—Dos meses —le confirmó—. Cuando la aconsejé que se instalara en la casa del pueblo, me dijo que sólo estaría unos días.

—Eso creí. Vine con la idea de que ésta sería una estancia fugaz —recordó su llegada en busca de un refugio en su huida.

—Si va a quedarse más tiempo, debería hacerlo en el pueblo. Mis chicos pueden ayudarla a llevar sus cosas.

—No, Doina. Te lo agradezco, pero tengo varios motivos para no hacerlo —dijo convencida—. El primero, porque es posible que me vaya de pronto, de un día para otro. El segundo es que me daría la sensación de que me estoy asentando en este lugar, y eso no lo haría ni loca —rio, imaginando qué haría con sus zapatos de diseño o sus vestidos de fiesta—. Además... —dudó antes de hacer la confidencia—, vine para alejarme de algunas cosas y meditar sin interferencias de ninguna clase. Me estoy dando cuenta de que es bueno hacerlo en un medio tan diferente al mío. Vivo una vida muy cómoda en Madrid, ¿sabes? Una vida a la que me he acostumbrado y ya no valoro. Puede que pasar aquí unos días más, en la incomodidad de la borda en lugar de en una casa corriente, me enseñe el modo de mejorar lo que tengo allí.

—No lo entiendo —confesó Doina—. Me ha hecho usted un lío y ya no sé si le gusta su vida, si la odia, si quiere cambiarla, escapar de ella...

—La adoro —dijo, riendo y apretando sobre su molde lleno—. Tengo una vida perfecta... —arrugó la nariz con gracia—. Bueno, será perfecta cuando regrese y cambie un par de cosas. Por eso estoy alargando mi estancia hasta que encuentre las fuerzas que necesito para hacerlo.

—¿Y no puede encontrarlas en la casa de su abuelo?

—No serían las mismas —dijo mientras acariciaba la tela que cruzaba sobre el recién formado queso—. A grandes males, grandes remedios, solía decir la abuela. Imagino que no has oído hablar de las terapias de choque. Ésta es mi particular terapia de choque; vivir de manera opuesta a lo que me gusta.

—Ustedes, los de ciudad, son muy complicados. —Rio, agitando la cabeza y

cogiendo más cuajada del tanque—. La vida es más sencilla que todo eso.

—Puede que a veces sea así —reconoció. En ese momento sí lo era. Después del último sobresalto, todo estaba bien y ella volvía a sentir la calma que había ido buscando—. Doina —dijo de pronto—. ¿Tú podrías enseñarme a cocinar?

—¡Qué sorpresa, señorita Beatriz! ¿Al fin va a tirar a la basura toda esa comida precocinada que compra?

—Aún no, Doina. No sabría qué comer si me faltara —bromeó—. Sólo quiero aprender a elaborar platos ricos, y eso me llevará un tiempo.

—Siempre que una chica hermosa entra en la cocina es que quiere impresionar a alguien especial —comentó Doina—. ¿Usted quiere impresionar a un hombre cuando vuelva a Madrid? —preguntó, presintiendo que el hombre en cuestión estaba mucho más cerca.

—Algo parecido —respondió Beatriz, misteriosa—; más o menos parecido.

—Pues tengo algo que servirá. Mis chicos me regalaron un libro de cocina con unas fotos y unas letras muy bonitas —dijo, riendo—, pero con unas recetas muy finas que no alimentan. No sé por qué, pero creo que a usted le gustará.

—Yo tampoco sé por qué, Doina, pero presiento que ese libro es lo que necesito.

Beatriz continuó llenando moldes, satisfecha. Todo iba bien. Seguía teniendo cerca a Jon, y ella estaba a punto de ojear el primer libro de cocina de su vida.

Al finalizar el trabajo de esa mañana, Beatriz se acercó a conocer a los recién nacidos. Aquél le pareció un buen momento, con los Ionescu a punto de comer y Jon en su casa, recuperando el sueño perdido.

Encaramada al primer travesaño de la valla, observó con tranquilidad los potrillos. Eran tal y como ella los recordaba y como Doina los había descrito; todo patas, todo belleza, todo ternura. Le gustaban los caballos desde que, dominando su miedo, aprendió a montarlos en el club de hípica del que Diego era socio. También allí había visto algunos pequeños, pero seguía sorprendiéndole que, aún con pocas horas de vida, fueran tan fuertes y se movieran con tanta agilidad.

Disfrutaba del hermoso espectáculo, envuelta en una suave brisa y al calor del sol del mediodía, cuando el saludo cariñoso de Mihai la hizo volverse.

Se quedó sin aire al descubrir que no llegaba solo. Jon estaba parado ante ella, con el cabello húmedo, las mangas de la camisa dobladas hasta los codos y las manos en el interior de los bolsillos del pantalón. La miraba con fijeza, sin burla, con una intención que ella no supo descifrar, pero que la hizo sentirse como si la hubiera sorprendido fisgoneando en sus dominios. Era una sensación extraña que le asaltaba al pensar que él daba a las yeguas su tiempo, su esfuerzo, su experiencia, las ayudaba a parir, y ella llegaba sólo para disfrutar del hermoso milagro.

Le hubiera gustado desaparecer en aquel instante, pero aún tuvo que aguardar unos minutos a que Mihai le hablara de los potrillos que estaban naciendo en libertad,

en la sierra.

Mientras escuchaba y respondía con tímidos monosílabos, le costó mantener los ojos apartados de Jon sabiendo que él no la perdía de vista. Por fin, en una pausa de Mihai, ella se disculpó diciendo que aún tenía que preparar su comida.

—Hasta mañana, Beatriz —exclamó Jon de pronto con un suave y ronco tono.

Ella se atrevió a mirarle antes de responder. Seguía estando serio, sin embargo, sus ojos brillaban, sonreían y parecían estar ofreciendo una tregua; un nuevo comienzo.

—Hasta mañana, Jon —respondió ella, en el mismo tono amigable.

Según se alejaba atravesando el pastizal, un enorme camión se internó en la finca y pasó a su lado. Sonrió al advertir que ése era el motivo por el que Jon había renunciado a una buena parte de su merecido descanso.

A veces podía ser el hombre más déspota y amargo que existía sobre la tierra, pero también era un hombre de principios que se mantenía fiel a sus obligaciones y a su palabra.

Satisfecha, alzando el rostro para respirar de aquel fresco y suave olor a pinos, avanzó por el verde diciéndose que algunos días amanecían y transcurrían de modo casi perfecto. Hasta la borda, con su fachada de piedra y su tejado vertiginosamente inclinado, le pareció que lucía con un apacible y desconocido encanto.

La misma sensación placentera la acompañó al despertar el día siguiente, y evitó aquellos pensamientos que la dirigían a Diego. Sólo una leve inquietud le aleteaba en el estómago: ¿aparecería Jon en la quesería o lo haría Doina?

La duda se le despejó en cuanto la cuajada estuvo cortada en pequeños pedacitos, lista para comenzar a trabajar. Fue Jon quien llegó, puntual como la claridad aparece para completar el día, relajado como pocas veces lo había visto y, en apariencia, con pocas ganas de conversación. Pero esa insignificancia no pudo con el ánimo de Beatriz, que se sentía feliz porque no se respiraba el aire tenso y agobiante de otras veces.

Jon había pensado mucho en el momento en el que la inmovilizó contra la pared y la besó. No recordaba cuántas veces se había llamado estúpido y se había jurado que no volvería a ocurrir. Por eso procuraba no acercarse demasiado, no hablar demasiado, no mirarla demasiado...

También Beatriz recordaba el forcejeo y, de modo especial, el segundo de los besos; la suavidad que sucedió a la aspereza; la dulzura con la que le lamió los labios, mimando lo que acababa de maltratar. Desde aquel momento, cuando trataba de recordar los besos apasionados de Diego, era ése, violento y tierno que Jon le había dado, el que terminaba ocupando sus pensamientos.

Pero la preocupación de Beatriz no era que aquello no volviera a suceder. Daba por hecho que no ocurriría. Pensaba que Jon sólo había querido humillarla en medio

de la discusión, por lo que no podía imaginar que se alteraba teniéndola cerca. Ni siquiera era consciente de que comenzaba a ocupar más espacio en sus pensamientos que el mismo Diego. Por eso no evitaba acercarse demasiado, hablarle demasiado, mirarle demasiado... Aunque siempre esperaba, con cautela, el mejor momento para comenzar a preguntar.

Le observó apilar los moldes en la prensa y girar con precisión la manivela, y aguardó a que volviera a su lado y cogiera un nuevo molde.

—Creí que fabricábamos queso todo el año —comentó, encajando la tapa sobre el que acababa de llenar—, pero Doina dice que dejaremos de hacerlo en junio.

—Así es —respondió Jon, sin mirarla—. Las ovejas no pueden estar dando leche sin descanso. Queremos que vuelvan a parir hacia noviembre o diciembre. —Ante la expresión confundida de Beatriz, Jon continuó—: Con todo el ganado que tú tienes, podríamos preparar dos rebaños con los que elaborar queso todo el año, pero Ignacio y yo llegamos al acuerdo de hacerlo de este modo.

—¿Qué acuerdo fue ése?

—Cuando decidimos comenzar con esto, él puso una condición: que lo hiciéramos de diciembre a junio. Estaba obsesionado con que yo no llevara la misma vida que él, siempre solo. —Sonrió al recordar sus consejos de experto en fracasos—. Decía que un hombre joven debe divertirse, enamorarse y crear una familia. Quería que yo utilizara el verano para viajar y hacer todo tipo de cosas.

—¿Y las haces? —se interesó, animada por la expresión de dicha de Jon.

—¿Viajar y todo tipo de cosas? —preguntó, riendo—. Sí. Sí que las hago.

«¿Y lo de enamorarte y formar una familia?», estuvo a punto de preguntar. Pero no quiso tentar a su suerte. Le gustaba el Jon amable y no sabía si una indiscreción por su parte podía despertar al Jon odioso y dar al traste con aquella tranquilidad.

—¿Este verano también te irás para hacer todas esas cosas? —preguntó, pensando en que, si él desaparecía, ella haría su maleta y se volvería a Madrid.

Jon detuvo los dedos sobre el paño con el que acababa de cubrir el queso. Lo frotó con suavidad preguntándose cuánto tiempo estaría ella allí, jugando a los ganaderos.

—No tengo planes para este verano —respondió, y la miró, sonriendo con misterio—. Mi intención es no alejarme demasiado de aquí.

A Beatriz le surgió la duda de si se quedaría cerca para hacerle compañía o porque no se fiaba de ella y quería vigilar que no provocara algún desastre. Pero no le preocupaba la respuesta. Acababa de decidir que también ella pasaría el verano en ese valle.

Cuando terminaron el trabajo, se cambiaron de calzado y se lavaron las manos, Jon abrió la puerta y la sujetó con la espalda para ceder el paso a Beatriz. Ella no pudo negarse. Salió despacio, oteando hacia los lados y respirando aliviada al comprobar que estaban solos. Jon salió tras ella, se humedeció los labios y emitió un fuerte silbido.

Beatriz se quedó sin aliento. Intentó retroceder, pero Jon le cortaba el paso hacia la quesería y ella temió que acabaría siendo presa del pánico.

—Disculpa —musitó, instándole a que la dejara pasar—. He olvidado algo ahí dentro.

—No has olvidado nada —respondió él, con suavidad—. Quieres irte antes de que aparezcan los mastines.

Lo miró sorprendida. ¿Qué trataba de hacer?, se preguntó. ¿Matarla de un infarto, que la devoraran los perros, que se aterrorizara tanto como para preparar su maleta y salir huyendo hacia Madrid? ¿La dichosa tregua era tan sólo una farsa y seguía insistiendo en deshacerse de ella?

—¡Qué tontería! —consiguió decir sin que le temblara la voz—. ¿Por qué iba a querer hacer eso?

—Porque les tienes terror —aseguró él, con suavidad—. Te ocurre algo parecido con las vacas y las ovejas, ¿no es cierto?

—No lo es —respondió sin dejar de mirar hacia los lados con nerviosismo—. No entiendo de dónde has sacado una idea tan estúpida.

—Les temes porque nunca has convivido con ellos. Y no me estoy mofando, Beatriz —declaró en el mismo tono amigable—. Entiendo que son enormes, imponen, y no sabes que son inofensivos.

—Mi amiga Laura tiene un perro —se defendió con dignidad—. Un yorkshire con muy mal genio. Todo el mundo le teme menos yo.

Él sonrió pensando en la gran bestia que seguramente lucía su sedoso pelaje hasta el suelo y lo peinaban con un moñete adornado con un lacito rojo. Mientras trabajó como veterinario, en Pamplona, había atendido a unos cuantos orgullosos Yorkis.

—He tratado a muchos de esos canijos, y algunos son verdaderas fieras. Si pesaran la mitad que *Thor*, serían perros asesinos.

—No sé si te estás burlando de mí —dijo, y de pronto sintió que le flaqueaban las piernas al ver a los mastines cruzar veloces el pastizal.

—No lo hago... —La mirada aterrada de Beatriz le hizo darse la vuelta. Los perros se acercaban y él, con un gesto de la mano, hizo que se detuvieran y se colocaran a su lado.

—Por favor —rogó ella, bajando la voz—. Llévatelos de aquí o apártate y déjame entrar.

—¿Confías en mí? —preguntó, acariciando la cabeza de *Thor* mientras *Obi* se mantenía quieto.

—¿Debería hacerlo? —dijo ella, temblando de pies a cabeza.

Jon volvió a sonreír. Ni siquiera él sabía si debería dejarla confiar. Cada día la encontraba más atractiva, más deseable, y ante aquel miedo irracional que ella tenía a los animales, sentía deseos de abrazarla para tranquilizarla.

—Estos perros son muy nobles —respondió con paciencia—. No te atacarán. Tan sólo lo hacen con extraños, pero siempre controlando su fuerza. Son inteligentes,

conocen su poder y lo piensan antes de utilizarlo.

—Yo soy una extraña —señaló Beatriz, que no se atrevía ni a pestañear.

—No lo eres, y ellos lo saben —aseguró Jon, sonriendo—. Sólo se te acercan para que los acaricies. Les gusta que les froten las orejas. Prueba a rozarlo —le pidió, señalándole el suave pelaje de *Thor*.

Beatriz negó con un enérgico movimiento de cabeza, apretando los dientes para no gritar.

—Está bien —dijo Jon, consciente del mal rato por el que la estaba haciendo pasar—. No los toques hasta que no desees hacerlo, pero deja que los tres te acompañemos hasta la borda —sonrió ante su propia petición—. Puedes caminar a mi lado, despacio, sin prestarles atención, para que compruebes que también ellos te ignoran. —Beatriz dudó y él bajó la voz—. Por favor. Te prometo que no se te acercarán.

Ella asintió, temblando como un mimbre en un atardecer ventoso.

Con una dulce y alentadora sonrisa, Jon comenzó a caminar manteniendo a los mastines a su derecha. Beatriz se colocó a su izquierda, respirando muy despacio para que los perros la ignoraran, y escuchando, durante todo el camino, las palabras con las que Jon trató de tranquilizarla.

Alcanzada la borda, ella se apresuró a abrir y, en ese corto instante en el que dio la espalda a las bestias, sintió que un escalofrío mortal le recorría la espina dorsal. Entró como si la persiguiera el mismo diablo. Se volvió hacia Jon a la vez que sujetaba la puerta con la mano, segura de que podría cerrarla en un instante si las fieras la atacaban.

—No ha sido tan terrible —dijo él, con una confortante sonrisa—, ¿o sí?

Beatriz, tras la puerta entreabierta, y pendiente de cualquier movimiento extraño, admitió que no había sido tan malo. Y es que, una vez a salvo, le parecía que el mal rato de caminar junto a los mastines había sido bien recompensado por la compañía y la dulce atención que le había dedicado Jon.

Las súplicas que Diego hacía en silencio, y hasta en voz alta algunas veces, comenzaban a parecerse a las oraciones que jamás habían salido de sus labios o estado en sus pensamientos. Llevaba casi tres meses rogando por que Bea apareciera o al menos le llamara. Ahora, esperando a que Laura le abriera, y mientras escuchaba los ladridos de su insufrible yorkshire, cerraba los ojos para implorar que ella se apiadara y le contara todo lo que sabía.

En cuanto se abrió la puerta, la pequeña fiera comenzó a aullar, como una posesa, dificultando cualquier conversación. Tampoco el silencio y la fría mirada gris de Laura fueron demasiado alentadores.

—Por favor. —Diego la miró con ojos vencidos por la falta de descanso—. Necesito hablar contigo unos minutos.

Laura, que llevaba meses temiendo su visita, no fue capaz de cerrarle la puerta. Apreció que aquél no era el Diego seductor y seguro de sí mismo que arrancaba suspiros a su paso. Su perfecto traje de Armani no le cuadraba los hombros como de costumbre, ni su espalda se erguía con el mismo elegante y atractivo orgullo. Era la imagen de un hombre hundido.

Laura suspiró a la vez que le hacía un gesto para que pasara.

Apenas se internó dos pasos, la yorkshire, que no era más grande que uno de los zapatos de piel italiana de Diego, cerró sus dientes sobre el borde de su pantalón y empleó todas sus energías en arrastrarlo fuera del piso. Diego, acostumbrado a ese espectáculo, continuó avanzando con cuidado de no lastimarla. Tras él, una pequeña «mopa» gris perla con extremidades doradas y un coqueto lazo rojo en lo alto de la cabeza, se deslizaba sacando brillo a un immaculado suelo de madera.

—Vicky, cariño —exclamó Laura, agachándose para cogerla en brazos.

—No, por favor —suplicó Diego—. Si me suelta el pantalón comenzará a ladrar como una histérica y no nos dejará hablar.

—Pero mientras intenta sacarte de casa está nerviosa —respondió, preocupada.

—También lo estará si me ladra mientras intentamos hablar, y los dos sabemos que no callará mientras yo esté aquí. Prometo que sólo será un momento.

Laura asintió. Su adorada princesa era una fiera que no aceptaba visitas. Por fortuna, su boquita solo alcanzaba a morder los bajos de los pantalones. Eso le bastaba para satisfacer su espíritu de perro guardián del hogar, aunque con su fuerza jamás conseguía arrastrar a nadie hasta el felpudo de bienvenida.

Ya en el salón, con la perrita colgada de la pernera izquierda de su traje, Diego fue breve y directo.

—¿Dónde está Bea?

—Te lo he dicho cientos de veces y te lo repetiré cada vez que me preguntes —exclamó Laura, agitando las manos con impotencia—. No sé dónde está.

—Ella no desaparecería sin decírtelo —insistió, afligido—. Ignoro qué te ha contado, pero...

—No me ha contado nada, Diego. Aunque, ya que estás aquí... —Se sentó en uno de los sillones morados, echando hacia atrás su larga melena negra y poniéndose cómoda para escuchar—. ¿Por qué no me cuentas tú qué le hiciste? Algo muy gordo ha tenido que ser, porque lleva meses escondida.

—No le hice nada. —Se sentó frente a ella, con cuidado de no pisar a la pequeña perrita—. Estábamos bien, no teníamos problemas, no discutíamos...

—¿Entonces se marchó porque no soportaba tanta felicidad? —cuestionó ella, con mofa.

Diego resopló, cerrando los ojos. Nunca le había gustado el ordinario sarcasmo de Laura, igual que nunca había aguantado a su malcriada yorkshire, pero ahora se veía obligado a soportar a ambas durante un rato.

—Tú sabes, tan bien como yo, que era feliz —afirmó con seguridad—. Hacíamos

planes de futuro y sé que te los comentaba.

—Pero algo cambió el último día, que le hizo meter cuatro trapos en su maleta y desaparecer. ¿Qué pasó, Diego? ¿Qué le hiciste?

—¡Nada! —gritó, y se cubrió el rostro con las manos para que no le viera llorar. Unos segundos después se frotaba los párpados con los dedos y volvía a levantar la cabeza—. No hice nada. —La miró a los ojos para convencerla de que no mentía—. Todo iba bien. La última vez que la vi, yo estaba entre sus piernas y ella me decía que me amaba.

—¿Tanto la decepcionaste que no quiere volver a ocupar esa posición? —preguntó en tono hiriente.

—No bromees, Laura. Te he contado esto para que entiendas que entre Bea y yo no ocurrió nada. —Negó con la cabeza y musitó—: Después de tantos años, deberías saber que la amo.

—A veces no basta con eso —dijo ella, suavizando el tono de su voz—. No estoy al tanto de lo que le ocurre a Beatriz, pero desde luego no debe de ser ninguna tontería.

—Dime lo que sepas —insistió Diego, apoyando los brazos en sus rodillas para acercarse más a ella—. Te lo suplico.

—Sólo sé que está bien. De vez en cuando me manda un mensaje para repetírmelo —reveló, señalando su móvil sobre la pequeña mesita de cristal.

Eso quería decir que en algunos momentos lo encendía, pensó Diego. Sólo tenía que descubrir cuándo lo hacía y conseguiría comunicarse con ella.

—¿Cada cuánto tiempo te envía mensajes? —preguntó con la mirada fija en el pequeño aparato. Habría dado cualquier cosa por leer lo que contenía.

—Cuando le parece. No sigue ninguna pauta.

—¿Y cuándo te los manda? —insistió, demasiado ansioso—. Por la noche, por la tarde...

—No entiendo para qué quieres saber todo esto.

—Porque estoy tan mal que cualquier información me sirve. —La miró a los ojos y volvió a preguntar—: ¿Dónde está, por favor? Necesito verla.

—Olvídalo, Diego. Aunque yo llegue a saberlo, no te lo diré si ella no me da permiso.

—Acabaré volviéndome loco —exclamó, cubriéndose el rostro de nuevo y reprimiendo un sollozo.

Laura se levantó, incómoda. Nunca había visto llorar a un hombre, y que el primero fuera el atractivo, distinguido e impecable Diego Pedrosa, la desconcertaba.

—Lo siento —dijo él, de pronto, poniéndose en pie—. Ya te he molestado bastante por hoy. Si hablas con Bea... —inspiró para ahuyentar las lágrimas—, dile que la amo, que me muero sin ella.

—No creo que me llame, pero, si lo hace, descuida, que se lo diré.

—Dile que... —cerró los ojos y agitó la cabeza—, que haré cualquier cosa que

me pida. Lo que sea.

Laura asintió. Se agachó para arrancar a *Vicky* de los bajos del pantalón y, en el instante en el que su pequeña tuvo la boca libre, volvió a sus ladridos histéricos que terminaron con la conversación. Con ella en brazos, acompañó a Diego hasta la puerta y le observó alejarse hacia el ascensor. Estaba segura de que no le había dicho toda la verdad, pero, aun así, no pudo evitar sentir lástima al verlo tan destrozado.

Llegado el mes de junio, Beatriz había aprendido a ignorar a los mastines para que los mastines la ignoraran a ella. Aún se le aceleraba el corazón cuando los tenía cerca, pero sabía que no se lanzarían a devorarla. Atribuía todo el mérito a Jon, que después de cada jornada de trabajo, salía con ella, llamaba a los perros y los cuatro caminaban despacio hasta la borda.

Faltaban dos semanas para que el rebaño subiera a la montaña, pero ya habían secado la leche a las ovejas y dejado de elaborar queso. Beatriz estaba dispuesta a utilizar una buena parte de su tiempo libre a experimentar con el libro de cocina. Hacía tiempo que había comenzado a practicar. Lo hacía en secreto, por las noches, con recetas sencillas para una cena que casi siempre terminaba carbonizada mientras engañaba el hambre con pan y manzanas. Tenía prisa por aprender. Estaba harta de comer, cada mediodía, los mismos aburridos filetes con ensalada.

Aunque últimamente pensaba poco en Diego, temía que, si tenía demasiado tiempo libre, acabaría dejándose llevar por algún momento de debilidad y llamándole. O lo que sería aún peor, cogiendo su maleta y volviendo a sus brazos. Necesitaba estar ocupada, y no imaginaba con qué pretexto conseguiría que Jon le prestara atención durante el verano si ella no encontraba algo que pudieran compartir.

Aún ideaba el modo de implicarle cuando, tras una tarde en las cámaras, volteando queso, salieron juntos y Jon silbó a los mastines.

—Creo que iré a ver las yeguas y los potros. Es bonito ver a todos los pequeños juntos ahora que los habéis bajado de la montaña —comentó Beatriz, haciéndose a un lado al ver llegar a *Obi* y *Thor* a la carrera.

Jon se preguntó si era prudente acompañarla. Medía con cuidado cada paso que daba para mantener una relación cordial, sin broncas, sin sobresaltos. Necesitaba un mínimo de distancia para no perturbar sus instintos.

Los perros llegaron a su lado y les hizo un gesto para mantenerlos junto a sus piernas. Los acarició pensando que solo sería un momento. Un breve paseo, como el que daban cada día hasta la borda.

—Si te apetece nuestra compañía, a los tres nos gustará ir contigo —bromeó, acariciando la cabeza de *Thor*.

Beatriz aceptó y se colocó con rapidez a la izquierda de Jon, alejada de los mastines. Sabía que él los mantendría a su derecha para que ella no tuviera que preocuparse.

—En uno o dos días subiremos esas yeguas a la sierra —dijo Jon mientras caminaban pisando la hierba fresca.

—¿Sube todo el ganado? —preguntó Beatriz, temiendo que no hubiera nada que

hacer en la finca y que él sólo pasara allí breves momentos.

—No. Los potros y las terneras se quedan aquí. Además, siempre hay motivos para dejar también algunos adultos —comentó Jon, sin percibir que temía quedarse sola y que se marcharía si eso llegaba a ocurrir.

Continuaron en silencio hasta llegar a los últimos pastos. Las yeguas pacían junto a la cerca, y Beatriz se subió al primer travesaño y apoyó los brazos en el madero superior. Admiró los potrillos, que crecían a una velocidad sorprendente.

Mirando a las madres primerizas, pensó que aquello era como el club de hípica de Diego, pero en libertad, sin senderos marcados ni límites infranqueables.

—¿Puedo montar una de las yeguas? —inspiró aguardando la respuesta.

—Son ganado para carne —dijo él, mirándola con curiosidad—. No las han montado nunca. Pasan prácticamente todo el año en libertad, pastando donde se les antoja. Aunque no lo parezca, tienen mucho de salvajes.

—Qué lástima —exclamó Beatriz, sin poder ocultar su decepción.

—¿Sabes cabalgar? —preguntó con gesto incrédulo.

—Sí. Diego tiene caballos. Están en un Club de hípica del que es socio. Allí se los cuidan y él puede montarlos cuando quiera. Yo suelo tomar clases los sábados y domingos por la mañana.

Jon se preguntó qué importancia podía tener Diego. Observó los dedos que ella posaba sobre la cerca. Ningún anillo cubría la pálida huella que aún rodeaba su dedo corazón.

De pronto se preguntó qué estaba haciendo. Qué diablos podía importarle con quién compartiera ella su vida.

Furioso con su estupidez, apoyó las manos en el tronco superior de la valla y saltó con agilidad al otro lado. De espaldas a las yeguas, miró hacia los inquietantes ojos verdes de Beatriz.

—Creí que los animales te asustaban.

—Esto es diferente —explicó sin moverse—. La hípica es un deporte que muy pocos tienen la suerte de disfrutar en una ciudad como Madrid.

—¡Ya! —soltó Jon, con ironía—. Resulta muy elegante ir al club, que un chico ensille tu caballo para que tú des unas vueltecitas por el picadero, y después sentarte a intercambiar impresiones con otros jinetes mientras te tomas un vermut antes de ir a comer.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó, tensando los labios y dilatando los orificios de su nariz.

—Me burlo de una situación que conozco, aunque tú no lo creas —respondió Jon, con las botas hundidas en el abundante pasto y mirándola de frente—. Eso que tú haces los domingos es un pobre sucedáneo de lo que de verdad es montar a caballo y salir a disfrutar de la naturaleza.

—A mí me gusta —musitó Beatriz, alzando la cabeza para mirar al frente, ofendida como una niña pequeña.

Jon la observó, intuyendo que estaba utilizando la arrogancia para ocultar su decepción. Sus ojos se habían apagado, y el entusiasmo con el que hacía un instante miraba las yeguas, había desaparecido.

—A tu abuelo también le gustaba cabalgar —dijo, dejándose vencer por la lástima—. En los establos hay tres caballos de monta.

Los ojos de Beatriz volvieron a iluminarse. Sintió deseos de gritar, de saltar la cerca y abrazar a Jon para darle las gracias.

—¿Puedo coger uno? —preguntó, casi gritando.

—Son tuyos... —indicó con una sonrisa—, pero no puedes salir sola.

—¿Cómo que no puedo? —exclamó sorprendida—. Te acabo de decir que sé montar.

—Tranquila —aconsejó con suavidad—. Tan sólo digo que podrías perderte. Aquí hay zonas que son verdaderas selvas. —Miró a su alrededor, hacia los lugares inundados de silencio donde juró que jamás la llevaría.

—Puedo cabalgar sin alejarme —aseguró Beatriz.

—No me parece prudente. —Una voz interior le repitió que no era su problema, que la dejara pasear sola, pero cedió a la tentación de acompañarla—. Si quieres, yo podría llevarte por sitios que no imaginas que existan.

—Me encantaría —respondió, emocionada—. Sólo he montado en el club y, aunque es bonito, me lo conozco de memoria.

Jon sonrió. La imaginó trotando una mañana soleada de domingo en un picadero para niños y esnobs. Se encaramó a la valla y se sentó a su lado, de espaldas a las yeguas.

—Necesitaríamos todo un día —comentó, animado—. Tendrás que esperar hasta que subamos el ganado a la sierra. —Pensativo, miró hacia el establo de las ovejas—. Mañana comenzamos a esquilar, y eso nos llevará alrededor de dos semanas.

—Pero eso lo hacen profesionales, ¿no?

—Hay quienes los contratan. Aquí lo hacemos entre Mihai, sus hijos y yo. Cuando las hayamos pelado, los chicos las subirán y tú y yo podremos salir a cabalgar.

—Gracias —dijo, disfrutando de su amabilidad y mirándole a los ojos.

Él le respondió con una sonrisa silenciosa.

Un momento después, mientras la observaba alejarse, le asaltaron las dudas. ¿Por qué demonios se había prestado a acompañarla cuando se había jurado que nunca lo haría? Mantener con ella un trato correcto, sin enfrentamientos que le obligaran a despedirse definitivamente, no requería de salidas a caballo.

Le frustró comprender que se saltaba con demasiada facilidad las reglas que él mismo se había impuesto.

Esquilar suponía un trabajo agotador en el que, durante jornadas eternas, se sujetaba y

se pelaba, sin descanso, una oveja tras otra, tratando de separar el manto en una sola pieza. A pesar de lo extenuante de la labor, el proceso se vivía como una fiesta en la que todos cooperaban.

A primera hora de la mañana, Beatriz se quedaba en la borda, cocinando y desesperándose con los fogones. Pocas veces, sus intentos culinarios finalizaban en algo comestible. Después se acercaba a los establos para observar los trabajos y ofrecer agua en cuanto notaba que alguien la necesitaba.

Habían extendido una valla para separar las ovejas ya esquiladas de las que aún aguardaban su turno. Marcel se ocupaba de la locura de ir atrapando animales para acercárselos a su padre y a Jon. Ellos, con unas maquinillas enchufadas a la corriente eléctrica, los iban despojando de la lana que Marcel recogía y apilaba junto a los comederos.

El primer día Beatriz se limitó a curiosear y repartir botellas de agua y toallas limpias para que se secaran el sudor. El segundo, cuando Traian se unió al grupo con una tercera máquina y a Marcel se le amontonó el trabajo, ayudó a arrastrar los *vellones*^[3] hacia su lugar. Sus gritos y carreras, cada vez que se le acercaba demasiado una oveja, provocaron algunas carcajadas, pero, entre uno y otro sobresalto, ella cumplió con su cometido.

Le sorprendió la habilidad de Jon. Mihai y Traian ataban las patas de sus ovejas para que no se movieran durante el proceso de raparlas. Jon no. Él agarraba al animal, lo sentaba en el suelo y le apoyaba la espalda contra sus propias piernas. Se quedaba inmóvil, con las cuatro patas alzadas, mientras Jon comenzaba a pelarle el vientre. Después seguía con la pata trasera para ir separando la lana del costado hasta la espina dorsal. Continuaba por el cuello sin que la oveja hubiera intentado moverse y, sujetándola del morro, le afeitaba la cabeza.

Observando la facilidad y la limpieza con la que lo hacía, parecía sencillo, y hasta la oveja daba la sensación de estar disfrutando. Ni siquiera se movía cuando la tumbaba en el suelo para terminar de desnudarle la espalda. Después la sentaba de nuevo y volvía a apoyarla contra sus piernas para ir descendiendo por el otro costado. En unos cuatro minutos sus ágiles manos la despojaban de la gruesa capa de lana, la soltaba y cogía un nuevo animal que le entregaba Marcel.

A ratos, todos hacían pequeñas pausas durante las que cruzaban algunos comentarios con Beatriz. Ella disfrutaba de los breves respiros de Jon, pero él sólo se los tomaba si Marcel se retrasaba en acercarle un animal. Esa tarde, ella se alegró cuando, por fin, una oveja escurridiza se le escapó de las manos y le hizo correr por medio establo.

Entonces Jon dejó su máquina y se acercó a coger la toalla con la que ella le esperaba. Se la pasó por el rostro y alzó la barbilla para secarse el sudor del cuello y del torso. Beatriz no se perdía ni un detalle. Le gustaba contemplar el ritual mientras él mantenía los ojos cerrados y cogía aliento. Sabía de memoria el orden, y esperó con paciencia a que le tocara el turno a la nuca. La observó brillar con minúsculas

perlas de sudor mientras él bajaba la cabeza y se las secaba con la toalla. Pensaba que recrearse con una visión tan sensual debía de ser pecado cuando una ráfaga de calor le recorrió el cuerpo hasta dejarla sin respiración.

Carraspeó para recuperar la voz y la compostura.

—Está fresca —dijo, tendiéndole la botella.

Él derramó una parte del agua sobre su rostro, dejando que se deslizara por su piel hasta empaparle la camisa. Después bebió despacio, para aplacar su sed. Se secó los labios con el dorso de la mano, y descansó la espalda contra la barrera para mirar hacia Marcel antes de volver a beber.

—¿Qué les haces? —preguntó Beatriz, mirándole el cuello tenso por el que volvía a deslizarse una gota de agua—. Se quedan quietas, como si las hipnotizaras.

—No lo sé —respondió, apoyando la base de la botella contra su muslo y riendo—. No es mía la técnica. Aprendí de un grupo de esquiladores que contrataba Ignacio cuando yo era un adolescente. Eran navarros, pero llevaban años trabajando en Australia. Tardaban dos minutos en esquilar una oveja.

—¿Es eso posible? —preguntó, incrédula.

—Aunque te parezca mentira, es posible. Ganaron muchos concursos en Australia. —Resopló de un golpe seco—. Mientras trabajaban para tu abuelo yo los observaba, y cuando se iban dejaban aquí sus herramientas para continuar al día siguiente. Yo las cogía con cuidado de no estropear nada y practicaba con nuestras inocentes ovejas. —Bebió de nuevo antes de continuar—: Con los años conseguí convencer a Ignacio para que comprara una de esas máquinas, y ya no volvimos a contratar a nadie para que nos hiciera ese trabajo.

—¿Y por qué crees que se quedan quietas?

—Mihai dice que las acojono —señaló, riendo—. Nadie sabe explicarlo. Las ovejas se estresan con el sonido de la máquina y porque las obligamos a hacer algo que no quieren. Imagino que eso, unido al modo en el que las agarro y las coloco contra mis piernas, las asusta y no se atreven a moverse. En realidad no tengo ni idea de qué es lo que las mantiene quietas.

—¿Qué ocurriría si no las pelarais? —interrogó, sintiendo lástima por los animales.

—Pasarían mucho calor durante el verano y al cabo de unos años no podrían ni caminar debido al peso. Todo lo que ves les ha crecido en un solo año.

—Siempre pensé que esto se hacía para vender la lana.

—La mayor parte de las veces, sale más caro esquilarlas y empaquetar la borra que lo que te pagan después por ella. Las esquilamos porque ellas lo necesitan, aunque no se diviertan mucho mientras lo hacemos —concluyó con buen humor.

Jon emitió un silbido para llamar la atención de Marcel y le indicó, con un gesto, que volvía al trabajo.

—¿Por qué lo haces? —preguntó de pronto.

—¿Por qué hago el que? —murmuró Beatriz, sorprendida.

—¿Pasar todas tus horas aquí?

El corazón le dio un vuelco al pensar que estaba estorbando una vez más. Confundida, cerró la mano sobre la valla.

—Si te molesta que esté...

—No —la interrumpió, mirándola a los ojos—, no me molesta, pero dime: ¿por qué lo haces? Eres la dueña. No tienes por qué pasar aquí las horas.

—Lo hago por si puedo ayudar en algo. Por si... —carraspeó, inquieta, y contestó con sinceridad—: Por si necesitas cualquier cosa de mí.

Jon no se esperaba una respuesta así. Tragó saliva, confuso, buscando en esas palabras el motivo por el que, de pronto, su pecho se había inflamado de pronto. Apartó la mirada, reprochándose que fuera tan estúpido; ella solamente le estaba ofreciendo agua y toallas limpias. Eran sus pensamientos los que le traicionaban de forma inconsciente; era su instinto, que le empujaba a mirarla cuando sabía que no debía hacerlo.

Golpeó con dedos impacientes sobre su pantalón mientras Marcel le aguardaba sujetando una oveja. Volvió a mirar a Beatriz cuando ella se humedecía, nerviosa, los labios con la punta de la lengua.

—Te lo agradezco —murmuró, con una sonrisa torpe—. Volveré —prometió, devolviéndole la botella—. No dejes que se caliente.

Beatriz le vio alejarse para coger el animal que le sujetaba Marcel, y siguió con la mirada todos los movimientos de sus manos.

Diez minutos después le veía despojarse de la camisa empapada de agua y sudor. Entonces pudo apreciar la tensa elasticidad de sus músculos y el brillo perlado que brotaba de sus poros. Nunca, la transpiración de un hombre, le había resultado tan erótica y excitante.

Dejó de mirarle cuando descubrió, a su lado, la sonrisa burlona de Traian mientras le recordaba que también él estaba sediento, aunque comprendía que para ella se hubiera vuelto invisible.

Durante las dos semanas que duraba la esquila, y del mismo modo en que se reunían para comer en el hogar de los Ionescu, se congregaban también para la cena. Eran días de largas e intensas sobremesas. Sobre todo por las noches, cuando el agotamiento causaba la agradable sensación de haber realizado un buen trabajo. Entonces no había más prisa que la que marcaban el cansancio y la necesidad de dormir.

Esa noche, al finalizar la labor, Mihai y Traian se encargaban de hacer pasar las ovejas por la ordeñadora. Beatriz y Marcel apilaban los últimos mantos. Doina aguardaba, junto a la valla, a que todos terminaran. Jon, a su lado, limpiaba y ponía a punto los cabezales de las esquiladoras.

—Llevo toda la semana pensando en invitar a la señorita Beatriz para que cene

con nosotros —le comentó Doina, que no dijo nada sobre la comida del mediodía. Sabía que la chica necesitaba experimentar con el libro de cocina.

—¿Y por qué no lo haces? —pregunto él, cepillando con cuidado una de las máquinas.

—Porque no quiero molestarle a usted, señor Jon —dijo, recordando su mirada de censura la única ocasión en la que los convidó a la vez—. Siempre ha dicho que la niña no le caía bien.

—Es tu casa y ella está trabajando como los demás. Creo que se sentiría bien si la incluyeras en el grupo —respondió, colocando la última de las esquiladoras en una caja de cartón.

—¿Qué le ocurre, señor Jon; se está dando cuenta de que es una buena niña?

—No he dicho eso, Doina. —Cerró la caja y la miró—. Creo que es justo que la invites. Eso es todo.

—Me alegra, señor Jon.

—¿Qué es lo que te alegra?

—Que no se le esté endureciendo el corazón, como yo pensaba.

—Doina —exclamó, paciente—. Mi opinión sobre Beatriz no ha cambiado. —Ella le miró, alzando las cejas—. Bueno, tal vez ha cambiado un poco, pero en tonterías. Sigo pensando que es como un buitre que ha venido a recoger su ración del festín.

—Por algo se empieza, señor Jon. Al final acabará fustigándose. ¿Ésa era la palabra? —preguntó, conteniendo la risa.

—Sí, Doina —respondió, colocando la caja en una balda alta, fuera del alcance del ganado—. Ésa era la palabra. Pero no creo que ese día vaya a llegar nunca.

Volvió la cabeza para mirar a Beatriz, que arrastraba con esfuerzo un vellón mientras reía alguna gracia de Marcel. Jon pensó que con gusto se azotaría mil veces si eso significaba que se había equivocado al juzgarla. Su corazón se aceleró cuando la vio taparse la boca con la mano para que la risa no se le escapara demasiado lejos. Entonces se repitió que daría cualquier cosa por encontrarse en la obligación de fustigarse por el resto de su vida a cambio de descubrir que su equivocación había sido inmensa.

Durante la última semana, ella pasó a compartir las cenas y las sobremesas nocturnas. Comprobó que Jon, cuando estaba relajado, tenía el gran sentido del humor que había creído ver mientras le espiaba a través de la ventana de la borda. Se divertía con las anécdotas sobre el irracional terror de Mihai ante su sangre, pero reía con las mismas ganas cada vez que Traian le convertía, a él, en blanco de las bromas.

Beatriz apenas si participó de las conversaciones. Disfrutó escuchando y descubriendo la faceta familiar y distendida de Jon durante siete días que se le evaporaron en un suspiro.

Había llegado el momento de subir las ovejas a la sierra de Santa Bárbara. Las habían esquilado, secado la leche y preñado con los mejores sementales. Ahora era el turno de los mastines, que se ocuparían de proteger al ganado durante los meses que se mantendrían fuera de casa.

Jon, sentado en un fardo de heno, junto al establo, los acariciaba y les pasaba el cepillo de púas metálicas por todo el pelaje. Beatriz terminaba tristemente con un intento de hacer albóndigas con salsa, cuando lo vio desde la ventana de la cocina. Necesitaba un respiro, y nada podía sentarle mejor que pasar un rato con Jon. Con sus zapatillas bien limpias que mantenían un suave y permanente tono grisáceo, salió de la borda para ir a su encuentro.

Jon la vio atravesando los pastos y detuvo el cepillo sobre el fuerte lomo de *Thor*. Ser consciente de que se acercaba a él fue una sensación nueva que le aceleró el corazón. Estaba hermosa. Con sus vaqueros, una ajustada camiseta azul y su cabello suelto con los esponjosos rizos brillando bajo el calor del sol.

Mirarla le dejaba sin aliento. ¿Por qué tenía que ser tan condenadamente sensual y hermosa?, se preguntaba mientras le acariciaba el cuerpo con los ojos y sentía el placer en los dedos.

Ella llegaba con una sonrisa tras la que ocultaba sus nervios sin saber que a él le ocurría lo mismo.

—¿Qué haces? —preguntó, sentándose en uno de los fardos, atenta de no rozar a las fieras.

—En unas horas los chicos los subirán a la sierra, con las ovejas y el resto del ganado —respondió con una sedosa voz ronca y reiniciando el cepillado sobre el pelaje de *Thor*—. Les estoy dando instrucciones —bromeó sin mirarla.

En el suelo, dos correas de cuero con pinchos llamaron la atención de Beatriz. Se inclinó para coger una.

—¿Qué es esto? —preguntó, examinándola con cuidado de no lastimarse.

—Son carlancas. —Contempló los dedos que Beatriz movía con prudencia entre las púas—. Collares de cuero atravesados por pinchos hacia el exterior. Son para *Obi* y *Thor*; los protege de los lobos.

—¿Hay lobos ahí arriba, en la sierra? —preguntó ella con preocupación.

—No los hay —respondió Jon, y alzó la mirada para quedarse atrapado por sus sorprendidos ojos verdes—, pero un lobo puede alejarse en una noche de su madriguera, viajar cincuenta kilómetros, atacar un rebaño y estar de regreso para la madrugada. Así que hay que proteger a los mastines para que ellos puedan cuidar del ganado —explicó, incapaz de mirar a ningún otro lado.

—¿Qué pasa si atacan? —continuó preguntando Beatriz. La expectación ante un tema fantástico, digno de películas de terror, no le permitió percibir la turbación de Jon.

—No es probable que ocurra, pero, cuando lo hacen, los mastines los espantan. Algunas veces atacan en manadas y burlan a los perros. —Volvió a prestar atención a

Thor, frotándole las orejas—. Los lobos pueden hacer mucho daño. Matan ovejas, pero el resto del rebaño se dispersa, se producen abortos si hay ovejas preñadas, algunas corren hasta despeñarse... Por fortuna, ocurre muy pocas veces.

—Por eso tenemos perros tan grandes como terneros —comentó Beatriz, mirando a los mastines.

Jon rio mientras colocaba la carlanca a *Thor* y comenzaba a cepillar a *Obi*.

—¿Sabes cómo los elegimos cuando son cachorros?

—Imagino que se escogen a los más fuertes y fieros —dijo, dejando el collar en el suelo.

—Eso parece lo más lógico, pero no es así. Nos fijamos en dos cosas —dijo, tomando la cabeza de *Obi* entre las manos para mirarle los pequeños ojos color avellana—: que tengan un cuerpo robusto pero que sean ligeros, como estas dos fieras a las que tú has dejado de temer.

—Bueno. Hemos llegado al acuerdo de ignorarnos, que ya es bastante —aclaró ella, arrugando la nariz—. Gracias a Dios, son muy tranquilos.

—Sí lo son —respondió Jon—. Ése es el otro punto importante. Elegimos los cachorros más tranquilos, más miedosos. Los que desconfían de las cosas y de la gente que no conocen y que, al mismo tiempo, ladran con facilidad. Buscamos cachorros inseguros que dudan antes de dar un paso. Se convierten en adultos más atentos y vigilantes.

—Todo lo contrario de lo que cualquiera podría imaginar —dijo sorprendida. Disfrutaba cuando Jon le contaba curiosidades sobre los mastines, el ganado o el valle.

—Son perros muy especiales. Mansos y nobles, pero muy firmes cuando defienden lo que dejas a su cargo.

—Como el yorkshire de Laura —exclamó, riendo y alzando los pies hasta posarlos sobre el fardo—. Se ha impuesto la tarea de proteger el piso como si fuera un perro policía.

—Acabarán gustándote los perros —aventuró a decir Jon, sonriendo con ternura al recordarla temblando ante los mastines.

—Y el ganado, y las montañas, y el silencio, y el infierno verde... —Hizo una pausa, mirando hacia la cima de la Mesa de Los Tres Reyes para decir, con guasa—: Incluso creo que acabarás gustándome tú.

A Jon le gustó escuchar eso, aunque tuvo la sensación de que le faltó añadir «a pesar de lo estúpido, arrogante e insensible que eres a veces». Puso la carlanca a *Obi* y le acarició la cabeza, pensativo. Nunca le había costado pedir disculpas, pero con ella era diferente. Con ella, desde el principio todo había sido diferente.

—No soy un hombre fácil —confesó, mientras el mastín se tumbaba a sus pies.

—A ratos, sí —dijo ella, riendo, pero sin atreverse a mirarle.

Jon echó la espalda contra la pared del establo y observó las zapatillas que un día fueron blancas. Eran las primeras que habían perdido la altanería. Él pretendía ser el

siguiente, aunque era consciente de que su orgullo estaba tan arraigado como el de la propia Beatriz.

Cada día, durante meses, Doina había dejado en la cocina de la borda un pequeño cubo con leche antes de que Beatriz se levantara. Desde hacía cuatro días, era Jon quien se ocupaba de esa tarea.

Él ya había visto trabajar a Beatriz elaborando queso a su lado y volteándolo en la cámara. Pero algo se le había movido en el corazón durante los días de la esquila. Mientras rasuraba las ovejas, la había escuchado gritar porque alguna se le acercaba demasiado, y reír relajada con las bromas de los jóvenes Ionescu. También había contemplado, con disimulo, el modo en el que arrastraba vellones y los amontonaba junto a los comederos, o lo dispuesta que estaba a ayudar en todo momento. Incluso la había escuchado decir que estaba allí por si él la necesitaba...

Y una mañana, volvió a olvidar la prudencia de mantenerse a distancia. Cuando Mihai terminó de ordeñar, cedió a la tentación de pedir el cubo a Doina. Le recordó que continuaba vigente la amenaza de desollarla viva si Beatriz se enteraba de que él le llevaba la leche, más ahora que había decidido facilitársela cada día. Descubrió que visitar la borda cada amanecer, mientras ella dormía, era un pequeño, morboso y sofisticado placer que le agradaba disfrutar.

Se absolvía diciéndose que desde que ella estaba allí, hasta la casa había cambiado, perdiendo la sensación de frío e ingrato olvido. Después de tantos años en los que sólo la visitaba él, unas pocas noches de cada invierno, un corazón volvía a latir entre sus cuatro paredes, y eso la estaba volviendo a llenar de vida.

En su cuarta y grata visita matinal, no le recibió la acostumbrada y dulce fragancia a moras. Una peste a quemado se respiraba en la cocina. En el fregadero, una cazuela con el fondo ennegrecido estaba a remojo con agua jabonosa. Junto al fogón, un libro de recetas confirmaba lo que era ya evidente: Beatriz intentaba aprender a cocinar, y con penosos resultados.

Se preguntó cuál sería el motivo de aquel empeño. ¿Que él le hubiera dicho que sobreviviría con abrelatas la había herido en su amor propio? Ella era muy orgullosa y él había sido muy ofensivo. La creía muy capaz de obstinarse en cualquier cosa si con ello demostraba estar por encima de quien la había herido. O tal vez se había cansado de jugar a los ganaderos y ahora comenzaba con las cocineras.

De cualquier modo, ella no era tan previsible como la juzgó al conocerla, y eso le agradaba y le asustaba, casi a partes iguales.

Salió, cerrando la puerta con cuidado. Parado bajo la hermosa flor seca en forma de sol, miró hacia las orgullosas cimas de los Pirineos. Tras ellas se adivinaba la llegada de un día limpio y brillante. El día perfecto para enseñar a Beatriz un poco de magia. Ya no le importaba que ella no supiera verla. Él podía apreciarla por los dos.

Inspiró hondo y emprendió el camino hacia los establos. Tenía que ensillar dos

caballos, pero primero quería coger el Land Rover y acercarse a su casa. Mientras, daría tiempo a que Beatriz se levantara y desayunase.

Media hora después, y sujetando las bridas de dos magníficos caballos negros, regresaba a la borda y golpeaba la puerta con los nudillos. Beatriz apareció atándose el cordón de una corta bata de algodón blanco bajo la que asomaban las delicadas puntillas de un liviano camisón rosa. Llegaba con el sueño pegado aún a las pestañas. La visión de Jon, parado ante ella, con vaqueros y un jersey de punto azul marino con una larga cremallera delantera, la despejó con más rapidez de lo que lo hubiera hecho una ducha helada.

Por un instante, él le miró absorto los bucles enmarañados y su cara somnolienta, disfrutando del sensual placer que le provocaba verla despertar. Después dirigió los ojos hacia sus piernas desnudas. Nunca le habían parecido tan largas, rectas y tersas. Se dijo que parecían hechas para turbar la razón; tal vez su razón.

Le dio los buenos días mientras trataba de recuperar la prudencia mirándola a los ojos.

—Teníamos una cita para cabalgar —dijo sonriendo—, y hoy va a hacer un día perfecto.

Beatriz se preguntó dónde había tenido escondida esa interesante faceta de hombre impulsivo. Miró al cielo, limpio de nubes y niebla, y encogió los dedos de los pies, que se le estaban quedando congelados sobre la baldosa.

—¿Podemos desaparecer durante todo el día sin ningún problema? —preguntó, aun creyendo conocer la respuesta.

—No hay mucho que hacer, y ya he avisado a Mihai que hoy no cuente conmigo —explicó Jon, azotando las riendas sobre la pernera de sus vaqueros.

Beatriz observó el insistente movimiento de las correas. Le tranquilizó pensar que no era tan duro ni tan seguro de sí mismo como quería aparentar. Suspiró, cerrándose bien la bata sobre el pecho.

—Dame cinco minutos para ducharme y vestirme —respondió, con ojos brillantes de ilusión.

La rapidez de la ducha superó a cualquiera de las que se había dado en sus estresantes mañanas entre su taza de café y su salida hacia la marea de tráfico de Madrid. Desde que estaba en Roncal le había cogido gusto a soñar despierta bajo el chorro de agua caliente. Estaba descubriendo el lado atractivo de la calma y del silencio, de la vida sin reloj y sin móvil, sin tráfico y sin humos, sin citas obligadas y sin prisas; y, sobre todo, de la compañía de Jon.

Pero esta mañana volvió a desayunar con rapidez, aunque lo hizo con un apetitoso

tazón de leche que no le dio tiempo a terminar. Dejaba el café negro para su regreso a Madrid, cuando volviera a necesitar estimulantes que la mantuvieran despierta.

Se vistió con sus vaqueros, una camiseta de tirantes por si llegaba a hacer calor, otra de manga larga, encima, por si hacía fresco, y la gruesa sudadera de un chándal. No le convencían demasiado sus zapatillas de loneta, pero era lo más apropiado que tenía para una excursión como la que le aguardaba.

Cuando volvió a salir de la borda, encontró a Jon junto a los caballos, comprobando y ajustando las cinchas. Aún le pidió que le diera un segundo, porque quería coger la cámara de fotos que tenía en el coche.

Cabalgar en libertad fue emocionante para Beatriz. Le bastaron unos minutos para comprobar que Jon tenía razón; la belleza de aquellos parajes era única; recorrerlos a caballo se convertía en una experiencia impagable.

Atravesaron el Valle del Roncal por las zonas más bajas y húmedas. Disfrutaron del paso lento sobre el suelo rocoso; del trote en el interior de los bosques, sorteando pinos y hayas; y del galope, cuando salían a cielo abierto recorriendo frescos pastizales.

Beatriz se preguntaba si aquella dilatada euforia que sentía se la provocaba la naturaleza exultante, digna morada de duendes y hadas; el sonido de los cascos de su montura mientras el aire le azotaba el rostro; o la turbadora compañía de Jon. Él se mostraba atento y paciente, aflojando el ritmo cuando veía que ella no podía seguirle, deteniéndose para que hiciera fotografías sin riesgo de caerse, contándole curiosidades de los lugares que recorrían. Era ese Jon que había descubierto durante sus largas tardes de tristeza y hastío en la borda.

A media mañana, él le ofreció la posibilidad de almorzar en un pequeño y rústico restaurante de montaña que aseguró le encantaría, o de detenerse en cualquier lugar para comer algo que llevaba en un viejo zurrón de cuero, sujeto a la silla de montar.

Elegir le resultó sencillo. Prefirió satisfacer su curiosidad sobre lo que Jon había preparado.

La parada la hicieron en el Valle de Salazar. Junto al riachuelo que cruza por el centro de un pequeño bosque de hayas.

Mientras aseguraban las bridas de los caballos a las ramas bajas de un árbol, Jon le habló de sus nombres. *Zaldizko* era el que ella montaba. Su abuelo lo había bautizado así porque el hermoso animal le gustaba tanto como las partidas de mus que él jugaba cada tarde en la taberna. *Zaldizko* es el naipe que representa al caballo.

—¿Y cómo se llama tu yegua? —preguntó, esperando otro nombre igual de extraño.

—*Zoraska* —respondió Jon, sonriendo—. Significa locuela, chiflada. Tiene mucho temperamento y a veces da sorpresas. Por eso prefiero montarla yo, que la conozco y la domino.

—Los dos nombres comienzan con s —comentó Beatriz mientras Jon soltaba el zurrón que llevaba colgado a la montura.

—Con z —aclaró él—. Suena como una s, pero se escribe con z. Era la costumbre de tu abuelo —dijo, sacando un mantel verde y extendiéndolo sobre el suelo desnudo, junto a un grueso tronco de haya—. Lo hizo con todos los caballos de monta que tuvo. Pero nunca le pregunté si había algún motivo para eso.

Beatriz se sentó en un extremo de la tela, mirando con la expectación de una niña al resto de las cosas que él sacaba del zurrón.

—Si yo no viviera con mis padres, sobreviviría gracias a los abrelatas —comentó él, riendo a la vez que quitaba la envoltura de papel de estaño a dos platos de cartón que contenían queso y jamón de Jabugo.

«El gran hombre es, para algunas cosas, tan inútil como yo», pensó Beatriz, observando los perfectos triángulos de queso y la mirada satisfecha de Jon.

—¡Eres un majadero! —dijo, al tiempo que se cubría la boca con los dedos y estallaba en una carcajada.

Él gozó de aquel tintineo casi infantil. Si algo veía en ella que le resultara más atrayente que sus fogosos ojos verdes o que sus esponjosos bucles en los que a veces se imaginaba a sí mismo hundiendo el rostro, era la risa.

Desenvolvió un plato más grande con una jugosa tortilla de patatas sobre la que soltaban su jugo unos pimientos verdes fritos.

—Con los mejores deseos de mi madre —dijo, ceremonioso, y al instante chasqueó los labios al recordar la prisa con la que lo había preparado todo esa mañana. Salió de casa con la sensación de que olvidaba algo. Algo importante.

—Tenemos un problema —señaló, sacando una botella de tinto de Navarra—. He traído vino, pero no tenemos vasos.

—O sea que tendremos que beber a morro, como los borrachos —dijo Beatriz, riendo nerviosa.

Jon la miró guardando silencio, disfrutando de nuevo del modo en que ella dejaba escapar la risa y observando los labios con los que compartiría la suavidad del cristal... Inspiró con fuerza y descorchó la botella con cuidado. Se aseguró de que no quedaran restos de corcho y se la ofreció a Beatriz. Le habría gustado poder proporcionarle también un vaso, pero se moría por saborear el rastro que iban a dejar sus labios sobre el vidrio.

Una hora después los dos yacían con la espalda pegada al suelo y la mirada perdida en las hojas ovaladas de las hayas. Ráfagas de sol, penetrando entre el oscilante ramaje, llenaban el bosque de temblorosos claroscuros.

—¿Te he dicho que tenías razón, que esto es precioso? —preguntó Beatriz, mirando el espectáculo de luz y sombras a través del objetivo de su cámara fotográfica.

—Unas cien veces —respondió Jon, riendo y colocando las manos bajo su cabeza.

—Nunca había estado en un bosque de hayas —confesó ella, dejando la cámara a un lado—. En realidad, es la primera vez que estoy en un bosque de verdad. Además, éste se parece a los de los cuentos.

Ella disfrutaba de la naturaleza aunque sólo fuera porque ésta le recordaba a los cuentos, pensó Jon, imaginando qué opinaría si la llevara a otros lugares mucho más especiales; más mágicos.

—Aquí cerca, en este mismo Valle de Salazar, está la selva de Irati —comenzó a contarle—. Es el mayor hayedo de Europa. Da igual la época en la que lo veas porque siempre es hermoso, pero en otoño es impresionante. Te aseguro que nunca has visto tantas gamas de marrones, ocre, rojos... —Inspiró, recordando sensaciones—. Caminar entre esas hayas disfrutando de los colores, los olores y el crujir del manto de hojarasca bajo los pies, es lo más relajante y a la vez estimulante que puedas imaginar.

La vehemencia y la emoción en las palabras de Jon revelaron a Beatriz que hablaba desde el corazón, que amaba esos bosques y esas tierras.

—Adoras esto, ¿verdad? —preguntó, observando cómo el viento jugaba meciendo las hojas.

—Sí. Aunque, tal vez adorar no sea la palabra.

Beatriz esperó que continuara, pero él volvió a guardar silencio.

—¿Cuánto tiempo estuviste fuera de Roncal? —le preguntó de pronto, girando la cabeza para mirarle.

—Desde que comencé la carrera hasta que regresé para quedarme, algo más de diez años. Al principio venía muchos fines de semana. Después fui espaciando mis visitas.

—¿Y por qué las espaciabas? —curioseó ella, incorporándose para sentarse sobre la tierra.

—El trabajo, las obligaciones, la vida... —respondió Jon, reacio a contar detalles que a nadie concernían salvo a él.

—Diez años es mucho tiempo —opinó Beatriz—. Echarás en falta muchas cosas de la ciudad.

—¿Y me lo preguntas después de haber visto todo esto? —Miró a su alrededor para decir—: Si te quedas el tiempo suficiente por aquí, puede que llegues a comprender por qué no necesito buscar nada más en ningún otro lugar.

—¿Es que no tienes sueños? —se interesó, como si diera por hecho que para eso estaban las grandes urbes.

—Muchos... No se puede vivir sin sueños. Y tú —dijo, girando el rostro para mirarla—. ¿Tú tienes sueños?

—Algunos —respondió Beatriz—. Pero hay uno muy especial. —Suspiró, manoseando los cordones grisáceos de sus zapatillas—. Mi gran sueño es abrir un

lujoso hotel en Aranjuez. He visto hasta la mansión que quiero para mis planes.

—Una casa de éstas tiene que costar mucho dinero —comentó Jon, sin demasiado interés.

—Una fortuna —dijo, riendo—. Pero es que no se trata sólo de eso —explicó, negando con la cabeza—. Es una especie de palacete y, aunque nadie vive en él, las familias importantes no acostumbran deshacerse de ellos.

Jon pensó en lo diferentes que eran sus sueños. Él nunca llegaría a fijarse en ningún palacio ni aspiraría a convertirse en el dueño de un hotel de lujo.

—Cuéntame uno de tus sueños —pidió Beatriz de pronto—. El que más ansías —añadió, tratando de que su voz no reflejara todo el interés que despertaba su contestación.

Él miró hacia las hojas que se agitaban sobre su cabeza, pensando en todas las metas que se había propuesto alcanzar. No tuvo que ordenarlas por importancia. Tenía muy claro cuál era el valor de cada una.

Inspiró hondo antes de decidirse a compartir con ella el más deseado de todos sus sueños.

—No quisiera morirme sin haberme vuelto loco de amor correspondido —confesó a media voz, para volver a quedarse en silencio.

La respuesta sorprendió a Beatriz y le erizó la piel. Encogió las piernas y se abrazó a ellas en busca de calor. Nunca había pensado en un sueño como ése. Se preguntó si ese deseo nacía de un corazón sensible, de una decepción, de un amor no correspondido.

—¿Nunca has estado enamorado? —preguntó con suavidad, apoyando el mentón sobre las rodillas.

—Sí. Alguna vez —respondió él, alzando la cabeza y frotándose la nuca antes de volver a recostarla en el suelo.

—El amor es algo complicado —musitó Beatriz, pensando en sí misma y en Diego.

—El amor... —repitió Jon, pensativo—. El amor debe ser algo que te haga perder la razón —susurró—. Algo que te ate para siempre a unos ojos, que no te deje respirar cuando no puedas mirarte en ellos...

—¿De verdad crees que existe un amor así? —preguntó, aturdida por sus palabras.

—Estoy seguro —respondió él, y bajó los párpados para dejarse acariciar por los rayos de sol que fragmentaban las sombras al colarse entre las hojas.

Tras unos minutos de silencio, la respiración de Jon se hizo suave y acompasada y Beatriz dio por hecho que se había quedado dormido. Le turbaba compartir un acto íntimo en el que no había visto a más hombre que a Diego. Pero no se resistió a la oportunidad de observarlo en ese estado apacible de indefensión.

Consideraba que era atractivo, muy masculino, con unos rasgos dulces y sensuales. Cuando no estaba enojado era la imagen misma de la serenidad. Cuando se enfurecía, su rostro se tensaba y sus ojos negros juraban hundirte en el infierno.

Pero ahora le parecía un ángel. Un ángel de cabello oscuro y piel dorada que prometía llevarte al paraíso.

Lo enfocó con su cámara. Encuadró su rostro de facciones casi perfectas y, rogando por que el sonido no le despertara, pulsó el disparador.

Jon no se movió, y ella, con una sonrisa satisfecha, se acercó cuanto pudo a la pantallita brillante para observar la fotografía. Amplió hasta que los párpados cerrados de Jon ocuparon todo el visor. Tras observarlos con detenimiento y recrearse en las pestañas, pasó a observar sus gruesos labios, su duro y masculino mentón, sus orejas, pequeñas, sus manos semiocultas bajo la cabeza...

Verdaderamente era un hombre hermoso, pensó mientras apagaba la cámara y la protegía con su funda. Le gustaba su compañía y le agradaba su conversación. Gracias a él, la distancia que ella aún se empeñaba en mantener con Diego no le estaba pesando demasiado.

Lo miró, calculando cuánto tiempo llevaba dormido.

Volvió a observar el modo en que los serpenteantes rayos de sol le acariciaban. Sonrió al ver que su apacible rostro no se inmutaba cuando la luz le descansaba sobre los párpados. Y de pronto reparó en que no escuchaba el sonido de su respiración. Su torso no ascendía y descendía... no respiraba.

Acercó la mano hasta el hombro para oprimirlo con suavidad y comprobar si se movía, pero ni siquiera alcanzó a rozarlo. Se lo pensó mejor y se colocó de rodillas, aproximándose todo cuanto pudo para escuchar mejor el sonido de su respiración.

Ni vio ni oyó nada que la tranquilizara. Retrocedió y miró a su alrededor, nerviosa, arqueando unos dedos sobre otros y suplicando que Jon despertara antes de que ella entrara en una de sus crisis de ansiedad.

Aquel pensamiento le hizo reaccionar. Sin concederse tiempo para arrepentirse, se inclinó sobre él, muy despacio, para verificar si le temblaban sus espesas pestañas o algo oscilaba bajo sus párpados.

Y de pronto, con la rapidez de un felino, Jon alzó la mano y la sujetó por la nuca a la vez que abría sus ojos negros para clavarlos con firmeza en los suyos.

—¿Qué estás buscando? —susurró, manteniéndola a un palmo de su rostro.

Las mejillas de Beatriz se incendiaron. A la vergüenza de haber sido descubierta contemplándole, se añadía la confusión de tenerlo cerca y en esa actitud retadora.

—Creí que no respirabas —se disculpó, nerviosa—. Me asusté y quería comprobar si estabas bien —explicó mientras apoyaba las manos en la tierra, a ambos lados del cuerpo de Jon, para sujetarse y no caer sobre él.

Los destellos afilados del sol filtrándose entre los árboles incendiaron a ráfagas el cabello de Beatriz. Jon nunca la había visto tan hermosa, ni tan sorprendida, ni tan a su merced. Y pensó que sería fácil atraerla hasta rozarle los labios. Sujetarla por la

nuca para fundirle la boca con la suya. Sería sencillo rodar con ella en los brazos, tumbarla sobre la tierra y besarla mientras acariciaba esas formas que comenzaban a torturarle el pensamiento.

Dejarse llevar sería fácil. Demasiado fácil, demasiado peligroso.

—No vuelvas a acercarte de este modo —ordenó, tratando de aislarse de su suave olor a moras. Pretendiendo no respirar de su cálido y apresurado aliento.

Beatriz le agarró la mano para apartarla de su nuca. Él tensó los músculos y la sujetó con más fuerza, amenazando con aproximarla más a él si volvía a moverse. Le estaba pidiendo que no se le acercara, pero en el fondo le gustaba sentir el hormigueo que le suscitaba olerla y escucharla respirar.

—Sólo quería comprobar que no te ocurría nada —insistió, nerviosa.

—No vuelvas a hacerlo —susurró él, devorándola con los ojos mientras sentía que perdía la voluntad.

Iba a ceder. Iba a atraerla hasta él, iba a besarla, iba a cometer una locura...

Maldijo en silencio la ingenua osadía de Beatriz que le había agitado los instintos, y a él mismo, que se complacía en martirizarse con ello.

Cerró los ojos, inspirando con fuerza mientras la soltaba.

Pero a Beatriz le costó reaccionar. Sin la presión que la inmovilizaba desde la nuca, se separó apenas unos centímetros y se quedó observando el rostro tenso de Jon.

Él abrió los ojos y la miró en silencio. Ella pudo ver que no contenían la furia de otros enfados ni la amenaza de sumergirla en el infierno. La mirada de Jon era tensa pero vacilante, arrogante pero insegura. Y Beatriz se la mantuvo hasta que el calor de sus mejillas amenazó con convertirla en cenizas.

Suspiró sobre su torso inmóvil y se hizo a un lado, cuidando de no rozarle al retirarse. Jon volvió a cerrar los ojos para contener el deseo de estrecharla entre sus brazos y besarla.

Así de confundido se sentía; así de alterados tenía el cuerpo y el pensamiento.

Cuando Beatriz estuvo lejos, él se puso en pie, despacio, se acercó al mantel, aún extendido, y comenzó a recoger, clavando los dedos con fuerza sobre los platos vacíos.

—Alguien ha tenido que hacerte mucho daño para que reacciones de esta manera conmigo —exclamó ella, sin energía para enojarse—. Siempre que trato de...

—No busques explicaciones complicadas —respondió Jon, sin querer mirarla—. Los dos sabemos que mis motivos se llaman Ignacio —«y esta maldita atracción que comienza a volverme loco», se dijo mientras continuaba recogiendo.

Beatriz levantó su cámara del suelo. Se sentía demasiado confundida, incapaz de explicarse qué acababa de ocurrir en el interior de Jon. Sólo sabía que, una vez más, él intentaba hacerla sentirse culpable.

—¿Estás seguro que no ha habido una mujer que te ha hecho sufrir y ha convertido tu corazón en una roca? —preguntó con un suave cinismo.

Jon soltó el mantel que comenzaba a plegar y se acercó a ella con paso lento y la mirada fija en los confundidos ojos verdes.

—Deja de analizarme —dijo cuando se detuvo a su lado—. Tú y yo sabemos de dónde nacen nuestras diferencias, por eso conocemos el modo de evitarlas. ¿Quieres que sigamos como hasta ahora?

—Por supuesto —respondió ella, alzando la barbilla—. No me gusta discutir.

Jon reparó en que se estaba dejando gobernar por el calor que le bullía en la sangre. Abrir los ojos y verla inclinada sobre su cuerpo, respirando cerca de sus labios, le había despertado los instintos, le había alterado la razón. No podía deshacer lo hecho, ni lo dicho, ni lo sentido... pero aún podía dar marcha atrás y fingir que sólo había estado bromeando.

—A mí tampoco —dijo, con una fascinante sonrisa—. De todos modos, la advertencia de que no vuelvas a acercarte a mí de ese modo no tiene nada que ver con Ignacio —aseguró—. Tú eres una mujer hermosa y yo soy un hombre que responde muy bien a los estímulos.

Beatriz abrió la boca, sorprendida. Quiso responder, pero el ánimo se le fue incendiando y las palabras se le amontonaron en la mente. Alzó los brazos con una rabiosa impotencia y Jon se le adelantó.

—¿Conoces esos anuncios de coches en los que aseguran que se ponen de cero a cien en siete segundos? —preguntó con guasa, y acercó el rostro para susurrarle, bajito—: Pues yo no necesito tanto tiempo.

Beatriz dio un paso atrás y lo miró, sin saber cómo reaccionar. No estaba segura de si debía sentirse ofendida o mandarle a la porra por arrogante y presuntuoso. Comprimió los labios y aleteó la nariz para no estallar.

Los ojos de Jon chispearon divertidos. Le pareció curioso que él se estuviera relajando al mismo ritmo en el que ella se irritaba.

—Confío en que no te enfades por esto —musitó, midiéndole la furia en la intensidad del verde de sus ojos—. No he querido ofenderte.

—¿Y dónde podría encontrar motivos para ofenderme? —dijo con ironía.

—Eso me parecía —soltó con frescura, sonriendo con gesto inocente.

Beatriz no entendía de qué iba todo aquello. Sentía que Jon estaba jugando con ella, y que, de nuevo, lo hacía sin explicarle ninguna de las normas. Mientras él guardaba el mantel, recogía los desperdicios y los metía en una bolsa de plástico que colocó en el zurrón, Beatriz lo observó en silencio, esperando que quisiera explicarse.

Cuando no quedó en el suelo ningún rastro de invasión humana, Jon se volvió hacia ella para decir:

—Aún tenemos algunas horas de luz y muchas cosas que me gustaría que vieras —sonrió como si aún les esperara lo mejor del paseo—. Espero que te quede espacio para más fotografías.

Beatriz le vio montar y tirar de las riendas para que la yegua girara una vez sobre sí misma. Decidió no preguntar sobre lo que acababa de ocurrir. Al fin y al cabo, sólo

sería otra de las reacciones de Jon que no llegaría a comprender.

A pesar de que Jon subía cada día a la finca y se ocupaba de llevar la leche a la borda, no siempre conseguía ver a Beatriz. Los encuentros había que forzarlos, pero no era tarea fácil cuando se pretendía que parecieran casuales.

Lo mismo le ocurría a ella. Pasaba las mañanas cocinando y oteando por la ventana de la cocina, buscando el modo de encontrarse con Jon. Las tardes las ocupaba en la lectura de algunas novelas que había comprado en un viaje relámpago a Pamplona, cuando fue buscando una librería con servicio de imprenta. Leía sentada junto a la ventana para mirar a través de la cortina cada vez que pasaba una página.

Le relajaba el aroma a flores que reinaba desde que, unos días atrás, había cortado unas pequeñas campanillas azules en la zona en la que tendía la colada. A falta de un recipiente más apropiado, las había colocado en un vaso de cristal con agua, en el centro de la mesa.

A ratos lo miraba y recordaba los espléndidos ramos de rosas rojas que acostumbraba enviarle Diego y que ella ponía en su jarrón Elfos, de cristal francés de Lalique. Era como comparar la luz de una luciérnaga con la de una estrella, pero aun así le emocionaba contemplar las delicadas florecillas y aspirar su aroma.

Había comenzado a madrugar a pesar de que le sobraban horas en el día, y mientras comenzaba a reunir sobre la encimera los ingredientes para su receta, veía dirigirse hacia la sierra a Jon, con el Land Rover, o a Traian y Marcel, con sus ruidosas motos. A menudo se preguntaba cómo sería aquella cima, cómo estaría allí el ganado, cuál era el trabajo que les obligaba a subir cada amanecer y a última hora de las tardes.

Aquella mañana, el delicioso olor del risotto de hongos la dejó satisfecha. Por primera vez el resultado de esa receta tenía un aspecto comestible. Añadió el último trozo de mantequilla y el queso que había rallado la noche anterior, y lo revolvió todo con una cuchara de madera. Al comprobar que el arroz tenía un aspecto cremoso, tal y como indicaba el libro, sintió deseos de gritar y aplaudirse. Pero, en lugar de eso, apagó el fogón y se dirigió, canturreando, hacia su habitación.

Cambió su falda por los vaqueros, que no olían a cocina, se puso una camiseta rosa de finos tirantes, y se arregló con los dedos los bucles, dejándolos sueltos sobre los hombros.

Salió a recorrer los establos, dispuesta a hacerse la contradiza, pero no halló ni rastro de Jon.

Caminó, decepcionada pero sin prisa, hasta el lugar más tranquilo de la finca; los últimos pastos. Allí había pasado muchos ratos agradables, a veces sola, contemplando al ganado, admirando la silueta de las cumbres sobre el cielo y

aprendiendo a disfrutar del silencio. Otros, los más gratos, había compartido el tiempo y la conversación con Jon. Él, que aseguró con ironía que no sería su profesor de manualidades, le había explicado muchas cosas, ayudándole a entender un mundo que desconocía.

Ahora, con los pies en el primer travesaño de la cerca, apoyaba los brazos en el tronco superior y oteaba el pastizal. Le sorprendió encontrarse al grupo de carneros, con sus imponentes cuernos retorcidos en espiral hacia delante y hacia el exterior. Le parecían animales hermosos, pero los temía. En varias ocasiones los había visto enfrentarse entre ellos; medir su fuerza, frente con frente; golpearse las cornamentas con golpes secos... Esos animales le habían proporcionado los únicos ratos tensos durante los agradables días de la esquila. Ver a Jon sujetando esos enormes y peligrosos cuernos le mantuvo el corazón en vilo durante el rato que tardó en raparlos.

Descansó la barbilla sobre sus brazos y suspiró. Hacía tiempo que pensar en Jon le oprimía el pecho y le obligaba a tomar aire. Y ese sentimiento extraño comenzaba a preocuparle.

—¿Aburrida?

La inconfundible voz de Jon, a su espalda, terminó con sus pensamientos y la obligó a inspirar de nuevo. Bajó los pies del travesaño, despacio, preparándose para enfrentarse a aquellos ojos negros.

Y se encontró con un hombre de sonrisa deslumbrante. Estaba de pie ante ella, con las manos en los bolsillos y una camisa blanca, desabotonada hasta el inicio del abdomen.

Tenerlo tan cerca le reavivó las sensaciones que la habían paralizado el día anterior, durante el paseo a caballo. Y es que nunca, un hombre, le había dicho algo parecido, ni la había mirado de aquella forma, ni la había sujetado con aquella amenazadora sensualidad.

—No tengo tiempo para aburrirme —respondió mientras sus ojos iban y regresaban hacia el torso que contemplaban por primera vez—. He venido a que me dé un poco el sol —aclaró, empeñada en fingir que no había reparado en la camisa desabrochada.

Jon se extrañó de aquel movimiento frenético de sus pupilas, pero no le dio demasiada importancia, pues él andaba ocupado con otros pensamientos. Recordaba el momento de intimidad en el bosque, el roce de su piel, el calor de su aliento. Llevaba tres días y tres noches reviviendo la sensación que le invadió al despertar y encontrarla inclinada sobre él.

Beatriz miró a su alrededor, intentando olvidarse de la maldita camisa y del bien torneado pecho.

—Creí que estaban en la sierra —dijo, señalando a los carneros con un gesto de cabeza.

—No podemos subirlos mientras exista el riesgo de que preñen a cualquier oveja

—dijo Jon, apoyando los brazos en el madero y mirando hacia los animales.

—De eso se trata, ¿no? —exclamó Beatriz, deseando que se diera cuenta de que no podía andar medio desnudo ante una mujer. También ella tenía su corazoncito, aunque no se pusiera de cero a cien en siete segundos.

—Pero no las puede preñar cualquiera que pase por allí —dijo él, riendo—. Estamos mejorándolas genéticamente. Escogemos quién tiene que ser el padre. En la sierra están libres, a veces se mezclan los ganados de diferentes cabañas. No hay garantías, y por eso no está permitido subir a los machos hasta mediados de agosto.

«Los machos». ¿No podía haber elegido otra palabra para decir lo mismo?, pensó Beatriz mientras volvía a apoyar los brazos en la valla. Se disponía a echar otra mirada cuando Jon reparó en la abertura. Cerró los botones con tranquilidad, y Beatriz suspiró, en el fondo decepcionada.

—Todo esto es mucho más complejo de lo que imaginaba antes de venir aquí —dijo, sonriendo a pesar de la desilusión.

Había llegado con intención de pasar allí tres días y ya habían transcurrido cuatro meses, pensó Jon. Cuatro meses, y nada de su actitud indicaba que estuviera pensando en irse.

En ocasiones deseaba preguntarle cuánto tiempo pensaba quedarse, qué futuro había dispuesto para las tierras y el ganado. Pero se negaba a hablar con ella de la herencia. Se decía que si no lo había hecho al principio, cuando odiaba tenerla cerca y sólo deseaba que se fuera, no lo haría ahora que disfrutaba de su compañía, ahora que comenzaba a no saber lo que quería.

Que ella se quedara allí para siempre, controlando lo que le pertenecía, ya no le parecía algo tan malo. Pero no podía creer que lo hiciera. Sabía que en algún momento se cansaría de todo aquello, regresaría a Madrid y dejaría que alguien llevara la explotación por ella. Sólo esperaba que, si se iba, el aburrimiento fuera total y que pusiera en venta todas las propiedades, para que no hubiera nada que los uniera y no siguiera llenándole de confusión. Si eso pasara, él tendría que conseguir un dinero que no tenía, pero estaba dispuesto a partirse el alma para lograr que nada que hubiera sido de Ignacio acabara en poder de algún extraño.

—Te has quedado muy callado —dijo Beatriz, introduciendo las manos en los bolsillos de sus vaqueros y encogiéndose de hombros.

—Disculpa —pidió Jon, con la vista al frente—. Se me fue la cabeza hacia algo... algo importante que desconozco cómo terminará.

A partir de aquel momento, o más bien de aquellos pensamientos, las respuestas de Jon se hicieron más espaciadas, más frías.

Beatriz se preguntaba qué había ocurrido. Él había pasado de mantener una conversación relajada, a quedarse serio y con la mirada perdida. Aquellos cambios de humor la desconcertaban.

Observó los dedos con los que rozaba con insistencia sobre la madera, sus largos y bellos dedos que estaban tan ausentes como él mismo.

Volvió a poner los pies en el primer travesaño, se apoyó en el que él acariciaba y suspiró, antes de decir:

—Me gustaría ir a la sierra. ¿Te importaría llevarme la próxima vez que subas? —solicitó con voz amable.

La pregunta le cogió por sorpresa.

—¿Qué crees que hay allí? —interrogó, mirándola a los ojos.

—Lo ignoro. Por eso quiero subir —dijo ella, descansando la barbilla en la madera—. Te prometo que no molestaré.

—No pensaba que lo harías —respondió él, con sinceridad.

—Entonces, ¿me llevarás? —insistió, mirándole y alzando las cejas.

Jon no encontró disculpa alguna con la que negarse. Al menos ninguna que pudiera nombrar. Apartó la vista, volviéndola hacia los carneros, tomó una gran bocanada de aire y dijo que la llevaría a la mañana siguiente.

Tras recorrer un pequeño tramo en dirección a Urzainqui, el Land Rover abandonó la carretera. Se internó por una pista forestal, en medio del bosque, que ascendía hasta la sierra y los pastos.

El camino, socavado en las laderas del monte, era amplio y cómodo de transitar, pero no para Beatriz. El vacío se abría bajo su ventanilla y el traqueteo del todoterreno le hacía pensar que acabarían perdiendo el firme del suelo y precipitándose barranco abajo.

—Mira a tu derecha —dijo Jon, cambiando de marcha ante una pendiente más pronunciada—. En cuanto se abra el espacio entre los árboles verás el pueblo de Roncal.

«Estás loco si crees que voy a mirar hacia ahí abajo», pensó Beatriz, guardando silencio e inspirando para tranquilizarse.

Cuando alcanzaron el claro entre el ramaje, Jon extendió el brazo derecho para señalarle la dirección en la que debía mirar. Al fondo, de entre un fantástico océano verde, emergía Roncal, con sus tejados rojos y la majestuosa iglesia de San Esteban velando por la villa desde lo alto.

—¡No sueltes el volante! —gritó Beatriz, crispando los dedos sobre el reposabrazos de la puerta.

Jon la miró sorprendido, y descubrió que estaba tan pálida y rígida como una hoja encerrada en escarcha. Casi sin atreverse a respirar, intentaba ignorar su lado derecho, que a medida que ascendían se iba abriendo hacia el cielo y las montañas.

Sujetó el volante con las dos manos, riendo. Pensó que aquella remilgada asustadiza era en realidad Beatriz. Daba igual cuánto se esforzara en adaptarse; era una esnob y nadie podría cambiarlo.

Ella apretó los dientes al escuchar su risa. No quería gritar. Estaba ocupada mirando al frente y controlando el miedo que amenazaba con convertírsele en

angustia.

Jon, que había hecho aquel trayecto tantas veces que podía recorrerlo con los ojos cerrados, no pudo resistirse. Cambió de marcha y aceleró. Casi sintió lástima cuando percibió que Beatriz contenía la respiración. Pero se disculpó a sí mismo diciéndose que le estaba ofreciendo una visión diferente del mundo rural que comenzaba a conocer.

Terminó reconociendo el valor que demostraba guardando un sufrido silencio. Tenía miedo, pero lo dominaba. Y él, que sabía que no corrían ningún peligro, fue un poco más retorcido; ascendió bien pegado al borde del barranco, disfrutando con los respingos y cambios de color de la asustada Beatriz.

Cuando le señaló, a lo lejos, las pequeñas manchas blancas que se movían entre los árboles, ella no quiso mirar. Ni siquiera lo hizo cuando él aclaró que eran sus vacas que buscaban las zonas más frescas y con mejores pastos. A ella le daba igual si aquellos animales le pertenecían o no. Prefería mantener su vista en el camino, la zona más segura de todas cuantas la rodeaban.

Ya en la cima, se desviaron hacia la izquierda, abandonando la pista forestal que continúa hacia Izagra y Kakueta.

Cuando vio que el Land Rover rodaba sobre verdes pastos, Beatriz soltó todo el aire que había estado conteniendo durante media hora. Pero no aflojó la fuerza con la que se sujetaba al reposabrazos hasta que el vehículo se hubo detenido junto al rebaño y una pequeña choza.

Descendió con piernas temblorosas. No podía creer que hubieran circulado de aquel modo irresponsable, jugándose la vida. Cogió aire hasta llenar sus pulmones y se giró para decirle cuatro cosas al majadero de Jon.

Pero, ante el grandioso espectáculo de las cumbres de los Pirineos emergiendo de entre la niebla matinal, se le desvaneció el deseo de discutir. Abrió la boca, sorprendida, mientras caminaba hacia donde la superficie verde comenzaba a redondearse. Giró sobre sí misma, contemplando las montañas, unas coronadas por suaves pastos, otras cubiertas por hermosos bosques y las que culminaban en altos y escarpados riscos.

Jon, mientras acariciaba a los mastines que se habían acercado a darle la bienvenida, esperó a que le alcanzara la explosión de furia de Beatriz que él se había ganado a pulso. Incluso estaba listo para disculparse... a su manera, pero nada de eso ocurrió. La miró extrañado, y no la vio comprimir los labios ni aletear los orificios de su nariz. La encontró fascinada, disfrutando de la experiencia de verse rodeada por un horizonte de montañas de majestuosa silueta.

—Impresionante, ¿no crees? —comentó, acercándose a ella con cautela por si su enfado estallaba con efecto retardado.

—No tengo palabras —aseguró Beatriz, que ya no recordaba la angustia del camino hasta la cima—. No imaginaba que estaba en medio de tanta... —alzó las manos, riendo—. No encuentro la palabra que le haga justicia.

—Esto es lo que tú llamaste, el otro día, «el infierno verde» —dijo, con una sonrisa tan deslumbrante como el paisaje que les rodeaba.

—Cuesta acostumbrarse —comentó Beatriz, atreviéndose a pasar las yemas de los dedos sobre el lomo de *Thor*, que se acercó a olisquearle las zapatillas—. Soy una mujer de asfalto. Si hubiera llegado con la intención de conocer esto durante unos días, te aseguro que me habría fascinado desde el primer momento.

—Y entonces, ¿con qué objetivo viniste? —preguntó Jon, esperando que le contara, por fin, sus propósitos.

—Es una historia muy larga —dijo ella, recordando lo triste y hundida que se sentía al llegar.

—No tenemos prisa —respondió Jon, invitándola con la mirada a que continuara.

Ella negó con la cabeza. No quería contar detalles sobre su vida. Y no era posible describir la desesperación con la que había llegado a Roncal, sin hablarle de la humillación que la había sacado de Madrid.

Contempló el serpenteante hilito blanco en el que se veía convertida la carretera junto al río Esca, y el estrecho y abrupto desfiladero, ahora invisible, desde el que emergían grandes montañas cubiertas de una apacible espesura verde.

Se sintió pequeña, con unos problemas pequeños. Suspiró, recordando a Diego, al que cada vez tenía menos presente.

—Digamos que no vine aquí en el mejor momento de mi vida —dijo, girándose una vez más sobre sí misma y deteniéndose ante la pequeña edificación de piedra y tejado rojo—. ¿Qué es eso?

—Una borda —respondió Jon, resignado a no escuchar la explicación que estaba necesitando como el respirar—. Así son en origen, sin obras de ampliación como la que Ignacio hizo en la que estás viviendo. Por estos montes hay muchas como ésta.

—¿Es nuestra, podemos verla? —preguntó, ilusionada como una niña.

—Sí; es tuya y podemos entrar, si quieres —respondió él, caminando hacia la cabaña, seguido por los perros—. Me he visto obligado a dormir aquí alguna vez. También los chicos de Doina.

Ya en la puerta, alzó el brazo y, de una grieta entre dos piedras, sacó una llave. Mientras él abría, Beatriz se entretuvo observando la flor seca, en forma de sol, clavada sobre el dintel.

—¿No hay luz? —preguntó al ver el interior en total oscuridad.

—Utilizamos lámparas de aceite —respondió Jon, y se adelantó para abrir la ventana y permitir que entrara la claridad del día.

Beatriz lo observó todo desde la puerta abierta. Era un espacio pequeño, con una cama estrecha y un burdo fuego bajo una de las esquinas.

Pasó al interior. Jon la miró en silencio. Era la primera mujer que entraba en aquel lugar. La primera mujer y tenía que ser ella, pensó cuando la vio acercarse a la cama y rozar con los dedos el jergón sobre el que él había pasado más de una noche.

Contemplar aquella caricia le contrajo el estómago.

—¿Es cómodo? —consultó Beatriz, golpeando con las palmas abiertas para comprobar si estaba mullido.

—No mucho —respondió Jon, con voz grave.

Compartir con ella ese pequeño espacio le espesaba el aire hasta hacerle difícil respirar. Su imaginación osaba besarla, acariciarla... Turbado, aproximó el rostro a la ventana para que el aire fresco de la mañana le enfriara los pensamientos. Su intención de alejarse de ella no le servía de nada. Él mismo cedía al deseo de aproximarse con la misma inconsciencia con la que se dirige una polilla hacia la atractiva y mortal llama de una vela.

—¿No te da miedo dormir aquí, solo? —preguntó Beatriz, sentándose sobre la cama y haciendo que el calor recorriera la sangre de Jon.

—No es algo que haga a menudo, pero cuando paso aquí la noche te aseguro que no tengo ningún miedo —respondió, sabiendo que cuando volviera a meterse en esa cama le iba a matar el deseo.

Contuvo la respiración al verla levantarse y acercarse a él. Expulsó el aire una vez que ella hubo pasado, rozándole el brazo con el suyo y cercándole con su ligero olor a moras.

Jon la siguió con la mirada. Mientras ella descubría los viejos utensilios que había junto a la chimenea, él le acarició la espalda con los ojos, perdiendo el último y escaso rastro de calma.

La intimidad le estaba asfixiando.

Dejó que curioseara sola. Salió buscando aire para entibiar los pulmones, que le ardían. Con las manos sobre las caderas, inspirando de aquella fresca y radiante mañana, se preguntó qué tenía esa mujer, que comenzaba a volverle loco.

Unos minutos después, Beatriz salía y él cerraba la puerta.

—¿Para qué subes aquí cada mañana? —preguntó ella, observando cómo los dedos de Jon ocultaban la llave.

—Para comprobar que todo está bien. —Inspiró antes de volverse a mirarla—. Para asegurarme que no hay ningún animal enfermo, y para encauzarlas hacia el lugar por el que quiero que pasten cada día.

Juntó los labios para lanzar un potente silbido. Los mastines le miraron al instante, preparados para seguir sus órdenes. Jon gritó: «tráelas».

—¿Tráelas? —exclamó Beatriz, sorprendida—. ¿Así, sin más?

—Por supuesto —respondió, riendo—. Ellos saben lo que tienen que hacer. Las agrupan y las empujan hacia aquí.

Beatriz observó, fascinada, la precisión con la que los perros hacían su trabajo, circulando alrededor del ganado para que ninguna oveja escapara a su control.

Después, ella y Jon caminaron tras el rebaño. De vez en cuando él daba alguna orden a los mastines para que corrigieran la dirección. El resto del tiempo le fue

hablando del modo en el que recogían el agua para llenar los abrevaderos en verano, los nombres y curiosidades de algunas montañas. Le explicó que aquellas misteriosas y serpenteantes líneas de tierra que se dibujaban en el verde de las laderas, eran los senderos que abrían a su paso las ovejas.

También le habló de la trashumancia. Le contó que cada año, desde la Edad Media, al llegar septiembre los pastores conducían sus rebaños por la Cañada Real hasta las Bardenas Reales, al sur de Navarra. Aquellas llanuras, siempre cubiertas de verde y con agua abundante, eran, y aún son para muchos pastores que siguen cumpliendo con la tradición, el mejor lugar para pasar el invierno cuando no se dispone de un lugar donde almacenar forraje para alimentarlas en los establos. Ella no hizo comentarios cuando le oyó decir que también Ignacio, en su juventud, dividió su vida y su hogar entre la montaña y la sierra; entre el verano y el invierno.

Escuchándole hablar, hubo momentos en los que Beatriz lamentó que su abuela no le hubiera contado nada sobre sus orígenes. Entendía los motivos que había tenido para hacerlo, pero, a medida que Jon le descubría detalles asombrosos, le iba quedando la sensación de que le había privado de cosas importantes.

Durante el paseo, las zapatillas de Beatriz se humedecieron con el rocío que perlaba los pastos. A pesar de eso, disfrutó andando por entre espesos macizos de campanillas amarillas y azules, delicados y erguidos ranúnculos y unas pequeñas matas de minúsculas inflorescencias redondeadas, blancas y púrpuras, que al ser pisadas despedían un sorprendente y suave olor a menta.

—Aquí no existen las crisis de ansiedad —pensó Beatriz en voz alta—. La naturaleza respira por ti.

—Aquí, el hombre y la naturaleza somos uno —respondió Jon. Y la imaginó ahogada en el tráfico de Madrid para llegar, sofocada, a ocupar su mesa de secretaria entre cuatro paredes, y abriendo una ventana por la que sólo podía respirar contaminación.

—Esto es muy hermoso —reconoció, mirando hacia la pequeña mata y rozándola con los pies—. No imaginaba que aquí hubiera este suave olor a flores y a menta. Te agradezco que me hayas traído.

—No tienes nada que agradecerme —indicó, buscando los ojos verdes que no se cruzaron con los suyos.

Caminaron despacio. Beatriz miraba alrededor intentando retener tanta belleza y preguntando todo cuanto se le ocurría. Jon disfrutaba hablando de lo que tanto amaba y tan bien conocía.

Llegando a una pequeña llanura tras la que continuaba una suave y herbácea loma, él silbó para que los perros y el rebaño se detuvieran. Se acercó a una de las muchas plantas de Carlina, en la que destacaba una única flor, grande y amarilla.

—¿Reconoces esa flor en forma de sol? —preguntó, sentándose en un viejo

tronco al que la luz, el agua y el tiempo habían envejecido y blanqueado.

Beatriz se agachó para acariciar con los dedos el centro aterciopelado, con cuidado de no rozar las afiladas agujas de sus hojas de cardo.

—Se parece a las que están colgadas en el dintel de la cabaña, de la casa de Doina y también de la mía.

—Es la misma, pero aquí aún está fresca. Se considera mágica —dijo Jon, apoyando los codos sobre sus rodillas—. Aseguran que la *eguzkimore*, que así se llama, fue un regalo de la madre tierra para los habitantes de estos valles, que le pidieron que creara algo que alejara de sus hogares a los espíritus malignos de la noche.

—¡Vaya! —exclamó Beatriz, poniéndose en pie—. Llevo meses esperando que alguien me diga qué sentido tiene.

—No me lo preguntaste —respondió sonriendo—. Si lo hubieras hecho te habría contado que se corta en otoño y se cuelga en los dinteles de las puertas de las casas, las bordas y los establos. Existe una leyenda que dice que las brujas no atravesaban la puerta porque se entretenían contando los dorados pelillos del cardo hasta que les sorprendía el alba y tenían que regresar a su guarida.

—¿Brujas? ¿De verdad creían en brujas, o eran cuentos para niños? —preguntó, feliz de que él contara algo tan antiguo y tan desconocido para ella.

—Hablas en pasado, como si ya nadie creyera en brujas —dijo Jon, misterioso—. En el pueblo de Vidángoz llevan más de doscientos años celebrando la bajada de la bruja Maruxa. —Beatriz se sentó a su lado, para escucharle, y Jon continuó—: Los jóvenes de la localidad, con vestimentas negras a la usanza de los antiguos brujos que, según cuenta la tradición, habitaban estos parajes, encienden una hoguera en lo alto de la peña. Allí van prendiendo sus antorchas con las que iluminan el camino hasta llegar al pueblo donde todos les esperan ansiosos. La nocturnidad, el fuego, las ganas de diversión... —la miró, sonriendo—. Te aseguro que todo da a la fiesta un aire de puro akelarre.

—Espero que no estés tratando de hacerme creer que las brujas existen —advirtió en tono jocoso.

Jon soltó una carcajada. A punto estuvo de decirle que ella tenía mucho de bruja; bruja de hechizos y encantamientos. Sólo así podía explicarse que él la encontrara tan atractiva y deseable a pesar de que, a veces, seguía sin aceptar la mujer que ella llevaba dentro.

—¿Te has fijado en las chimeneas de las casas y de las bordas? —preguntó, irguiéndose y frotando las palmas de las manos sobre las perneras del pantalón.

—Sí —respondió ella, sin entender por qué las nombraba—. Son preciosas. Redondeadas, con esos pequeños tejados. Parecen casitas con ventanas sin cristales.

—Cuentan que son cerradas para que las brujas no puedan colarse por ellas —dijo, y aguardó a ver su reacción.

Beatriz entrecerró los ojos, tratando de adivinar si él hablaba en serio. Jon volvió

a reír y continuó:

—Los documentos están ahí, son reales —argumentó, mirándola a los ojos con un dejo de diversión—. Y demuestran que la Inquisición trabajó aquí a destajo para acabar con los supuestos akelarres que se celebraban en los claros de los bosques. Hay quien dice que en los municipios de este valle todavía viven mujeres mayores que son brujas.

—Soy adulta —exclamó, riendo—. Entiendo que en los tiempos de la inquisición creyeran en brujas y quemaran a muchos inocentes. Pero por más que lo intentes, seguiré pensando que nunca existieron.

Jon se deslizó del tronco para sentarse en el suelo y apoyar la espalda en la madera. A pocos metros la ladera herbácea se redondeaba y se abría el vacío, con los valles al fondo y la cadena interminable de montañas al frente.

—Lo lógico es pensar que todos aquellos personajes fueron curanderos que aprovechaban las propiedades medicinales de las hierbas para sanar enfermedades o mitigar sus efectos.

—En eso estamos de acuerdo —dijo Beatriz, dejándose caer para sentarse junto a él—. Y esas brujas que cuentan que siguen existiendo, también serán curanderas.

—Pero lo cierto es que hay un dicho vasco que apunta: «lo que tiene nombre existe» —respondió Jon, y la miró a los ojos para musitar, bajito—: A ellas las llamamos brujas y además tienen nombres propios.

—Y, ante esa duda, en las puertas de las casas seguís colgando la... ¿cómo has dicho que se llama?

—*Eguzkिलore* —aclaró Jon, volviendo a reír—. Si quieres, hoy mismo quito la que tienes en la borda.

—¡No, por Dios! —exclamó, fingiendo horror—. No quiero correr riesgos. Deja que algo tan hermoso me proteja de los malos espíritus, de las brujas y de todo lo demás.

—¿Hay muchas cosas de las que necesitas protegerte? —interrogó, en el mismo tono de broma.

Beatriz rozó con la palma de la mano una mata de inflorescencias blancas y purpúreas para provocar su agradable olor a menta.

—Como todo el mundo —inspiró, apoyando la cabeza sobre el tronco—. Y, aunque aún no sé si creer en estas leyendas y esta magia, reconozco que tranquiliza pensar que puede haber algo que nos aleja de las desgracias. —Removió de nuevo la planta para respirar de su aroma con los ojos cerrados—. Aquí hay muchas cosas sorprendentes para mí.

Jon giró la cabeza para mirarla.

Ella, con los párpados ocultando sus preciosos iris verdes, disfrutando del sol y la paz de la mañana, no tenía nada que le recordara a la altiva y sofisticada mujer que llegó para complicarle la existencia. Tal vez por eso —se decía mientras la observaba — él olvidaba con facilidad el lado de Beatriz que odiaba, hasta el punto que, a veces,

era como si no existiera.

La atracción que sentía por ella, palpitaba ese día entre brumas matinales, pastos y cimas montañosas. Y Jon comenzó a preocuparse por ese deseo latente, esa necesidad, cada vez más constante, que tenía de verla.

A la mañana siguiente, Beatriz se levantó temprano. Desayunó de la leche que encontró en el cubo, junto al fregadero, sin sospechar que, desde hacía días, eran manos de hombre las que se la llevaban. Se vistió con sus vaqueros y una camiseta blanca, de tirantes, sobre la que se puso otra, morada y de manga larga. Y, en lugar de dedicarse a practicar con alguna nueva receta, caminó despacio hasta la segunda nave, junto a la que siempre se dejaba el Land Rover, y aguardó.

Sentada sobre un fardo de heno, con la espalda apoyada en la pared blanca del establo, cerró los ojos y prestó atención. Se dejó envolver por el alegre despertar de los pájaros, el silbido del viento entre los árboles y el arrullo de las aguas del Esca. Poco a poco fue contagiándose de la calma. Y, cuando llegó Jon, en busca del todoterreno, ella estaba más relajada que tras una de sus largas y carísimas clases de yoga.

Jon era un hombre silencioso. No era fácil oírle llegar. Se detuvo ante ella y pudo observarla unos minutos.

Con los pies sobre el fardo, apoyaba los codos en las rodillas y mordisqueaba tallos de heno. Se preguntó si ella sabría que era hermosa. Si sería consciente de que aquellos simples gestos contenían más sensualidad que la más abierta de las provocaciones.

Sonrió al descubrir que calzaba las viejas botas de Doina. Ésas eran las cosas que le desconcertaban. La glamurosa Barbie que cuidaba cada detalle de su atuendo, pedía prestadas unas botas usadas, arrastraba lana durante la esquila, secaba el sudor de la espalda de Marcel, se emocionaba pisando pastos y admirando montañas.

Beatriz suspiró. Jon temió que abriera sus grandes ojos verdes y le sorprendiera mirando, y decidió hacerse notar.

—No me lo digas —exclamó, riendo—: Ayer tomaste demasiado sol y hoy te apetecía el aire fresco de la mañana.

Beatriz abrió los ojos al escuchar su voz, y le miró, relajada.

—No imaginaba que esta paz pudiera ser tan contagiosa —dijo, dichosa de verlo—. En Madrid, conseguir un aceptable grado de relajación me cuesta una hora con mi profesor de yoga.

—¿Yoga? —repitió Jon, con curiosidad—. ¿«Aceptable» grado de relajación?

—Hace unos años necesité que alguien me enseñara a dominar mis emociones —confesó, arrancando del fardo nuevas briznas de heno—. Y, gracias a Dios, descubrí las maravillosas clases de yoga y relajación.

Jon recordó el modo lento en el que ella inspiraba y exhalaba cuando la poseía la

furia.

—¿Qué ocurría con tus emociones? —preguntó, extrañado—. ¿Por qué necesitabas ayuda?

Beatriz apoyó la cabeza contra la pared blanca y cerró los ojos. Le habían asegurado que el tiempo aliviaba las heridas. Pero, a ella, los recuerdos le seguían causando el mismo dolor.

—Yo tenía diez años cuando perdí por primera vez el control de mi cuerpo —dijo a media voz—. Era un domingo por la noche. Mi abuela y yo esperábamos la llegada de mis padres. Cumplían once años de casados y quisieron celebrarlo con un fin de semana a solas, en la ciudad de Toledo.

Levantó los párpados, despacio, como si se le hubieran vuelto pesados. Alzó los ojos al cielo y Jon pudo ver en ellos un dolor silencioso y profundo.

—Tardaban en llegar. La abuela estaba en el salón, entretenida con las noticias, y yo en mi habitación, preparando los libros para ir a clase al día siguiente. La escuché gritar. Corrí, asustada, y vi nuestro coche en la televisión. Había desaparecido toda la parte delantera... —inspiró hondo—, pero supe que era nuestro coche.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Jon, sentándose a su lado, sin poder apartar los ojos de aquella mirada llena de sombras.

—Alguien que circulaba en dirección contraria acabó con la vida de mis padres. Los periodistas siempre llegan antes que nadie. Ése fue el modo brutal en el que la abuela y yo nos enteramos de que los dos habían muerto.

—Lo siento —susurró Jon, deseando tomarle la mano y consolarla—. Sabía que los habías perdido, pero desconocía que fueras una niña cuando ocurrió, ni que hubiera sido en un accidente. Debió de ser terrible.

—Nunca imaginé que se pudiera sentir un dolor tan grande. —Calló un instante mientras convertía en pedacitos las hebras de heno—. Me quedé paralizada. Respiraba con fuerza, cogía todo el aire que podía, pero no me alcanzaba los pulmones. Me asfixiaba. Después me dijeron que había sufrido un ataque de ansiedad. —Suspiró y le miró, tratando de sonreír—. A partir de entonces, las situaciones estresantes desembocaban en nuevas crisis.

En un instante, Jon recordó todas las veces que la había desafiado y le había llenado el cuerpo de angustia. Le avergonzó recordar todo cuanto había disfrutado ante los esfuerzos que ella hizo para controlarse. Mirándola, maldijo en silencio lo estúpido que llegaba a ser algunas veces.

—¿Las sufres cuando te angustias por algo? —preguntó en voz baja.

—Sí. Y lo único que me funciona es la relajación. —Sacudió las manos para deshacerse de los restos de heno—. Respiro despacio hasta que recupero el control.

—¿Te ha ocurrido alguna vez desde que estás aquí? —insistió Jon, sintiéndose culpable.

—Ninguna —explicó mientras recordaba algunos amagos que había conseguido dominar—. Hace años que lo controlo. —La preocupación en los ojos de Jon la hizo

sonreír—. No me gustaría que me tuvieras lástima. Eso forma parte de mi pasado. Soy una mujer muy fuerte.

—No tengo ninguna duda de eso —dijo, apoyando la espalda en la pared—. Algo como lo que te ocurrió te hunde o te fortalece.

—El mérito fue de mi abuela —afirmó con orgullo—. Ella era una superviviente y supo cuidar de mí.

—Así que te has criado con Lucía —apuntó, comprendiendo que ella la había aleccionado en la animosidad hacia su abuelo desde niña.

—Ella, sin ayuda de nadie, sacó adelante a mi padre. Después, el destino quiso que tuviera que hacer algo similar conmigo. La quise como a una madre. Y por eso me duele todo lo que sufrió.

—Ya sé que lo hemos intentado y no salió bien, pero creo que deberíamos hablar de lo que ocurrió con tus abuelos —opinó Jon, a quien las cosas que sabía sobre el viejo comenzaban a pesarle.

—No —respondió Beatriz—. No te ofendas, pero me basta con todo lo que me contó la abuela. No quiero conocer más.

«El orgullo de los Ochoa de Olza», pensó Jon. Lo conocía bien. Sabía lo destructivo que podía llegar a ser. Al final iba a resultar que ella era una digna nieta de su abuelo. Se preguntó si también tenía el mismo corazón, grande y tierno. No pudo responderse; ya no era capaz de juzgarla con la convicción y la dureza de otras veces.

—¿Te gustaría acompañarme a la sierra? —preguntó, mirando las viejas botas de Doina.

Beatriz sabía que no era necesario que respondiera. Su calzado lo había hecho por ella. No se lo habría puesto si no fuera porque albergaba la esperanza de volver a subir a ese lugar, con él.

Aunque había algo que la inquietaba.

Jon percibió en sus ojos un atisbo de intranquilidad; un inicio de angustia. Y esa indecisa mirada verde se le clavó en el corazón.

—Subiré despacio —le dijo en voz baja—. Te lo prometo.

Beatriz asintió con una sonrisa relajada, se levantó del fardo y caminó hacia el Land Rover. Cuando alcanzó la portezuela, escuchó a su espalda un largo y profundo suspiro.

Cuando Jon se percató de que Beatriz estaba levantada, ya era demasiado tarde.

Había entrado con el mismo sigilo de cada mañana. Le había sorprendido un agradable olor a comida, pero había dado por hecho que era algo que Beatriz había cocinado la noche anterior. Fue al acercarse al fregadero para dejar el cubo de leche, cuando reparó en su error.

Sobre el fogón, una cazuela humeante se le había revelado como la responsable de aquel prometedor aroma.

Ahora, un libro abierto sobre la encimera llamaba su atención. La fotografía que ocupaba toda la página izquierda era tentadora: Unas verduras formando una media luna sobre un plato blanco y, en el centro, una jugosa carne regada con una salsa ocre y unas finas láminas de trufa.

«Redondo de ternera navarra braseado con trufa», se leía en la página de la derecha, encabezando los ingredientes y la elaboración del plato. Junto al recetario, una botella de coñac y otra de vino blanco terminaron de avivarle la curiosidad.

¿Cómo podía resistirse a echar un vistazo al interior de aquella cazuela? Sólo una mirada, corta y rápida, pensó, y se iría antes de escuchar los pasos de Beatriz.

Acercándose al guiso, inhaló ese olor delicioso y observó la carne que se cocía acompañada de algunas verduras. Y el vistazo no fue ni tan corto ni tan rápido como había previsto.

Seducido por aquel aroma, buscó sobre la encimera algo con lo que comprobar si el sabor era tan bueno como aparentaba. Halló una cuchara de madera, la introdujo hasta mojarla en el interior de la cazuela y se la llevó a la boca. El placer le emborrachó los sentidos y no le dejó escuchar el sonido de las pisadas de Beatriz.

Ella, bajo el arco de entrada, observó su espalda, inclinada sobre su experimento de esa mañana. Se preguntó qué hacía él allí, descubriendo el secreto que aún debía permanecer guardado. No quería que supiera que estaba aprendiendo a cocinar. Pretendía que reconociera que era una estupenda cocinera, y para eso aún faltaba un tiempo y algunos ensayos.

Inspiró para coger aire. Pero el hormigueo que le provocaba verlo en su cocina y olisqueando su guiso no desapareció. A pesar de lo aturdida que se sentía, miró hacia el libro para comprobar que seguía estando en su lugar. Después reparó en el cubo, junto al fregadero. No estaba allí cuando había salido hacia su habitación, cinco minutos antes.

Tuvo que inhalar de nuevo al entender que era él quien entraba con sigilo mientras ella dormía. Él, quien se preocupaba de que no le faltara su desayuno. Él... la última persona de quien hubiera esperado una atención así.

Alisó con las manos el delantal blanco que le había regalado Doina, y se palpó con coquetería los bucles antes de acercarse, despacio.

—Al parecer, tú eres el duende que me trae la leche cada mañana —comentó con una sutil ironía.

Jon se quedó quieto. Apretó los párpados y sonrió al comprender que la había fastidiado. Pensó que, después de las advertencias a Doina, al final tendría que desollarse a sí mismo, por estúpido.

Se apartó del guiso con lentitud, se volvió hacia ella y ocultó la cuchara tras su espalda.

—Te lo agradezco —continuó diciendo Beatriz, mirándole a los ojos—. Esta leche se ha impuesto al café cargado que desayunaba en Madrid y que me astillaba los nervios. Es deliciosa.

Jon no pensaba hablar de la leche. Menos aún de lo que le movía a llevársela cada amanecer. Era algo que ni siquiera habría podido explicarse a sí mismo. Se apoyó contra el fogón, ocultando sus manos y lo que sujetaba con ellas.

—Acabo de descubrir que estás aprendiendo a cocinar —dijo para llevar la conversación a su terreno. Si necesitaba ayuda extra, siempre podría añadir que sabía que llevaba tiempo carbonizando alimentos y cazuelas.

—Huele rico, ¿verdad? Como la cocina de un gran chef —respondió Beatriz, con una sonrisa desafiante.

Con gusto la habría llamado presuntuosa, pero no olvidaba el cubo de leche. No quería comentarios jocosos sobre eso, y la sonrisa de Beatriz le decía que sería lo que ocurriría si él se metía con su modo de cocinar.

—Sí; como un gran chef —dijo, vencido y riendo—. Me gustaría quedarme para seguir con esta apasionante conversación, pero tengo algo que hacer —bromeó, soltando el utensilio sobre la encimera y avanzando unos pasos.

—¿Subes a la sierra? —preguntó ella mientras se acercaba al fogón en busca de la cuchara con la que revolver las verduras. Deseaba acompañarle, de nuevo, a recorrer la cima mientras le escuchaba contar historias.

—Tengo que bajar con mis padres a Pamplona —respondió, parándose junto a la mesa—. Quieren pasar unas horas con mi hermano y su mujer. Está embarazada y hace unos meses que no la ven.

—¿Tienes más sobrinos? —quiso saber Beatriz, tomando un poco de caldo del guiso y llevandoselo a los labios para comprobar el sabor.

Jon perdió el sentido observándola lamer la madera que él acababa de tener en su boca.

—Será la primera —respondió, con los ojos clavados en aquellos labios—; nacerá por Navidad.

—Tiene que ser muy hermoso tener sobrinos —dijo Beatriz.

—Imagino que sí —al decirlo le brillaron los ojos y la sonrisa—. Si resulta bonita la espera, verla y poder cogerla en brazos debe de ser increíble.

La emoción de Jon era contagiosa. Beatriz pensó que le gustaría estar cerca cuando aquel precioso momento llegara, para no perderse la ternura con la que Jon recibiera al bebé.

—¿Entonces te vas para unos días? —preguntó con interés.

—Volveremos hoy mismo, pero muy tarde. —El pensamiento que le rondaba desde hacía días le incitó a contar—: Mañana comienzan las fiestas de Roncal. Son en honor a la Virgen del Castillo... —Bajó la mirada hacia los listones de la mesa y los golpeó con los dedos, dudando—. Se hacen algunas cosas que me gustaría que conocieras.

Beatriz, con su corazón latiéndole acelerado, dejó la cuchara sobre las baldosas de la encimera y le miró, silenciosa.

—¿Has visto algún partido de pelota? —preguntó, y ella negó con la cabeza—. Son partidos de exhibición por parejas, en el frontón. Es emocionante. —Su temor a que pareciera que le proponía una cita, hacía que le temblara la voz—. También hay un día dedicado al queso. Chicos y chicas, con trajes típicos, dan a degustar el queso expuesto. Por supuesto, también los venden a todo el que quiera llevarse alguno —bromeó para reducir su tensión.

—¿Nosotros también exponemos? —preguntó Beatriz, tan nerviosa como él.

—No. Sólo lo hacen los queseros industriales de la zona —dijo, sin atreverse a mirarla de frente—. Los artesanos no participamos en eso.

—O sea que probaré el queso hecho por la competencia —opinó, retorciendo con los dedos un extremo del delantal—. Tal vez me guste más que el nuestro.

—¿Más que el hecho por tus propias manos? —preguntó Jon, sonriendo y acariciando con las yemas de los dedos la unión de dos listones de madera.

Beatriz respondió que no. Que nada en el mundo podía compararse con eso. Y es que, por primera vez, se daba cuenta de lo que suponía el trabajo que había hecho durante meses.

La leche que había recibido, nada más ser ordeñada, había ido pasando por sus manos hasta convertirse en queso. Un queso como el que había comprado en tiendas especializadas de Madrid para sorprender a sus invitados en sus mejores cenas. Un queso que otras personas disfrutarían, como lo había hecho ella misma cientos de veces en compañía de Diego.

Miró los dedos largos de Jon. Esos que, al contemplarlos, le espesaban el aire. Y se preguntó cómo iba a tener otro queso mejor sabor que el hecho por aquellas manos que encerraban tanta fuerza como ternura.

Cuando se quedó sola cogió el libro de cocina para asegurarse de que Jon no había curioseado en su interior. Lo abrió por el centro, comprobó que todo estaba como ella lo había dejado, y lo estrechó contra su pecho, sonriendo satisfecha.

Mientras Beatriz asistía al primer partido de pelota de su vida, Diego llegaba a su

mansión en La Moraleja después de unas intensas vacaciones en la isla de Capri.

Cuando Beatriz descubría la emoción del sonido del cuero de la pelota contra la piedra del frontón, Diego, con su elegante traje de Armani, volvía a abandonar su casa y el personal de servicio comenzaba a deshacer sus maletas.

Y mientras Jon observaba, con disimulo, la emoción en el rostro de Beatriz ante la tensión de los tantos ajustados del partido, Diego estacionaba su Mercedes junto al portal del piso de Laura.

Había pasado quince días de descanso en la villa que la familia posee en la bahía de Faraglioni, junto al puerto de Capri. Había asistido a lujosas cenas con figuras ilustres, importantes e influyentes. Había disfrutado largas jornadas navegando en el lujoso yate de sus suegros y agasajando a personajes poderosos. Se había tumbado sobre la arena de solitarias calas y había nadado en sus aguas turquesa. Había cenado a la luz de la luna y desayunado recibiendo la caricia de la brisa del mar.

Pero ni por un momento dejó de pensar en Bea. Aquellas vacaciones que al principio le proporcionaron infinitas satisfacciones, desde hacía tiempo se habían vuelto difíciles, y esta vez habían sido una tortura.

Ahora, ante la puerta del hogar de Laura, inspiraba hondo y suplicaba que algo hubiera cambiado durante los últimos días. Que fuera Bea quien le abriera.

Los estridentes ladridos de *Vicky* se pusieron en marcha como si estuvieran conectados al timbre de llamada. La escuchó acercarse y, unos segundos después, se le unió una voz femenina y el sonido de la doble cerradura al abrirse.

Comprobó, con cierta desilusión, que era Laura quien sujetaba entre los brazos a la malcriada perrita.

—¡Vaya! —exclamó la chica, alzando su voz por encima de los ladridos de *Vicky*—. Por lo que veo, la pena comienza a sentarte bien. Esa piel dorada te da aspecto de millonario. ¡Oh!, perdón —exclamó con fingido arrepentimiento—. Olvidé que eres millonario.

—¿Puedo pasar? —solicitó Diego, ignorando aquel sarcasmo hiriente.

—¡Claro que puedes! —dijo Laura, haciéndose a un lado para abrir de par en par la puerta—. La mayoría de las cosas que hay aquí las has pagado tú.

Diego caminó hacia el salón, despacio, buscando en el aire un esperado olor a moras que no halló. Laura llegó tras él, sujetando a la alterada perrita, que se revolvía inquieta y ladraba para que la bajara al suelo.

—¿Sabes algo de Bea? —preguntó desde el centro del salón.

—Nada nuevo —dijo Laura, cansada de responderle siempre lo mismo.

Pero Diego continuaba desconfiando. Para él, la tranquilidad de Laura significaba que sabía mucho más de lo que decía. Necesitaba que ella se lo contara, pero los ladridos histéricos del animal no le dejaban hablar, mucho menos escuchar.

—¿Por qué no la bajas al suelo para que muerda mi pantalón? —«y se calle de una maldita vez», pensó, guardando la compostura.

—Se pone muy nerviosa cuando intenta sacarte del piso sin conseguirlo —explicó

Laura, y abrazó con más fuerza a su pequeña princesa.

—Pero no dejará de ladrar hasta que me vaya. Mírala —pidió, utilizando los temores de Laura—; está tan alterada que si no la dejas que me muerda sufrirá un infarto.

Laura se agachó al instante para soltar a la perrita, que sólo necesitó tres segundos para clavar sus pequeños dientes en el pantalón de Diego. Su plateado pelo de seda se desparramó sobre el piso, aferró sus pequeñas patitas a la alfombra, y comenzó con la lucha de arrastrarlo hacia el pasillo.

—Estamos a mediados de agosto —comentó Diego, aliviado por el silencio—. ¿Te ha hablado Bea de ir de vacaciones contigo, de regresar aquí o de cualquier otra cosa?

—¿No te cansas de tener siempre la misma conversación? —preguntó, echando hacia atrás su melena negra con un ágil movimiento de cabeza.

—Y tú, ¿no estás demasiado tranquila? —señaló Diego, entrecerrando los ojos con desconfianza—. Si sabes algo dímelo, porque estoy pensando en contratar a un investigador privado para que la localice.

—No lo hagas —sugirió Laura—. A no ser que quieras perderla para siempre.

—¿Y hasta cuándo crees que debo esperar? —dijo con un refinado sarcasmo—. ¿Otro mes, un año, dos, toda una vida...? —Su voz rasgada denotó que no estaba tan tranquilo como quería aparentar.

Laura se sentó en el sillón morado. Sabía que mientras no lo hiciera, Diego permanecería de pie. Él era un caballero al que las reglas de cortesía con una mujer le eran casi sagradas.

—Esperarás, igual que lo haré yo, el tiempo que ella necesite para recuperarse de... —entornó los ojos, con guasa—. De lo que sea que le hayas hecho.

—Ya te dije que yo no... —comenzó a decir Diego mientras arrastraba su pierna izquierda hasta el sofá, y con ella a la «mopa» de pelo de seda y lacito rojo.

Pero Laura le interrumpió sin contemplaciones.

—No me cuentes historias. No he nacido ayer. Bea no se hubiera ido por una niñería. —Cruzó una pierna sobre otra, por debajo de un holgado vestido ibicenco—. Yo puedo presentir que le has hecho algo; pero tú sabes con exactitud qué ha sido.

—Te repito que no hice nada que...

—No te canses. El que me apene verte sufrir por ella no significa que no te crea responsable de su marcha. Por cierto, ¿quieres tomar algo? —preguntó, poniéndose en pie—. Siempre olvido invitarte, y yo ahora necesito una copa.

—Ponme lo mismo que prepares para ti —respondió Diego, con aire ausente.

Con los codos sobre las rodillas, se frotó el rostro y suspiró con fuerza. Cinco meses sin noticias era demasiado tiempo. Nunca había soportado estar más de tres días lejos de ella. Sólo la había dejado dos semanas al año, al llegar agosto y aquellas estúpidas e ineludibles vacaciones en Capri. Pero incluso entonces había encontrado un momento cada día para llamarla, para escuchar su voz y repetirle cuánto la amaba

y la echaba de menos.

Alzó la cabeza cuando Laura le tendió un vaso corto con dos dedos de «whisky», sin hielo. Mientras Diego vagaba la mirada por el líquido ámbar, ella se agachó para acariciar a la perrita, llamarla «princesa» y decirle que estuviera tranquila. Después volvió a sentarse en el sillón, con el vaso en las manos.

—Sólo puedes esperar, Diego —aconsejó tras un pequeño sorbo—. Y rezar para que ella te perdone. Aunque no le hayas hecho nada —concluyó con una sonrisa cínica.

Él bebió el contenido del vaso de un solo trago. Después inspiró con los labios entreabiertos para contrarrestar el fuego que le recorrió hasta el estómago.

No quería confesar que imploraba al cielo para que Bea quisiera perdonarle. Había pasado de ser un hombre sin fe, a rezar cada día para que la mujer que amaba regresara a su lado.

—Bea tiene varios primos —comentó, mirando su vaso vacío—. Tal vez esté viviendo con alguno de ellos.

—Déjalo estar, Diego. No la busques. Dale el tiempo que necesita. —Se sacó las zapatillas rosa con pompones de plumas y subió los pies al sillón, bajo el vestido—. Además, apenas si se relaciona con esa rama de la familia.

—Pero es que ésa es la única familia que tiene; la de su madre. Dime cómo puedo ponerme en contacto con ellos. No pienso quedarme de brazos cruzados esperando a que ella quiera aparecer.

—Te daré sus números de teléfono —dijo Laura, levantándose de nuevo—, pero lo hago porque sé que no la encontrarás. Apenas los trata. Aunque hubiera ido allí en un primer momento, no aguantaría tanto tiempo.

—¿Y dónde y con quién está, entonces? —preguntó Diego con ojos brillantes—. ¿Dónde y con quién aguantaría tantos meses? —insistió, suplicando con la mirada que se lo dijera.

Pero era una pregunta sin respuesta. Ninguno de los dos habría podido imaginar, ni en sueños, que la sofisticada y urbana Beatriz llevaba cinco meses entre bosques, valles y montañas. Cinco meses viviendo en una cabaña de pastores, entre ganado, elaborando queso, cocinando y prendándose de un curtido veterinario roncalés.

Y mientras la desesperación de Diego aumentaba y la templada espera de Laura se mantenía, el tiempo, en Roncal, continuaba avanzando perezoso y sereno.

Llegado el fresco mes de septiembre, Beatriz seguía retrasando el momento de su regreso a Madrid. Hacía tiempo que había recuperado la confianza en sí misma y a veces deseaba volver al estrés del tráfico, la locura de la hora punta, las compras en las tiendas de grandes modistos, a sus zapatos de tacón de aguja, la peluquería, la sauna. Pero sobre todo quería pararse ante Diego para mantener una larga y esclarecedora charla.

Sin embargo, aunque necesitaba retomar su vida, algo importante la obligaba a quedarse un poco más de tiempo en Roncal: estar cerca de Jon. Cuando las ganas de irse la apremiaban, recordaba su rostro, sus paseos, su conversación, su ternura; pensaba que no volvería a verlo y le desaparecía el deseo de hacer la maleta.

Los pastizales de la finca volvieron a llenarse de ovejas durante el día. Traian y Marcel se ocuparon de bajar de la sierra a las que estaban preñadas. Aún faltaban dos meses para el momento de los partos, pero necesitaban estar bien cuidadas y alimentadas antes de que llegara aquel momento. Pasaban las noches en los establos, al resguardo del frío y con pienso y alfalfa en los comederos.

Para entonces Beatriz dominaba el punto de cocción y de asado, la medida de los condimentos, las salsas, los postres.

Doina se había convertido en la probadora oficial y en la cómplice que se llevaba comida a casa y la servía en su mesa sin decir quién la había cocinado.

Así fue como Beatriz se hizo consciente de que lo había conseguido.

Imaginó las sorpresas que iba a dar a su regreso a Madrid. Pensó en su sueño: el hotel de lujo. Contrataría al mejor chef que pudiera pagar, y ella podría cocinar las deliciosas recetas navarras, en especial las elaboradas con queso Roncal.

Pero, antes que en todo eso, pensó en Jon. Habían quedado muy lejos aquella cena de taquitos de queso y el arrebató de dignidad que le incitó a aprender a cocinar. Aunque ahora lo hacía por placer y no sentía la necesidad de demostrarle nada, deseaba tenerlo sentado a su mesa, disfrutando de algo delicioso que ella hubiera guisado.

No quería invitarle de modo explícito. Pretendía hacerlo con naturalidad, si es que podía haber alguna naturalidad en que ella cocinara para alguien.

Una vez más, buscó la complicidad de Doina. Fue a verla al anochecer, cuando sabía que la encontraría preparando la cena para su familia.

Sentada junto a la mesa, observó el modo en que las manos de Doina daban forma a unas croquetas. Mientras tomaba buena nota de todo el proceso, le contó su idea de reunirlos a todos en la borda, donde podrían disfrutar de alguna de las recetas que ya dominaba.

—Señorita Beatriz, cuando dice a todos, ¿quiere decir a todos? —preguntó, sonriendo y mirándola de soslayo—. ¿También al señor Jon?

—Por supuesto —confirmó, bajando la mirada para que no viera su rubor—. ¿Por qué iba a excluirlo?

—Era una duda que tenía —explicó, segura de que entre ellos dos había algo que ninguno querría reconocer—. Yo llevaré a mis hombres, pero al señor Jon debería invitarlo usted.

Las croquetas cubiertas de pan rallado iban llenando el plato. Beatriz comenzó a alinearlas, preguntándose qué pensaría Jon ante un ofrecimiento como ése.

—En realidad no se trata de ninguna invitación —se disculpó sin convencer—. No celebramos nada. Prefiero que lo hagas tú.

Doina agrupó los restos de masa para dar forma a la última croqueta y la hizo rodar sobre el pan rallado. No podía apagar una sonrisa tonta.

—Está bien, señorita Beatriz —dijo para tranquilizarla—. Mañana estaremos todos allí. ¿Con qué piensa impresionarnos?

—Es una sorpresa —señaló, recordando el momento en el que encontró a Jon inspirando de uno de sus guisos. Estaba segura de que le había gustado el olor de la ternera.

Mientras Doina freía las croquetas y aderezaba una ensalada, Beatriz fue poniendo la mesa. Y ante el delicioso aroma del que se estaba llenando la cocina, no dudó en añadir otro plato en cuanto la cocinera le propuso que se quedara a cenar.

A la mañana siguiente, Beatriz se quedó acurrucada en la cama mientras escuchaba los pasos de Jon hasta la cocina. Después, cuando lo sintió salir y cerrar la puerta, se levantó de un salto y corrió hasta la ducha. Tenía mucho trabajo por delante y una forzosa necesidad de que todo saliera bien.

Con el pelo bien sujeto en una coleta para que ninguno de sus cabellos escapara y acabara en el guiso, se dedicó a lavar y cortar verduras, a cocerlas por separado para componer con ellas una sabrosa menestra, a dorar carne, verter coñac y vino blanco, laminar trufa...

Según avanzaba la mañana se iba sintiendo más tranquila y segura. Tanto la menestra como el redondo de ternera braseado tenían un magnífico aspecto y olían como debían hacerlo.

Los nervios llegaron después; cuando se cambió de ropa, se soltó el cabello y se dio un poco de color en los labios. Entonces, mirándose al espejo le invadieron las dudas sobre si había quedado sosa la menestra, si la carne no estaba bien dorada, si el mantel blanco que había puesto sobre la mesa daba aspecto de celebración, si todos estarían demasiado apretados en un espacio tan pequeño... Cuando llegó Doina, acompañada por su esposo y por Marcel, Beatriz había comprobado ya cuatro veces el punto de sal de sus dos recetas.

Nada más llegar, los tres se rindieron al delicioso olor que salía de aquellas cazuelas. Y tanto insistieron mientras aguardaban la llegada de Traian y Jon, que Beatriz les dio permiso para levantar las tapas y echar un vistazo.

En eso estaban cuando la puerta se abrió y entraron los dos rezagados. Llegaban riendo, pero en el instante en el que la mirada de Jon se encontró con la de Beatriz, su risa y su charla se disiparon y ya no pudo apartar los ojos de ella.

Beatriz carraspeó para encontrar la voz con la que pedir que se sentaran todos a la mesa. La clara risa de Jon, primero, y su mirada curiosa, después, le habían humedecido las manos y secado la boca. Mientras todos tomaban asiento, ella se frotó las palmas sobre la tela de sus vaqueros preguntándose por qué cualquier cosa que hiciera ese hombre le afectaba tanto. Si hubiera podido comparar su desconcierto con

el que obligaba a Jon a mirarla en silencio, se habría sentido aún más preocupada.

Porque la confusión le crecía a él royéndole las entrañas desde hacía tiempo. Comenzaba a sentirse vulnerable cuando la tenía cerca, y le suscitaba un tortuoso placer escucharla respirar, percibir su olor, verla sonrojarse.

Los halagos a la menestra fueron casi exagerados y Beatriz los disfrutó. Le había costado mucho encontrar el punto a la receta, y consideraba que merecía aquel reconocimiento. Pero le preocupaba que Jon guardara silencio. Tan sólo participaba en la conversación cuando ésta no se refería a la comida. Eso hizo que ella le observara para captar algún gesto que le indicara si le agradaba o no. Y eso, a su vez, provocó algunos cruces de miradas que ella no quiso sostener, porque aquellos ojos negros clavados en los suyos la turbaban, le provocaban un hormigueo que le recorría la espalda y una inquietud que le espesaba el aire.

—Vamos a brindar por la cocinera —dijo en una de sus muchas demostraciones de alegría Mihai, levantando su vaso de vino—. Y por esta menestra, que está buenísima.

Todos alzaron sus bebidas para que tintinearan los cristales. Jon lo hizo con los ojos clavados en los de Beatriz, y continuó mirándola mientras daba un pequeño sorbo.

—Buen vino —dijo, concediéndole el mérito de la elección. Y lo dejó sobre la mesa para seguir degustando la menestra.

Beatriz aceptó el halago con una sonrisa. No comentó que ella nunca hubiera sabido escogerlo, pero que el libro aconsejaba sobre el vino navarro más adecuado a cada receta.

Cuando sacó el redondo braseado al centro de la mesa, no estuvo lo bastante pendiente de la reacción de Jon. No vio el gesto de satisfacción que le produjo el recuerdo de aquel aroma, ni la curiosidad con la que cortó el primer pedazo, ni el placer que le brilló en los ojos mientras la carne se le deshacía en la boca.

Tal vez por eso se quedó sin aire cuando, unos minutos después, él la miró de nuevo para decir:

—¿Puedo repetir?

Ante aquel primer reconocimiento hacia su comida, ella asintió con la cabeza. Si hubieran estado solos habría preguntado cuál era el juego que se traía con ella, o tal vez no. Tal vez no, porque entendía que no era la primera vez que él jugaba a desconcertarla.

Cuando sirvió el café en las viejas tacitas de porcelana blanca, Jon, apoyando la espalda contra el respaldo de la silla, volvió a mirarla. Había jurado que no probaría su famoso brebaje de puchero, y, sin embargo, ahí estaba, a punto de tomarse todo el que ella quisiera servirle. También se había prometido que no la llevaría a conocer lugares donde se pudiera oír el silencio, y lo había hecho. ¿Cuánto terreno más iba a

ganarle esa mujer?, se preguntó, sonriendo en su interior ante su propia debilidad.

—¿De verdad no sabías cocinar cuando llegaste aquí? —dijo, y descubrió el alivio en los ojos de Beatriz—. Cuesta creerlo.

—¿Estaba bueno? —preguntó ella, como si aquél fuera el instante final de un largo y esperado examen.

—Cualquiera puede hacer algo bueno —reconoció Jon, acercándose para colocar los brazos sobre la mesa—. Esto que tú has cocinado es... —Sonrió al no hallar la palabra que buscaba—. Es especial.

—Todos tenemos mano para algo —dijo Doina ante la sonrisa complacida de Beatriz—. Creo que la señorita Beatriz ha descubierto que puede hacer magia con la comida. Debería cambiar de oficio.

—¿Y cuál es tu oficio? —quiso saber Traian mientras atiborraba de azúcar su tacita de café—. Creo que nunca lo has dicho.

—Trabajo como secretaria de dirección. Pero confío en que terminaré teniendo un gran hotel —respondió satisfecha—. Y, si lo consigo, creo que me servirá de mucho todo esto que estoy aprendiendo. No sé si hago magia, pero he descubierto que me gusta cocinar.

Jon volvió a quedarse en silencio. No le gustaba pensar que ella se iría; ya no.

Tomó su café, solo y sin azúcar, sin mirar ni una sola vez a Beatriz y sin reír ninguna de las gracias de Traian. Ni siquiera reparó en la insistencia de Doina para ayudar a recoger la mesa y fregar.

Pero sí tuvo bien presente que quería ser el último en salir de aquella casa. Se quedó sentado mientras todos los demás se levantaban y volvían a elogiar a la cocinera. Y cuando Doina se dio cuenta de las intenciones de su «señor Jon», sacó a sus chicos a la velocidad del rayo, aduciendo que tenían mucho trabajo pendiente.

Cuando se quedaron a solas, Beatriz volvió a tomar asiento frente a él, guardando silencio. Jon actuó del mismo modo mientras rozaba con los dedos su tacita vacía, pensando en qué decir para romper la mudez que se había adueñado del momento.

Alzó los ojos, despacio, y se encontró con los verdes que le miraban cohibidos. Entonces sonrió y empujó con suavidad el pequeño recipiente para colocarlo junto a la tetera que contenía el controvertido café. Beatriz se contagió de su sonrisa simpática, casi infantil. Le llenó la taza hasta cerca del borde y se la acercó de nuevo.

—Llegué a creer que nunca me invitarías a probar tus guisos —comentó él, con los antebrazos sobre la mesa y jugueteando con la cucharilla.

—Lo de hoy no cuenta —respondió Beatriz, haciéndose la dura—. Una vez te invité a cenar y salió mal. Me lo pensaré bien antes de volverlo a hacer.

—Así que después de todo, piensas vengarte —trató de bromear, pero se sentía inquieto. Ahora que estaban solos le costaba mirarla.

Beatriz sólo sonrió, sirviéndose, también ella, un nuevo café.

—Yo sí quería hacerte una invitación —dijo Jon, con los ojos en el ondulante y oscuro brebaje—: Mañana se celebra en Pamplona la feria de San Miguel. Yo diría

que es la feria caballar más importante de todas cuantas conozco. —Alzó la mirada, despacio—. ¿Te gustaría acompañarme?

Aquellos ojos negros y el susurro con el que le hizo la petición, evaporaron en un instante el aire de los pulmones de Beatriz.

—Me encantaría —respondió, con voz lánguida—. ¿Vas a comprar caballos?

—En principio sólo quiero ver lo que hay; qué animales tienen y a qué precio se están vendiendo los potros —explicó con una sonrisa—. Después, si encontramos un buen semental con el que ir renovando la sangre de nuestra cabaña, puede que lo compremos.

—Parece interesante —comentó ella, ocultando su emoción y dando un pequeño sorbo a su café negro.

—Lo es —aseguró Jon, animándose por momentos—. Te parecerá muy curioso el comercio de los feriantes y los ganaderos. Se mantienen las tradiciones. Se negocia en los antiguos duros, se cierra el trato con un apretón de manos y se paga en metálico nada más sellar la compra.

—Resultará curioso ver eso en los tiempos en los que hasta una cerveza se paga con tarjeta Visa —dijo Beatriz, riendo.

Jon asintió con la cabeza, dándole la razón.

—Hay algo más —dijo de pronto—. Y espero que no suponga ningún problema para ti. —La miró, inseguro—. Me gustaría quedar con mi hermano y su mujer. ¿Te sería mucha molestia si comemos con ellos?

—Por supuesto que no —respondió—. Me encantará conocerlos.

—Cuando te he escuchado decir lo de ese gran hotel que tendrás algún día; lo de la cocina y todo eso... —Tragó mientras removía con la cucharilla su café sin azúcar—. He recordado un sitio que te gustaría. Está en Pamplona y, si te parece bien, podíamos ir a comer allí.

—¿Qué tiene de especial? —preguntó Beatriz, muerta de curiosidad.

—Todo él —dijo sonriendo—. Es el restaurante de Koldo Roderó. Se dedica a la creación de nuevos sabores con los productos tradicionales de nuestra tierra Navarra. Es una cocina diferente, vanguardista y llena de imaginación. —Levantó su taza y la detuvo junto a los labios—. Si quieres que tu hotel se distinga por una cocina especial, la originalidad de Koldo te puede dar muchas ideas.

—¿Has comido alguna vez ahí?

Jon dio un pequeño sorbo a su café y volvió a dejar la taza sobre la mesa. No le resultaba fácil centrarse en la conversación. La imaginaba regentando un grandioso hotel y cocinando para huéspedes selectos, lejos de él.

—Algunas —reconoció, mirándola a los ojos—. Es toda una experiencia.

Así fue como Beatriz se vio inmersa en una feria de ganado, caminando por una plaza llena de caballos, potros y burros.

La feria caballar de San Miguel, la más reconocida de todas cuantas se celebran en la región, es también la más visitada por curiosos, tratantes y ganaderos. A veces, atravesar por alguna zona en la que se expone un ejemplar muy atractivo, o incluso tierno, como los pequeños potros, se convierte en una labor complicada que exige fuerza y algún que otro empujón para evitar que la marea humana te lleve en una dirección no deseada.

En esos momentos, Jon colocaba su mano abierta sobre la cintura de Beatriz, la ceñía contra él para no perderla entre el gentío, y no la soltaba hasta que llegaban a una zona menos concurrida. El calor de la mano de Jon en su espalda y el modo en el que la protegía contra su cuerpo la turbaban hasta hacerla sentir ebria. Pero entendía que no había otra manera de caminar por la plaza sin que acabaran uno en cada extremo.

Jon, ocupado en abrirse paso entre los curiosos, cuidaba de ella como si fuera lo más natural del mundo. Era en el momento de soltarla cuando reparaba en que la sujetaba como si le perteneciera. Entonces introducía las manos en los bolsillos de su parca azul marino y sonreía como si tratara de pedir disculpas.

En cuanto comenzaron a recorrer la feria, fue evidente que Jon conocía a todo el que tenía algo que ver con ganado, que se manejaba con habilidad y que entendía aquel lenguaje, a veces extraño, en el que se expresaban los tratantes. Como cuando se habían detenido ante una preciosa yegua y Jon había preguntado: «¿Qué tenemos por aquí?», y el tratante le había respondido: «Mucho bueno». Tras lo que continuaron hablando en una jerga difícil de seguir para alguien profano como ella.

Mientras Jon observaba un precioso semental color ceniza, entraron en conversación con dos hombres de la edad aproximada de Ignacio. Después de las presentaciones y de los primeros cruces de impresiones sobre la calidad de la feria, Jon se disculpó para seguir examinando al caballo y tratando con el dueño del animal.

Los ancianos aprovecharon para acaparar la atención de Beatriz. Tener ante ellos a la joven y bonita nieta de Ignacio era algo que no podían desaprovechar. Comenzaron nombrando a su abuelo, al que parecía que recordaban con gran cariño, pero no tardaron mucho en conducir la charla hacia Jon. A Beatriz le bastó con escuchar las primeras frases para comprender que aquellos hombres le respetaban y admiraban, más incluso que a Ignacio.

—Tienes suerte de contar con ese hombre —dijo el que aún mantenía en su cabeza una espesa mata de pelo blanco—. ¡Es todo un elemento!; hábil y competente

para este negocio. Sin él, tu herencia hubiera sido bastante más pequeña.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Beatriz, que no sabía cómo llamarle porque no había retenido ninguno de los dos nombres—. ¿Que es el responsable de todo lo que consiguió Ignacio?

—No del todo —respondió el mismo anciano—. Había una base importante, pero todo cambió cuando Jon regresó después de que pasó unos años fuera. Ya nadie contaba con que volviera, pero lo hizo, y con ideas nuevas que tu abuelo, con todo lo raro que era, aceptó sin protestar.

—Así es —intervino el que resguardaba su cabeza sin cabello con una boina negra—. Jon se había especializado en genética y comenzó a mejorar la raza para que diera más leche. Aprovechando la cobertura de la denominación de origen para el Queso Roncal, comenzaron a hacerlo. Después, cuando llegó la denominación de origen de la Ternera de Navarra, aumentaron la cabaña de vacas. En fin, muchachita, que este hombre hizo muchos cambios. Aún continúa haciéndolos. ¿Lo ves ahí, en pleno trato? —Beatriz lo miró y afirmó con la cabeza—. Pues estate segura de que no es un trato cualquiera. Si él dice que ése es el mejor semental que hay hoy aquí, no tengas duda de que lo es. Todos los que nos movemos en este mundo del ganado le conocemos, y todos le tenemos un gran respeto.

—Y miedo —añadió el de cabello blanco, riendo. Ante la mirada sorprendida de Beatriz, añadió—: No me mires así, muchacha. Era una broma. Es que a veces uno siente celos al verlo tan válido, pero es un tipo que no duda en echarle una mano siempre que se lo pides. Ha mamado todo esto desde pequeño. Nació en las tierras de tu abuelo.

—Conozco la historia —dijo Beatriz—. Él y su hermano nacieron y se criaron allí.

—Pero al otro no le gustaba esta vida. Era más señorito —opinó el que se cubría con la boina—. Éste es el mejor elemento que he conocido yo. Si quieres que tu explotación continúe siendo lo que es, ofrécele siempre lo que pida para que no se vaya.

Aunque admiraba a Jon sin que nadie le dijera lo que valía, a Beatriz le gustó descubrir nuevos e interesantes detalles. Mientras observaba los gestos y movimientos con los que acompañaba su charla con el tratante, se preguntó cuántas cosas más ignoraba sobre aquel hombre que comenzaba a ocupar demasiado espacio en su pensamiento.

Tras una mañana de emociones, la sensibilidad de Beatriz burbujeaba cuando llegaron al Restaurante Rodero.

Pablo y Leire los esperaban sentados a la mesa de un comedor elegante y vanguardista, con paredes en un blanco roto y un amplio zócalo revestido de madera pintada en el mismo tono. Un mantel tostado alcanzaba a besar el entablado oscuro

del suelo y, sobre él, otro, más corto y de hilo blanco, se confundía con la vajilla de porcelana del mismo color. El matiz diferencial lo daban las hojas verdes de unas flores frescas acomodadas en un estrecho y estilizado jarrón de cristal.

Lo primero en lo que se fijó Beatriz, nada más estrechar la mano de Pablo, fue en el asombroso parecido que tenía con su hermano. Incluso compartían la misma sonrisa fácil y cautivadora.

Durante el trayecto desde la feria, Jon le había puesto en antecedentes de lo que se iba a encontrar. Leire era dulce, cariñosa y callada. Pablo era observador, sagaz, y no dudaba en decir lo que pensaba, aun a riesgo de resultar impertinente.

El hermano de ciudad, apenas se retiró la camarera llevándose con ella el pedido y las cartas, hizo honor a la descripción siendo directo.

—¡Así que piensas inaugurar un hotel de lujo. Y nada menos que en Aranjuez!

Beatriz disimuló su sorpresa. No imaginaba que Jon hablara de ella ni con su hermano ni con nadie.

—Disculpa —le dijo Jon, desdoblando su servilleta blanca—. Este presuntuoso acaba de decir lo único que le he contado de ti. Y lo hice porque estaba empeñado en llevarnos a otro restaurante —añadió a modo de excusa.

—No importa. No es ningún secreto —indicó con una sonrisa, y, agrupando los dedos bajo su barbilla, miró a Pablo—. ¿Has tenido alguna vez un sueño que creías que nunca alcanzarías?

—¿Además del de acostarme con Angelina Jolie?

Al mismo tiempo que todos se echaron a reír, Leire le propinó un puntapié por debajo de la mesa. Todo un logro teniendo en cuenta que su abultada barriga la mantenía más alejada que al resto de comensales.

—Compórtate —le dijo, sin conseguir ponerse demasiado seria—. Beatriz va a pensar que eres un perverso.

—En absoluto —respondió ella—. Ése es un sueño que comparten millones de hombres en todo el mundo.

Continuaron riendo mientras Pablo fingía que su esposa le había provocado un dolor terrible en la espinilla.

—Nunca he tenido un gran sueño que creyera que no iba a alcanzar —dijo al fin, recuperando la seriedad—. Mis metas siempre han sido escalonadas: estudiar para convertirme en arquitecto. Una vez logrado, me centré en conseguir un puesto donde pudiera demostrar mi valía. Después llegó lo de abrir un estudio propio, captar clientes importantes. Hubo un momento en el que mi máxima aspiración era conquistar el amor de Leire —reveló, apretando la mano que ella tenía sobre la mesa—. Después quise que fuera mi esposa, tener un hijo. Cada meta ganada me ha llevado a plantearme el siguiente desafío. Así he llegado muy lejos y pienso seguir avanzando.

—Es una buena estrategia —reconoció Beatriz, desplegando su servilleta para ponérsela sobre las piernas—. Yo, en referencia a mi vida personal, no acostumbro

hacer planes. En lo profesional tengo un solo sueño. Y es grande, importante y difícil de conseguir. Pero no por eso dejo de soñar.

—Vive como si fueras a conseguirlo mañana —dijo Jon, mirándola a los ojos—. Si crees en tus sueños y luchas por alcanzarlos, se cumplirán. No renuncies a ellos por nada ni por nadie.

En aquel momento llegó la camarera para servir el primer plato. Beatriz agradeció la interrupción. Las palabras de Jon le habían llegado al corazón, pero no había entendido la emoción que reflejaban sus ojos negros. ¿Qué infortunada experiencia o qué amarga desilusión había tenido él con sus sueños?, se preguntó mientras el delicioso aroma que emergía de su plato le despertaba el apetito.

—¿Cómo se llama esto? —preguntó, admirando el tono naranja del caldo y los tonos blancos, verdes y amarillos que emergían suavizando el color del licuado de tomate.

—«Sopa de tomate y violetas con tuétanos de verduras y moluscos» —respondió Leire, introduciendo la cuchara en su propia sopa.

—Da pena comérsela —exclamó ante la llamativa composición. Inspiró al reconocer el intenso perfume a violetas.

—El sabor es aún más espectacular que la presentación —dijo Jon, animándola a comenzar.

—Si al menos pudiera sacarle una foto —respondió, recordando con desánimo su cámara fotográfica, que se había quedado en Roncal.

—Te conseguiré las fotografías de todos los platos —prometió Jon, haciéndole un cariñoso guiño.

—¿Y cómo lo harás?

—No preguntes —sugirió, riendo—. Tú disfruta y retén los sabores, los olores y las texturas. Yo te conseguiré todo lo demás.

Beatriz, embriagada por las atenciones de Jon, saboreó con placer la sopa. Y volvió a hacerlo cuando le sirvieron «Tartar de solomillo con huevo trufado a baja temperatura».

Ya en el postre, la conversación se centró en el embarazo de Leire y los tres meses escasos que le quedaban para dar a luz.

—¿Conocéis el sexo del bebé? —preguntó Beatriz, deleitándose con un delicioso canutillo de queso que llevaba por nombre «Todo Roncal».

—No queremos saberlo —respondió Leire, muy sonriente—. Nos apetece vivir la emoción de la sorpresa.

—Yo quiero que sea niña —respondió Jon, como para sí mismo, tomando una cucharada de su «Chocolate negro con albahaca fresca y especias chinas».

—¿Por qué una niña? —preguntó Beatriz.

—No sabría explicarlo —dijo, y saboreó el chocolate hasta sacar de su boca el cubierto limpio—. Por regla general, el hombre prefiere un hijo porque espera verse reflejado en él, porque llevará adelante el apellido, porque será el hombre de la casa

si él llega a faltar. Pero, ¿y la maravillosa ternura de la mujer de la casa? —preguntó sin esperar respuesta—. No sé cómo expresarlo, porque en el fondo me daría igual que fuera niño o niña. Pero una mujer siempre inspira ternura. Yo quiero una niña —insistió riendo.

—Creo que estás necesitando ser padre, Jon —bromeó Leire—. Reconozco esos síntomas —dijo, mirando a su esposo con una sonrisa burlona.

Jon bebió de su copa de vino y respondió que le bastaba con los sobrinos que ellos quisieran darle y que esperaba que fueran muchos.

Beatriz, cortando un trozo de canutillo relleno de cremosidad blanca, pensó que si ella esperaba a los sobrinos que aportara su pareja, nunca los tendría. Diego no tenía hermanos. En realidad, Diego no tenía a nadie. En su ascenso al lugar de lujo y privilegios que ahora ocupaba, se había ido quedando solo.

Durante el camino de regreso, y a pocos kilómetros de Roncal, Jon tomó un desvío a la derecha, hacia el mirador del Puerto de Iso. Reveló que le iba a enseñar el motivo por el que había querido salir pronto de Pamplona y llegar allí antes de que anocheciera.

Estacionaron en una pequeña explanada de tierra, rodeada de montañas, y ascendieron los peldaños que conducían a una plataforma en la que un grueso vallado de piedra les separaba del vacío.

Beatriz apoyó las manos sobre la protección y se quedó boquiabierta ante el espectáculo.

—La foz de Arbaiun —dijo Jon—. Ésta es la más extensa e impresionante de las gargantas navarras. El río Salazar, ese que desde aquí parece que apenas lleva agua —precisó, señalando hacia abajo—, ha tallado la roca durante millones de años y ha formado este cañón.

—Parece mentira que un río sea capaz de realizar semejante trabajo —exclamó Beatriz sin saber hacia dónde mirar porque todo a su alrededor la sobrecogía.

—Desde aquí arriba impresiona —comentó Jon—, pero desde ahí abajo te sientes muy, muy pequeño.

—Es asombroso —dijo ella, admirando el ramaje de verdes, rojos, cobres y oros que salpicaba las paredes rocosas y que, al fondo, tapizaba los márgenes del río—. Esos colores son como si alguien los hubiera pintado cuidando el lugar exacto en que colocar cada pincelada.

—Ese color de otoño tan perfecto lo consiguen los bosques mixtos de arces, encinas, hayas, robles... —La miró, disfrutando de la curiosidad, casi infantil, con la que abría los ojos—. Hay mucha variedad de vegetación, y también de animales.

—No imaginaba que pudiera haber algo tan impresionantemente hermoso por aquí.

Jon sonrió pensando en los muchos lugares que aún podría descubrir en aquellas

tierras y que la dejarían muda de admiración. Lugares que le encantaría recorrer junto a ella.

—¿Ves aquel desfiladero tan estrecho? —Señaló, a lo lejos, el inicio del cañón—. En algunos puntos, esas imponentes paredes verticales llegan a alcanzar hasta cuatrocientos metros de altura. Sobrecoge pasar entre ellas.

—¿Pasar entre ellas? —dijo Beatriz, sorprendida—. No me digas que tú eres de esos locos que se lanzan por los ríos, con un chaleco y un casco, pensando que no les puede ocurrir nada.

—No es eso —dijo riendo—. Claro que puede ocurrir, pero no es demasiado probable. Es un deporte muy seguro. Yo no lo practicaría si no lo creyera.

Beatriz se inclinó sobre la protección del mirador, tratando de ver qué caudal llevaba aquel río.

—¿Son aguas tranquilas? —preguntó al comprobar que era imposible apreciarlo desde aquella altura.

—No se puede hacer *rafting* en aguas mansas —aclaró, emitiendo una relajada y suave risa—, aunque, dependiendo de la época del año, pueden ser más o menos bravas. Éste es un río perfecto, muy salvaje durante todo el trayecto, y con algunos tramos que te cortan el aliento.

—¿Qué impulsa a alguien a hacer una cosa así? —dijo con una mezcla de incredulidad y admiración.

—Es emocionante, y un buen modo de soltar adrenalina —indicó Jon, apoyando los codos sobre la piedra.

—Hay otras formas de hacerlo que son menos peligrosas y mucho más agradables —respondió ella, como una niña resabiada.

—Estoy seguro de que sí —susurró Jon, mirándola a los ojos con una media sonrisa y una doble intención.

Pero ella no captó el sentido de sus palabras. Aún estaba asombrada de que disfrutara poniéndose en peligro.

—Si fueras algo mío, no te permitiría que te expusieras a un riesgo tan absurdo —exclamó.

«Si yo fuera algo tuyo...», pensó él, sin dejar de mirarla. «Si yo fuera algo tuyo...», se repitió, y no se atrevió a avanzar en sus pensamientos.

Beatriz no comprendió el porqué del silencio en el que se vieron envueltos de pronto, pero volvió a sentir que la mirada intensa de Jon le encendía las mejillas. Sus manos, sobre el muro de piedra, en algún momento que no recordaba se habían acercado hasta rozar las de Jon, pero no se atrevió a retirarlas. Volvió los ojos hacia el río, imaginando una balsa zarandeada por la fuerza del agua, y unos brazos fuertes remando para dominarla y no acabar golpeándose contra las rocas.

—Esas aguas deben de ser muy frías —comentó, luchando por controlar un estremecimiento.

—Son heladoras —reconoció él, siguiendo la dirección de sus ojos—. Cuando te

hundes en ellas sientes que te congelarás antes de emerger a la superficie para tomar aire. Pero es una sensación emocionante que te hace sentir rabiosamente vivo.

Beatriz agitó la cabeza y volvió su atención hacia el inicio de la garganta. Le asustaba imaginarlo haciendo cosas tan peligrosas como ésas. Ella era una mujer de ciudad que adoraba la vida sin sobresaltos.

A Jon su preocupación le resultaba graciosa. Se apoyó en el vallado de piedra y extendió el brazo para señalarle una gineta semioculta entre el ramaje. Pero algo cambió, en un instante, que le borró la sonrisa. La brisa que llegaba por la garganta rocosa jugó a ponerle las cosas difíciles agitando el cabello de Beatriz y avivando su olor a moras. Volvió la cabeza hacia ella, que devoraba el paisaje con ojos de asombro.

Inspiró para recuperar el aliento y la cordura aun sabiendo que no lo conseguiría si no dejaba de contemplarla. Pero algún placer encontraba en esa tortura, porque deslizó la mirada, como en una caricia, por su delicado perfil hasta detenerse en sus labios.

«¿A qué sabe su boca cuando no lucha, cuando se deja besar y corresponde al beso?», se preguntó. Y de pronto se vio a sí mismo inclinando la cabeza para saborearle esos labios.

Se acercó despacio, con la sangre golpeándole en las sienes y el calor deshaciéndole la garganta.

—¿Qué es eso? —gritó ella, de pronto.

Jon cerró los ojos un instante y respiró hondo. Antes de responderle tenía que dominar el temblor que le recorría el cuerpo y le envolvía el alma. Había estado a punto de besarla y ella ni se había dado cuenta. Aún aturdido, buscó lo que había llamado su atención: el vuelo majestuoso de dos buitres.

—Son una pareja de quebrantahuesos —explicó a media voz, frotándose sobre el pantalón las palmas sudorosas de sus manos—. Les gusta este territorio rocoso.

—¿Son pareja? —preguntó sin advertir la confusión contra la que luchaba Jon—. Quiero decir que si llevan años guardándose fidelidad.

—La verdad es que sí —respondió él, riendo—. La mayoría de las veces se les ve volar juntos.

Las reflexiones de Beatriz también volaron, pero hacia Diego. Durante los cinco años que llevaban manteniendo una relación, ella no le había faltado ni con el pensamiento. Nunca dudó que así seguiría siendo el resto de su vida, pero estaba descubriendo que otro hombre ocupaba cada vez más tiempo y más espacio en su mente.

—Vivir en pareja debe de tener sus cosas buenas —dijo, volviéndose hacia él—. ¿Tú has estado casado o has vivido con alguien? —preguntó, cediendo al interés que eso le suscitaba.

Jon inspiró siguiendo el vuelo de los buitres hasta que los perdió entre los salientes de las rocas. Era la primera vez que le iba a hablar de su vida personal, y no

le resultaba fácil.

—Una vez. Fue antes de regresar aquí. Se llamaba Nerea. Convivimos unos años. Incluso llegamos a pensar en tener hijos.

—¿Y qué falló? —quiso saber, buscando la respuesta en sus ojos.

—Yo —respondió con la mirada perdida—. Yo fallé y lo pagamos los dos. Aquello terminó, yo liquidé mi parte de la clínica veterinaria con mi socio y me vine aquí.

—Esto del amor no es tan fácil como puede parecer —dijo Beatriz, que decidió compensar una sinceridad con otra—. Yo mantengo una relación muy complicada que exige mucho de mí.

—¿Estás casada? —preguntó, volviéndose hacia ella con miedo a escuchar la respuesta.

—No —respondió, sacudiendo la cabeza—. Él está casado.

Jon pensó que descubrir que ella tenía un marido no le hubiera impactado tanto. La sorpresa le dejó inmóvil y silencioso a pesar de que se le amontonaban las preguntas que quería hacerle. Hubiera querido que le dijera qué hacía allí, durante tantos meses, si amaba a ese hombre que la estaría echando de menos. Le hubiera pedido que le explicara cómo, una mujer como ella, que podía conseguir a quien quisiera, podía unirse a alguien que no fuera libre. Le habría gustado saber qué placer puede haber en disponer del tiempo que a otro le sobra después de que ha hecho el amor con su legítima esposa.

Pero no preguntó. Y es que también él la deseaba aun después de descubrir que pertenecía a otro. Se mantuvo en silencio, esperando el regreso del vuelo de los fieles quebrantahuesos mientras el aire le acariciaba y le envolvía con un excitante olor a moras.

Las cortinas descorridas del ventanal permitían que la habitación se abriera al frondoso verde de los árboles de las mimosas y a los tonos amarillos y cobrizos de los arces. Era un espectáculo que se podía disfrutar desde la cama de dos metros con cabecero de caoba. Por algo era el mejor jardín de La Moraleja y pertenecía a una de las familias con más fortuna y linaje de todo Madrid.

Aún faltaba alrededor de media hora para que anoheciera, y Diego se ajustaba la corbata sobre una elegante camisa de seda blanca. Sentada frente al tocador, Helena, su esposa, luchaba con el cierre de su collar de diamantes. En unos minutos su jardín se llenaría de coches de lujo y su casa, de invitados importantes. De ellos dos se esperaba que fueran los perfectos anfitriones; y lo serían. Manejaban las fiestas y las relaciones públicas como nadie.

Helena admiró en el espejo cómo lucían los diamantes sobre el escote palabra de honor de su vestido negro. El collar, junto a otros dos brillantes que ya adornaban sus orejas, era el toque que había elegido para un vestido que costaba una fortuna.

—Diego, querido. ¿Puedes abrochármelo? —pidió con delicadeza. Y dio una calada al cigarrillo que volvió a dejar sobre el cenicero—. Acabaré rompiéndome alguna uña.

Diego dejó su corbata a medio anudar y se acercó a su esposa.

Nunca la hacía esperar. La mimaba, la consentía, la obedecía. Así había conseguido enamorarla, adorándola como a ella le gustaba que hiciera todo el mundo. La inmensa fortuna de la familia la había convertido en un ser orgulloso y prepotente que precisaba ser venerada como si fuera una diosa.

Lo supo en cuanto la vio por primera vez, mientras él limpiaba las cuadras del club de hípica, y ella llegó agitando su melena negra, exigiéndole que ensillara su caballo sin importarle que sólo fuera quien cargaba con el estiércol. La catalogó con rapidez y se juró que ella sería su billete para el mundo de lujo del que soñaba con llegar a formar parte.

Supo darle lo que una mujer hermosa como ella, pero insatisfecha porque nadie saciaba sus extrañas apetencias, buscaba pero no sabía pedir: obediencia, pero con mirada altiva; sumisión, pero sin perder el orgullo. Hizo que se sintiera dueña de la voluntad de un hombre arrogante que odiaba someterse.

Por eso, cuando ella le provocó hasta excitarlo como a un demonio para después fingir que se resistía, él la forzó en el interior de una sucia cuadra de caballos sabiendo que eso era lo que quería y que si se lo daba sería suya para siempre.

Unos meses después conseguía entrar por la puerta grande, con una boda religiosa en la que estaban invitados políticos destacados, personajes influyentes y empresarios poderosos. Y todo eso estaba ya a su alcance tan solo por satisfacer el ego y los bajos instintos de una hermosa, discreta y viciosa heredera.

Entonces le pareció un pago insignificante.

Ahora, después de casi diez años de matrimonio, y aunque él manejaba con eficacia la empresa familiar, seguía manteniendo el mismo juego con ella. La halagaba y adoraba cuando ella quería. Discutía cuando ella quería. Se sometía cuando ella quería, pero mostrando siempre la impotencia del hombre duro y fiero que odiaba agachar la cabeza. Eso la hacía sentirse poderosa. Y él quería que se sintiera poderosa y satisfecha para que siempre le estuviera agradecida. Eso también exigía que él la violentara cada poco tiempo, siempre que ella le desafiaba a que lo hiciera mientras fingía que le tenía terror.

Todo valía con tal de mantener la posición social por la que había vendido su alma, no al diablo, sino a la mujer que se la iba a mancillar durante todo el tiempo que fuera la dueña de la fortuna.

Pero tanto fingir y tanto manosear a alguien a quien no amaba comenzaba a pasarle factura. Sobre todo desde que Bea, la verdadera mujer de su vida, había desaparecido para castigarle. Porque él estaba seguro de que ése era el motivo de su huida: castigarle y obligarle a que tomara la decisión de separarse.

Sabía que tendría que hacerlo si no quería perderla. Sobre todo después de la

gravedad de la última humillación. Ella sólo le perdonaría si le presentaba los documentos de divorcio.

Lo haría, se dijo mientras ajustaba el cierre del collar de su esposa. Le pediría el divorcio y se casaría con Bea.

Le pediría el divorcio en cuanto encontrara fuerzas para hacerlo.

Besó el cuello de Helena, justo sobre el brillante del cierre, y la miró en la imagen que se reflejaba en el espejo.

—Estás muy hermosa —afirmó para agradarla una vez más.

El brillo lascivo de sus ojos de ámbar le dijo que no había elegido un buen momento para el halago.

—Ahora no —imploró Helena, con voz temblorosa—. Los invitados están a punto de llegar. No me fuerces ahora, por favor —y el terciopelo del vestido indicó que comenzaba a separar las piernas bajo la tela.

Diego, resignado, deslizó las manos por el interior del escote hasta aprisionar los senos calientes y erguidos.

—No, por favor —volvió a suplicar, ya entre gemidos—. No me obligues ahora.

Diego le lamió el cuello y le mordisqueó el lóbulo de la oreja, introduciéndose en la boca el diamante para no olvidar por qué hacía todo eso.

—Ahora mando yo —le susurró, haciendo acopio de la violencia que ella esperaba recibir—. Ahora mando yo, y tú harás todo lo que yo te ordene.

Tras aquel viaje a Pamplona, ni Jon ni Beatriz volvieron a fingir casualidad en sus encuentros. A ella no le importaba buscarlo por los establos para charlar un rato o pedirle que la subiera a la sierra. Él entraba hasta la cocina sin pedir permiso y husmeaba en las cazuelas mientras ella experimentaba con nuevas recetas.

Una mañana, mientras él examinaba en el establo las ovejas preñadas, entró ella, con sus cabellos sueltos, sus vaqueros y las botas que Doina le había prestado para subir a la montaña y que habían terminado sustituyendo a las torturadas zapatillas blancas.

Jon la observó, evaluando todo lo que había cambiado desde que llegó. Ya no se la veía tan flacucha ni su tez era tan blanca. Su gesto altivo que tanto le había crispado al principio, ahora le parecía un punto atractivo y sensual. Y, aunque hacía mucho que no apretaba los labios ni aleteaba los orificios de su nariz, sí que seguía sonrojándose con facilidad.

Le gustaba tenerla allí, y se preguntaba cuánto tiempo le quedaba para disfrutar de su compañía.

—¿Va todo bien? —preguntó Beatriz, apoyándose en la valla que mantenía agrupadas a las ovejas junto a los comederos.

—Va perfecto —aseguró Jon, acercándose con una sonrisa de bienvenida—. El mes que viene tendremos corderitos, las madres darán leche y en diciembre comenzaremos a elaborar queso. —La miró a los ojos y se atrevió a preguntar—: ¿Seguirás aquí para entonces?

—No lo creo —confesó Beatriz con una mirada triste—. Por mucho que demore el regreso, pasaré las navidades en mi casa.

El otoño avanzaba, se dijo Jon, y cuando quisiera darse cuenta ella habría desaparecido de su vida. Sabía que su ausencia le iba a dejar un gran vacío. Ella se le había clavado en el pensamiento sin que él hubiera hecho nada efectivo para impedirlo, pero se negaba a dejar que se le asentara también en el alma.

En el alma no. Porque lo que vive encajado en ese espacio intangible, se le ama, y él no podía permitirse el lujo de amarla.

Le bastaba con tenerla cerca, tal vez con besarla de nuevo. Se moría de ganas por volver a besarla.

Pero amarla, no. Pues sabía que cuanto más de sí mismo entregara, más solo se sentiría cuando ella se marchara.

—De aquí a Navidad aún queda un tiempo —comentó, tanto para ella como para sí mismo—. Desde la sierra has visto los colores con los que se viste el otoño en estos valles. ¿Qué te parecería cabalgar por el interior de esos bosques en los que ahora

llueve hojas doradas?

—Dicho así suena a magia —respondió riendo.

—Y lo es —aseguró con una misteriosa sonrisa.

—¿Crees que podré tumbarme en la hojarasca y contemplar la lluvia de hojas? —preguntó, entrecerrando los ojos como una niña pequeña.

—Por supuesto. Podrás hacer todo lo que quieras —le dijo con una suavidad que sabía a promesa.

—¿Y crees que puedo resistirme a una invitación como ésta? —volvió a interrogar, con una sonrisa igual de infantil.

—No puedes —aseguró Jon en su mismo tono de broma, y se apartó un poco para saltar la valla—. A no ser que tengas un plan mejor para pasar lo que resta de tarde.

—Déjame pensar —pidió Beatriz.

Pero él sonrió, echando a andar hacia el otro establo, y ella le siguió encantada.

Media hora después, *Zaldizko* y *Zoraska* se movían al paso sobre una mullida alfombra de hojas doradas y ocres. Sobre sus cabezas, de un frondoso ramaje de rojos más intensos y amarillos y naranjas más vivos, se desprendían las hojas que ya habían cumplido la función de traspasar su esencia al viejo tronco.

Era la lluvia mágica del otoño. La explosión de vida en una naturaleza que se preparaba para el descanso.

—Después de estos paseos, cabalgar en el club me parecerá ridículo —declaró Beatriz, observando el incendio de colores tras el que se ocultaba el azul del cielo.

—No diré que ya te lo advertí —bromeó Jon—. De todos modos, piensa que estos bosques están entre los más extensos y hermosos de toda Europa. Y, además, ésta es la temporada más espectacular del año.

—No trates de animarme —dijo, riendo—. Montar en un picadero no volverá a ser lo que era.

Jon pensó que tampoco para él volverían a ser lo mismo sus salidas con *Zoraska*, ni subir a la sierra, ni hacer queso... ni seguir viviendo.

En cuanto desmontaron, y mientras Jon aún aseguraba las riendas, Beatriz se dejó caer sobre el acolchado de hojas y cerró los párpados para escuchar los crujidos que emitían al ser aplastadas por su cuerpo.

No necesitó abrir los ojos para saber que Jon se acercaba. El suave chasquido de la hojarasca bajo sus pies, fue dibujándole cada uno de sus pasos hasta que sintió que se detenía junto a ella. El corazón se le agitó hasta latirle pegado a la garganta.

Jon se había aproximado despacio, contemplándola tumbada sobre el lecho de naturaleza, conteniendo la respiración al verla extender los brazos y acariciar las rugosidades con las palmas abiertas. Y seguía sin encontrar el aliento, observando sus cabellos extendidos y mezclados con las hojas mientras a su alrededor, otras, más doradas, se mecían en el aire hasta caer con suavidad al suelo.

Ella, la nieta ausente, la mujer odiada, le había ganado una partida que ni siquiera llegó a saber que estaba jugando. Durante meses, él había luchado en solitario contra una atracción que día a día le fue usurpando terreno. Tan vencido se sentía por su dulce y delicada contendiente, que estaba dejando de resistirse a ese sentimiento que le emborrachaba el corazón y que ya consideraba ingobernable.

Tras un profundo suspiro que Beatriz pudo escuchar, se sentó a su lado, inspirando del viento cálido y del olor a tierra y a musgo para recuperar la calma.

—Cuando llegaste, me juré que jamás te traería a lugares como éste —confesó sin mirarla—. Creí que no sabrías disfrutar de ellos.

—Y tenías razón. —Beatriz abrió los ojos y los posó en su perfil—. Todo esto me agobiaba. Tú me estás ayudando a descubrirlo. Ahora reconozco que es una tierra hermosa, aunque creo que me abrumaría vivir siempre entre tanto verde.

Jon sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Yo creo que no. —Apoyó los brazos sobre las rodillas y juntó las palmas de las manos—. Además, siempre tendrías algo nuevo por descubrir. Estás en el Reyno de Navarra —alardeó, y a Beatriz el nombre le sonó a delicioso y legendario misterio—. Te maravillaría el pozo de las hiedras; la cascada del cubo del río Urbeltza; el bosque gótico de Aitzmurdi, con árboles que tienen cuatro o cinco siglos.

—¿Conoces todos esos lugares? —preguntó, asombrada.

Él se volvió a mirarla. Algunas hojas habían caído sobre sus bucles extendidos por el suelo. El dorado de las copas de los árboles se le reflejaba en el verde de sus ojos sorprendidos. Parecía una *lamia*^[4] de voz sensual que ya había elegido al mortal sobre el que derramar su hechizo: él. Sentía en su interior cómo el encantamiento iba echando raíces en la humedad caliente del flujo de sus venas.

—Conozco esos lugares y muchos otros —dijo con voz ronca—. Todos ellos hermosos y mágicos, como las leyendas que los rodean.

El iris negro de Jon se oscureció hasta fundirse con sus pupilas. Beatriz pensó, al mirarle, que él era una parte de aquella magia de la que le hablaba. Que era por eso por lo que aquel valle le parecía cada día menos salvaje, más hermoso. Era él, el hombre, el que estaba cambiando su percepción.

Cerró los ojos, turbada. Jugueteó con la aspereza de las hojas secas, arrugándolas con los dedos para escuchar sus lastimosos crujidos mientras trataba de recuperar la serenidad. Culpó de su confusión a la fascinación de aquel lugar y de aquel momento. Culpó a la atracción que sentía por Jon a pesar de que creía que su amor y su fidelidad seguían perteneciendo a Diego.

Había sido el típico día de octubre; soleado y con un agradable viento caliente que llenó el aire de vuelos de hojas. Pero al caer la tarde y cuando las primeras sombras de la noche se habían extendido por el valle, la temperatura se tornó fría y húmeda y ello invitó a buscar cobijo.

Jon, después de examinar las ovejas y comprobar que en una semana comenzarían los partos, se había abrigado con su parca para regresar al pueblo, pero pasando primero por la borda para despedirse de Beatriz.

Ahora, según se acercaba cruzando los pastos, el humo blanquecino que salía por la chimenea le hizo sonreír. Recordó la tarde anterior, cuando enseñó a Beatriz a encender el fuego y a conservarlo durante todo el día. Una labor sencilla que necesitó varias horas y una caja completa de fósforos. Pero se habían divertido. Él había disfrutado viéndola reír, y se recreó rozándole las manos para proteger la llama de algunas cerillas.

Aún sonreía cuando llegó a la borda y, antes de poner un pie en su interior, ya supo que ella cocinaba algo especial.

Se detuvo bajo el arco de entrada, respirando el aroma a almendra molida, a manzanas asadas y a almíbar. Pensó que esa cocina olía a tarde cálida de otoño, y ella, con su delantal blanco, el cabello recogido en una coleta de la que escapaban varios mechones, y la nariz y la frente manchadas de harina, era lo más dulce y a la vez erótico que había visto y percibido nunca.

Se le evaporó el aliento mirándola. Una sensación de calma le invadió por dentro, inmovilizó sus músculos y le agudizó los sentidos. Casi podía oír el sonido de su respiración o el roce de sus manos sobre la tela del delantal. Casi podía acariciarle los dedos, apartarle el mechón de la mejilla, limpiarle el rastro de harina de la nariz...

Su agitado corazón debió de hacer algún ruido, porque él ni siquiera había pestañeado cuando ella dejó la tarta sobre la mesa y se volvió con una sonrisa.

—¿Vienes a refugiarte del frío? —preguntó, y resopló para apartarse un bucle manchado de polvillo blanco que se le enredaba en las pestañas.

—Ese olor delicioso llega hasta los establos —exageró él, sin pudor—. ¿Qué es?

—Tarta de sidra y manzana caramelizada —informó, sonriendo con orgullo.

Jon caminó hasta que la mesa se interpuso entre el frío que él llevaba en sus ropas y el calor con el que Beatriz parecía envuelta en las suyas. Sonrió ante los sugerentes pensamientos que le despertaba esa visión, y volvió a prestar atención a la tarta.

—¿Me dejarás probarla antes de irme?

—Ni hablar —bromeó ella—. Aún no he decidido si debo invitarte de nuevo. Y darte un trozo de tarta a estas horas sería como si te sirviera una cena dulce.

Aunque el delicioso aroma llenaba toda la cocina, Jon posó las manos sobre la madera y se inclinó para inspirar de cerca.

—Así que piensas torturarme con esto —comentó, mirándola con un brillo de diversión—. Eres cruel.

—De eso se trata —dijo, pero los ojos de Jon se oscurecieron, a ella se le espesó el aire, y ya no fue capaz de sonreír.

—¿Tú la has probado? —preguntó, y comenzó a acercarse rozando con los dedos el borde de la mesa.

Beatriz asintió sin palabras. Él se detuvo a su lado y, despacio, para que ella

supiera lo que iba a hacer, se inclinó para rozarle los labios con lo suyos.

No hubo rechazo. Sólo un leve temblor que a punto estuvo de doblegar las piernas de la turbada Beatriz. Jon tomó aire sin apartarse de su boca y volvió a besarla, presionando como si realmente estuviera encontrando el sabor que deseaba.

Se retiró despacio, con ojos ebrios y el corazón a punto de estallar.

—Lo mejor que he saboreado nunca —susurró, devorándola con la mirada—. Espero poder repetir.

Beatriz se agarró a la mesa temiendo que sus piernas no pudieran sujetarla por más tiempo. Había sido un beso tan tierno, tan suave, tan inesperado y... y tan esperado al mismo tiempo; pero tan breve. Se acarició los labios con las yemas temblorosas de sus dedos y, cuando reaccionó, él había salido de la casa e iniciado su caminata hacia Roncal, y ella había olvidado darle la mitad de la tarta para que se la llevara a su madre.

Pero Jon, con el cuello de la parca alzado y las manos en los bolsillos, ya no recordaba más dulzura que la de su boca. Caminaba por la orilla de la carretera iluminada por una henchida luna llena y con la felicidad pegada a los labios. Aquellos mismos labios con los que por fin la había besado. Había surgido sin pensar, pero se alegraba de haberlo hecho. Por primera vez desde que dejó de ser un adolescente atolondrado, un beso se convertía en una experiencia importante.

Un simple beso, sí. Pero un beso deseado durante mucho tiempo. Un beso que al final consiguió medio robado; un beso que se llevó medio consentido.

En la pantalla azul del manejo de funciones del Mercedes, se dibujó el nombre de Bea y un teléfono descolgándose. Dos segundos después, la voz impersonal de siempre sonaba en el interior del coche para repetir que el móvil estaba apagado o fuera de cobertura.

—¿Cuánto tiempo más vas a alargar esta tortura, Bea? —preguntó Diego en voz alta—. Si ya es suficiente. Si ya me tienes donde querías. Si estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para no perderte.

Detuvo el coche ante el semáforo de entrada a la plaza Soler y aprovechó para comprobar su aspecto en el espejo retrovisor. Hacía tiempo que el bronceado de Capri había desaparecido, y sus ojeras volvían a dominarle el rostro. Resopló, ajustándose con rapidez la corbata.

Le esperaba una reunión con un cargo importante de una poderosa marca francesa de perfumes. Si todo salía bien, en unas horas quedaría concertado un encuentro con el señor Dubanchet; máximo responsable de la firma. Llegar a un acuerdo con él supondría el despegue definitivo al mercado europeo.

Si eso llegaba a ocurrir, su suegro le haría la ola y hasta le bailarían claqué sobre la mesa de su despacho si él se lo pedía.

El semáforo cambió a verde y el Mercedes bordeó la rotonda para incorporarse a

la avenida de Alfonso VIII.

Sonó el teléfono y en la pantalla celeste apareció el nombre de Luciano Bessolla.

Diego descolgó con rapidez, presintiendo que si el albacea de Bea le llamaba era porque algo grave había sucedido.

Pero la voz tranquila y el saludo amable del abogado le devolvieron el corazón a su lugar y le descomprimieron el estómago.

—Lamento molestarte, Diego. Sé que eres un hombre muy ocupado, pero no consigo ponerme en contacto con Beatriz.

—¿Hay algún problema? —preguntó, mientras el limpiaparabrisas se ponía en marcha al detectar las primeras gotas de lluvia sobre el cristal delantero.

—A primeros de marzo me pidió que pusiera en venta todo lo que había heredado de su abuelo —escuchó explicar a Bessolla—. Tengo algunos posibles compradores, pero les voy dando largas y comienzan a impacientarse.

—Yo estaba con ella cuando te llamó para pedirte que vendieras —aclaró, mirando al cielo para calcular si el chaparrón sería pasajero—. Dime cuál es el problema y tal vez pueda ayudarte.

—No puedes, Diego. La necesito a ella. —Durante unos segundos se escuchó sonido de papeles y un soplido de impotencia del abogado—. Cuando me llamó desde Roncal me dijo que en dos o tres días estaría de regreso en Madrid.

«Roncal», se repitió Diego, sujetando con fuerza el volante para no aullar de alivio y felicidad.

—¿Ha regresado o aún sigue allí? —continuó preguntando el abogado.

—Sigue allí —aseguró Diego, con una sonrisa que le había devuelto el color y borrado las ojeras—. Quería conocer sus propiedades antes de venderlas. Después pensó que le vendrían bien unas largas vacaciones. Ha estado muy estresada.

—Sí que se lo noté cuando, unos días después de pedirme que le buscara compradores, me llamó para que le facilitara la dirección —dijo el abogado, tal vez esperando recibir más información—. Incluso le pregunté si le pasaba algo.

Diego apretó los dientes al recordar lo ocurrido en su despacho. Iba a tener que hilar muy fino si quería hacerse perdonar.

—Sólo era cansancio. Pero ya se encuentra bien —informó Diego, confiando en zanjear de aquel modo el excesivo interés de Bessolla—. No tardará en dar por finalizadas estas largas vacaciones.

—Pídele que me llame, por favor. Me dijo que no encendía el móvil porque allí no tiene cobertura, pero imagino que de algún modo estaréis en contacto.

—Sí, por supuesto —mintió, sin otra salida digna—. Le diré que se comunique contigo. Y gracias por llamar, Luciano.

«Millones de gracias por llamar», se repitió mientras colgaba.

Había llegado al gran edificio de cristales negros en el que un anagrama con letras plateadas cruzaba la fachada principal: la empresa que su suegro le había confiado y, por lo tanto, el negocio que le ataba a Helena y sus excentricidades. Pero también era

la firma a la que él había triplicado los beneficios. Y, si jugaba bien sus cartas, también se convertiría en la que le iba a dar la libertad.

Detuvo el motor del coche, sacó las llaves y acarició el medio corazón de oro del llavero recordando el otro medio que Bea llevaba sobre el pecho.

Eran las nueve de la mañana. Calculó que si salía en aquel momento y conducía sin descanso, para las tres de la tarde podría abrazarla y suplicarle perdón. Pero era un hombre inteligente, la situación era complicada y no podía estropearlo todo por ceder a su necesidad de verla. Ya no bastaría aparecer ante ella con promesas, como había hecho siempre. Esta vez tenía que llevarle los documentos que certificaran su divorcio y un verdadero anillo de compromiso.

Aun así, no sería suficiente, pensó, encerrando el medio corazón en su mano. Tenía que tomárselo con calma para no estropearlo todo en el último momento. Ahora que la tenía localizada, se sentía un poco más tranquilo. Tenía que hacer las cosas bien para que cuando se presentara en Roncal y la pidiera en matrimonio, ella se echara en sus brazos y le respondiera que sí.

«¡Cuánta confusión puede desencadenar un simple beso!», se decía Beatriz esa mañana, sentada ante la mesa de la cocina y observando la espumosa superficie de su taza de leche a la vez que, a quinientos kilómetros de allí, Diego descubría su paradero. Nadie la había besado con la dulzura con la que lo hacía Jon. Aunque pensara en la vez anterior, cuando quien la besó fue el Jon duro y arrogante, lo que recordaba era la suavidad con la que su boca quiso reparar la violencia de su ofensa.

Era un hombre apasionado y visceral, pero tierno, pensó. Un hombre que había conseguido enmarañarle los sentimientos. Porque amaba a Diego, de eso su razón estaba segura; pero era Jon quien ocupaba su mente la mayor parte del tiempo, y ese hecho confundía a su corazón.

Aquella mañana, después de haber pasado toda la noche soñando con tartas y besos, pensar en que tendría que regresar a Madrid era como si una espina de desazón se le clavara en el alma. Del mismo modo, imaginarse viviendo para siempre en un espacio alfombrado de verde y abierto a un cielo azul, le envolvía esa desazón en agobio.

Y es que, «¡cuánta confusión puede desencadenar un simple beso!», se repetía aún llegada la tarde, sentada en el banco de madera, junto a la pared de la borda, con los pies sobre la hierba fresca y la mirada en la cadena de montañas que custodiaban el valle.

La confusión de Jon no era mayor de la que le venía torturando desde que había descubierto que la deseaba pero que nunca la tendría ardiendo entre sábanas.

Tal vez por eso, aquel día no se le veía más inquieto de lo habitual. Mientras volteaba las hileras de queso que aún maduraban en la cámara frigorífica, recordaba su atrevimiento de la noche anterior. La paz que sintió al verla en la cocina fue más poderosa que cualquiera de los deseos que se le habían despertado mirándola. El beso que le había robado, poniendo un especial cuidado en no ofenderla, le había descubierto que sus labios, cuando estaban relajados, eran la esencia misma de la dulzura.

A media tarde, cuando terminó con el queso y salió para regresar a Roncal, la vio sentada en el banco, con la espalda apoyada en la pared de piedra, tranquila y absorta.

Caminó hacia ella sin reparar en que, a la vez que disminuía la distancia que les separaba, se le acrecentaba el hormigueo que el beso con sabor a tarta le había dejado en el corazón. Con una sonrisa de complacencia, se sentó a su lado, apoyó la espalda contra la piedra, y miró a lo lejos, como lo hacía Beatriz.

—Es hermoso, ¿verdad? —preguntó en voz baja, para no sacarla de su abstracción.

Beatriz suspiró. Le gustaba su compañía y su conversación, pero, ahora, su presencia agrandaba el sentimiento confuso que le había dejado el beso... ese beso robado como en un juego.

—Sí que es hermoso —respondió—. Llevo horas aquí, observando cómo cambian los colores de la montaña según avanza la tarde. —Se le escapó una risa temblorosa—. No me creerías si te dijera lo que he estado pensando.

—¡Prueba! —pidió Jon, volviendo el rostro para mirarla. Ella no se movió.

—Pensaba que un hotel en un lugar como éste, sería algo fantástico. Poder ver esas montañas al amanecer, desde la cama a través del cristal de la ventana; o estos colores cambiantes del atardecer.

—¿Un gran hotel, como el que tendrás algún día en Aranjuez?

—¡No! —protestó, girando la cabeza para mirarle a los ojos—. Por supuesto que no. Si yo llegara a un lugar como éste a pasar unos días en un hotel, me gustaría que fuera algo íntimo y especial que se fundiera con la naturaleza. Creo que... —Sonrió y volvió a mirar hacia las cumbres—. Creo que debería ser algo mágico, como todo lo que hay por aquí. Un sitio con pocas habitaciones, camas en las que las sábanas blancas olieran a lavanda. Y algo imprescindible —dijo, riendo—: deberían tener fuego bajo, para encenderlo por las noches y disfrutarlo acurrucada entre las mantas.

—¿Y todo eso para observar las montañas y el infierno verde? —bromeó, con una deslumbrante sonrisa.

—Creo que debería ser un hotel especial, como este lugar —le miró, correspondiendo a su sonrisa con otra, relajada y feliz—. Los huéspedes se enamorarían primero del rincón acogedor que sería su hogar por unos días, y así no les sorprendería cuando toda esta naturaleza y sus gentes se les metieran en el alma y ya no pudieran sacárselos nunca. —Inspiró, volviendo a fijar los ojos en las montañas—. Es lo que me ha ocurrido, y eso que yo no paso los días en ningún hotelito mágico —dijo bajando el tono de su voz hasta que se le desvaneció.

«En el alma», se repitió Jon, quedándose a su vez en silencio.

¿En verdad se le habían metido en el alma; también él? Porque si se atreviera a preguntarse cómo y hasta dónde se le había clavado ella, ni siquiera sería capaz de definir el lugar. Muy firme, muy profundo; más allá de las entrañas. En algún lugar impreciso del que ya nunca podría arrancársela y desde el que se estaba apoderando de todo su ser.

La cocina olía a cebolla caramelizada, setas asadas y queso fundido.

Durante los últimos días, Beatriz había estado probando recetas elaboradas con todo tipo de hongos. Había pensado que la carta del restaurante de su hotel cambiaría cada temporada y, en otoño, abundarían las recetas con diversas variedades de setas y verduras que recordaran las tardes húmedas y frías al refugio y el calor del fuego.

Esa mañana había asado calabacín, rodajas de cebolla caramelizada y setas de

cardo con una fina capa de queso Roncal fundida por toda la superficie.

El aspecto y el aroma eran tan deliciosos que habría dado cualquier cosa por encontrar el valor para pedir a Jon que comiera con ella.

En su lugar, dejó la bandeja en el horno y salió a pasear un rato y a ver a las futuras madres. Desde que las habían bajado a la finca, había más movimiento en las cuadras, y eso le gustaba.

Le sorprendió ver el tractor en el pastizal. Lo normal era que pasara el día bajo el cobertizo que cubría el Land Rover. De allí lo sacaban cada mañana para arrastrar la cama de paja usada en los establos antes de poner una nueva capa, limpia y seca.

Su extrañeza aumentó a medida que se fue acercando. La tapa del motor estaba levantada, y Jon husmeaba entre piezas grasientas.

—¿También entiendes de mecánica? —preguntó, aproximándose para curiosear.

Jon la recibió con una sonrisa. Le bastó una mirada rápida para grabársela en la retina, con las botas de monte, los vaqueros desgastados y un grueso jersey naranja sobre el que rozaba su melena ondulada.

—No tengo ni idea —dijo, volviendo su atención hacia el motor—. De esto se suele encargar Marcel, pero él y su hermano se han tomado el día libre.

—¿Y por qué no esperas a que lleguen y lo revisen?

—Porque no tengo paciencia —respondió, inspirando para identificar el suave aroma a moras entre la peste a grasa—. Según lo ha sacado Mihai esta mañana, se le ha parado aquí y no ha habido forma de ponerlo en marcha. Hemos tenido que limpiar el establo a mano, como en los viejos tiempos.

Beatriz miró al cielo y después apoyó los brazos en la chapa roja del tractor.

—Va a llover enseguida —aseguró, observando cómo los dedos de Jon abrían la tapa del depósito del aceite.

—Dile que espere un poco; hasta que yo termine —apuntó, sacando la varilla y comprobando el nivel.

La respuesta hizo sonreír a Beatriz.

—Mientras me aproximaba iban cayendo chispitas —continuó informando a la vez que apartaba un trapo grasiento que no le permitía ver el entramado de filtros y cables.

Jon alzó la cabeza para echar un vistazo a las negras nubes.

—Lleva así toda la mañana. —La miró sonriendo—. No lloverá aún —añadió, pasándole el índice por la nariz y dejando una pequeña mancha negra.

Aquel gesto cariñoso emocionó a Beatriz. Apoyados los codos sobre la chapa, se sujetó el rostro entre las manos y se olvidó del cielo y de la lluvia.

—¿Por qué no te ayuda Mihai?

—Porque aún es más inútil que yo en estas lides. Además, ha bajado a Doina hasta Roncal, para que haga algunas compras.

—O sea, que nos han dejado solos ante el peligro —bromeó, refiriéndose al improvisado taller de mecánica.

—«¡O sea!» —repitió Jon, sonriendo ante aquella expresión «pija» a la que no terminaba de acostumbrarse—, que me vas a echar una mano.

—No habrá problema si me indicas qué debo hacer —respondió, sonrojándose ante su guasona mirada.

—Si yo lo supiera... —dijo pensativo y volviendo su atención al motor.

Dos minutos después, las primeras gotas penetraron por el grueso jersey de Beatriz.

—Comienza a llover —informó, mirando de nuevo hacia los nubarrones negros.

—Ya lo noto. Pero aguantará —dijo Jon, girando con rapidez el tapón del aceite—. No me queda mucho.

No había acabado de decirlo cuando las gotas de lluvia arreciaron y el cielo pareció abrirse, dando comienzo al diluvio.

Jon se frotó la suciedad con el viejo trapo mientras Beatriz gritaba, cubriéndose la cabeza con las manos. Ya entonces, el chaparrón era denso y las gotas golpeaban con fuerza.

El instinto protector de Jon, que lo olvidaba todo cuando se trataba de Beatriz, fue el que la agarró por la cintura y la estrechó contra su cuerpo para echar a correr hacia la parte trasera de la última nave.

Beatriz gritó y rio como una niña mientras la sensación helada le iba penetrando la ropa hasta mojarle la piel.

Cuando alcanzaron la pared del establo, no sabía si había disfrutado más del aluvión, de sus propios chillidos o del posesivo abrazo de Jon sobre su cuerpo.

Apoyados contra la pared, bien juntos para que el estrecho alero les diera cobijo, Jon cedió a la tentación de no soltarla. Su mano la acarició con tiento hasta acoplarse al punto en el que la cintura comienza a descender hacia la cadera.

Estaba hermosa. Con los bucles perlados de transparencias de agua y la piel húmeda en la que se dibujaba una tentadora sonrisa de felicidad.

—Tenías razón —susurró mientras el corazón se le iba agitando—: Estaba a punto de llover.

Beatriz no pudo pensar en nada gracioso que decir. La pared y la cortina de agua que caía por el borde del alero los encerraban en un estrecho espacio del que no podían moverse si no querían acabar empapados. Tras la carrera, sus respiraciones aún se escuchaban agitadas y la turbación se agolpaba a su alrededor, haciéndolos vulnerables a los deseos que llevaban escondidos.

Jon volvió a fijarse en la mancha oscura en la nariz de Beatriz. Allí las gotas no se detenían; resbalaban con rapidez sobre su superficie aceitosa.

Se aseguró de que sus manos estuvieran limpias frotándoselas sobre la tela de su pantalón. Después, con el corazón palpitándole en las yemas de los dedos, frotó con cuidado sobre la sombra hasta hacerla desaparecer.

Beatriz inspiró despacio mientras él la acariciaba. Porque eso fue para ella aquel gesto: la caricia tierna de unos dedos temblorosos. Y sólo pudo sonreír para

devolverle la ternura con los ojos.

Y aquella mirada complaciente fue la llave de la audacia. Del atrevimiento que Jon necesitó para inclinarse sobre los húmedos labios de Beatriz y rozarlos con los suyos rememorando un beso con sabor a tarta de manzana con almendras. La misma que le hizo falta a Beatriz para presionar sus labios sobre aquellos que sabían a pasiones que se mantenían a la espera.

Jon se apartó para mirarla a los ojos. Deseaba continuar, pero temía hacerlo. Un simple roce le había dejado sin aliento. No tuvo que pensarlo. A Beatriz aún le quedaban restos de osadía. La suficiente como para acariciarle la nuca y pedir, sin palabras, que volviera a besarla.

Con la piel erizada por aquella leve caricia, Jon volvió a tomarle los labios con suavidad, hasta que la necesidad le hizo buscar una posesión más intensa.

Beatriz se estremeció al sentir el lento roce de la lengua, y gimió dándole la bienvenida. Pero cuando la caricia se volvió más exigente, rastreando el hueco por el que invadir su boca, un cielo de realidades se le desplomó encima.

¿Por qué permitía que un hombre que no fuera Diego la besara de aquel modo?, se preguntó mientras la lengua traspasaba sus débiles defensas, amenazando con licuarle la voluntad.

Retirando a un lado su rostro, empujó con suavidad a Jon, para que se apartara.

Fue fácil. La besaba con tanta adoración, que ella podía haberlo arrastrado hasta el otro extremo de la finca sin que él se hubiera dado cuenta de que se movían.

Empujarle y que él obedeciera fue fácil. Lo difícil resultó ver, después, el desconcierto en su mirada, leer sus preguntas y no tener respuestas para darle.

Aturdida, buscó a su alrededor y se fijó en el tractor, bajo la lluvia.

—Se está mojando el motor —musitó sin que Jon la entendiera—. Has dejado el capó levantado y se está mojando el motor —repitió sin mirarle—. ¿Se puede estropear si se moja?

—Ni lo sé ni me importa —susurró él, rozándole la mejilla con los labios.

—Jon —murmuró como una súplica—. Creo que deberías hacer algo con ese motor.

El temblor que él sintió bajo sus manos se hizo más intenso. Volvió a mirarla a los ojos. Estaban brillantes; cargados de lágrimas que pugnaban por salir. Supo que el momento de intimidad había acabado. Que el alma de Beatriz, al finalizar la magia del beso, había dado paso al sentimiento de culpabilidad y al arrepentimiento.

—Sí —susurró sin dejar de mirarla—. Tengo que hacer algo con ese motor.

Apartar la mano de su cintura fue, para Jon, como arrancarse un trozo de corazón. Pero, sin más palabras ni más gestos, se volvió y caminó despacio, dejando que la lluvia le calara hasta los huesos.

Cubrió el motor bajando la tapa.

Chorreando agua, volvió los ojos hacia el campo de hierba sabiendo que sería allí donde la encontraría, huyendo hacia la borda. La vio alejarse desdibujada por la

llovía mientras el sabor dulce de sus besos se le fue envolviendo en una costra amarga.

Se dijo que aquél era el precio a pagar por haber puesto los ojos en una mujer que ya tenía dueño, pero, sobre todo, era el precio por el tiempo en el que su sinrazón la había odiado.

Un castigo muy pequeño para una osadía demasiado grande.

Llevaba días realizando gestiones que le asegurarían la morada en el corazón de Bea.

Ahora le llegaba el turno a su divorcio.

Divorciarse no debía de ser muy difícil, pensaba Diego. Divorciarse y no irse con las manos vacías, sí. Por eso quería actuar con cautela. Porque aunque había descubierto que Bea le proporcionaba más felicidad que todo el dinero y el poder del mundo, necesitaba ese dinero para que viviera como una reina. Sabía que no le iba a bastar toda su existencia para compensarla por los años que la había mantenido siendo la otra. Pero la rodearía de amor, lujos y comodidades. Iba a vivir y a respirar para ella. Iba a adorarla, amarla y emocionarla cada minuto de los días que le restaban de vida.

Eran las once de la mañana cuando cruzaba con su Mercedes la verja de entrada a los jardines de su mansión de La Moraleja. En su cara resplandecía la sonrisa tonta de los enamorados, en sus ojos destacaban la alerta y la preocupación.

Era la primera vez, en diez años de matrimonio, que regresaba a casa a media mañana en un día laborable. Pero quería hablar con Helena y ese momento en el que se levantaba después de haberse despertado lentamente, como si el sol saliera sólo para ella, era perfecto para hacerlo. Se tomaría en la cama su zumo recién exprimido, se pondría uno de sus carísimos conjuntos de fina licra, y haría sus ejercicios en el pequeño gimnasio que tenían junto a la piscina cubierta.

Diego subió la escalera hacia la habitación matrimonial con el corazón golpeándole en la garganta. Introdujo los dedos entre la piel y el cuello blanco de la camisa para comprobar que no estaba tan ajustado; podía pasar el aire. Para respirar con normalidad sólo necesitaba tranquilizarse y no ceder a la tentación de aflojarse el nudo de la corbata. Si ella se daba cuenta de su agobio, sería peor. Debía mantenerse firme y seguro de sí mismo. Tenía que liberar al hombre que había permanecido agazapado, durante diez años, bajo un voluntarioso sometimiento.

En el último escalón se cruzó con una de las jóvenes sirvientas; la que cada día, a la misma hora, entraba en la habitación para descorrer las cortinas del ventanal y dejar un vaso de zumo sobre la mesilla.

Eso significaba que Helena ya estaba despierta y despejada.

Entró sin llamar. La blanca y mullida moqueta amortiguó el sonido de sus pasos. Inspiró al pasar junto a la cristalera, como si además de divisar la frondosidad del jardín también pudiera olerlo. Se detuvo junto a los pies de la cama y la observó.

Se estiraba, con los ojos aún cerrados. Su larga melena negra estaba extendida sobre la almohada. Las sábanas arrugadas le cubrían hasta la cintura. Los tirantes del camisón de seda que él había roto esa misma noche, durante uno de los juegos violentos y extenuantes que Helena adoraba, caían sobre las sábanas dejando los senos al descubierto.

Le iba a costar llegar a sentirse limpio cuando saliera para siempre de esa casa, pensó, apretando las manos sobre la madera tallada de la cama; pero lo lograría. El amor puro y desinteresado de Bea le ayudaría a conseguir el milagro.

—Buenos días —dijo, sin añadir un amor, cariño o simplemente Helena.

Ella abrió los ojos, sorprendida. Estiró los brazos y volvió a desperezarse mientras lo que quedaba de camisón se le deslizaba hasta la cintura.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —ronroneó como una gatita en celo al recordar lo perverso que había sido Diego esa noche—. ¿No te encuentras bien?

—Estoy perfectamente —respondió él, sin moverse—. Tengo que hablar contigo y éste me parece un buen momento. Durante el día es difícil encontrar el tiempo suficiente para tratar de cosas importantes, y por las noches siempre tienes otros detalles en la mente que te desconcentran.

—Y tú gozas como un depravado cuando yo me desconcentro —aseguró, cogiendo los tirantes por los extremos rasgados y mostrándoselos con una sonrisa lujuriosa.

Diego suspiró incómodo. No le gustaba el hombre que era junto a Helena. No, desde que había descubierto que no le compensaba.

Le dio la espalda para caminar hacia el ventanal. Verla de aquel modo le hacía recordar actos vejatorios que quería comenzar a olvidar.

—Necesito que hablemos, Helena —dijo, con la mirada perdida en las doradas hojas de los arces—. Tengo algo muy importante que decirte.

Ella se sentó sobre la cama y cogió el vaso de zumo sin preocuparse por que su camisón permaneciera caído hasta su cintura.

—Tú dirás, querido —dijo, apoyando la espalda en el cabecero.

Diego hubiera preferido que estuviera más vestida. Pero aceptó las cosas como estaban. Si ella se percataba de que aquello le incomodaba, sería capaz de quitarse el camisón por completo y pasearse desnuda por la habitación.

—Quiero el divorcio —dijo, volviéndose a mirarla pero sin apartarse del ventanal.

El sorbo que Helena daba a su zumo se le atragantó. Apartó el vaso, derramando parte de su contenido sobre la cama, y tosió mientras con su mano libre se golpeaba el pecho.

Diego se asustó. Iba a lanzarse en su ayuda cuando vio que no era necesario. La tos de Helena se suavizó y dejó el vaso sobre la mesilla.

—Si esto es una broma, te aseguro que no tiene ninguna gracia —dijo con una digna y orgullosa furia y secándose los dedos con la sábana ya manchada.

—No es ninguna broma —afirmó Diego—. Quiero el divorcio y me gustaría que tratáramos esto como personas civilizadas.

Helena saltó de la cama y cogió la bata, a juego del camisón de seda, que la sirvienta le había dejado junto a la almohada.

—¿Sabes lo que estás diciendo? —exclamó, poniéndosela y anudándola a la cintura con tanta holgura que los lados apenas si cubrieron la mitad de sus pezones—. ¿Es que ya no recuerdas que te saqué de la miseria para convertirte en lo que eres? ¿Se te ha olvidado que seguirás siendo rico y poderoso sólo mientras continúes casado conmigo?

—No olvido nada, Helena. Te agradezco todo cuanto has hecho por mí, pero esto se acabó. —Se apoyó sobre la madera, fingiendo tranquilidad—. Nunca te he amado y tú lo sabes. No quiero seguir viviendo así.

—¿Así? ¿Así, cómo? —dijo con soberbia, parada ante él—. ¿Desayunando caviar, conduciendo un lujoso Mercedes, codeándote con políticos y empresarios, vistiendo trajes de grandes diseñadores...? ¿Te agobia la vida de lujo que buscabas al casarte conmigo?

—Todo lo que disfruto me lo gano con creces —dijo, expectante ante las reacciones de su esposa.

—¿Te lo ganas? —ironizó ella, que se lanzó de nuevo a la mesilla a por su paquete de tabaco—. ¿En tan alta estima tienes a tus polvos?

—La empresa de tu padre que yo dirijo me ocupa todas las horas del día —aseguró, ignorando el sarcasmo porque en el fondo ella decía la verdad—. Ha triplicado sus beneficios desde que yo estoy al frente. Y acabo de cerrar un acuerdo que nos va a abrir a Europa y nos hará crecer de un modo que ni tú ni tu padre habríais llegado a soñar nunca.

—Yo no sueño con empresas, imbécil —gritó antes de encender su cigarrillo con un elegante mechero dorado—. Yo dispongo de más dinero del que seré capaz de gastar en toda mi vida. —Se acercó para lanzarle el humo al rostro a sabiendas de que él lo detestaba—. Tú eres el rastrero que tiene que trabajar para ganarse el pan que te sirven cada día en un plato de oro. Tú, el que debe tenerme satisfecha a mí, porque si no lo haces papá te enviará a la cuadra de caballos de donde te sacó.

Él soportó la afrenta sin inmutarse. La conversación comenzaba a degenerar y eso no le interesaba. De la empresa y del dinero debía hablar con su padre; no con ella. Solo así tendría alguna posibilidad de conseguir lo que a aquellas alturas estaba seguro de haberse ganado.

—No voy a discutir esto contigo —declaró, y caminó de nuevo hacia la ventana para alejarse del humo sin que se notara que le molestaba—. Sólo quiero que sepas que voy a pedir el divorcio. Me marchó, lo aceptes o no.

—Pensaba que habías dejado de ver a la zorra robamaridos que tenías como secretaria —dijo Helena, yendo tras él—. Pero ya veo que no es así.

—A ella déjala fuera de esto. Este divorcio es cosa nuestra.

—También este matrimonio es cosa nuestra, y esa trepadora lleva años entrometiéndose. ¿Es ella quien te ha metido en la cabeza lo del divorcio? ¿Tu putita se ha cansado y quiere pasar a ser la gran señora?

—No te voy a permitir que la insultes. —Se volvió para mirarla de frente—. Esto es algo que vamos a solucionar entre tú y yo.

—¿Sabe ella que si te divorcias te irás con una mano delante y otra detrás? —Su sonrisa de satisfacción resultaba malévola—. ¿Sabe que pasarás de llevar esos trajes de Armani a comprarte ropa en los mercadillos?

—¡Ya basta! —gritó, alzando los brazos con impotencia—. Céntrate en lo que de verdad nos ocupa, y ten presente que no pienso irme con las manos vacías después de todo lo que he hecho por la empresa y por tu familia.

—¿Recuerdas el contrato prematrimonial que te hizo firmar papá? —preguntó, expulsando el humo con una sonrisa perversa—. Pues eso mismo, querido, tú lo firmaste y tú te vas sin nada. —Se acercó para susurrarle al oído—: O te quedas para follarme cuando y como a mí me dé la real gana, o te vas a vivir en la miseria junto a tu putita barata.

Diego la sujetó por los brazos, con fuerza, y la empujó contra el cristal de la ventana a la vez que se mordía los labios intentando contenerse.

—No trates de joderme —advirtió, apretando los dientes—. Te aseguro que tú no conoces al hombre que de verdad soy. Me divorciaré de ti, me casaré con Bea y no me iré con las manos vacías. Te lo aseguro.

—Estos diez años viviendo en la abundancia te han hecho creerte lo que no eres —lanzó Helena, sonriendo porque su violencia le gustaba—. Papá sabrá arrojarte al lugar inmundo del que procedes.

Diego la soltó, asqueado.

—Llegué a creer que podríamos separarnos como buenos amigos —dijo, retrocediendo unos pasos—. Entre nosotros nunca ha habido amor y tú lo sabes.

—Claro que lo sé —aceptó, sujetando el cigarrillo entre los labios y frotándose los brazos doloridos—. Aunque nunca llegamos a hablarlo, los dos sabíamos que tú buscabas riquezas y que yo necesitaba un hombre que siempre estuviera dispuesto a darme lo que yo exigía.

—Para eso no me necesitas —dijo, en tono conciliador—. Eres una mujer muy hermosa, además de inmensamente rica. Seguro que encontrarás cientos de hombres preparados para someterse a todos tus deseos.

—No tienes ni idea de lo que dices —exclamó, riendo y apoyando la cabeza contra el cristal—. Los he buscado. Porque imagino que sabes que tampoco yo te he sido fiel. No es que estuviera buscándote sustituto —dijo con ironía—. Es que me apetecía probar cosas nuevas. Pero, ¿sabes?, no encontré ninguno tan bueno como tú. —Dio una larga calada a su cigarro—. Si pides a un hombre que se humille, lo hace sin ninguna clase, sin dignidad ni orgullo. Si le sugieres que te fuerce, también lo hace, pero sin realismo. No consigues creerte que te está obligando —cinismo y

malicia centellearon en sus pupilas—. ¿Por qué supones que después de diez años sigues aquí, conmigo?

Lo sabía bien. A ella le había dado el máximo de sí mismo, siempre, hasta hacía tan sólo unas horas. Porque sabía que con cada gemido que le arrancaba se pagaba un traje, una cena, una reunión con un político, un BMW para Bea.

No era difícil ser el mejor cuando cada brillante gota de sudor que se dejaba entre las sábanas, Helena se la amortizaba al precio de cotización de un diamante.

—Pues lo siento mucho —dijo, inspirando al recordar su maldito buen hacer de esa misma noche—. Porque no estoy dispuesto a seguir con esto.

Helena caminó hacia la cama y se sentó sobre el borde, cruzando las piernas con sensualidad.

—¿Estás seguro? —preguntó, mordisqueándose los labios y alzando una ceja.

—Más de lo que he estado en toda mi vida —le dijo despacio, para que se le quedara bien grabado.

—¿Aunque te garantice que podrás seguir disponiendo de todo el dinero y las comodidades que tienes ahora, a pesar de que convivas con tu fulana, y sólo a cambio de que vengas a follarme a domicilio dos o tres veces por semana? —propuso, tumbándose sobre la cama y alzando los brazos sobre su cabeza.

—Estás loca. ¡Claro que no aceptaría!

—Tampoco yo —dijo con una carcajada—. Sólo te estaba probando. Yo no acepto cosas a medias. O te quedas como mi marido o te largas. Pero si decides marcharte, volverás a sacar el estiércol de esas cuadras a las que ahora no te aproximas ni para ensillar a tus caballos.

Diego se acercó a la cama. El cigarrillo que Helena mantenía entre sus dedos rozaba las sábanas, donde comenzaba a humear un pequeño cerco negro. Se lo quitó y lo aplastó en el cenicero que había en la mesilla.

—Tendrás noticias de mi abogado —dijo, antes de comenzar a caminar hacia la salida.

—Y tú las tendrás de los abogados de papá —respondió ella, soltando una histérica y sonora carcajada.

Una carcajada que Diego aún escuchó mientras descendía la escalera.

En la ciudad de Pamplona, Luciano Bessolla se impacientaba.

No recibía la llamaba de Beatriz y no le parecía correcto volver a molestar a Diego. Pero quería terminar cuanto antes con aquel asunto, vender a buen precio y llevarse una jugosa comisión.

Durante los años que llevaba ejerciendo su profesión, se había encontrado con personajes de todas las calañas. Algunos tan extraños que parecían salidos de novelas de serie negra. Pero nunca, ninguno de ellos, le había resultado tan escurridizo e inaccesible como Beatriz.

En ocasiones pensaba que esa mujer se escondía de algo o de alguien.

En Roncal, al día siguiente del confuso encuentro bajo la lluvia, fueron Beatriz y Jon los que se evitaron de nuevo el uno al otro. Era igualmente sencillo esquivarse que fingir un encuentro, y, ese día, les resultaba más tranquilizador evitar mirarse a los ojos.

Ya por la noche, Jon cenó con sus padres, o al menos se sentó con ellos a la mesa, pues apenas probó bocado ni participó de modo activo en la conversación.

Aún tenía el cuerpo lleno de sensaciones y el alma cargada de inquietudes. Porque ella parecía corresponderle, a ratos. Porque parecía que se quedaría en Roncal, a ratos. Porque, a ratos, él ansiaba no haber dejado de odiarla.

Tras la cena, y para evitar preguntas incómodas sobre su aire ausente, bajó a la leñera, abrió de par en par la puerta que daba al huerto y apoyó un hombro contra el grueso marco de madera.

La noche era cálida y una fina lluvia comenzaba a caer sobre la tierra labrada y las verduras que formaban el tesoro de su madre.

Necesitaba pensar, solucionar la situación que amenazaba con volverle loco, aunque no tenía muy claro cómo hacerlo. No podía alejarse de Beatriz sin perder todo cuanto amaba. No podía quedarse cerca de ella si no quería acabar perdiendo la razón.

Y perdería la razón, esa misma noche, si no conseguía alejarla de su pensamiento.

Se sobresaltó al escuchar el sonido del móvil en su bolsillo. Cuando vio el nombre de Luciano parpadeando en la pequeña pantalla, presintió que no le iban a gustar sus noticias.

La explicación de que Beatriz no tenía cobertura le hizo sonreír. Y mientras el abogado se justificaba, él se prometió aclarar aquel misterio.

—No te disculpes, Luciano. De verdad que no me molestas. Mañana, en cuanto la vea, le diré que te llame. Y si su móvil no tiene cobertura —cosa que dudaba— podrá llamarte desde el mío.

—Gracias, Jon —exclamó con alivio—. Hace dos días llamé a Diego y quedó en que le daría el recado. Pero entiendo que es un hombre muy ocupado y que pudo olvidarlo. Seguro que cuando habla con ella tiene cosas más interesantes que decirle.

Diego. Ése era el nombre del cabrón al que no le bastaba con su mujer, pensó Jon, atravesado por una lanza de celos y de rabia.

Bessolla, ajeno a esos sentimientos, continuó:

—Dile que los compradores se impacientan, y yo también.

—¿Compradores? —Jon se tensó, apartándose del quicio de la puerta—. ¿Compradores de qué?

El resoplido al otro lado del teléfono le confirmó lo que pensaba. Pero, por si no le había quedado claro, Luciano se lo explicó:

—De las propiedades de Ignacio. Sí, recuerdo que te dije que no estaban en venta, pero tiempo después de nuestra conversación, la nieta cambió de opinión.

—¿Y por qué no me avisaste de ese cambio insignificante? —dijo, apretando la mandíbula—. Sabes que yo quiero todo esto. ¡Dios, Luciano! Lo has sabido siempre.

—Querer no es poder. Tú no tienes el dinero necesario para comprarlo.

—¡Ése no es tu problema! —gritó mientras caminaba de un lado a otro de la puerta—. Tú debías haberme avisado si alguna de las posesiones de Ignacio se ponía en venta. Si para comprar todo eso poseo fondos, avales, o tengo que robar un puto banco, es cosa mía.

—Tienes razón —se disculpó por fin el abogado—. Lo siento. Fui a tiro hecho, donde sabía que había dinero y ganas de comprar algo como lo que tenemos entre manos.

—¡Tenemos entre manos! —repitió Jon, agitando la cabeza—. Entiendo que para Beatriz y para ti esto sólo es dinero. Para mí es mucho más. Así que dime qué valor le habéis puesto a todo... A todo, excepto a la casa del pueblo —aclaró, consciente de que ni siquiera de ese modo le resultaría sencillo conseguir la cantidad que necesitaba.

—Déjame mirarlo y te llamo. También están los negocios que tenías a medias con el viejo. En ésos tú tienes preferencia de compra.

—Los venderé —dijo con franqueza—. Todos, menos la quesería.

—¿Estás seguro? Son negocios que te proporcionan muchos beneficios.

—Los dos sabemos que no podré con todo —confesó, observando cómo se humedecía la tierra ante sus ojos—. Necesitaré ese dinero y todo el que pueda conseguir.

—Disculpa que insista, pero, ¿estás seguro que quieres hacer esto? —preguntó Luciano—. Si te quedas con los negocios y te olvidas de las tierras y el ganado, podrás vivir como un señor, ejerciendo tu profesión de veterinario.

—Sé lo que quiero. Además, se lo prometí a Ignacio.

—De acuerdo. Deja que haga números y te llamo. Seré sincero y, si aun así decides seguir adelante, te daré un plazo antes de pasar a atender a otros compradores

que sí pueden pagar lo que les estoy pidiendo.

Cuando colgó el teléfono, Jon tuvo que apoyar la frente en la pared para llorar en silencio. Pero no por las tierras o el ganado por los que al fin podría luchar por conseguirlos, sino por Beatriz.

Porque ya no quería que ella vendiera y desapareciera de su vida.

Porque volvía a recordarle al buitro que había llegado a por su parte del festín, pero se había quedado sobrevolando durante tanto tiempo que al final se llevaría más de lo que le pertenecía: su paz y su alma.

Mientras tanto, Beatriz, con el cabello recogido en una coleta baja, había cenado una ensalada de endivias con espárragos trigueros, queso Roncal, maíz crujiente y vinagreta de mostillo de uva. Era un plato que enamoraba a la vista, pero sobre todo que robaba el corazón mientras se saboreaba junto a unas tiras de manzana reineta y el sabor del armañac mezclado con la nata, el queso, la sal y la pimienta.

No tenía ninguna duda de que esa receta formaría parte de los exclusivos platos de su hotel.

Con la cocina limpia y recogida, hizo una tisana de menta, la sirvió en una tacita de porcelana y dejó que se enfriara sobre la mesa, junto al vaso que contenía un pequeño ramito de liliáceas.

Mientras pasaba un paño sobre la madera reluciente, le vio entrar, con el cabello y la parca empapados y con más furia en el rostro que la que le había visto jamás.

—¿Qué pasa? —musitó, asustada.

—Pasa que eres la mujer más interesada y fría que he conocido —respondió Jon, sin dejar de avanzar.

—No te entiendo —dijo ella, incapaz de moverse.

—Yo sí lo entiendo. Ahora sí que lo entiendo —lanzó Jon, deteniéndose junto a la mesa y golpeando en ella con sus nudillos—. Toda esa palabrería de que si te gustaba el puto infierno verde y que esto te había llegado hasta el alma, era mentira... Tú eres una mentira.

La tacita con la infusión tembló sobre el mueble, haciendo tintinear la cucharilla al roce con la porcelana. Las flores se agitaron a la vez que lo hacía la superficie del agua.

—¡Ya basta, Jon! —exigió, retorciendo entre los dedos un extremo del paño—. No me hables de ese modo. Cálmate y dime qué ocurre.

Beatriz no podía entender aquel cambio. El día anterior la había besado con apasionada ternura, y ahora volvía a ser el hombre áspero e impertinente que ya había olvidado.

—Llevas aquí siete malditos meses. ¡Siete! —repitió con ira mientras rodeaba la mesa para avanzar hacia ella—. Y no has sido capaz de decirme que pensabas venderlo todo.

Medio metro. Apenas les separaba medio metro cuando él se detuvo, atravesándola con la furia de sus ojos y sus palabras.

—No entiendo lo que me dices —dijo Beatriz, consternada.

—He hablado con Luciano. —Deslizó sus dedos crispados sobre su cabello húmedo—. Me ha llamado porque tu puto amante no te da bien los mensajes.

El rostro de Beatriz se contrajo de dolor y furia. Le pareció ruin que utilizara aquel término para recordarle que tenía una relación con un hombre casado.

—Haz el favor de salir de mi casa —ordenó, agarrándose con fuerza al respaldo de la silla—. ¡Lárgate ahora mismo!

—Será un placer —respondió Jon, sosteniéndole la mirada—. Así me evitaré escuchar más mentiras.

Y salió destilando rabia y orgullo.

Se alejó con paso rápido, en dirección a la carretera.

Había llegado tan furioso, con tanta prisa por encararse con ella, que en cuanto el coche se hubo internado en la finca detuvo el motor y descendió. Había querido pisar tierra, acercarse con sus propios pasos, empapar su rabia con aquella lluvia nocturna.

Igual que estaba haciendo ahora, pero caminando en sentido contrario. Con el mismo coraje y las mismas preguntas sin respuesta.

Entró en el coche y se sacudió el agua del cabello con las manos.

Ya estaba hecho, pensó. Ya había llegado, ya la había ofendido, y se iba sin haber hallado alivio para la angustia que le estaba matando desde que había hablado con Bessolla.

Era un imbécil que iba a dejarla desaparecer de su vida sin decirle... ¿Sin decirle qué?, se preguntó. ¿Que había perdido la cabeza por ella? ¿Que le gritaba porque era lo único que podía hacer para calmar el dolor que sentía? ¿Que se había enamorado y que ya no le importaban ni tierras ni herencias... tan sólo ella?

Ocultó el rostro entre sus brazos, sobre el volante, y se alegró de que la indignación no le dejara llorar. Ella no merecía sus lágrimas, ni el nudo que le atenazaba destrozándole la garganta.

Beatriz, en cambio, era un mar de lloros silenciosos. No entendía lo que acababa de ocurrir. Se repetía que ella no había ocultado nada pero que, aunque lo hubiera hecho, estaba en su derecho de decidir lo que deseaba compartir y lo que no.

Suspiró mientras doblaba el trapo sobre las baldosas de la encimera.

Quería tranquilizarse, tomar su infusión y acostarse para olvidar a ese hombre que sabía cómo romperle el corazón.

—Necesito saberlo. —La voz de Jon, a su espalda, la sobresaltó—. Necesito saber qué hay de cierto en todo lo que me ha dicho tu abogado —señaló cuando sólo quería preguntar si estaba pensando en marcharse.

Beatriz se frotó los ojos con los dedos para eliminar todo rastro de llanto. Estaba dispuesta a demostrarle que nada de lo que él hiciera la lastimaba.

—Yo le pedí que buscara compradores —respondió sin moverse.

—¡Así que es cierto! —exclamó Jon, extendiendo los brazos con impotencia.

—Si dejas de comportarte como un prepotente ofendido, tal vez te lo explique —dijo, volviéndose con el paño bien plegado entre las manos y en los ojos un brillo retador.

—Más que prepotente, soy un estúpido que ha creído todas tus patrañas. Y más que ofendido, estoy asqueado de todo esto.

—¡Esto es inaudito! —exclamó, irritada—. Que tú me estés exigiendo explicaciones es inaudito. Yo no tengo ninguna obligación de informarte sobre lo que hago o de dejar de hacer con lo que es mío.

—¿Y qué tal un poco de consideración con quien lleva toda su puta vida dejándose aquí la piel? —preguntó, apretando los puños.

—Deja de hablarme en ese tono —ordenó Beatriz—. Si vas a seguir faltándome al respeto te puedes ir por donde has venido.

Jon la miró durante unos segundos. Ella tenía las mejillas encendidas, pero esta vez se lo provocaba su ira. Sus labios formaban la conocida y delgada línea recta y los orificios de su nariz se convertían en la vía que controlaba la intensidad de su furia. De nuevo era la Beatriz fría y orgullosa. Aquella Beatriz que él había odiado; la que en ese momento necesitaba volver a odiar.

Con un bufido, se quitó la parca mojada y la arrojó sobre el respaldo de una silla. Después apoyó, de un golpe seco, las manos en la mesa, haciendo tintinear de nuevo la cucharilla en el interior la taza, y, tan inmovible como un juez que escucha para dictar sentencia, miró a Beatriz.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y alzó la barbilla, como si creyera que esa actitud podría servirle de escudo.

—Hubo un momento, hace muchos meses, en el que Diego y yo decidimos que lo mejor era vender toda mi herencia. Eso fue tres días antes de que yo viniera aquí.

Jon la observaba sin pestañear. Como si estuviera midiendo el grado de verdad que ella ponía en cada palabra.

—Al principio odié todo esto —continuó contando Beatriz—, pero poco a poco comenzó a gustarme hasta...

—Estás mintiendo —interrumpió, dolido. Si ella se iba a ir, no quería escucharle decir de nuevo que ese lugar y sus gentes le habían llegado al alma.

—Si ya te has formado una opinión y piensas mantenerla a toda costa, estamos perdiendo el tiempo con esta conversación —dijo, mientras le daba la espalda para pasar el trapo sobre el reluciente fogón.

Pero sentía la mirada de Jon en su nuca, y se le aceleraba el corazón mientras fingía que le traía sin cuidado si él decidía quedarse o no.

Inspiró con alivio cuando escuchó de nuevo su voz.

—En el momento en el que te decidas a vender, si es que lo haces —continuó preguntando Jon, parado ante la mesa—, ¿no te va a doler deshacerte de todo lo que tu abuelo te dejó?

—¿Por qué iba a dolerme? Ni siquiera lo conocí. Lo que he sentido siempre por él no lo llamaría amor —aseguró sin volverse—. Si estoy dudando en vender, te aseguro que no es porque quiera conservar viva su memoria.

—Tu abuela te enseñó a odiarlo —le lanzó Jon, como un reproche.

—No. Me enseñó a ignorarlo, porque eso es lo que él merecía.

—Tal vez si conocieras toda la historia...

—Ya la conozco —interrumpió, con la mirada perdida en la pared blanca que tenía enfrente—. Tengo las vivencias de la víctima, que era mi abuela. No necesito más versiones.

—Estás equivocada, Beatriz —insistió como tantas otras veces—. Él era un buen hombre.

Ella mostró su fastidio chasqueando los labios, y arrojó el paño que aún tenía entre las manos.

—No quiero que vuelvas a hablarme de las dudosas bondades de Ignacio —exigió entre dientes.

—Entonces háblame tú de las de Lucía —sugirió Jon, acercándose de nuevo—. Cuéntame de dónde sale tu rencor hacia tu abuelo.

—Él destrozó la vida y los sueños de una mujer, joven y hermosa, que podía haberlo tenido todo —dijo, mientras los recuerdos amenazaban con hacer aflorar sus lágrimas.

—También acabaron los de Ignacio —musitó Jon, contemplando la digna rigidez de su espalda.

—Pero él era el responsable. El único pecado de la abuela fue amarlo, y el precio que pagó fue demasiado alto. Se quedó sin familia, sin amigos. Tuvo que comenzar desde la nada y con la responsabilidad de un niño de pocos meses.

—Tal vez si hubiera dejado que sus padres...

—Lo intentó —respondió con rapidez—. Buscó su consejo en cuanto descubrió las cartas, pero ellos pretendieron que fingiera no saber nada y continuara junto a Ignacio. No podían aceptar que una mujer abandonara a su marido, menos aún si existía un hijo. Según le dijo su madre, «la obligación de una esposa es sufrir y callar». Que él no la amara parecía no tener importancia; que tuviera una amante suponía una ventaja. De ese modo no la requeriría por las noches. —Agitó la cabeza y, en el movimiento de sus cabellos, sujetos por un estrecho lazo negro, Jon pudo ver la intensidad de su rencor—. O sea que, al día siguiente, la abuela cogió sus cosas y a su hijo y desapareció para siempre.

Se volvió hacia Jon con gesto arrogante. Él observó el brillo de dolor en sus ojos y pensó que esa fuerza y esa dignidad invencible que siempre había mostrado bien podían ser herencia de Lucía. El orgullo, sin ninguna duda, lo había recibido de su abuelo.

—Ella encontró trabajo en una mercería y salió adelante como pudo —siguió contando Beatriz—. El resto de la historia la conoces a medias. La vida le pagó

quitándole lo que más quería y dándole otra niña a quien sacar adelante: yo —dijo, recordando que supo hacer las veces de abuela, padre y madre—. Ella lo fue todo para mí. ¿Cómo crees que yo habría podido querer al hombre que le robó la vida y las ilusiones?

—Él fue otra víctima —aseguró Jon, mirándola a los ojos—. Y siempre le preocupó Lucía.

—¡No me hagas reír! De haberle preocupado lo más mínimo, hubiera hecho algo por encontrarla, por pedirle perdón y traerla a casa. Pero nunca hizo nada.

—Se sentía indigno...

—Lo siento, pero me parece una disculpa absurda —dijo Beatriz a media voz, recordando la soledad en la que había vivido su abuela.

—Según él, se sentía indigno porque ni la amaba ni la merecía —respondió Jon—. Le era infiel cada día, sí, pero con el pensamiento. Y sabía que seguiría siéndole infiel el resto de sus días.

—Eso es una tontería —afirmó, inspirando para aguantar las lágrimas sin que Jon lo notara—. No se cometen infidelidades con el pensamiento.

—¿Estás segura? —Recordó los besos que habían compartido y se preguntó cómo llamaba ella a eso—. Yo creo que Ignacio tenía razón, porque no hay infidelidad más grande que la que se comete con el alma. Cuando sólo se trata de sexo, el deseo puede irse con la misma facilidad con la que llega. Pero cuando alguien se hace dueño de tus pensamientos y de tu corazón, le estás entregando todo cuanto eres —susurró, mirando a los ojos que comenzaban a apoderarse de lo poco o mucho que era él.

—¿Tú perdonarías una infidelidad? —preguntó Beatriz, conmovida por sus palabras.

—De cuerpo, sí —respondió Jon—. Con mucho dolor y muriéndome de celos, lo superaría. Pero no podría perdonar que la mujer que amo pensara en otro hombre mientras hace el amor conmigo.

—No creo que ése sea el caso de Ignacio —dijo, turbada al asumir que aunque ella pertenecía a Diego, Jon ocupaba cada vez más espacio en sus pensamientos—. No te molestes, pero no quiero escuchar más necedades sobre lo estupendo que era.

—No has escuchado ninguna porque no me has dejado contar nada —aclaró con la mandíbula tensa.

—Es que no entiendo qué hacemos hablando de esto. Viniste a pedirme cuentas sobre la venta de mi herencia. No te debía explicaciones, pero aún así te las he dado. Ya está. Ya vale.

—¡No vale, Beatriz! —afirmó, furioso—. Yo conozco el «gran pecado» que cometió tu abuelo, y llevo meses conteniéndome para no decírtelo y cambiar la opinión equivocada que tienes de él. Me prometí que no me inmiscuiría más en esto y lo cumpliré, pero eso será después de que te haya explicado algunas cosas.

—¿Y si no me interesan? —preguntó con impertinencia.

—Insistiré un día tras otro hasta que me escuches o regreses a Madrid —respondió, desafiándola con la mirada—. Quiero hablar de Ignacio una última vez. ¿Te supone un sacrificio tan grande escucharme?

Sonaba a reproche, pero sobre todo sonaba a dolor. A pesar de su enojo, Beatriz hubiera deseado decirle que oírle hablar era una de las cosas que más le agradaban. En lugar de eso, se sentó ante la tacita con la infusión mientras comentaba:

—Claro que no. Sólo te pido que entiendas que si mi abuela lo convirtió en nadie, no voy a ser yo quien cambie eso.

—Sólo quiero que me escuches —pidió con malestar—. Jamás volveré a molestarte con este tema —aseguró, arrastrando una silla para sentarse al otro lado de la mesa. Pensó que debía dominarse si quería que ella le atendiera hasta el final. Tragó saliva para suavizar su furia—. Tu abuelo no era un santo. Ninguno lo somos. Pero él se pasó la vida pagando sus errores. Sobre todo el que cometió con tu abuela.

—¡Eso no fue un error! —exclamó, incapaz de callarse ante una definición tan benevolente—. ¡Fue una traición en toda regla!

—No hubo traición —dijo Jon, con paciencia—. Al menos no del modo que tú crees.

—Sedujo a la mejor amiga de su mujer —insistió, girando con suavidad la tacita sobre el plato—. ¿Cómo se le puede llamar a eso?

Jon suspiró. Cuando ella quería ser impertinente, lo era hasta abrumar. Apoyó los brazos en la mesa y repiqueteó un instante con los dedos sobre la madera.

—Me habló de lo enamorado que había estado de Lucía. Tanto que convirtió a su mejor amiga en su cómplice. Era el mejor modo de acertar con los regalos, de darle sorpresas... Todas esas cosas que hace alguien cuando se enamora como un loco. Pero tantos secretos y tanta intimidad no podían acabar bien. Ignacio no la sedujo, se enamoró de ella sin haberlo buscado.

—¿Y por qué no se apartó, sin más? —intervino de nuevo Beatriz—. Era un hombre casado. Tuvo que sentir lo que le estaba ocurriendo antes de que fuera tarde.

Jon se frotó la nuca, irritado por las continuas interrupciones.

—Ya lo hizo. Se apartó. Y aún no era un hombre casado cuando se enamoró de Andrea —añadió para que quedara claro.

—¿Me estás diciendo que tenían una relación y aun así se casó con la abuela? —preguntó, dolida porque entonces la crueldad cometida con Lucía pasaba a ser aún más incomprensible.

—No. Deja de juzgarle y escucha —dijo él, con una infinita paciencia—. Quiso ser sincero con Lucía. Se citó con ella con la intención de decirle la verdad. Pero ella también llegaba con una sorpresa: estaba embarazada. Y eso lo cambió todo. Ignacio dejó de ver a Andrea y se casó con la mujer que le iba a dar un hijo. Según decía, un hombre no podía hacer otra cosa que cumplir con su obligación.

—Un hombre de verdad no traiciona —aseguró, mirándole a los ojos.

—Te repito que él no la traicionó —musitó Jon, sin apartar los suyos—. Nunca

estuvo con Andrea ni con ninguna otra. Vivió y murió solo.

—¡Por favor! —Beatriz se levantó, más incómoda por aquella mirada intensa que por la increíble información que escuchaba—. ¿Eso es lo que él te contó? La abuela leyó las cartas. Eran cartas apasionadas.

—¿Nunca se preguntó por qué encontró cartas escritas por Ignacio, pero ninguna por Andrea? —dijo Jon, apoyando la espalda en el respaldo de la silla.

—¿Qué tiene que ver eso? —respondió Beatriz, desde el borde de la fregadera.

—Tampoco tú lo has pensado —aseguró, antes de revelar—: Tu abuelo escribió cientos de cartas como aquéllas, pero jamás envió ninguna. Al parecer, en su mente no cabía la posibilidad de una relación con Andrea; ni clandestina ni de ninguna otra naturaleza. Su esposa era Lucía y eso no tenía vuelta atrás.

—¿Y tú le creíste? —dijo con suspicacia—. Tú eres un hombre. ¿De verdad piensas que se puede vivir toda una vida sin una mujer?

—Si él me dijo que así fue como vivió, yo no tenía por qué dudar...

—Pero ahora te estoy hablando a ti —le interrumpió con aspereza—, porque no puedo fiarme de tu incondicional fidelidad a Ignacio. ¿Tú podrías pasar el resto de tu vida sin acostarte con una mujer? —preguntó con más curiosidad de la que quería aparentar.

Jon sacudió la cabeza, sorprendido.

Se mordió la lengua para no decirle que llevaba meses sin estar con ninguna porque sólo quería poseerla a ella. Que antes de su llegada no había carecido de momentos apasionados ni de mujeres dispuestas, pero que a ninguna había deseado con la intensidad y la crudeza con la que la codiciaba a ella.

—Yo no soy Ignacio —dijo, evitando responder sobre la naturaleza de sus apetitos—. Todos los hombres no somos iguales. No tenemos las mismas necesidades.

—Así que tú no podrías pasar sin una mujer —respondió con gesto de triunfo mientras algo demasiado parecido a los celos le pellizcaba en el corazón—. Pues estoy segura que él tampoco lo hizo. —Se sentó de nuevo a la mesa—. Te contó muchas patrañas y tú te las creíste todas. Y lo peor es que con el tiempo no has entendido que te engañó. No puedo comprender tanta ceguera.

Ni una puñalada en el corazón le hubiera dolido tanto. Ella iba directa a su punto sensible, a su debilidad.

—Eres buena. Lo sabes, ¿verdad? —dijo, apretando los dientes para contener la rabia.

—¿En qué? —preguntó extrañada y manteniendo la cabeza erguida mientras volvía a girar la tacita.

—En herir —respondió, levantándose de la silla y cogiendo su parca húmeda. «En despertar demonios dormidos», añadió para sí mismo mientras se giraba en dirección a la salida.

—¿Te vas? —preguntó, confundida al ver que le daba la espalda.

—Esta conversación no tiene ningún sentido —dijo, volviéndose a mirarla.

—¿O sea, que ya hemos terminado con la historia? —le interrogó, con una sonrisa mezcla de cinismo y decepción—. Espero que cumplas y no vuelvas a hablarme de Ignacio —concluyó, sin saber qué otra cosa decir.

—Hay mucho que contar sobre él, pero da igual lo que escuches. Está claro que te has propuesto no cambiar de opinión.

—El daño que él hizo no se puede reparar —musitó con pena mientras se dejaba caer sobre el respaldo—. Yo no puedo olvidar eso.

Jon caminó despacio hacia la salida estrujando con fuerza su parca para no acabar gritándole que era una niña estúpida y malcriada sin ningún derecho a juzgar a Ignacio. Nadie tenía ese derecho. Tampoco él, aunque a veces dejara que la duda le agujoneara el alma.

Se detuvo bajo el arco, carraspeó, cambiando la parca a la otra mano, y se volvió para mirar a Beatriz con el mismo aire resentido.

—Si yo amara a una mujer de la forma en la que tu abuelo amaba a Andrea, no querría estar con ninguna otra —dijo, sintiendo que se aplacaba su rabia—. Puede parecerse melodramático, hasta es posible que yo sea un enfermo, pero la tortura de desear a la mujer que amara no querría desfogarla con nadie que no fuera ella, y encontraría más placer en ese fuego insatisfecho que me fuera matando poco a poco, que en el desahogo con alguien por quien no sintiera nada —suspiró con gesto cansado—, porque eso sí acabaría con mi alma de un solo golpe.

No quiso mirarla de nuevo. Se iba más herido de lo que había llegado, más solo, más confundido y con el fantasma de la duda sobre Ignacio clavada de nuevo en su corazón.

Beatriz se quedó inmóvil hasta que escuchó que se cerraba la puerta de la borda. Apartó la tacita, apoyó los brazos sobre la mesa y se derrumbó sobre ellos.

Su entereza y su rabia habían desaparecido. En su lugar sólo le quedaba la confusión que le habían dejado las últimas palabras de Jon. Había dolor en sus ojos cuando las dijo. Y, aunque suponía que aquello había sido la explicación de que su abuelo bien podía haber vivido sin más mujer que el recuerdo de Andrea, tenía la sensación de que su declaración contenía mucho más. «¿Pero qué más?», se preguntaba mientras se decía que quería para ella una fidelidad como esa que Jon estaba dispuesto a conceder a la mujer de su vida; un amor como ese que juraba que sentiría; un hombre como él, que era capaz de amar y sufrir con la misma conmovedora intensidad.

El amanecer del día siguiente madrugó menos que Beatriz.

Cuando asomaba el día, ella ya estaba vestida, sentada ante la mesa y girando la tacita con la infusión de menta que se había quedado allí la noche anterior.

Necesitaba ver el semblante de Jon para asegurarse que todo seguía estando bien, que su riña no había dejado consecuencias. Ella le había perdonado su intromisión, sus voces, sus reproches... Ahora quería comprobar si también él estaba dispuesto a olvidar aquel enfrentamiento absurdo.

A veces pensaba que reñían por tonterías. Otras, echaba la culpa a la tensión que le causaba tenerlo cerca, mirarlo como a un hombre y sentirse culpable por ello. Y, en ocasiones, volcaba toda la responsabilidad sobre Jon, que tan pronto la besaba como parecía odiarla.

Se encontraba sumida en cavilaciones cuando oyó ruidos tras la puerta. Imaginó a Jon alzando la mano para coger la llave escondida sobre el dintel. Después escuchó el sonido en la cerradura y suspiró, preparándose para el encuentro.

Pero quien llegó esa mañana fue Doina, y a Beatriz se le cayó el alma al suelo al creer que Jon volvía a evitarla.

—Buenos días, señorita Beatriz. Ha madrugado más que de costumbre.

—Quiero hacer muchas cosas —mintió, levantándose para llevar la tacita hasta el fregadero—. ¿Jon también está muy ocupado, hoy?

—El señor Jon no está. Ha salido de viaje.

—¿De viaje? —preguntó, demasiado ansiosa—. ¿Adónde ha ido?

—No me lo dijo —respondió Doina, sonriendo ante tan excesiva preocupación—. Pero no se preocupe, porque volveremos a tenerlo por aquí mañana.

Beatriz se tranquilizó sólo a medias. Un día no era demasiado tiempo, se dijo mientras volcaba la infusión por el desagüe. Pero le preocupaba no saber adónde había ido Jon con tanta urgencia, sobre todo porque había desaparecido tras su estúpida discusión.

Sumida en sus pensamientos mientras fregaba la tacita, no escuchó la despedida de Doina ni el suave golpe con el que ella cerró la puerta.

Julio, sentado ante la gran mesa de su despacho, escuchó todas las explicaciones que le quiso dar su yerno.

Estaba acostumbrado a negociar desde detalles insignificantes hasta contratos de importancia vital. Podía calibrar el estado emocional de quien tuviera enfrente por sus gestos. Eso le proporcionaba una gran ventaja con la que lograba perfectas

transacciones, pero sabía que Diego había aprendido, en diez años, más que él en toda su vida de empresario. Su yerno no cometía errores como rascarse el cuello con el índice de la mano derecha cuando se sentía inseguro, tocarse la nariz cuando mentía o llevarse los dedos o la pluma a la boca cuando se sentía presionado. Por eso, con Diego sólo valía ser directo. Y Julio lo fue en cuanto vio que él terminaba de hablar.

—La versión de mi hija es bien distinta —indicó, con rostro desencajado—. Dice que no existen diferencias irreconciliables entre vosotros. Asegura que todo el problema está en que tienes un lío con tu secretaria. —Sacudió la cabeza con desaprobación—. Helena te ama y está destrozada.

A Diego no le sorprendió aquella revelación. Había estado seguro que tendría que lidiar con las maquinaciones de su retorcida esposa.

—Preferiría que no tocáramos temas personales que sólo nos atañen a Helena y a mí —dijo, acomodándose contra el mullido respaldo de su asiento—. Tú y yo sólo debemos tratar los términos del divorcio.

—¿Cómo crees que puedo dejar de lado el sufrimiento de mi pobre hija? —lanzó, golpeando con un puño sobre la mesa.

—Helena no sufre; te lo aseguro —respondió Diego con calma—. Y no es necesario que entremos en detalles. No lo haría con nadie. Menos aún contigo, que eres su padre.

—¿Insinúas que también ella te ha sido infiel? —preguntó sin saber hacia quién debía enfocar su rabia—. Porque si se ha atrevido a deshonar a la familia te juro que...

—No —soltó Diego al instante—. No estoy insinuando nada. Sólo quiero que los detalles de pareja se queden entre Helena y yo. En un matrimonio convencional nadie más se inmiscuiría —señaló casi con ironía—. Pero en este caso eres tú quien maneja los acuerdos económicos. Por otra parte, trabajo para ti. Por eso estoy aquí, y no para hablar de detalles íntimos.

A Julio le tranquilizó saber que su hija continuaba siendo una dama respetable. Y decidió centrarse en solucionar el problema con su yerno, del que había comenzado a pensar que le gustaban más las faldas ajenas que la que tenía en casa.

—Entonces seamos claros —dijo, entrecruzando los dedos sobre la mesa—. Si el divorcio sigue adelante, nos ceñiremos al acuerdo que firmaste para casarte con mi hija. Te vas como viniste; sin un euro.

—Cuando firmé ese contrato yo no era nadie —reconoció Diego con voz sosegada—. No necesito explicarte todo lo que he hecho por la empresa desde entonces.

—¿Y qué pretendes? —preguntó con mofa—. ¿Quedarte con ella porque la has manejado con eficacia? Durante estos años has tenido un magnífico sueldo. Y eso sí te lo puedes llevar porque es tuyo. Reconocerás que tus servicios han sido muy bien pagados.

—No seas cínico —dijo Diego, entrecerrando los ojos—. Creo que merezco un

pequeño porcentaje de todo lo que te he hecho ganar. Y desde luego me gustaría conservar mi puesto. Eso sería bueno para mí, pero sobre todo sería rentable para ti.

Julio le desafió con una sonrisa burlona a pesar de saber que tenía razón. Pero ni podía decírselo ni iba a aceptar sus condiciones. Su hija no le perdonaría que le firmara un divorcio millonario. Si ella quería hacerle pagar el que la estuviera abandonando, él, como padre, se sentía en la obligación de apoyarla. Aunque eso supusiera una pérdida importante para el negocio familiar.

—Lo lamento, Diego, pero no vas a chulearme como has hecho con mi pobre hija. Tú has vivido como un multimillonario porque así vivirá, siempre, el hombre que esté al lado de mi Helena —aseguró casi con orgullo—. Si la abandonas te irás sin nada, y, en ese caso, mi obligación será hundirte en la miseria.

—Haz lo que creas más conveniente —razonó Diego con demasiada tranquilidad—. Aunque deberías preguntarte si tu empresa puede permitirse el lujo de prescindir de mí.

—Lo superaremos —aseguró, para preguntar después, con ironía—: ¿Y tú te has detenido a pensar si todo esto te compensa? ¿No crees que sería mejor que pidieras perdón a tu esposa por todas las necesidades que has cometido, y continuaras viviendo como un rey?

—He tomado una decisión y no pienso cambiar de opinión —dijo Diego, sin abandonar el tono neutro—. De todos modos, no deberías juzgarme por cosas que desconoces. Tú tienes esposa; sabes que nada es como parece desde fuera.

—No quiero conocer detalles de vuestro matrimonio. Sé que has engañado a mi hija y que pretendes abandonarla. Esa información es suficiente para mí.

—No me preocupan las consecuencias de esto, Julio —aseguró, mirándole con fijeza—. Pero ya que el divorcio se llevará a cabo de todos modos, tal vez deberíamos apartar por un momento el matrimonio y hablar de negocios.

Los ojos de Julio brillaron con interés. Por fin tenía a su yerno donde quería; y había llegado a aquel punto él solo.

—Está bien —aceptó con demasiada rapidez—; hablemos de negocios, que es de lo que tú y yo entendemos. —Se tomó una pausa en la que se ajustó los puños de la camisa—. Helena me pide que te diga que está dispuesta a perdonarte y a recibirte con los brazos abiertos. Sin rencores. —Le miró, tratando de calcular su disposición, antes de añadir—: Si lo haces, yo estoy dispuesto a olvidar todo este asunto y a mejorar tus condiciones. Te convertiré en dueño de una parte de la empresa y participarás de los beneficios. Podemos redactar juntos las condiciones, para que sean justas.

De nuevo, Diego no se sorprendió. Nadie manipulaba como su mujer, pensó. Y por lo visto no había perdido el tiempo. Había tejido su pegajosa y atractiva tela de araña utilizando a su padre; dueño de las empresas y de la fortuna. La conocía bien. Sabía que estaría esperando el final de esa reunión, convencida de que él se dejaría atrapar y regresaría a sus brazos, de nuevo sumiso y complaciente.

—Quiero el divorcio —insistió como si no hubiera escuchado la propuesta—. Y lo quiero cuanto antes. Creo que merezco lo poco que he pedido. Y, aunque pueda parecer presuntuoso, tu empresa también se merece a un director como yo, que puede llevarla hasta lo más alto —manifestó con voz templada—. Pero firmaré cualquier documento que me presenten tus abogados. —Se levantó, ajustándose la corbata y dando por finalizada la reunión.

Julio se sintió frustrado al comprobar que su estrategia no había funcionado.

Pretender contentar a su hija sin perder a su hombre de confianza no había sido una buena idea. Era consciente de que un disgusto de su caprichosa heredera pasaría antes o después. Apartar a Diego de la dirección de su empresa mermaría sus beneficios de un modo que se resistía a afrontar.

—Es cierto; eres bueno —aceptó, sin darse por vencido—. Por eso te pido que lo pienses. No puedes echar por la borda diez años de matrimonio. Pero menos aún puedes terminar con diez fructíferos años de trabajo. Imagina por un momento hasta dónde podrías llegar si te quedas siendo dueño de una parte importante de lo que manejas.

Pero Diego prefería imaginar otras cosas; como vivir al lado de la mujer que amaba con toda su alma y con la que nunca tendría que fingir ser quien no era.

—¿Estás haciendo todo esto sólo para tirarte a esa chica? —preguntó Julio ante el silencio de su todavía yerno.

—Me casaré con ella —aseguró, mirándole con desafío—, y nada ni nadie me detendrá. Estaría dispuesto a volver a limpiar cuadras, como asegura Helena que haré, si ése fuera el camino para convertirla en mi esposa.

Julio sacudió la cabeza con desánimo. No le gustaba ese final. Presentía que esa despedida no le traería nada bueno.

Se levantó y rodeó la mesa para acercarse a Diego. Opinaba que, a pesar de que había traicionado a su hija, se merecía una correcta despedida. No podía olvidar que era el eficiente hombre de negocios que había manejado con acierto una de sus empresas.

—Lamento que esto termine así —manifestó, imaginando el ataque de histeria que tendría que soportar de su hija cuando le contara que no había logrado convencerle—. Juntos podríamos haber hecho grandes cosas.

—Aún podemos hacerlas —opinó Diego, arqueando una ceja—. No hay por qué mezclar los negocios con los sentimientos.

—En este caso no se pueden separar —dijo, alzándose de hombros—. Pero te deseo lo mejor —añadió, con la mano tendida—. Te llamarán mis abogados para que firmes el divorcio. Te adelanto que te irás sin nada.

—No esperaba esto de ti —expresó, estrechándole la mano y girando el antebrazo para colocar la suya en el nivel superior—. Deberías llamar al señor Dubanchet —añadió con una sonrisa—. Ya sabes que hay que firmar esta semana. Van a celebrar el aniversario de su fundación a lo grande. Les vamos... Perdón —aclaró con ironía—:

les vais a fabricar un envase espectacular que se va a hacer famoso en todos los países en los que sus perfumes son líderes de ventas. No la caguéis ahora que todo está a punto. Me ha costado años conseguirlo.

—Nos apañaremos sin ti. No te creas imprescindible, porque en este negocio nadie lo es —aseguró Julio, que a pesar de todo lucía una expresión victoriosa.

—Suerte —deseó Diego desde la puerta—. Si me necesitas seguro que sabrás cómo localizarme —concluyó, para salir del despacho con el mismo paso seguro con el que había entrado.

En cuanto Julio se quedó solo, pidió por el intercomunicador, a su secretaria, que le pusiera en contacto con el señor Dubanchet a la mayor celeridad posible.

—Así que si no llego a acercarme a veros, seguiría sin saber que Leire está guardando reposo —dijo Jon, bajando la voz.

—Ella y el bebé están bien. El doctor quiere evitar el riesgo de que el parto se presente antes de lo previsto —respondió Pablo, que terminaba de llenarse el plato de canelones—. Y no te preocupes por el tono; desde la habitación no se oye nada.

Se disponían a comer el menú que les habían subido desde el restaurante italiano de su misma calle Acella, frente al curioso paisaje japonés del parque de Yamaguchi y el planetario. Un momento antes, Pablo había colocado la comida de Leire en una bandeja y se la había llevado a la cama. Había insistido en alimentarla con cucharaditas a la boca mientras Jon y él le daban conversación, pero ella se había negado en rotundo a que la trataran como a una enferma. Después la habían dejado descansar y habían pasado a la cocina.

—¿Lo estáis manteniendo en secreto para no tener a mamá enredando por la casa? —insinuó Jon, riendo.

—¡No seas jodido! A Leire le gusta tener aquí a mamá y papá. Pero si vinieran a ayudar, sería para unos meses. Entonces serías tú el que se quedaría solo —amenazó, señalándole con su tenedor.

—No soy yo quien tiene aspecto de estar necesitando los cuidados de su mami —aseguró con mofa, recordando todo cuanto le había escuchado protestar por lo ininteligible del manual de la lavadora y las diferentes temperaturas de la plancha.

—Yo no estaría tan seguro... —comenzó, pero al momento frunció el ceño, pensativo—. Aunque, ahora que lo pienso, tal vez estés deseando que te abandonen un tiempo. Así tendrías una disculpa para pedir ayuda a esa preciosa jefa tuya.

Era una broma. Jon lo sabía. Pero se sintió mal por ocultar a su hermano que se había enamorado como nunca antes lo había hecho. No hacía demasiado tiempo, ellos dos se hacían confianzas sobre cosas así.

—No hagas gracias con eso y dime si puedo contar en casa lo del reposo de Leire —dijo, esperando que la conversación no volviera a desviarse—. Entenderé que queráis guardar el secreto para estar solos.

—Puedes contárselo sin problema. La verdad es que empiezo a cansarme de comer pasta cada día —dijo, llevándose a la boca un trozo de canelón—. Me vendrán bien los guisos y los cuidados de mamá, y a Leire también.

—Pues entonces preparaos, porque no tardaréis en tenerlos a los dos aquí —aseguró riendo.

—¿Y qué pasa contigo? —preguntó Pablo, partiendo con cuidado un nuevo trozo—. No me ha gustado la cara que has puesto cuando he nombrado a «tu jefa».

—Todo está bien; como siempre —respondió Jon, tomando su copa de vino.

—Has dicho que has venido a la Caja para entrevistarte con el director. ¿Qué ocurre que no puedas arreglar desde la sucursal de Roncal?

—Beatriz va a vender todas las propiedades de Ignacio —dijo, y vació de un trago lo que quedaba en su copa.

—Ésas son buenísimas noticias —respondió Pablo, que seguía sin entender el gesto amargo de su hermano—. Es lo que querías, ¿no?

—No cuento con el dinero necesario para comprarlas —confesó, mirándole de frente—. Por eso he venido, porque creo que a pesar de todo puedo dar garantías a la Caja de que cobrarán hasta el último euro que me presten.

—¿Han aceptado?

—Al parecer, ellos tienen que estudiarlo y yo tengo que esperar —trató de responder con ligereza, pero terminó encogiendo los hombros con preocupación—. El director no me ha dado muchas esperanzas.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras. —Desplegó una sonrisa tranquilizadora—. Puedo convertirme en tu socio capitalista —añadió, tan feliz como si asociarse con su hermano hubiera sido el sueño de su vida.

—Antes quiero intentarlo solo, ¿de acuerdo? —Pablo asintió—. Si te necesito puedes estar seguro que te lo diré.

—¿Y ahí comienza el problema con Beatriz?

—No tengo ningún problema con ella —aseguró, y fingió prestar atención a sus canelones.

—¡Soy tu hermano! —exageró Pablo, elevando la mano en la que sujetaba el tenedor—. Durante toda la comida en Rodero, cada vez que ella abría la boca tú sonreías y la mirabas como un tonto. Yo lo vi —aseguró, alzando las cejas—. Y también me fijé en ella. «Aquí hay tema», me dije a los diez minutos de veros juntos.

—Pues te equivocaste —insistió en tono vago, como si toda su atención estuviera puesta en desmenuzar y revolver el contenido de su plato.

—¿Me vas a contar que no te gusta Beatriz?

—No te lo puedo decir sin mentir un poco —afirmó, sonriendo—. Ella es una mujer muy guapa y yo, al igual que tú, me he dado cuenta, pero eso es todo.

—¡Estás fingiendo! —Soltó una carcajada—. Y sólo puede haber un motivo para fingir con algo así. ¡No me digas que te estás enamorando!

—Por supuesto que no. —Agitó la cabeza y añadió—: A pesar de lo atractiva que

es, de ella sólo me interesan sus tierras y su ganado. Nada más.

—¿Por qué no aceptas que te tiene loco? Anda, dilo —pidió con guasa—. ¡Si tú sabes que no se me escapa nada!

Claro que lo sabía. Su sexto sentido siempre había funcionado a la perfección; al menos con él.

—Por favor, Pablo. Eres tan incansable como Doina —dijo con ironía, dejando los cubiertos sobre el plato.

—¿Así que también ella se ha dado cuenta? —preguntó con gesto triunfante.

—Yo no he dicho eso, y no trates de confundirme —exigió, riendo—. Ella es insistente, pero en otras cosas.

—¿Me juras que no hay nada con Beatriz? —requirió Pablo, poniéndose serio—. ¿Me lo juras como hacíamos de niños?

Su mirada de obstinación mostró que, a pesar de que hablaba de antiguos juegos infantiles, su propuesta iba en serio.

—¿No estás llevando demasiado lejos esta tontería?

—No —respondió—. Porque noto que hay algo que te preocupa, y es algo más importante que la herencia del viejo.

—Te estás volviendo un paranoico —aseguró Jon, echando la espalda contra el respaldo de su silla. La insistencia de su hermano le estaba poniendo nervioso.

—Júramelo —exigió Pablo, mirándole sin pestañear. Apartó su plato, colocó el puño cerrado sobre la mesa, y esperó unos segundos que a los dos les parecieran eternos.

Jon no podía decirle la verdad. Bastante estúpido se sentía por haberse enamorado de la mujer de otro, eso sin contar con que la había odiado durante años. No añadiría, a todo eso, la responsabilidad de inquietar a su hermano con sus problemas.

—De acuerdo —soltó con un fingido tono burlón. Cubrió con su mano la de Pablo, y le miró a los ojos—: Juro que no hay nada entre Beatriz y yo.

—No es eso lo que te he pedido —exclamó, con seriedad—. Tienes que jurar que no la amas.

—Pablo, por Dios. Esto es estúpido —exclamó, y se levantó de la mesa—. Tus sospechas son estúpidas, que no creas en mi palabra es estúpido, el maldito juego que hacíamos de niños es estúpido.

Se acercó hasta la ventana y su mirada vagó sobre el parque de Yamaguchi.

—Tenéis buenas vistas —dijo, esperando que Pablo dejara de insistir—. No son como las de Roncal, pero viviendo en una ciudad también es un privilegio tener enfrente un parque como éste.

Pablo inspiró con fuerza, repiqueteando con los dedos sobre la mesa. Le preocupaba que su hermano se hubiera enamorado de Beatriz. Ella le parecía una buena chica; le gustaba, pero no veía que de allí pudiera salir una relación con futuro. Hacía años, él había sido testigo del sufrimiento de Jon por una mujer. No quería verle padecer de nuevo.

Pero no insistió. Respetó su silencio y comenzó a recoger los platos de la mesa, tragándose su inquietud y sus cavilaciones.

Esa misma noche, ya en Roncal, Jon se centró en otro de sus problemas que, como siempre, llevaba la marca de Beatriz.

Las ovejas comenzarían a parir en pocos días. Las de raza latxa la mayoría de las veces necesitan ayuda y, cada año, durante el período de los partos, él pernoctaba en la borda para mantenerlas vigiladas y asistirles si era necesario.

Pero, esta vez, la borda estaba ocupada y él tendría que compartir techo con Beatriz.

¿Cómo hacerlo, después de la dulzura de aquel beso bajo la lluvia?, se preguntó, tumbado sobre la cama en la penumbra de su habitación. ¿Cómo conseguiría dormir sabiendo que los separaba una pared, si ahora se desvelaba sólo con pensarlo?

No había manera de resolverlo sin implicar a los Ionescu. Sabía que en aquella casa no había espacio libre. De igual modo, estaba seguro de que Doina no dudaría en juntar a sus hijos en una habitación para que él pudiera alojarse en la otra.

Y él no podía hacerles eso.

Cansado de dar vueltas revolviendo las sábanas, se levantó, se puso unos vaqueros sobre el cuerpo desnudo, y sus pies, descalzos y silenciosos, le encaminaron hacia la cocina.

No necesitó encender la luz. El claror de las farolas entraba con timidez por la ventana, lo que le permitió andar medio a tientas. Palpó en el interior de la alacena hasta que sus dedos tropezaron con la suavidad del vidrio. Al fregadero llegaba algo más de claridad. Llenó el vaso con agua y se lo bebió sin detenerse ni a respirar. Después colocó las manos bajo el grifo y se humedeció la nuca.

Comenzaba a creer que la maldita ley de Murphy tenía sentido. Cuando todo iba mal, aparecía algo que empeoraba la situación. Pensó que tal vez, al genio de Murphy, una hermosa e inalcanzable mujer le complicó la vida como le estaba ocurriendo a él.

Dejó el vaso vacío en el fregadero y abrió con cuidado la puerta que daba al balcón. La noche era fresca y sin luna. Parado ante la barandilla cargada de geranios, alzó los brazos tensando los músculos y agarrándose al pequeño tejado que protegía la madera de los días de nieve y lluvia. Inspiró con fuerza para llenarse los pulmones de aquel aire oscuro.

—¡Virgen del amor hermoso! ¿Cómo se te ocurre salir así?

La exclamación de su madre le hizo sonreír. Bajó los brazos cuando sintió que ella le colocaba algo sobre la espalda: su parca azul.

—¿Con qué tranquilidad voy a irme a Pamplona si haces cosas como ésta? —continuó diciendo Aitana—. ¿Quieres pillar una pulmonía?

—No hace tanto frío, mamá —respondió, poniéndose la prenda pero sin

molestarse en cerrársela—. Papá y tú podéis ir tranquilos. Estaré bien.

—No estoy tan segura. Aunque decidas comer y cenar en casa de Doina, estarás solo. —Le preocupó ver a su hijo con el torso desnudo a merced del traidor aire nocturno. Intentó cruzarle las solapas sobre el pecho—. Nunca te hemos dejado solo durante tanto tiempo.

—Pues ya va siendo hora de que lo hagáis —respondió él, apoyando los brazos sobre la barandilla para que su madre dejara de preocuparse por su cremallera—. El problema no es que yo necesite tus cuidados. El verdadero problema es que tú siempre quieres tener alguien a quien malcriar. Deja de hacerlo —aconsejó con una sonrisa—. Comienza a vivir para ti.

—¿Y desatender a mis hijos y ahora a mi nieto? Algo así no lo verán tus ojos —aseguró, apoyando la cabeza en el brazo de Jon.

—Te creo —dijo él, abrazándola por los hombros—. Ahora mismo deberías estar en la cama en vez de aquí, muerta de sueño y encogida bajo esa bata.

—Sentí que estabas en la cocina y pensé que te ocurría algo.

—Ya ves que no —le mintió, y lo compensó estrechándola contra sí—. Salí a cavilar un rato.

—Estás preocupado, y lo entiendo. Llega ya otra vez el tiempo de trabajo duro. Las ovejas deben estar a punto de parir, y tú te quedarás unos días en la borda, como siempre, ¿no?

—Aún no sé lo que haré —respondió, mirando pensativo hacia el huerto.

—¿Cómo que no lo sabes? —Alzó la cabeza para mirar el perfil preocupado de su hijo—. ¿Vas a estar subiendo y bajando de la finca cada dos horas, durante noches?

—Ahora vive Beatriz en la borda. No tengo ningún derecho a invadir su espacio.

—No digas tonterías, cariño —dijo, apretándole la mano que él tenía sobre la barandilla—. Ella te recibirá encantada. ¡Mira, así me iré más tranquila! Ella cuidará de ti y te hará buenas comidas. ¿No dices que te gusta cómo cocina?

Le gustaba, sí. Le gustaba cómo cocinaba, cómo se enfadaba, cómo reía, cómo le miraba... Todo en ella le gustaba. Y ése era el problema.

—¿De verdad te irás más tranquila sabiendo que estoy allí? —preguntó, dispuesto a hacerle creer que todo estaría bien, incluido su trato con Beatriz.

—¡Claro, hijo! Con ella estarás como en casa.

«Como en casa», se repitió Jon mientras sentía que se le entumecían los pies sobre la madera del balcón. Eso sonaba a hogar; un hogar junto a Beatriz.

Se estremeció ante aquel pensamiento.

Algo iba muy mal si la idea de una vida junto a Beatriz empezaba a ocupar la mente. Algo acabaría de muy mala manera si comenzaba a hacerse ilusiones y a olvidar que ella nunca le pertenecería.

Hacía una semana que había regresado de su fugaz viaje a Pamplona.

Durante los primeros días, él y Beatriz habían vuelto a evitarse. Eso se había convertido en una especie de ritual sincronizado que ejecutaban cada vez que discutían, se acercaban demasiado, o simplemente ocurría algo que les turbaba.

Volvieron a hablarse con el mismo cuidado que si sacaran brillo a un tarro de nitroglicerina. Pasaron por el proceso de avanzar poco a poco, esperando que lo ocurrido entre ellos fuera perdiendo importancia.

Esta vez, lo que terminó con el distanciamiento fue un regalo de Jon.

Una tarde llegó a la borda, llamó a la puerta en lugar de utilizar la llave que se ocultaba sobre el dintel, y sonrió con timidez mientras le mostraba un gran sobre amarillo. Eran las fotografías de los especiales y atractivos platos de Koldo Rodero.

Beatriz tuvo la sensación de que era el modo en el que Jon se disculpaba por la furia desmedida con la que había irrumpido en su casa para pedirle explicaciones. Y tal vez fuera eso, pero también la necesidad que tenía de cumplir con la promesa que un día le hizo.

No quiso contarle cómo consiguió todas aquellas fotografías. «Amistades», le había dicho. Después añadió que esperaba, con toda su alma, que esa insignificancia la ayudara a creer en su sueño y a luchar por él. Dijo que estaba seguro de que el corazón de su lujoso hotel estaría en la cocina: en sus guisos y en todo cuanto ella hiciera con sus manos.

A Beatriz le emocionó el interés y el cariño que Jon puso en unos sueños que le pertenecían a ella. También Diego estaba pendiente de sus caprichos, la llevaba a viajes exóticos, le hacía regalos caros... Entonces, ¿por qué se le habían humedecido los ojos al encontrarse con la simple pero tierna atención de Jon?, se preguntó.

Pero ésa era una pregunta para la que no tenía respuesta.

Al día siguiente regresó la normalidad a sus encuentros y a sus conversaciones. Y comenzó, para Jon, otra inquietud diferente.

«Díselo con normalidad», se repetía, convencido de que podía hacerlo, mas cuando la tenía delante no encontraba las palabras que le comunicaran que debía dormir bajo su mismo techo sin que sonaran a algo más que a trabajo. Sabía que era él y sus pensamientos los que complicaban algo que era natural. Pero no podía evitarlo. Tenía la certeza de que le iba a resultar difícil conciliar el sueño; que se consumiría cada noche, imaginándola acostada en una cama de la que sólo le separaría una delgada pared; que contendría la respiración para tratar de escuchar la de ella...

Sabiendo todo eso, era difícil hablarle con normalidad de esas noches.

Después de haber dado mil vueltas, decidió que se lo diría durante la subida a la sierra de Santa Bárbara. Media hora de ascenso daba para mucho. Durante el trayecto ninguno pondría todos los sentidos en el otro: ella iría medio tensa porque no terminaba de acostumbrarse a que un vehículo circulara por el borde de barrancos, él prestaría atención al camino para no tener que mirarla.

Tal vez, de ese modo, podría decirle que dormiría en la borda sin que se le notara la inquietud que eso le causaba.

Ascendió despacio, como le pedía Beatriz que circulara durante todo el trayecto hacia la cumbre, y aguardó con paciencia hasta que la escuchó dar el primer respingo ante la visión de una pronunciada pendiente.

Llegaba el momento en el que podía hablarle de cualquier cosa sin que ella se fijara en sus gestos o su tono.

—Las ovejas comenzarán a parir la semana que viene —comentó, apretando las manos sobre el volante—. Necesito estar cerca por si surgen problemas y tengo que ayudarlas en algún parto.

—Me contó Doina que no todas las ovejas son tan complicadas, pero las nuestras sí —dijo ella, alternando miradas entre la belleza del vacío que se abría a su derecha, y la seguridad del camino que tenía enfrente.

—Es una característica de las latxa: los partos complicados. Si estás vigilante no hay ningún problema —explicó mientras esperaba y temía el instante de decirlo—. Una ayudita y todo va perfecto.

—Imagino que disfrutas. Al fin y al cabo eres veterinario.

—En una explotación como ésta, todos los días haces de veterinario, pero tienes razón: me gusta la época de partos, aunque haya noches que apenas si me acuesto. — El momento había llegado. Inspiró con fuerza para decir—: Por eso, durante unos días dormiré en la borda. Espero que no te importe.

—No. Claro que no —respondió ella, confundida y olvidando de pronto su miedo al barranco.

—Lo hago siempre —explicó Jon, sintiendo que el corazón le palpitaba en la garganta—. Hay noches complicadas en las que tengo que pasar a controlar algún parto cada poco tiempo. No te molestaré —aseguró para tranquilizarla—. Saldré y entraré con cuidado y ni siquiera me sentirás.

Beatriz no respondió. Se quedó con la mirada perdida al frente, pensando que sin duda sentiría sus pasos, por muy sigilosos que éstos fueran. Sentiría sus pasos, sentiría su olor, le sentiría a él.

Quince minutos después estaban en la cima, donde el ganado disfrutaba de un otoño más cálido y generoso de lo habitual.

Como de costumbre, *Obi* y *Thor* acudieron a darles su particular y efusiva bienvenida. Jon les correspondía, acariciándoles con fuerza el lomo y las orejas, cuando la correa demasiado saliente del collar de *Obi* le llamó la atención. La trabilla de cuero que la mantenía sujeta había desaparecido.

Se lo quitó con cuidado y se lo mostró a Beatriz.

—La hebilla está bien —le explicó—, pero si nada inmoviliza la correa, puede soltarse y acabar perdiéndose.

—Y él quedará desprotegido —dijo ella, estremeciéndose ante la imagen de unos afilados colmillos que cruzó por su mente.

—Exacto. Pero vamos a solucionarlo —aseguró Jon, dirigiéndose hacia la borda—. Encontraremos algo que pueda hacer de sujeción provisional y mañana subiré otra carlanca.

Beatriz se entretuvo acariciando el cuello, ahora desnudo, de *Obi*, con las puntas de los dedos. Después de tantos meses viviendo cerca de aquellas bestias peludas, había asimilado que eran mansas y nobles y que no la dañarían. Pero aún quedaba algo en ella que no le permitía bajar del todo la guardia. Las caricias con las que trataba de superar sus últimos temores, apenas eran unos suaves y tímidos roces sobre aquel espeso pelaje.

Cuando entró en la borda, Jon, sentado sobre el camastro, manipulaba la carlanca. En el suelo, junto a sus pies, un candil de aceite iluminaba sus manos y daba, al resto del reducido espacio, una claridad amarillenta y oscilante.

Beatriz se acercó para sentarse en el jergón. Bien pegadita a Jon, observó cómo sus dedos iban transformando un trozo de alambre en una trabilla encajada en el cuero, junto a la hebilla.

—¿Hay algo que no sepas hacer? —preguntó, sin apartar los ojos de la habilidad creadora de Jon.

—Muchas cosas —respondió él, riendo—. Demasiadas, diría yo. Por ejemplo: no tengo ni idea de cocinar, ni de arreglar el motor del tractor...

El recuerdo de los besos de aquella mañana de lluvia les hizo guardar silencio.

Beatriz se había sentado muy cerca. Escuchaba el sonido de su respiración, cada vez más desacompañada, mientras ella misma iba perdiendo el ritmo de la suya.

Se dijo que tenía que levantarse y salir de allí. Pero ni siquiera se movió para evitar el roce del brazo de Jon en el suyo. Continuó mirando, tratando de ignorar el calor que comenzaba a recorrerle la piel.

—¿Y tú? —preguntó él, con la sensibilidad revuelta y los ojos en el alambre que iba retorciendo—, ¿hay algo que no sepas hacer?

Beatriz suspiró. Las manos comenzaban a temblarle. Juntó las palmas y las colocó entre sus rodillas para mantenerlas firmes.

—No sé callarme cuando debo —dijo, consciente de que no siempre era fácil hablar con ella—. Tampoco sé escuchar cuando debo —añadió, y apretó las rodillas contra sus dedos.

Jon detuvo lo que estaba haciendo y la miró. También él se culpaba por el modo en que entró en la borda, como un animal furioso, pidiéndole explicaciones que ella no tenía por qué darle.

—Tienes voz de mando —dijo con una sonrisa—. Creo que dirigirás tu hotel a la perfección.

—¿Y la cocina? —preguntó ella, más tranquila—. ¿Crees que también sabré llevarla bien?

—Tienes un modo de cocinar muy especial —respondió sin dejar de mirarla—. Todo lo que haces sabe distinto; más... No sé —reconoció, agitando la cabeza—. Sólo se me ocurre decir que es especial. Se nota el mimo que pones. Creo que tu cocina se hará famosa.

—Gracias por la confianza. Además, es contagiosa. Nunca había creído en mí tanto como ahora.

—Algún día... —comenzó a decir mientras rozaba con los dedos la trabilla de alambre— me gustará visitar ese hotel, dormir en él, volver a disfrutar de tus guisos... —suspiró con suavidad—, comprobar si estás bien —musitó, acariciándola con la mirada mientras su corazón gritaba que se haría pedazos al decirle adiós.

—También yo querré saber si tú estás bien —murmuró ella, bajando los ojos.

El tiempo pareció detenerse para convertirse en silencio mientras Beatriz se preguntaba lo que Jon ya tenía asumido: por qué, aunque luchara contra una atracción que no quería sentir, los gestos, las miradas y las palabras más casuales, le emborrachaban el alma de sentimiento.

Ella observó el modo en que los dedos de Jon tiraban del alambre para comprobar la resistencia de la trabilla. Después los vio apretar con fuerza sobre el extremo de correa que no contenía pinchos sin entender que lo hacía para no ceder a la necesidad de acariciarle el rostro y besarla como hizo aquella mañana bajo la lluvia. Jon deseaba volver a sentir en sus labios la suavidad temblorosa de los suyos, a pesar de que sabía que no debía hacerlo.

Beatriz buscó la respuesta a ese gesto de crispación mirándole a los ojos, y descubrió en ellos un brillo oscuro y una expresión torturada, como si les costara soportar algún dolor oculto. Y, sin pensarlo, empujada por un sentimiento de ternura y por otro que no supo explicarse, alzó el rostro para besarle en los labios.

Fue un beso suave y cadencioso que derribó todas las defensas de Jon. Un beso cálido, pero incendiario. Un beso que él ansiaba dar y recibir. Un beso con el que se atrevió a continuar sujetando a Beatriz por la nuca para invadirle la boca con la pasión y el deseo que le estaban matando.

Soltó la carlanca y acarició el delicado cuello con ambas manos. Deslizar su lengua por esa cavidad suave, húmeda y prohibida, le estaba fundiendo hasta la partícula más recóndita de sus entrañas.

Lo que Beatriz intentó que fuera un beso dulce con sabor a agua de lluvia, le fue entibiando el corazón y dejándola sin aliento. Posó las manos sobre el torso de Jon, y apartó con suavidad el rostro para mirarle a los ojos.

Él sintió que se le congelaba la sangre que Beatriz le había encendido. «Otra vez, no», rogó, ahogándose en aquel deseo insatisfecho. «No puedes arrepentirte de nuevo», suplicó mientras volvía a acercarse en busca del calor de sus labios.

—*Qu'es-tu en train de me faire?*^[5] —susurró junto a su boca—. *Qu'es-tu en train de me faire?* —repitió con voz enronquecida.

Beatriz, que tan sólo se había apartado para ver si el mismo fuego que ella sentía

le ardía a él en los ojos, deslizó las manos hacia su cintura, se apretó contra su cuerpo y volvió a besarle con pasión.

Con un gemido de alivio, la lengua de Jon se movió dentro de ella hasta robarle el aliento. Sus manos, grandes y temblorosas, abandonaron la piel tersa de su cuello para acariciarle con lenta sensualidad la espalda y nublarle la razón.

A Beatriz, con la razón velada y el cuerpo encendido, no le quedó en su interior más voluntad que la que necesitaba para entregarse.

Soltó dos botones de la camisa de Jon para apartarla hacia los lados y acariciarle los hombros. Le excitaba sentirlos moverse bajo sus palmas abiertas. Había visto aquel cuerpo, rociado en sudor, comprimir y maniobrar los músculos durante jornadas completas de trabajo. Ahora los tensaba y los movía para ella, para abrazarla, para acariciarla y decirle sin palabras cuánto la deseaba.

Jon se estremeció al sentir los dedos sobre su piel y apretó los dientes para ahogar un gemido. Sentirla entre sus brazos le estaba enloqueciendo, y sin embargo se preguntaba si de verdad quería continuar. La amaba, y sabía que poseerla una vez no sería suficiente... poseerla una vez, cuando no podría conservarla a su lado, sería el comienzo de su existencia en el infierno.

Beatriz no pensaba.

Se dejaba descubrir por esas manos de largos dedos que había contemplado tantas veces y que ahora le templaban y enardecían la piel. Le escuchaba respirar ahogado cuando ella misma perdía el aliento. Le sentía estremecerse bajo sus manos mientras ella no podía dejar de temblar bajo las suyas.

Necesitaba piel.

Sus labios entreabiertos buscando oxígeno, lo encontraron en el cuello de Jon; en el pulso caliente con el que se escuchaban los violentos latidos de su corazón.

Él emitió un gemido más animal que humano a la vez que dejaba de preocuparse por lo que ocurriría después. Se permitió enloquecer de deseo, se abandonó en las manos de la única mujer que poseerla le causaría un dolor eterno.

La empujó con suavidad hasta tumbarla sobre el jergón, se tendió a su lado y la miró a los ojos. La insegura y parpadeante luz del candil de aceite oscurecía su verde orgulloso y los hacía temblar con reflejos dorados. Eran los ojos de la tentación, y él acababa de decidir que quería sucumbir a ella.

—Beatriz... —susurró, mientras volvía a gozar de su boca y sus manos le acariciaban los costados en busca del final de la camiseta.

Tiró de la tela para liberarla de la presión con la que la sujetaba el pantalón vaquero. Introdujo las manos bajo la prenda y gimió al sentir el calor de la piel bajo sus dedos. Era un calor suave que sin embargo abrasaba la carne, que calcinaba hasta los huesos y hacía desear más, mucho más.

Cuando sus manos abarcaron los senos sobre el delicado encaje del sujetador, buscó oxígeno en los gemidos con los que Beatriz le pagaba aquellas caricias.

Ella movió sus caderas, buscándole, y Jon acudió a su encuentro, separando las

piernas para encerrarla en la cárcel que formaba su cuerpo contra el colchón.

Beatriz gimió complacida. Deslizó las manos para alcanzarle las nalgas a través de la suave tela de mahón. Pero sólo fue consciente de lo que estaba ocurriendo cuando sintió contra su vientre el duro y ardiente deseo de Jon.

No podía hacerlo, se dijo en un instante de cordura, pero una cadena de besos, profundos y apasionados, le disolvió el arranque de sensatez. Le lamió los labios mientras deslizaba las manos bajo la camisa, acariciándole la espalda con impaciencia. Jon gimió y le mordisqueó el lóbulo de la oreja, susurrándole apasionadas palabras en francés. Fueron caricias y susurros que estremecieron a Beatriz, penetrando por los poros de su piel hasta hacerse dueños de sus venas, de su sangre, y en un bombeo acelerado de su corazón, le inundaron todo su ser.

Tal vez fue ese fuego, que nunca había experimentado con Diego, el que volvió a despertarle la lucidez, o tal vez fue el miedo a la intensidad de lo que estaba sintiendo. Volvió a repetirse que no era una mujer libre y que no podía entregarse a nadie que no fuera Diego.

Alzó las palmas abiertas hasta el pecho agitado de Jon y empujó con fuerza para no darse tiempo a arrepentirse.

—Lo siento —dijo, cerrando los ojos para soportar la vergüenza—. No puedo seguir.

—*Tu es en train de me tuer*^[6] —masculló, tensando la mandíbula, negándose a creer que iba a volver a ocurrir.

La miró, buscando aire para no ahogarse, pero ella continuaba con los ojos cerrados, como si pretendiera desvanecerse.

—¿Crees que si te detienes ahora no le serás infiel? —musitó junto a su boca con voz ahogada.

—Jon... —suplicó temblorosa—. No me lo pongas más difícil.

—Ya le has sido infiel —susurró, sujetándole el rostro entre las manos y besándola en los labios—. Le eres infiel cada vez que me permites mirarte con deseo.

—Por favor, Jon.

—La primera infidelidad se comete con el pensamiento. Pero además tus labios han temblado bajo los míos —dijo, besándolos de nuevo—. Tu piel se ha calentado al roce de mis dedos. Sabes que ya le has sido infiel —añadió, respirando con fuerza de su aliento.

De la garganta de Beatriz surgió un gemido involuntario. Sintió un estremecimiento y cerró los ojos con fuerza.

—Pero no importa —opinó Jon, volviendo a internar las manos bajo su ropa—: Él no merece tu fidelidad. Él sólo te concede el tiempo que le sobra después de haberse acostado con su mujer.

Ella intentó cortar el avance apretando los brazos sobre la camiseta. Los dedos de Jon no se detuvieron hasta que se adueñaron por completo de sus senos.

—No hables así de Diego... —dijo sin aliento—. Él es...

—Él es un imbécil que no valora lo que tiene —aseguró junto a su boca—. Si fueras mía no tendrías que compartirme con nadie. Todas las horas del día y de la noche me parecerían insuficientes para pasarlas contigo. —Sentía el palpitar de los pechos bajo sus manos mientras ella trataba de recuperar el control—. No te permitiría que te alejaras de mi lado por tantos meses. En realidad, ni siquiera te permitiría que me dejaras por unos días, ni por unas horas. Pero es que tampoco tú desearías irte —susurró, acariciándole sobre el encaje hasta arrancarle un nuevo gemido—. Yo no podría apartar las manos de tu cuerpo y tú no querrías que lo hiciera.

—Jon... —suplicó a media voz.

—Pero no eres mía y no lo serás jamás —susurró, apesándola entre su excitación y la aspereza del jergón—. Por eso no correrás ningún peligro entregándote a mí una vez. Sólo una vez.

—Sabes que no puedo hacerlo —dijo, sin fuerzas.

—Cámbiame por él durante unas horas —rogó, lamiéndole los labios—. Llámame Diego si quieres, pero cámbiame por él y déjame amarte aquí, ahora.

—Tú no quieres que una mujer piense en otro hombre mientras hace el amor contigo —añadió Beatriz, en un intento por acabar con aquella intimidad.

—Sólo cuando es una mujer a quien amo —precisó, dispuesto a dejarse la dignidad entre sus brazos, y a morir de dolor y de celos después.

—Esto es una locura que sólo puede hacernos daño —protestó, con los sentidos puestos en los dedos que habían abandonado sus pechos y que ahora se movían junto al cierre de sus vaqueros.

—Lo sé —Jon gimió al sentir que cedía el primer botón—. Pero estoy dispuesto a correr ese riesgo.

—Pero yo no —señaló Beatriz, temblorosa, forcejando para apartarse.

Jon inspiró con fuerza y la miró a los ojos. Quería ver si a ella le consumía la misma necesidad. Quería saber cómo hacía ella para decir que no cuando el deseo le devoraba las entrañas. Quería averiguar qué tenía que hacer él para apartarse sin que el dolor físico le destrozara. Porque el otro, el dolor del alma, le venía mortificando desde hacía tiempo, y cada día se le clavaba un poco más fuerte, un poco más profundo.

—Deja que te demuestre cómo ama un hombre cuando sólo tiene a una mujer en la mente —suplicó con una mirada llena de promesas—. Deja que te demuestre cómo ama un hombre a tiempo completo.

Pero sólo encontró dolor y silencio en los ojos de Beatriz.

No se preguntó quién era el responsable de ese sufrimiento. Él era quien sobraba; él era quien pretendía arrebatarse lo que no le pertenecía.

Volvió a coger aire y, sin dejar de mirarla y en silencio, se apoyó sobre su brazo izquierdo, aflojando la presión que ejercía en ella con su cuerpo. Con la mano sobre su pantalón desabrochado, aún dudó unos segundos.

—Lamento haber sido yo quien ha iniciado todo esto —dijo Beatriz, temblando de pies a cabeza—. Perdóname.

Jon no escuchó sus disculpas; se ahogaba en un torrente de confusión. Trataba de salir a flote diciéndose que ella era una mujer experimentada, amante de un hombre casado, que llevaba meses lejos de él y que, tal vez por eso, había buscado sus besos y sus caricias, aunque, al final, su dudosa fidelidad hubiera terminado imponiéndose. Pero él la había hecho temblar como a una virgen inexperta, y eso le desconcertaba.

Beatriz permanecía inmóvil, como si la mano que él posaba con suavidad sobre su vientre la encadenara al jergón con la firmeza de cien grilletes de acero. Cuando la apartó, no pudo sentir alivio. Tan sólo una sensación de enorme vacío.

Se levantó en silencio, recomponiéndose la ropa con dedos inseguros mientras sentía los ojos de Jon fijos en ella. Al atravesar el umbral de la cabaña, escuchó a su espalda el murmullo tenso de un juramento.

Jon se había dejado caer de bruces sobre la cama, maldiciéndose por estúpido y enterrando el rostro en la aspereza del jergón.

Después, mientras él colocaba la carlanca en el cuello de *Obi*, ella ocupó su asiento en el Land Rover. Esa mañana no habría paseo junto al ganado ni conversación relajada bajo el cálido sol de otoño.

Sólo una bajada silenciosa por la pista forestal.

Sólo una tímida despedida cuando llegaron a la finca.

Sólo la mirada desconcertada de Jon, clavada en el caminar orgulloso de Beatriz mientras ella atravesaba el pastizal en dirección a su casa.

Beatriz se había esmerado con la cena. Era la primera noche que Jon pasaría en la borda y ella se había propuesto actuar con normalidad. Fingir que nada había ocurrido, dos días atrás, no cambiaría las cosas, y tal vez ni siquiera las facilitaría, pero no había nada más que pudiera hacer. Ya le había demostrado que se sentía atraída por él, del mismo modo que él había dejado claro que la deseaba. Eso no tenía vuelta atrás.

Lo decidió en el instante en el que, tumbada sobre el jergón, pedía disculpas a Jon por haber sido ella quien comenzó a besarlo. Mirándole a los ojos, negros como suave y frío terciopelo, que realmente eran tizones que recubrían brasas eternas, supo que tenía que alejarse de él para no terminar cometiendo una locura.

Volvería junto a Diego, que era su refugio, su protección, su primer y único hombre. Aclararía con él los problemas que llevaba meses posponiendo, y no porque no se atreviera a enfrentarlos, sino porque había preferido quedarse cerca de Jon.

Jon... El interés que había ido sintiendo por él había terminado convirtiéndose en una atracción tan fuerte y peligrosa que era incapaz de controlarlo. Por eso debía marcharse.

Pero había algo que tenía que hacer antes de desaparecer de allí para siempre.

Su corazón albergaba dudas sobre Ignacio. Dudas que se le habían ido clavando al descubrir que todos, en aquel lugar, guardaban buenos recuerdos de él. Los Ionescu, Cosme y Aitana, incluso las personas que se detuvieron para conversar con ellos en la feria de Pamplona o en las fiestas de la villa. Pero, sobre todo, dudas sembradas por las palabras y los actos de Jon.

Sólo existía una persona que podía ayudarla a salir de su confusión, pero ni siquiera sabía si aún existía o si querría recibirla para hablar con ella.

No quería que Jon descubriera sus intenciones de marcharse. Después de lo ocurrido, le resultaría sencillo atar cabos y entender que huía de él y de sí misma. Prefería actuar con cuidado, resolver lo que le torturaba y despedirse de él cuando ya tuviera la maleta en el interior del BMW.

Ese anochecer, mientras en el horno se había dorado y cuajado, al baño maría, un pastel de los puerros arrancados el día anterior del huerto de Aitana, ella había cocinado una espesa salsa de tomate para acompañarlo.

Después le había dado tiempo a cambiarse de ropa, arreglarse el cabello y destrozarse los nervios con la espera. El paso lento de las horas sin que Jon apareciera, la había obligado a tomarse las cosas con más tranquilidad.

Sentada junto a la mesa de la cocina, en el extremo donde ningún plato aguardaba para la cena, había tratado de centrarse en una de las novelas de amor que había

comprado en Pamplona.

Casi dos horas después, llegaba Jon. Había examinado las ovejas y comprobado que dos de ellas parirían antes del amanecer. Pero, sobre todo, había matado el tiempo para llegar a la borda cuando Beatriz ya estuviera dormida.

Lo tenía bien planeado.

Se adentraría con sigilo, bien avanzada la noche, y saldría, con idéntico cuidado, antes de que comenzara a amanecer. Así la intimidad sería menor y el peligro de volver a besarla, también.

Le sorprendió ver luz a través de la ventana de la cocina. Quiso creer que Beatriz la había dejado encendida para él, antes de retirarse a descansar. Pero, aun así, el corazón parecía latirle en las sienes cuando abrió la puerta, muy despacio, y avanzó por la casa como un furtivo al acecho.

Inspiró para tomar aire cuando la vio. Dormía apoyada en la mesa, con la cabeza y las manos sobre las hojas de un libro abierto y, a su lado, platos y cubiertos esperaban a ser utilizados para la cena.

Jon se sintió culpable.

Le bastó un instante para comprender todo lo que ella había trabajado por él y todo el tiempo que había esperado, también por él.

¿Por qué olía tan bien en aquella cocina cuando ella guisaba?, se preguntó. No era la comida, por muy deliciosa que ésta fuera. Eran las sensaciones que le provocaban. Sensación a calor, a hogar, a ternura. Y, ahora, aquel suave aroma a puerros y crema le hacía pensar en noches de charla al calor del fuego.

Era tarde. En el interior de la chimenea un montón de tizones mostraban sus últimos reflejos ardientes. Jon se acercó y metió dos gruesos y secos troncos de haya. Sopló sobre las ascuas hasta avivar el fuego y volvió a la mesa para sentarse al lado de Beatriz.

Con los codos sobre la madera y la barbilla apoyada en las manos, la observó dormir.

Pensó que si los ángeles existieran, no podían ser más hermosos que ella. Con el dorado de sus bucles parpadeando por efecto del chisporroteo del fuego, y la respiración pausada, suponía una deliciosa tentación para cualquier mortal con sangre en las venas. Y él no era cualquier mortal: él era el hombre que llevaba meses deseándola.

—Beatriz... —susurró, con miedo a tocarla—. Beatriz... —insistió, con los ojos clavados en las delicadas pestañas negras.

Pero ella no se movió.

Jon volvió a tomar aire y, con suavidad, le rozó los bucles con los dedos. Eran como seda vaporosa. Imaginó que toda ella debía de ser pura seda; pura seda dulce y ardiente...

El corazón pareció bombearle en las yemas de los dedos y los apartó a la vez que se le encendía la sangre.

Se levantó para caminar hacia el otro extremo de la mesa, hasta donde no le llegara su olor ni el sonido perezoso de su respiración. Hasta donde pudiera agarrarse con fuerza a la madera para que sus manos no volvieran a rozarla.

—Beatriz... —susurró de nuevo, con voz más temblorosa, y un poco más alto. Ella gimió mientras su cabello se revolvía contra las hojas del libro. Jon crispó los puños sobre el borde de la mesa y aguantó la respiración antes de insistir—: Beatriz...

Finalmente Beatriz levantó la cabeza de golpe, clavando los ojos, abiertos como los de un búho, sobre la mirada turbada de Jon.

—Me dormí —explicó, como si no fuera evidente—. Te esperaba para cenar y me dormí.

—Lo siento —respondió, perdido en aquellos ojos velados de sueño—. No lo sabía. No quiero molestarte, por eso solo pretendo venir a dormir. —Tragó con dificultad ante aquel aire de somnolencia que la hacía irresistible—. No quiero invadir tu intimidad ni darte trabajo extra.

Beatriz pensó que su intimidad ya fue invadida cuando la besó por primera vez. La invadía cada día desde que le dejó que se adueñara de sus pensamientos. Deslizó las manos sobre las dos hojas arrugadas de la novela y la cerró con cuidado. Después miró a Jon con una dulce sonrisa.

—¿De verdad crees que voy a desaprovechar la ocasión de cenar acompañada? —preguntó, sabiendo que quedaban pocas cosas que compartiría con él—. Tal vez tú seas solitario crónico, pero yo soy extrovertida y charlatana. Llevo meses desayunando, comiendo y cenando sola. —Acarició las tapas del libro y suspiró, antes de añadir—: Si quieres dormir aquí, el precio a pagar es hacer esas tres comidas conmigo.

Jon rio, y a punto estuvo de agradecerle que le estuviera facilitando las cosas.

—Eso no es un precio, Beatriz; es un regalo —dijo con sinceridad, y volvió a negar con la cabeza—. Pero de verdad que no quiero molestar.

—Me molestaría más que me evitaras, como has hecho esta noche —le reprochó con suavidad.

—No pretendía hacerlo —mintió él, suplicando con los ojos que le entendiera—. Pero ya no importa —suspiró, vencido y en el fondo satisfecho—. Acepto tus condiciones.

—Estupendo —dijo ella, dejando la novela en un extremo de la mesa y levantándose para sacar el pastel de puerros del horno.

Jon se sentó ante su plato. La observó coger la bandeja y llevarla hasta el fogón mientras él iba sintiéndose ebrio de ternura, de placentera intimidad, de deseo reprimido. Esa misma sensación que durante la cena fue creciendo hasta que ya no fue capaz de mirarla a los ojos.

Parecida embriaguez envolvía a Beatriz.

Lo tenía en su casa y en su cocina después de haberse dejado llevar por momentos

apasionados. Le costaba mirar sus manos sin recordar cómo la habían acariciado, ni sus labios sin pensar en el sabor de sus besos. No podía escuchar su voz sin que volviera a sonar en sus oídos el sonido dulce de sus susurros.

En un momento de la cena, y en medio de uno de los delicados silencios en los que sólo se oía el quejido de los leños consumiéndose por el fuego, ella preguntó:

—¿Seguirán existiendo las cartas del abuelo?

Jon controló una sonrisa emocionada.

Así que ella seguía dando vueltas a la historia de Ignacio, pensó. Y se alegró de que lo hiciera. Eso significaba que algo le había llegado al corazón, aunque no quisiera reconocerlo.

—Imagino que estarán en su casa, y deben de ser cientos —respondió, recogiendo con los dedos los trocitos desperdigados de hojaldre—. ¿Quieres leerlas?

—No. No se me ocurriría —respondió, observando con agrado cómo saboreaba Jon hasta el último minúsculo resto del pastel de puerros—. Sentiría como si rompiera un lazo invisible que no fue creado para mí.

—Entonces, ¿qué estás pensando hacer con ellas? —preguntó, apartando el plato ya limpio.

—Creo que... —empujó también su plato y colocó los brazos sobre la mesa—. Tal vez esas cartas deberían estar en poder de la persona para la que fueron escritas.

—¿Estás pensando en llevárselas a Andrea? —se aventuró a preguntar, incrédulo.

—¿Crees que vivirá aún? —musitó ella.

—No tengo ni idea. Ten en cuenta que si vive debe de tener... —calculó sobre la edad de Ignacio—, más de ochenta años. Además, deberías saber que se casó pocos meses después de que lo hicieran tus abuelos. Es posible que también viva su marido, aunque era mayor que ella. Según tengo entendido, era almadiero.^[7]

Beatriz suspiró. Andrea era la mujer de la vida de Ignacio; la persona que podía ayudarle a inclinar la balanza de sus dudas hacia uno u otro lado.

—Y puede que le complique la existencia si su esposo no sabe nada de esto, ¿no es eso lo que quieres decir? —preguntó, pensativa.

Jon recogió los platos y los cubiertos y se levantó para dejarlos junto al fregadero.

—Es arriesgado presentarse con algo así —dijo, curvando los labios como muestra de que, en el fondo, tampoco él estaba seguro.

—Bueno... —Beatriz pareció pensarlo mientras se levantaba con los dos vasos en las manos—. Intentaré verla a solas.

—¿Por qué ese empeño? —preguntó Jon, bajando la voz—. Hace unos días no querías ni escuchar hablar de Ignacio, ¿y ahora pretendes entregarle sus cartas a Andrea?

—Le he dado muchas vueltas a todo esto —reconoció, girándose hacia el fregadero para coger el jabón y el estropajo—. En especial a algo que me dijo la abuela un día que necesitaba desahogarse. No me preguntes, porque fue una especie de confesión que no puedo traicionar —explicó, y suspiró, conmovida.

Él apoyó la espalda contra la encimera, cruzó los brazos sobre el pecho, y se quedó mirando el perfil serio de Beatriz.

—Está bien —dijo, sin querer insistir más—. Si quieres puedo averiguar en Burgui.

—¿Lo harías por mí? —exclamó, levantando la cabeza de la espuma blanca y mirándole con una sonrisa llena de ternura.

Pensar que eso sería lo último que él podría hacer por ella le encogió el corazón.

«¿Aún no te has dado cuenta de que por ti iría hasta el infierno si me lo pidieras?», la interrogó él con los ojos. Pero su voz respondió con suavidad:

—Burgui está aquí al lado. No me supondrá ningún trabajo.

A la mañana siguiente, Jon pasó por la casa de Ignacio para recoger las cartas. Las encontró en la balda superior de un armario ropero, bien plegadas y ordenadas por fechas, en el interior de una caja de zapatos.

Después se acercó a Burgui; pórtico de entrada al espectacular Valle del Roncal por su parte sur. Una pequeña y coqueta villa de montaña, hecha de piedra.

De Andrea sólo conocía su nombre. Tenía la sensación de que Ignacio nunca le había mencionado sus apellidos. Aun así, con eso le bastó para que las buenas gentes del pueblo le dieran la información que necesitaba.

Y todo eso lo había hecho después de pasar una noche extraña en la que no había dormido más de dos horas.

Extraña; sí, porque había estado en la borda de siempre, pero con sentimientos bien distintos. Siendo consciente de que ella dormía cerca; respirando el mismo aire espeso que no le había dejado conciliar el sueño, le había estimulado la imaginación y le había calentado la sangre. Por eso, en las dos ocasiones en las que salió para controlar unos partos lentos y complicados, se quedó en el establo alargando el momento de regresar a aquella casa. Por la mañana, tras haber dejado el cubo de leche junto al fregadero, salió sin que ella le viera y bajó a Roncal para comenzar la búsqueda.

A mediodía, con la emoción más sosegada, comió en compañía de Beatriz mientras le contaba todo cuanto había averiguado acerca de Andrea, y, a primera hora de la tarde, se acercaron juntos a Burgui.

Jon detuvo el coche junto a una pequeña casa de piedra con portón de madera. Dos tercios del automóvil quedaban sobre la acera que separaba la vivienda de la carretera y del río Esca.

Durante unos segundos, nada se movió en el interior del auto. Beatriz examinaba la puerta de la casa mientras sus dedos apretaban con fuerza la caja de cartón que descansaba sobre sus piernas.

Jon la miraba enternecido por el temor que veía en sus ojos, por la agitación con la que alzaba y descendía su pecho al respirar.

—¿En verdad te parece una buena idea? —preguntó, mirándole nerviosa.

—Lo es, Beatriz —respondió Jon, volviéndose en su asiento para colocarse frente a ella—. Es normal que estés insegura, pero todo irá bien.

—¿Y si no quiere hablar conmigo? —insistió. Pensarlo le hizo resoplar con agobio.

Jon pasó el brazo derecho sobre el respaldo del asiento de Beatriz. Se cuidó de no rozarla, aunque con ganas la habría abrazado para transmitirle tranquilidad.

—Claro que querrá hablar contigo —exclamó con una gran sonrisa—. Nunca te lo he dicho, pero tienes los mismos ojos que tu abuelo: el mismo verde salvaje, el mismo orgullo... —Calló un instante, recordando otros apasionantes detalles de su mirada que nada tenían que ver con el viejo—. Querrá hablar contigo —continuó diciendo a media voz—. Puedes estar segura.

Beatriz suspiró y acarició la superficie de la caja. Dudaba si sería bien recibida, pero no se detendría. Ya estaba allí, y su corazón seguía diciéndole que debía hablar con Andrea y entregarle las cartas.

—¿Me esperarás? —preguntó sabiendo la respuesta.

—Todo el tiempo que haga falta —susurró Jon, y entonces colocó la mano sobre la que Beatriz apretaba la caja, para infundirle ánimo. Ella, con su intranquilidad, no supo agradecerle el gesto que la ayudó a decidirse.

Tomando una gran bocanada de aire, como si el oxígeno estuviera en el interior del coche y no en aquel pueblo rodeado de una naturaleza abrupta y sin embargo hospitalaria, Beatriz tiró de la manilla para descender y caminar por la acera.

Su inquietud aumentó en cuanto golpeó la aldaba en el centro del portón. Y, mientras esperaba a que se abriera, se volvió para buscar en Jon un gesto que la tranquilizara. Él, con el brazo aún sobre el respaldo del copiloto y el cuerpo girado en la misma dirección, le dio ánimo con una sonrisa.

Cuando la puerta se abrió, una anciana de cabello blanco recogido en un moño sobre la nuca, la recibió con gesto bondadoso, y la inquietud de Beatriz se desvaneció. Sus ojos claros transmitían serenidad. Beatriz pensó que si la dulzura tuviera nombre de mujer, sería Andrea. No necesitó preguntárselo para saber que era ella, lo supo nada más verla.

Por eso, sus primeras palabras fueron:

—Me llamo Beatriz. Soy la nieta de Ignacio.

No hubo sorpresa en el rostro de la mujer. Pero sí una emoción profunda que humedeció sus ojos, en otro tiempo azul intenso, y que ahora, desgastados con los años, semejaban delicados cristales transparentes.

La invitó a pasar al instante. Beatriz subió tras ella la escalera que llevaba al piso superior y la siguió hasta una luminosa cocina en la que la ventana daba al río Esca y a la ladera de un monte tapizado de hermosos colores otoñales.

La anciana le ofreció una silla para que se sentara junto a la mesa mientras ella servía café y leche en dos pequeños vasos de cristal. Beatriz dejó la caja sobre la madera lustrosa y se fijó en los dedos de la anciana, suaves y arrugados, cuando con un ligero temblor colocaron el azucarero de porcelana sobre un pequeño tapete de hilo blanco tejido a ganchillo.

—Te he reconocido nada más abrir la puerta —dijo la mujer, sonriendo al tiempo que tomaba asiento—. Tienes los mismos ojos que tu abuelo.

—No me atrevía a venir —confesó Beatriz, recordando las palabras con las que Jon la había comparado con Ignacio—. Pensé que tal vez no quisiera hablar conmigo.

—¿Y por qué no iba a querer? —preguntó, abriendo mucho sus ojos claros—. No tengo tantas visitas como para andar espantándolas. Pero es que además tú eres la nieta de dos personas a las que siempre he querido mucho.

—Se estará usted preguntado por el motivo de mi visita —dijo Beatriz, complacida ante aquel modo inesperado y cariñoso con el que se refería a su abuela Lucía.

—Pues sí, hija —respondió sin abandonar la sonrisa—. Me tienes intrigada.

—Yo no conocí a Ignacio —reveló, y al hacerlo vio dolor en los ojos de la mujer—. La abuela no quiso volverlo a ver. Y aunque nunca prohibió a papá que lo visitara, él no lo hizo para no disgustarla. Y yo continué con la tradición familiar —dijo, sabiendo que no podía llamarse tradición a algo así—. Considerábamos que mantener contacto con el abuelo era traicionarla.

—Siento escuchar eso, hija. Tu abuelo no merecería vuestro olvido —reprochó, sujetando su vaso de café con leche—. Pero me alegra que ahora quieras saber de él y

hayas acudido a mí para esclarecer tu confusión.

—Voy a ser sincera —dijo Beatriz—. Necesito que me cuente lo que ocurrió. He escuchado tantas cosas que ya no sé lo que creer.

—Antes, hay algo que tal vez tú puedas ayudarme a comprender —dijo la anciana—. Ni conociendo como conozco el carácter fuerte de Lucía, ni queriéndola como la quiero, pude entender nunca que abandonase a su marido sin darle ninguna oportunidad.

—Ella se sentía herida —respondió mientras la anciana se llevaba el borde de cristal a los labios—. Descubrió que su esposo la engañaba con su mejor amiga, y ese debe de ser un golpe muy duro.

—Pero no hubo engaño, hija —exclamó dejando el vaso sobre la mesa—. Nos enamoramos sin quererlo. Eso fue todo.

—Eso la abuela nunca lo supo. Creyó que había una relación, y el abuelo no intentó sacarla de su error. Al parecer, él sí sentía que la estaba traicionando.

—Así era Ignacio. Tenía un sentido del deber y de la dignidad muy particular —dijo, pensativa—. Y ya que nombro su dignidad, para ser del todo sincera te diré que sí hubo algo entre nosotros.

Beatriz sintió una punzada en el corazón. Al final había encontrado a Andrea para descubrir que sí había habido traición; que todos en aquel lugar estaban equivocados; que su abuela siempre tuvo razón.

—Fue cuando decidió que se casaba con Lucía —siguió contando Andrea—. Me citó en el pórtico de la iglesia de San Esteban, al anochecer. Subí la calle sintiéndome culpable, encogida bajo mi abrigo, como si fuera una ladrona. —Suspiró ante los recuerdos del día más importante de su vida—. Creo que a él le ocurrió algo parecido, porque durante los primeros minutos no se atrevió a mirarme. Caminó de un lado a otro, observando desde lo alto las luces del pueblo. —Hizo una pausa para dar un sorbito a su café y volverlo a dejar con dedos temblorosos—. Después me confesó, por primera vez, que me amaba, pero que iba a ser padre y que se casaría con la madre de su hijo.

Del interior del bolsillo del delantal negro, Andrea sacó un arrugado pañuelo de tela con el que se secó la humedad de los ojos. Luego continuó:

—Yo reconocí que también le quería, y que entendía que nunca podría existir algo entre nosotros. Nos abrazamos y nos dimos un beso: el primero y el último —dijo, mientras sus dedos temblorosos plegaban sobre la mesa el pañuelo de hilo—. Fue un beso de despedida que nos terminó de romper el corazón. No volvimos a vernos. Ni tan siquiera cuando Lucía le abandonó.

El alivio que Beatriz sintió al escucharla, se diluyó ante la emoción intensa que le encogía el corazón.

—Para entonces usted ya estaba casada —comentó, tratando de deshacerse del turbador sentimiento.

—Sí, hija. Yo me casé unos meses después que tus abuelos. Javier llevaba un

tiempo pidiéndome matrimonio y yo respondiéndole que no. Pero era un buen hombre —declaró, queriendo explicar los motivos que tuvo para aceptarle—. Cuando comprendí que no amaría a nadie como amaba a Ignacio, decidí casarme con él. Se convirtió en mi refugio.

—Tal vez, si hubiera estado soltera cuando el abuelo se quedó solo... —comenzó a decir Beatriz.

—Nada hubiera cambiado, hija —aseguró Andrea—. La sombra de Lucía era demasiado importante. Lo nuestro nunca tuvo futuro y los dos lo sabíamos. —Sonrió con amargura. Había comprobado que el tiempo no lo curaba todo—. Otra cosa que nunca llegué a entender es cómo se enteró ella de que nos amábamos si no volvimos a coincidir jamás.

—Por las cartas de amor que le escribió el abuelo y que ella descubrió —respondió Beatriz, cogiendo su vaso para probar el café con leche que se le estaba quedando frío.

—Te equivocas, hija —dijo Andrea, agitando levemente la cabeza—. Él no me escribió nunca.

—Lo hizo —respondió Beatriz, sujetando el vaso con las dos manos—, pero no le envió ninguna. Ahora creo que escribía para que las palabras que no podía decir en voz alta no le ahogaran. Yo... —inspiró para aguantar las lágrimas—. Yo comienzo a entenderle. Le ignoré desde niña porque creía que usted y él habían traicionado a mi abuela. Siempre pensé que habían sido amantes.

—¿Amantes? —dijo con una sonrisa triste—. Ignacio nunca me lo habría pedido. Era noble y recto hasta las últimas consecuencias. Yo le amé más por eso.

—Pero podía haber rehecho su vida con otra mujer en lugar de quedarse solo.

—Él no —dijo con orgullo—. Cualquier otro hombre, sí. Yo también lo hice junto a Javier, pero él no —repitió, y suspiró llevándose una mano al corazón—. Es una pena que no lo hayas conocido. Sólo así comprenderías lo que significaba para él la dignidad. Esa que siempre conservó, aunque él creyera que la había perdido al fallar a Lucía.

Beatriz pensó en las razones que le habían llevado a esa casa y ante esa mujer. Razonó que no todas las confidencias debían permanecer guardadas. La que su abuela le hizo, años atrás, en cierto modo le pertenecía a Andrea.

—Hay algo que la abuela me contó una vez —dijo, suspirando hondo—, y que yo no se lo he repetido a nadie. Pero creo que es justo que se lo diga a usted. —Dio otro sorbo a su café y dejó el vaso sobre la mesa mientras pedía perdón, en silencio, por lo que iba a contar—. No abandonó al abuelo porque tuviera una aventura. Me dijo que esas cosas se podían perdonar con la condición de que no volvieran a repetirse. Se fue por lo que sintió al leer estas cartas —dijo, y empujó la caja para acercársela a la anciana—. Me contó que estaban dictadas por el alma. Que cada palabra escrita en esos papeles contenía más pasión y más verdad que todas las declaraciones de amor que Ignacio le había hecho a ella. —Parpadeó con fuerza para no llorar—.

Comprendió que el abuelo nunca la había amado de esa forma y que nunca lo haría. Le odió por eso.

Andrea no se preocupó en secarse las lágrimas que le corrieron por las mejillas mientras miraba la vieja caja de zapatos que encerraba todas las palabras de amor que Ignacio no pudo decirle durante años. Ahora comprendía que nunca había dejado de decírselas, pero en voz muy baja, con el alma, y era ella quien no había sabido escucharlas.

—¿Y tú me traes esas cartas? —preguntó, sin poder contener la emoción—. ¿Por qué?

—Es justo que las tenga la dueña de todas esas palabras hermosas. Seguro que el abuelo sonreirá cuando usted las lea.

—Gracias, hija —respondió la anciana, con más temblores en el corazón que en los dedos—. ¿Cómo voy a pagarte esto?

—Ya lo ha hecho —se sinceró Beatriz—. Me acaba de reconciliar con mi abuelo.

—Me alegro —y una dicha triste le brilló en los ojos—. Por ti y por mí, porque esto es lo único que he podido hacer por él en toda mi vida.

Beatriz suspiró. Se alegraba de haber tomado la decisión de visitarla, de haberle entregado las cartas, de haber traicionado una confidencia. Tan sólo le apenaba comprender que la falta de comunicación había frustrado un amor tan grande, pero también la hermosa amistad entre Andrea y Lucía.

—La abuela tampoco rehízo su vida —comentó de pronto—. No volvió a enamorarse, o si lo hizo no nos lo contó. Hace casi dos años su corazón se cansó de latir y se fue para siempre —dijo con tristeza.

La piel de Andrea perdió su leve color. Sus ojos se llenaron de lágrimas y se llevó el pañuelo a los labios para ahogar un sollozo.

—Lo lamento, hija —dijo cuando fue capaz de hablar—. No puedes imaginar lo que me duele saber esto. Ella siempre fue mi amiga del alma y lo será hasta que me muera.

—Creo que en el fondo ella pensaba lo mismo de usted —aseguró Beatriz, inspirando con fuerza—. Todo su rencor era para el abuelo. Y es que a alguien tenía que culpar de su desgracia.

—¿Cómo íbamos a imaginar, el día en el que Ignacio comenzó a salir con Lucía, que la vida nos iba a dar un vuelco tan grande a los tres? —exclamó, secándose las lágrimas—. Todo era demasiado bonito... —No pudo continuar. Se le quebró la voz y se quedó en silencio, rozando la caja con los dedos y pensando en aquellos días felices.

—Disculpe si le hago esta pregunta —murmuró Beatriz, mientras sentía que sus mejillas se encendían de vergüenza—. No pretendo ofenderla, pero... ¿ha sido usted feliz?

—¿Junto a Javier? —dijo Andrea, volviendo a la realidad—. Sí, hija. No de la manera como lo habría sido junto a Ignacio, pero he sido feliz. Javier es un buen

hombre, trabajador y cariñoso que me ha dado un amor tranquilo. Yo tampoco estaba preparada ni para recibir ni para dar mucho más. Mi corazón siempre estuvo con tu abuelo.

—Ahora comprendo que el suyo también estuvo siempre con usted —musitó en voz baja.

—Si algún día llegas a enamorarte de un hombre de los de verdad —sonrió como si le pareciera sencillo diferenciarlos—, no lo pierdas. Dicen que la vida ofrece segundas oportunidades, pero no siempre es así. Es mejor agarrarse bien a la primera, si descubres que es la que estabas esperando.

—¿Y cómo puedes saber que es la que aguardabas? —preguntó, confiando en que aquel consejo le ordenara la razón que se le enmarañaba cada vez que estaba cerca de Jon.

—Escuchando a tu corazón —respondió Andrea—. Él nunca miente ni se equivoca, aunque a veces tu cabeza quiera hacerte creer que sí —dijo sonriendo, y Beatriz tuvo la sensación de que le había leído el pensamiento.

Y es que por fin comprendía qué era lo que estaba haciendo mal desde hacía tiempo: aclaraba la confusión que albergaba su alma, con simples y fríos razonamientos; sin escuchar a su corazón...

No escuchaba a su corazón.

Vacíos ya los vasitos del café con leche, Andrea acarició de nuevo la caja antes de dirigirse a Beatriz.

—Ven conmigo, hija —le pidió con cariño—. Quiero que conozcas a alguien.

Era un pequeño saloncito en el que un mirador de madera se asomaba al tramo de río que quedaba entre la presa y el puente romano. Junto a los cristales, una mecedora acunaba suavemente a un anciano que tenía la mirada perdida.

—Es mi marido —dijo Andrea. Él no se movió—. Hace años que padece Alzheimer. Se le ha olvidado hablar, andar, comer... quizás hasta soñar. A veces, durante unos segundos me reconoce, pero, ¡ya te digo!, sólo a veces. —Caminó con lentitud hasta un viejo sofá verde oscuro, junto al mirador, y se dejó caer con cuidado—. Es curioso que lo único que tenga fresco en la memoria sea lo que le resultó más duro de vivir: su trabajo de almadiero. Pero ¡así es la vida! —exclamó, indicándole con la mano que se sentara a su lado.

—Es la segunda vez que escucho nombrar la palabra *almadiero* —comentó Beatriz, ocupando el espacio junto a Andrea—, pero ignoro en qué consiste ese oficio.

—Era un trabajo para hombres duros y sin miedo —dijo, con un orgullo apenado—. Formaban las almadías juntando troncos y atándolos con lianas y ramas de avellano. Cuando comenzaba el deshielo y las aguas crecían, bajaban, montados sobre las balsas, por rápidos fríos y salvajes. Río abajo vendían la madera y después

volvían a casa caminando.

—¿Había leñadores que cortaban la madera y los almadieros eran los que la transportaban? —preguntó con curiosidad.

—No, hija —respondió Andrea—. Mi marido se pasaba desde el inicio del otoño hasta el deshielo, en las montañas, cortando árboles y descortezando troncos. Solía contarme que la nieve y el frío endurecían la madera hasta convertirla en roca.

—Imagino que dormían en bordas, como los pastores —dijo, recordando algunas cosas que le había contado Jon.

—Ellos no tenían tanta suerte. Se acostaban al raso, calentándose con el fuego de las hogueras y con pieles de ovejas.

Beatriz intentaba imaginarse aquellas duras condiciones. Pero no era capaz de concebir cómo dolía el frío intenso, cómo agarrotaba los músculos y cómo hería las manos. No sabía lo que era trabajar hasta llegar muerto por la noche o no tener el calor suficiente para que el sueño resultara reparador. Miró a Javier, que continuaba absorto y silencioso.

—Después arrastraban los maderos, por peligrosos y traicioneros barrancos, hasta la orilla del río —siguió contando Andrea al ver su silencio.

Beatriz pensaba en lo frías que eran esas corrientes, como le había explicado Jon. Según él, de existir infiernos de hielo, serían más tibios que esas aguas en invierno. Y eso lo contaba alguien que descendía esos rápidos por diversión, y que no había vivido los riesgos y la dureza extrema de los viajes de los almadieros.

—Imagino que este oficio se terminó cuando surgió el transporte por carretera —dijo al fin, con un profundo suspiro.

—Eso, y la construcción del pantano de Yesa, acabaron con las almadías. Por eso yo viví poco tiempo este oficio tan duro —comentó, recordando sus propias adversidades—. Las mujeres de almadieros pasábamos mucho tiempo haciendo las veces de cabeza de familia.

—¿El abuelo sabía que usted pasaba tantos meses sola? —preguntó, pensando en lo sencillo que hubiera sido que ellos vivieran su amor, aunque hubiera sido a escondidas.

Andrea afirmó con un lento movimiento de cabeza y una sonrisa triste. Ya le había hablado de la honorabilidad de Ignacio. Pensó que no eran necesarias más palabras. Miró con ternura a su esposo, ausente por completo a todo lo que acontecía a su alrededor, incluida la vida misma.

—En estos tiempos, cada primavera, a comienzos de mayo, se celebra un descenso de almadías. Javier lo ve desde el mirador. No imaginas lo feliz que es durante ese tiempo. Se siente más vivo que nunca —suspiró, volviendo la mirada hacia Beatriz—. Y yo, gracias a ti, hija, volveré a sentirme viva cada vez que lea esas cartas —dijo, tomándola de la mano para apretarla con fuerza mientras sus ojos azules volvían a llenarse de lágrimas.

—Nunca se me había ocurrido pensar que la vida aquí pudiera ser tan dura —dijo,

mirando con tristeza el balanceo del esposo de Andrea.

—Ésta siempre fue una tierra hermosa, y sigue siéndolo —explicó, sin soltarle la mano—. Pero también es una tierra de oficios duros para hombres de verdad; nobles, fuertes y valientes que cuando aman lo hacen para siempre.

—Estoy comenzando a creer que es cierto que hay algo mágico y especial en estos valles —dijo, admitiendo que así eran los bosques, prados y montañas, y pensando que también los hombres debían de ser como Andrea le contaba; al menos así veía ella a Jon.

Mientras las dos mujeres continuaban haciéndose confianzas, el hombre que ocupaba la mente de Beatriz la esperaba en el interior del automóvil, escuchando las baladas románticas que emitía la radio de una emisora regional.

Jon había cambiado de dirección para no perder tiempo con maniobras cuando llegara Beatriz. Repasaba y hacía anotaciones en una agenda en la que tenía señaladas unas cuantas fechas, y calculaba cuándo deberían llegar las siguientes partidas de forraje y de pienso que apilarían en los establos.

En cuanto la vio salir de la casa apagó la radio, cerró la agenda, introdujo el bolígrafo en una ranura del lomo y la lanzó al asiento trasero. Arrancó el motor al mismo tiempo que ella tomaba asiento y puso el coche en la carretera, iniciando el regreso hacia Roncal.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó, animado.

No obtuvo respuesta.

La miró para bromear con la posibilidad de que hubiera perdido la lengua en aquella casa, pero la descubrió con los ojos cargados de lágrimas y los labios apretados.

El corazón le dio un vuelco y le golpeó el pecho con la dureza de una roca.

—¿Qué ocurre? —interrogó con inquietud.

Ella giró el rostro hacia el cristal de su ventanilla. No quería que la viera llorar, pero a Jon le resultó evidente que lo hacía.

—¡Dios! —exclamó, sintiéndose atrapado en un tramo de carretera en el que no podía detenerse si no era obstaculizando la circulación.

Aceleró en busca de un recorrido más abierto.

—¿Qué ha pasado?

Y el gemido del llanto fue lo único que obtuvo por respuesta. No llegó a encontrar un espacio más amplio. Se detuvo en una pequeña zona de tierra a su derecha, junto al borde del río.

Se volvió hacia Beatriz y susurró:

—Dime qué ha pasado —los brazos se le iban hacia ella y tensaba los músculos para no ceder a la tentación de tocarla.

Beatriz quiso responderle, pero de su boca tan sólo brotó más llanto. Y Jon no

pudo soportarlo más. Se inclinó y la guareció entre sus brazos. Con su mano izquierda le presionaba la espalda mientras con la derecha le acariciaba los bucles, sobre la nuca.

—Al menos dime si todo sigue estando bien —susurró, rozándole la frente con los labios.

Ella afirmó con un movimiento de cabeza. Jon la estrechó con más fuerza y suspiró, aliviado.

—¿Te has emocionado con Andrea? —musitó con suavidad.

Ella volvió a indicar que sí. Jon, con los ojos cerrados, inspiró de sus cabellos y se los besó con cuidado para no ser descubierto en ese acto de ternura. La amaba; la amaba con todas las fuerzas de su ser. La amaba; y sabía que para él eso era el principio del fin.

—Llora todo cuanto quieras si eso te hace sentir mejor —le susurró, mientras intentaba contener sus propias lágrimas—. Llorar de emoción nos limpia por dentro.

Al escucharle, el llanto de Beatriz se hizo más intenso. Se acurrucó contra su pecho para que la abrazara más fuerte. Por fin entendía lo que sentía por él, y eso la asustaba. No había conocido más hombre que a Diego. Desde hacía cinco años él era su amante, su amigo, su protector. Le había prometido que se casarían en cuanto consiguiera el divorcio. Y ella llevaba meses sin estar segura de lo que quería.

Mientras Jon la estrechaba contra su cuerpo y le acariciaba con suavidad la espalda, descubrió que allí era donde su corazón, al que nunca escuchaba, deseaba estar: entre sus brazos.

Comenzó a llorar con más fuerza cuando volvió a pensar en Diego y sus promesas de un futuro que ya no podrían compartir, porque de pronto había comprendido que él era su pasado. Desde hacía meses, aun cuando ella no se había atrevido ni a pensarlo, Diego era pasado.

Jon, sin abrir los ojos, dejó que la ternura le embriagara. Tal vez ésa sería la última vez que la sentiría temblar entre sus brazos, pensó. Y suspiró mientras trataba de grabarse en el alma todo el amasijo de emociones y sentimientos que ella le provocaba.

Resultaba extraño tenerle en casa a la hora de la cena, pero sobre todo resultaba extraño acostarse sabiendo que él haría otro tanto en la habitación de al lado.

Esta segunda noche la había sentido más turbadora aún que la primera, ya que él la había visto llorar, la había abrazado y le había susurrado palabras tranquilizadoras. Se había sentido protegida entre sus brazos y había comprendido que aquel sentimiento que la había confundido durante meses era amor.

Acurrucada bajo las mantas, había recordado esos momentos de ternura y la emocionante conversación con Andrea, había llorado pensando en su abuelo y se había lamentado de no haberse dado la oportunidad de conocerle.

Se preguntó qué iba a hacer ahora. Que ella amara a Jon no significaba que él la correspondiese. De hecho, no había sido siempre un hombre dulce y atento, y había jugado a confundirla muchas veces.

Pasó media noche derramando lágrimas por su abuelo, y la otra evaporando suspiros por Jon. En dos ocasiones le había escuchado salir de la borda, con sigilo, tal y como le había prometido que haría. Eran las cinco de la mañana cuando lo sintió regresar, abrir la puerta con cuidado, caminar con suavidad por el pasillo y entrar en la habitación. Después de haber percibido el sonido de los muelles de su cama cuando él los aplastó con el peso de su cuerpo, el agotamiento la fue dejando dormida.

Ya no escuchó sus pasos por la mañana, ni el sonido del agua de la ducha, ni el trajín con el que buscó la cafetera hasta recordar que en aquella cocina se hacía el café en puchero.

Mientras se calentaba la leche en una pequeña cazuela, en el fogón, Jon tostó pan en una sartén sin aceite, sacó del frigorífico la mantequilla y la mermelada, y las colocó sobre la mesa. Se le encogió el corazón recordando las lágrimas con las que Beatriz estalló en el coche y la fuerza con la que se apretaba contra su pecho, necesitada de consuelo.

Acurrucada entre sus brazos, le había pedido que la llevara a la casa del abuelo. Después de todos los meses que llevaba sin mostrar ningún interés, había sentido necesidad de ver dónde había consumido su vida el viejo. Dónde, cincuenta años atrás, el resentimiento de Lucía y el silencio de Ignacio habían cambiado el rumbo de las vidas de tres generaciones.

Él había guardado un respetuoso silencio mientras ella recorría la casa. Nunca sus ojos verdes le habían parecido tan iguales a los de Ignacio. Y es que nunca había visto en ella un dolor tan intenso como el que la abrumó aquella tarde.

Al cabo de una hora, cuando ya anochecía, había llegado a la borda con los ojos enrojecidos y emitiendo intermitentes y pequeños suspiros para evitar nuevos

sollozos. Después, sentados a la mesa, cenando unos «cogollos de Tudela con anchoas» que ella había preparado mientras él había puesto los cubiertos, consiguió hacerla sonreír unas cuantas veces. Pero Beatriz se había empeñado en torturarse con recuerdos y un sentimiento de culpabilidad.

Y había vuelto a hablarle de la herencia.

—Tú no entiendes de remordimientos —le había dicho mientras jugueteaba con el tenedor—. Tú has defendido al abuelo a pesar de que no te incluyó en el testamento.

Él había inspirado al escucharla. ¡Claro que entendía de remordimientos! Los sufría cada vez que pensaba que Ignacio le había traicionado al no nombrarle su heredero. Se negaba a olvidar que siempre fue mucho más que el dueño que daba órdenes a su padre; que se ocupó de que tanto él como su hermano estudiaran y acudieran a la universidad, asegurándose que ninguna obligación estuviera por encima de su preparación para el futuro. Aunque sólo fuera por eso, sentía que le debía una confianza ciega, pero a veces no podía acallar sus dudas.

También padecía otros remordimientos, pero éstos llevaban años clavados en su corazón y no tenían nada que ver con Ignacio.

—Yo le quería —había respondido a la llorosa Beatriz—. Y él a mí también. Sólo tengo motivos para recordarle con cariño.

Ella había mostrado su desacuerdo moviendo la cabeza, antes de responder:

—Yo no necesité motivos para odiarle y apartarlo de mi vida. Sin embargo, tú le diste tu cariño y tu trabajo y no te incluyó en su última voluntad. Ése si es un motivo para renegar de él. Pero tú sigues siendo fiel a su recuerdo.

—No quiero hablar de esto, Beatriz —había dicho, mirándola a los ojos.

Y había visto su carita de tristeza, agobiada por los remordimientos. Eso le había desarmado y, para tranquilizarla, le había explicado:

—Tú llevas la sangre de Ignacio. Es justo que todo lo que fue suyo te pertenezca. Él lo sabía y por eso hizo lo que debía.

Los ojos de Beatriz habían brillado llenos de preguntas que no hizo. Él la abrazó, acomodándola en su pecho y diciéndole que no debía sentirse culpable por haber albergado sentimientos que otros le habían inculcado desde niña.

Esperó hasta que ella se acostó, agotada de llorar, pero más tranquila. Entonces, él, con los demonios de la duda y la desconfianza nuevamente despiertos, había salido hacia los establos para soportar sus remordimientos en solitario.

Había atravesado el pastizal repitiéndose que Ignacio no le había traicionado; que debió haber tenido sus motivos. Y había vuelto a preguntarse por qué no había tenido el valor de contárselos antes de su muerte.

Jon sacudió la cabeza para deshacerse de aquellos pensamientos. Ahora quería ocuparse de alegrarle el día a Beatriz, y no de sus inoportunas dudas sobre Ignacio.

Con las manos apoyadas sobre la mesa, comprobó que no faltaba nada... Nada, excepto una flor que, desde el centro, le diera los buenos días cuando se sentara a

disfrutar del desayuno. Sonrió pensando en que eso hubiera sido excesivo. No podía despertarla con una flor sin explicarle que la amaba como un loco. Pero cogió de la encimera el vaso con pequeñas campanillas blancas y lo puso junto al azucarero.

Unos minutos después, cuando abrió la puerta de la habitación de la que ya era dueña de su corazón, ese pensamiento y esa sonrisa aún le acompañaban. La ternura le invadió al verla, o más bien al no verla.

Sólo un revoltijo de bucles dorados asomaba bajo las mantas y se esparcía sobre la blancura de la almohada.

—¡Arriba, dormilona! —dijo desde el quicio de la puerta—. Ya ha amanecido hace rato.

El embozo de la sábana se deslizó unos centímetros y aparecieron los ojos adormilados y parte de la nariz de Beatriz.

—¿Qué pasa? —murmuró mientras se preguntaba si aquel hombre no dormía nunca.

—Pasa que va a hacer un día precioso y tú y yo nos vamos a un lugar impresionante, dentro de la selva de Irati.

—¿Lugar impresionante, ahora? —balbuceó frotándose los párpados—. ¿Y cuál es el motivo de algo tan repentino?

Durante un instante Jon la miró en silencio. Pensó que era un privilegio verla despertar, y quería grabarse bien su imagen para recordarla en los tristes amaneceres que viviría cuando se fuera.

—Porque quiero verte sonreír —musitó, apoyando la sien en el marco de la entrada.

Beatriz perdió el sentido mirándole, y se preguntó cómo había sido capaz de pensar en alejarse de su lado. Él había derrochado cariño para consolarla por la noche, y ahora aparecía para mimarla por la mañana. Sintióse dichosa, arrugó las mantas bajándolas hasta el cuello y sonrió mientras se desperezaba.

Su sonrisa templó el corazón de Jon.

—He calentado un poco de leche —dijo, sin apartar la cabeza del marco—. Pero podemos parar en Otxagabía, que es un pueblo precioso que nos queda de camino, para que tomes un café bien cargado, como esos que te gustan.

—Leche está bien —dijo, estirando los brazos hasta agarrarse a los hierros del cabecero—. ¿Y ese pueblo es más bonito que Roncal o Burgui?

Jon contuvo la respiración. Una punzada de deseo le encogió el estómago al verla sujeta a los barrotes. Que ella no fuera consciente del alcance de su gesto, lo hacía aún más sensual y provocador.

—Es diferente —dijo con voz enronquecida—. Pero la verdad es que es muy especial. Te gustará.

—¿Qué ocurrirá si alguna oveja se pone de parto y necesita tu ayuda? —dijo, y de pronto pareció más despejada.

—¿Quieres hacerme un favor? —Beatriz aceptó en silencio y él continuó—: Deja

que sea yo quien me preocupe.

—Vale. Me gusta que me mimen —respondió riendo. Y volvió a estirar los brazos para colocarlos, esta vez, en la barra superior—. ¿Me pongo las botas de Doina? —preguntó, y resopló para apartarse un bucle enredado que le caía sobre el ojo izquierdo.

Jon asintió. No podía hablar sin delatarse. Aún permaneció un instante mirándola como el más rendido de los enamorados. Y es que él era un hombre enamorado que se conformaba con verla dichosa. Por eso quería llevarla esa mañana a uno de los lugares mágicos que conocía, para entregarle un poco de él sin que ella se percatara.

—Te espero en la cocina —murmuró, disimulando su ronquera. Y retrocedió despacio, resistiéndose a alejarse de aquella visión dulce, pecaminosa e inalcanzable.

En el trayecto le explicó que visitarían un lugar conocido como el Paraíso porque hasta hacía pocos años había resultado accesible tan sólo para leñadores, barranqueadores^[8] y contrabandistas.

Cuando casi dos horas después aparcaban el coche junto a Orbaizeta y caminaban por la pista forestal, aún sentía la presión en el estómago y el hormigueo en el pecho. Beatriz hablaba y reía sin parar, y eso le hacía sentirse dichoso.

No sabía que ella ocultaba de ese modo el nerviosismo que le provocaba tenerlo cerca. No podía imaginar que la felicidad que le brillaba en los ojos era porque le miraba con amor.

Abandonaron la pista para continuar hacia la izquierda por un sendero que se adentraba en un frondoso bosque de hayas. El suelo, tapizado de hojas cobrizas, crujía bajo sus pies. Según avanzaban, la niebla que habían visto desde el coche se fue haciendo más densa y más baja.

—¿Y éste es el camino al Paraíso? —bromeó Beatriz, fascinada por la abundante vegetación y el espeso musgo que tapizaba rocas y troncos.

—Alcanzar el Cielo nunca es fácil —dijo él, mirándola a los ojos—. A veces, hasta acercarse resulta imposible. —«¡Si supieras que tú eres mi paraíso inalcanzable...!», susurró sin voz.

Una vieja haya cruzada en medio del camino les hizo detenerse. Jon la sujetó por la cintura para ayudarla a subir al tronco y luego ella saltó con facilidad al otro lado. Cuando él salvó el obstáculo, comentó, con una sonrisa misteriosa:

—Demasiada niebla —y chasqueó los labios con fingida preocupación—. Creo que hemos elegido un mal momento para visitar este lugar.

—A mí me parece precioso —dijo Beatriz, avanzando por el sendero—. Esta humedad blanca que se te pega al cuerpo le da un aire misterioso.

—Por eso lo digo. —La miró, alzando una ceja—. Cuentan que el fantasma de la reina de Navarra, Juana de Labrit, que murió envenenada en París, se aparece por aquí en días de niebla sobrevolando lo que fueron sus dominios. Cuando esto pasa,

las gentes de los alrededores optan por quedarse en casa, para evitar que el fantasma o las brujas y *lamias* que le sirven de compañía los hagan desaparecer.

—No me digas eso —protestó, riendo nerviosa—. Te aseguro que comienzo a dar crédito a todas estas historias de brujas. Es fácil creer en la magia después de ver este paraje.

Jon la vio sobrecogerse y sintió deseos de abrazarla. Cuando se acercó para hacerlo, él mismo temblaba de pies a cabeza, pero no le importó.

—No te preocupes —dijo, estrechándola por los hombros—. La niebla durará muy poco. Cuando llegemos a la orilla del embalse ya habrá despejado.

—La niebla no me molesta —dijo Beatriz, encogiéndose bajo el cálido contacto—. En realidad me fascina verla entre los árboles y pegada al suelo, tan cerca que parece que la podemos pisar. Esas historias que me cuentas son las que me asustan —aseguró, apretándose más contra él.

—Son sólo leyendas —confesó para tranquilizarla, estrechándola con más fuerza y susurrando muy bajito contra su pelo—: Conozco algunas sobre pastores que se enamoraron de *lamias*. —Sonrió al sentirla estremecer—. Pero te las contaré en otro momento. Cuando no nos envuelva esta bruma.

—Te lo agradezco —respondió, fingiendo un nuevo temblor para que él la abrazara con más fuerza—. Y no me sueltes hasta que desaparezca.

No pensaba hacerlo.

Quería dejarse embriagar por la turbadora sensación de sentirla bajo su abrazo, de rozarla con los dedos, de apretarla contra su cuerpo. Pretendía tenerla bien cerca de él aun cuando la niebla se disipara y luciera un sol radiante.

Después de haber pasado todo el día juntos, envueltos por el mágico otoño de la selva de Irati, les llegó la noche en la borda, y los dos fueron más conscientes que nunca de la intimidad en la que estaban conviviendo. Por eso, compartir la cena esa noche fue más turbador, mirarse a los ojos se hizo más difícil, y respirar se convirtió en una tarea más fatigosa.

Ése fue uno de los motivos por los que Beatriz se disculpó, diciendo que estaba muy cansada, y se acostó temprano. El otro, más importante, era que estaba a punto de tomar la decisión más trascendental de su vida, y quería hacerlo con la cabeza fría, aunque sabía que, de cualquier modo, por fin acabaría obedeciendo a su corazón.

Desde la cama, escuchó entrar y salir a Jon. Se sorprendió deseando que en una de esas veces que caminaba encubierto por la oscuridad del pasillo, se detuviera ante su puerta y entrara para besarla como ya había hecho antes.

Ella habría apartado las mantas para abrirle paso hasta su cuerpo y su corazón.

Su amor por Diego ya no era el mismo que la había poseído durante años. Ahora lo sentía como algo suave, tierno y difuso que se parecía más al cariño y al agradecimiento. Era un cambio que se había producido despacio, a lo largo de los

meses, pero que ella se había negado a ver. Porque la causa no era la distancia que les separaba, ni el tiempo que llevaban sin verse, era el amor que sentía por Jon.

Era él, su modo de mirarla, de hablarle, de tratarla, su ternura, su forma de vivir; la pasión que ponía hasta en las cosas más simples.

Tras un profundo suspiro, Beatriz sacó del cajón de la mesilla un anillo de oro blanco con un deslumbrante solitario. El que ocultó de su vista la misma noche que llegó a Roncal. Se lo colocó en el dedo en el que ahora entraba más ajustado y en el que el aire y el sol habían borrado la palidez de su huella.

Ocho meses sin ponérselo era demasiado tiempo.

Alzó la mano para apreciar el centelleo de la piedra, y lo comparó con el brillo del rocío que perlaba las hojas y las flores en las mañanas que Jon la había llevado con él a la cumbre de Santa Bárbara.

Mientras tanto, Jon, sentado en el suelo del establo y apoyando la espalda en un fardo de heno, pensaba en ella.

A pocos pasos, una oveja lamía el cuerpo del cordero al que acababa de traer al mundo, y él los miraba sin verlos.

Su mente repasaba todos los momentos que había vivido con Beatriz. Desde que la vio llegar digna, altiva y odiosa, hasta el instante en el que aquel orgullo comenzó a parecerle atractivo; cuando comenzó a desearla, a admirarla, a amarla... a sentirse desgraciado porque nunca podría tenerla.

Se resistía a regresar a la borda. No podía acostarse en esa cama sabiendo que ella estaba al otro lado de la pared. Le extenuaba mantenerse toda la noche en estado de alerta para escucharla moverse o sentirla respirar. Hasta el suave olor de las sábanas lavadas por sus manos le excitaba, y cada nueva noche que pasaba en ese lecho, era una tortura más lacerante y dolorosa que la anterior.

El sonido de pasos, a su derecha, le hizo girar la cabeza.

La causante de su tormento llegaba con las zapatillas de loneta blanca que casi había olvidado, un camión por encima de las rodillas y una bata de algodón, también corta. Él contuvo la respiración cuando la vio con los cabellos revueltos y los ojos nublados de sueño.

—¿Qué haces aquí? —le susurró, como si temiera desvelarla—. Deberías estar durmiendo.

—No podía —respondió ella, sentándose en el suelo, a su lado—, y como tardabas en volver, decidí venir a ver qué ocurría.

—No pasa nada. Todo está bien —respondió, apartando los ojos de la dulce y tortuosa visión y respirando despacio, para no embriagarse con su olor.

—¿Has ayudado a nacer a esa «cosita»? —exclamó Beatriz, emocionada al ver al corderillo.

—Si —respondió Jon, levantándose para cogerlo—. Ha costado un poco, pero

nadie lo diría viéndolo ahora, ¿verdad? —comentó, volviendo a sentarse junto a Beatriz para que ella pudiera acariciarlo.

—Tienes un trabajo precioso —dijo mientras deslizaba los dedos por la lana rizada de la cabeza.

—Estoy de acuerdo —respondió Jon, confundido por la admiración que Beatriz puso en sus palabras—. ¿En qué trabaja él? —preguntó sin mirarla para no parecer demasiado interesado.

—Dirige una empresa propiedad de la familia de su esposa —suspiró profundamente, acariciando las pequeñas y sedosas orejas—. Yo soy su secretaria.

—¿Le conociste allí? —preguntó, con los celos mordisqueándole las entrañas.

—Primero descubrí al jefe... —dijo, pero no continuó con el resto de la frase.

Se quedó en silencio, recordando que en muy pocos meses descubrió al hombre que la trataba con devoción y la miraba con deseo. El que la llevaba en sus viajes de trabajo porque decía necesitar de su eficiencia, pero que nunca requería de sus servicios. El que la agasajaba, la hacía sentir importante, hermosa, deseada, única... El que supo meterse poco a poco en su corazón. El que le prometió que por ella dejaría a una mujer a la que no amaba. El que había cumplido todas las promesas que le hizo, excepto ésa.

—Debe de ser un hombre poderoso —dijo Jon, de pronto, apoyando la cabeza en el fardo de heno.

—Es poderoso e influyente y tiene contactos hasta en el infierno —sonrió, agitando la cabeza—. Siempre consigue lo que se propone.

—Y eso te gusta —pareció asegurar, y entonces sí se giró para mirarla—. No habrá nada que desees que él no te pueda dar.

—Creí que me gustaba —respondió, clavando en él sus ojos verdes mientras sus dedos seguían enredándose en la lana—. Hasta que llegué aquí... —suspiró antes de susurrar—: y te conocí.

Jon le mantuvo la mirada, desconcertado, preguntándose si esas palabras significaban lo que daban a entender. Sólo de pensarlo se le espesó el aire. Volvió su atención hacia el cordero que sujetaba entre las manos, recriminándose que pudiera ser tan iluso.

Su silencio no desalentó a Beatriz, que se había levantado de la cama y salido de la borda con las ideas claras y una firme determinación.

—Hay brillos más hermosos que el de los diamantes —musitó, rozando el hocico húmedo y pequeño del recién nacido.

Jon observó el movimiento de sus dedos. La pálida huella del dedo corazón había desaparecido sin que en todos esos meses hubiera lucido ningún anillo. Pero él lo imaginó con un carísimo diamante, símbolo de un amor eterno.

—Dicen que son para siempre —comentó con ironía.

—Y seguro que es cierto —opinó Beatriz—. Pero también son para siempre los destellos del sol entre los árboles, el brillo del rocío por las mañanas... —esperó a

que él la mirara, y se le aceleró el corazón al verle levantar con lentitud las pestañas —, el brillo de unos ojos negros —susurró a media voz.

«... el de unos orgullosos verdes», pensó él, pero no dijo nada. Continuaba sin entender el sentido que tenían las palabras de Beatriz y no se atrevió a preguntar.

—Deberías ir a acostarte —se escuchó decir a sí mismo—. Cogerás frío. —Soltó al cordero, que se apresuró a reunirse con su madre.

Tenía la esperanza de que Beatriz se fuera y dejara de confundirle con sus comentarios, seguramente inofensivos, en los que él no dejaba de ver mensajes imprecisos. Pero ella estiró las piernas, al lado de las suyas, y apoyó la espalda contra el fardo.

—He estado pensando en los lugares hermosos a los que me has llevado —dijo, entrecruzando los dedos de las manos para que él no viera que comenzaban a temblarle—, en las curiosas historias que me has contado, en todo lo que he aprendido a tu lado.

Jon recordó la promesa que se hizo, al conocerla, de no llevarla a ningún sitio especial. Pero en algún momento que no recordaba, todo había cambiado. Comenzó a desear su compañía, y a descubrir que los lugares que conocía brillaban con más magia cuando los visitaba con ella.

—Me gusta todo esto —continuó diciendo Beatriz—, y sé, porque me lo has dicho, pero también porque lo presiento, que sólo he visto una parte insignificante de todo lo que... —Suspiró, sintiendo que se le encendían las mejillas—. De todo lo que podríamos recorrer juntos.

Esta vez, ni la inspiración más profunda pudo insuflarle aire a Jon. Sospechó que todas las palabras que le estaban turbando tenían un sentido y llevaban una dirección. Beatriz quería decirle algo, y él no sabía si estaba preparado para escucharlo.

—Te lo dije —musitó, Jon, ocultando su confusión tras una sonrisa—. La magia está en cada rincón de esta tierra.

—Lo sé. La siento —respondió, acariciándole con la mirada sin importarle que él se diera cuenta—. Está en los lugares y en las personas, y, aunque durante un tiempo me resistí a su embrujo, finalmente me he dejado atrapar.

A Jon se le contrajo el corazón hasta casi desaparecer cuando reparó que ella ya no hablaba de lugares. Los ojos de Beatriz brillaban más tiernos y cálidos que nunca, y él apartó los suyos, sumido en un gran desconcierto.

—Por eso necesito confesarte mis sentimientos —anunció ella, ilusionada y nerviosa.

Sus temblores se hicieron más intensos. Aun sabiendo que no estaban provocados por el frío, dobló las rodillas y tiró del borde del camisón para bajarlo hasta casi los tobillos.

—Me he enamorado —reveló, casi sin voz, abrazándose a sus piernas para controlar su emoción—. Me he enamorado de ti.

La declaración sacudió las entrañas de Jon, que se tensó para soportar el impacto.

Todo en él se paralizó: su sangre, su corazón, su aliento. Sólo sus pensamientos avanzaron a la velocidad de un rayo para emocionarle, para decirle que había ocurrido lo que no se había atrevido ni a soñar. Beatriz le amaba, y a él le dominó una sensación de feliz euforia.

Se volvió hacia ella, dispuesto a abrazarla y a decirle que también él la quería, pero sus pensamientos no se detuvieron; le gritaron que ella no era libre, que mantenía una relación larga y, de algún modo, estable; que no podía ilusionarse con algo que carecía de futuro. Se dijo que tal vez ella se había dejado seducir por el lugar, por las emociones, por la novedad... por el capricho; y los caprichos a veces duran lo que tarda en fundirse un suspiro con el aire.

Beatriz le miraba, ilusionada y expectante, aguardando una respuesta que tardaba demasiado en llegar. Había desnudado su corazón con la esperanza de que él quisiera entregarle el suyo. Esa noche, acostada en su cama, pensando en sus propios sentimientos, los besos y las miradas apasionadas de Jon le habían parecido diferentes, más verdaderas, más sentidas, más propias de un hombre enamorado que de uno que tratara de confundirla.

Pero Jon apoyó la cabeza contra el fardo, cerrando los ojos para acallar el dolor agri dulce que le atravesaba el corazón.

Mientras a Beatriz la sangre se le volvía hielo al creer sentir su rechazo, a él le hervía en un pozo de confusión.

¡Habría sido tan sencillo acariciarla y dejarse llevar!, pero, y después, cuando ella decidiera abandonar todo aquello, incluido a él y regresar a su vida, y tal vez también a Diego, ¿qué le quedaría, salvo el deseo de dormirse una noche y no volver a despertar por la mañana?

Por primera vez, las palabras «me he enamorado de ti» tenían un significado confuso. Por más que pensaba, las cuentas no le salían; ellos seguían siendo tres.

—¿Qué pasa con él? —preguntó, girando la cabeza para mirarla. Ya no le preocupaba que viera en sus ojos la tortura en la que se ahogaba.

—Se lo explicaré —musitó Beatriz, abrazada a sus piernas, con la barbilla sobre las rodillas y convertida en un manojo de incertidumbre.

«Se lo explicaría». Jon sintió una nueva punzada de dicha y un temblor violento en el corazón. No podía ser todo tan sencillo. Estaba seguro de que en algún punto las cosas no estaban encajando.

—Acabarás marchándote, ¿verdad? —preguntó, con el amasijo de sentimientos danzando en sus ojos negros—. Mañana, pasado, el mes que viene, dentro de un año... En algún momento te cansarás de todo esto y te irás, ¿no es cierto?

—Había pensado quedarme —confesó ella con un brillo herido—, pero si tú me rechazas yo...

—¿Qué es lo que estoy rechazando, Beatriz?, porque todavía no sé qué me estás ofreciendo. —Agitó la cabeza, cerrando los ojos. Cuando volvió a abrirlos se movió para arrodillarse frente a ella—. Tengo miedo de quererte y... —tragó al sentir que se

le quebraba la voz—, y despertar una mañana para descubrir que todo ha sido el sueño de unos días. No quiero tenerte sólo por un tiempo. —Inspiró con fuerza—. Si vas a entrar en mi vida quiero que sea para quedarte, y si no estás segura te pido que...

—Estoy segura —respondió, rozándole la sien con la yema de los dedos y cogiendo aire al ver que la caricia le hacía cerrar los ojos—. Me he enamorado de ti, de lo que haces y de esta tierra que es tuya. No quiero irme, ni ahora ni nunca, pero si no me quieres...

Jon dudó que su corazón pudiera soportar tanta emoción; tanta dicha. Las palabras, llenas de sentimiento de Beatriz, eran lo más hermoso que había soñado escuchar nunca.

—Te amo —susurró, tomándole las manos entre las suyas—. Llevo mucho tiempo ocultando que te amo, que te necesito. Ahora, escuchándote, me siento el hombre más afortunado del mundo, pero me domina un miedo atroz a tenerte para perderte después.

Beatriz inspiró hondo al comprender que ni su corazón ni su instinto la habían engañado; la ternura y la pasión que había sentido con sus besos y sus caricias fugaces eran reales; Jon la amaba.

La amaba tanto que le atenazaba un miedo que sólo ella podría ahuyentar.

—Entonces dime qué puedo hacer para convencerte de que Diego forma parte de mi pasado —le musitó—, de que te amo y que deseo pasar contigo el resto de mi vida.

Jon bajó la cabeza y apoyó la frente en los puños que cerraba sobre los dedos de Beatriz. Pensó que si no la amara tanto, si no la necesitara con tanta desesperación, todo sería más sencillo. Una decepción de amor no iba a matarle; perderla sí.

Le asustaba quedar a su merced, pero ¿acaso no era eso lo que quería; entregarse a ella para que hiciera con él lo que quisiera, y rezar para que nunca se cansara de amarlo?

Alzó sus esperanzados ojos negros y los clavó en los verdes de tierno orgullo.

—¿Qué necesitas que haga para demostrarte el amor que siento? —preguntó Beatriz.

—Me bastará con que tú me lo digas —susurró Jon—. Dime que me amas hoy y que me amarás siempre, y no necesitaré más prueba que ésa.

—Te amo —musitó Beatriz, apretándole las manos—. Te amaré toda la eternidad.

Jon inspiró con el alma encharcada en felicidad. Los milagros existían, y acababan de concederle el más hermoso de todos.

—Presiento que todo ese tiempo no nos va a ser suficiente —musitó, tomándole el rostro entre las manos—. Te amo, te amo, te amo —susurró, permitiéndose por fin respirar con alivio.

Beatriz había dejado de temblar. Ahora era la felicidad la que amenazaba con estallarle en llanto; un llanto dulce y reparador que le nacía de lo más hondo de su

alma de mujer enamorada.

Jon cubrió con su boca los labios de Beatriz y los acarició como si los rozara por primera vez. Le supieron a tarta de manzana y almendras, a lluvia, a besos medio robados medio consentidos... a sal.

Se detuvo para mirarla a los ojos. Lágrimas como perlas de rocío se enredaban en sus pestañas mientras su boca dibujaba una sonrisa de dicha.

—Te quiero con toda mi alma —susurró ella.

Jon le besó los párpados para beber de la humedad salada de su emoción.

—¿Crees que el corazón puede reventar de felicidad? —preguntó Jon al sentir que el suyo se expandía hasta no caberle en el pecho.

—Espero que no —dijo ella sonriendo. De pronto reparó en toda la dicha que albergaba en el suyo y repitió—: ¡Dios mío, espero que no!

Jon la abrazó con fuerza, hundió los dedos entre el esponjoso revoltijo de bucles y susurró con voz entrecortada por la emoción:

—Te necesito, Beatriz. No te alejes nunca; no me dejes nunca.

Ella, acurrucándose junto a su pecho, dejó que nuevas lágrimas le humedecieran el corazón con el sabor tierno de la felicidad.

—No lo haré —murmuró con emoción—. Te amo demasiado.

Jon le besó la frente mientras sus dedos ponían un poco de orden en la maraña de rizos que había acariciado tantas veces en sus pensamientos. Esos en los que, a partir de ese instante, se podría enredar y perder siempre que quisiera.

Jon atravesó el pastizal despacio, deteniéndose a cada paso como si necesitara coger aliento y sólo pudiera encontrarlo en Beatriz.

Ella, arropada por sus fuertes brazos y acurrucada contra su pecho, con la cabeza sobre su corazón, fue escuchando los latidos fuertes y desacompañados que se aceleraban cada vez que se detenía para mirarla a los ojos, para besarla, para susurrarle que la amaba.

Llegados a la borda, él la llevó hasta la habitación. La deslizó con suavidad, pero no la soltó cuando ella alcanzó con los pies el suelo. La abrazó con fuerza, enterrando el rostro en su cabello, y suspiró con el alivio de quien por fin ha alcanzado lo que desea... ha llegado al lugar ansiado.

La besó en la boca con una suavidad que sabía a urgencia, pero buscó sosiego. La había deseado durante tanto tiempo, que tenía miedo de precipitarse, de amarla con prisa y estropear aquel momento mágico con el que había soñado tantas veces.

Beatriz se apartó un poco para desabotonarle la camisa. Le temblaban los dedos, como si no hubiera soltado cientos de veces las exclusivas y sedosas prendas de Diego. Pensó que era el tacto del mahón lo que le resultaba más fascinante y le ponía nerviosa, ya que bajo ese grueso tejido estaba la piel del hombre que amaba y al que se iba a entregar por primera vez. La primera de todas las que le amaría el resto de su

vida.

Deslizó la tela por los hombros y Jon bajó los brazos para dejarla caer al suelo.

Miró a Beatriz y contuvo la respiración mientras ella le acariciaba el abdomen. Pero la debilidad le hizo cerrar los ojos cuando sintió sus labios sobre su pecho. Un leve roce le dejaba sin fuerzas y le erizaba la piel. Se estremeció al pensar en lo que sentiría al entrar en ella abrazándose a su cuerpo desnudo y escuchándola gemir.

Suspiró mientras la tomaba de nuevo entre sus brazos y la llevaba hasta la cama para tenderla sobre las sábanas revueltas. Él se sentó en el borde, con una de sus piernas doblada sobre el colchón y manteniendo la otra apoyada en el suelo. La miró mientras le desanudaba el cinturón de la bata. Beatriz vibró ante las gozosas promesas que se leían en sus apasionados ojos negros, y continuó temblando mientras la desvestía con lenta sensualidad. Primero la bata, después los pequeños botones de su camisa.

Ella le dejó hacer, nerviosa y excitada como si fuera la primera vez.

Cuando la tuvo desnuda, temblorosa e impaciente, Jon se deshizo de sus pantalones y se tendió a su lado. La abrazó para convencerse una vez más de que era real.

—Te amo —susurró Beatriz, enredándose en él con los brazos y las piernas—. Te amo tanto que me asusta.

Tan sólo en sus sueños ella le había dedicado palabras apasionadas, pero ninguna como éstas. Ninguna con esa voz melosa y susurrante que le penetraba por los oídos para alojarse en el corazón, calentándolo hasta casi deshacerlo. Y es que ninguno de sus sueños le había preparado para la sensación de dicha intensa que no le cabía en el pecho.

La besó en la boca con suavidad, casi con devoción, como si tratara de decirle que no temiera nada porque él la protegería siempre. Como si no fuera él quien padecía un miedo fiero a perderla.

Beatriz le mordisqueó el mentón, sobre la aspereza de su incipiente barba, y le tiró con suavidad del cabello, haciéndole alzar la cabeza. Deslizó los labios por su cuello, que vibraba, tenso, al paso de su agitada respiración. No recordaba haber amado nunca con tanta necesidad y a la vez con tan poca prisa, y esa necesidad de contenerse le avivaba los sentidos.

Jon emitió un gemido que Beatriz casi pudo atrapar con sus labios a través de su garganta. Él se separó para poder mirarla a los ojos, tomándole el rostro entre las manos.

—*Qu'est-ce que tu as qui me rend si fou?* —susurró, encendido—. ¿Qué es lo que tienes, que me vuelve loco?

Y buscó la respuesta besándole y lamiéndole la piel. Comenzando por sus labios: único pedacito de ella que había probado y del que siempre ansiaría repetir. La suavidad de su cuello, en el que el olor a moras era más intenso, a punto estuvo de triturarle la voluntad de amarla despacio. Si había lamido una dulzura más suave que

ésta, no lo recordaba; pero que ninguna le había hecho arder como ella, estaba seguro.

Y mientras su boca descubría los sabores de la dueña de su alma, sus manos le exploraban sus seductoras formas de mujer. Sentía una nueva y erótica sensibilidad en las yemas de sus dedos, como si a la necesidad de recorrer esa piel no le bastara con el simple tacto. Y es que todo en ella era más intenso, más brutal, más enloquecedor.

Le acarició los senos, pequeños y firmes que le cabían en las palmas de las manos. Sus pulgares se movieron sobre los delicados pezones que se irguieron, endureciéndose como pequeños brotes de acero, y él necesitó sentirlos entre sus labios. Los buscó, y se encontró con el medio corazón de oro que reposaba en el suave sendero entre los pechos, como un guardián silencioso.

Se quedó inmóvil, respirando jadeante junto al noble metal que había observado tantas veces.

Nunca necesitó que ella le dijera que era un regalo de Diego. Medio corazón sólo tiene sentido cuando la parte que lo completa está en poder de la persona amada, y Beatriz ahora le amaba a él.

La miró a los ojos mientras con dedos poco firmes le soltaba la delicada cadena. Le desprendió la joya con cuidado y la dejó sobre la mesilla.

—*Tu es à moi* —dijo, con voz entrecortada—. Eres mía; sólo mía.

—Sólo tuya —susurró Beatriz, sin aliento, alzando la cabeza de la almohada para besarle con pasión en la boca.

—Te amo —musitó emocionado—. Te amo más de lo que ningún hombre, ni en esta vida ni en ninguna otra, ha podido amar a una mujer.

La abrazó, estrechándola contra su cuerpo para que sintiera los latidos de su corazón; ese que se descompasaba por ella y que a partir de ese instante latiría sólo por ella. Ese por el que se moría de ganas de entregarle entero y para siempre.

La exploró con la calma que concede la impaciencia. Sus manos y sus labios la recorrieron como un mortal deseoso de complacer y hacer gozar a su diosa. Se grabó en el alma el suave tacto de su piel, cada redondeada curva de su cuerpo, el modo en el que a ella se le iba erizando la piel cuando él la rozaba con su lengua, el sabor húmedo y profundo de su deseo. Sólo cuando la sintió arquearse y gritar de gozo, y abandonarse dulcemente tras un intenso orgasmo, sintió que podía entrar en ella para encenderla de nuevo, hacerla suya y deshacerse de su temor a perderla.

La penetró despacio a la vez que sus manos le acariciaban la piel y su boca se apoderaba de sus senos. Desplegó todos sus sentidos para que volviera a vibrar junto a él, para que se fundiera con su cuerpo mientras la iba haciendo dueña de su alma.

Y en el último momento se alzó para mirarla a los ojos. Le acarició las manos antes de sujetarlas para llevarlas hasta los barrotes del cabecero. Beatriz, calcinándose bajo el fuego de sus ojos negros, cerró los dedos sobre el hierro forjado sin entender que aquél era el gesto que Jon asociaba al instante en el que la vio despertar, al deseo oculto de observarla dormir, a su necesidad de amarla sin prisa.

Él cubrió las delicadas manos con las suyas... y, en un instante, el resto del mundo desapareció.

Ellos se fundieron en un solo cuerpo, en una sola alma, y sus dos corazones palpitaron con una única y ardorosa pulsación: la que provocaba el gozo de haberse compartido.

Despertó con una paz que no recordaba haber sentido en mucho tiempo; tal vez nunca. Le envolvía un leve olor a moras mezclado con otro, menos sutil, a sexo. Abrió los ojos, despacio, y se encontró con la atractiva y desnuda espalda de Beatriz y sus bucles desordenados sobre la almohada.

Recorrió con sus dedos los pequeños huesos que formaban su perfecta columna vertebral, ascendiendo con lentitud desde su cintura hasta el punto más sensible de su nuca.

Beatriz gimió entre sueños.

Hacía tan sólo unas horas, cuando la luz del amanecer apenas comenzaba a filtrarse por la ventana, que la había despertado con besos y caricias y habían hecho el amor despacio, de un modo adormilado y perezoso que inflamó cada fibra, conocida y desconocida de su ser, y le había hecho reventar en un orgasmo abrasador.

Se estremeció al recordarlo. La abrazó por la cintura y enterró el rostro entre el revoltijo de bucles dorados para besarle con suavidad la nuca.

La amaba, ¡Dios, cómo la amaba! Por fin, después de meses de tortura, ella había dormido pegada a su pecho y lo haría cada noche, hasta el final de sus días.

Sólo intuía un problema.

Sabía que no podría quitarle las manos de encima ni un momento. Cada minuto desearía acariciarla, besarla, hacerle el amor hasta caer rendido y, aun después, continuar, con pereza, como habían hecho esa noche. Quería morir de extenuación entre sus brazos mientras ella enloquecía de gozo entre los suyos.

Sus manos comenzaron a moverse con suavidad sobre el vientre de Beatriz, quien emitió un gemido ronco.

—Buenos días, mi amor —le susurró él, sobre la nuca.

Ella ronroneó y se encogió para amoldarse al acogedor y tierno nido en el que Jon la envolvía.

—Tengo que levantarme —musitó él, ciñéndola como si no fuera a moverse—, pero no quiero hacerlo. Quiero pasar todo el día aquí, abrazándote y escuchándote gemir.

—¿Y qué te lo impide? —preguntó con voz somnolienta, enredando sus piernas con las largas y fibrosas de él.

—Obligaciones —respondió Jon, deslizándole los labios por el cuello y el hombro.

Beatriz se giró para mirarle de frente.

Y Jon se quedó sin aire cuando la vio con los ojos verdes revestidos de sueño, dos rizos cruzándole la frente y los labios aún inflamados y enrojecidos a causa de una

noche demasiado ardiente.

—Me gusta verte despertar —le susurró con voz ronca y profunda—. No imagino una forma mejor de comenzar el día.

Beatriz sonrió dichosa. Tomó el rostro de Jon entre las manos y lo acercó para besarle en los labios.

—¿Pensarás lo mismo cuando me veas con el cabello blanco y la cara llena de arrugas? —preguntó mirándole a los ojos.

—Sí —respondió Jon, mordisqueándole el inflamado labio inferior—. Sí, sí, sí. Nunca me cansaré de verte despertar. No entiendo cómo he podido vivir sin ti hasta ahora.

La sonrisa de Beatriz se convirtió en una suave y relajada carcajada.

—También me gusta tu risa —murmuró Jon, deslizándose las manos bajo las sábanas para acariciarle la cadera desnuda.

—¿Hay algo más que te guste de mí? —preguntó con voz mimosa y provocadora, sintiendo que su piel comenzaba a despertar bajo la habilidad de los dedos de Jon.

—Me gustas entera —confesó él con un susurro—. ¡Dios, si me gustas hasta cuando levantas la barbilla con orgullo y aleteas la nariz, llena de furia!

—¿Yo hago eso? —preguntó sorprendida.

—Sí; claro que lo haces. Y en cada uno de esos momentos he deseado comerte a besos.

—Y... ¿podrías demostrarme cómo lo hubieras hecho si yo te hubiera dejado? —preguntó, ronroneándole de nuevo, esta vez junto al oído.

Jon sonrió, olvidándose de todo el trabajo que pensaba hacer esa mañana. La tumbó de espaldas, se acomodó en el cálido refugio entre sus piernas, y la besó en la boca, dispuesto a demostrarle que podía darle cuanto le pidiera.

Cálidos rayos de sol comenzaban a colarse por la ventana, anunciando que la mañana de un nuevo día avanzaba.

Beatriz cocinó con más ilusión y más mimo que nunca. Preparó una charlota de calabacín con ternera de Navarra, *foie* y manitas de cerdo. Cocinó por separado las manitas con sus verduras, y la carne junto a las suyas y al vino tinto; lo colocó con cuidado en un molde alternando con capas de *foie*, y lo dejó todo listo para hornearlo unos minutos justo antes de comer. Después salió de la borda para buscarle. Ya no podía estar lejos de él. Necesitaba verle, tocarle, besarle. Se sentía dichosa. Extendió los brazos para que los rayos del sol le dieran los tardíos buenos días.

Pensó en el ganado que aún pastaría una semana más en las montañas, disfrutando de un otoño benigno. Eso le permitiría retozar en la cama con su hombre hasta bien entrada la mañana. Después llegarían los intempestivos madrugones, pero también las largas jornadas a su lado, en las que volverían a tocar con sus manos la suavidad de la cuajada para elaborar su propio queso.

De pronto lo vio.

El lujoso Mercedes negro se detenía en la cuneta, junto al camino de entrada a la finca. Sintió que el corazón se le escapaba del pecho mientras un temblor le sacudía las entrañas. Con los ojos fijos en el automóvil, esperó hasta verlo descender.

Apareció ajustándose la corbata sobre una de sus elegantes camisas blancas de cuello perfecto. Diego miró a su alrededor, tan desconcertado como cuando ella misma detuvo allí su BMW, ocho meses atrás, en el punto indicado por las coordenadas de su navegador. Cuando sus ojos se encontraron con la figura de Beatriz, se detuvo, respirando con alivio. Abrió la puerta trasera para coger la chaqueta que completaba su distinguido traje azul marino, y se la puso según avanzaba por el camino con paso acelerado.

Beatriz contuvo la respiración y tiró de los puños de su rebeca hasta que sus dedos desaparecieron bajo las mangas. Paralizada, observó su perfecta estampa de hombre atractivo y triunfador, y el cariño que sentía por él le inflamó de nuevo el corazón.

Aguardó a que estuviera cerca y entró en la borda para que él la siguiera, dirigiéndose hacia la cocina. No quería recibirlo fuera, a la vista de cualquiera que pudiera salir de los establos, en especial de Jon.

Diego entró como un huracán. Sin darle tiempo, la rodeó con sus brazos y la besó en la boca con la pasión que llevaba conteniendo durante meses. La emoción no le dejó apreciar la tibia respuesta de Beatriz.

—Te amo —susurró al tiempo que la abrazaba y la acomodaba en su pecho—. Creí que enloquecía cuando desapareciste, pero ya estamos juntos de nuevo.

—¿A qué has venido? —preguntó Beatriz, confundida.

—¿A qué he...? —Diego se desconcertó ante el frío recibimiento. Aflojó el abrazo para mirarla a los ojos, pero no terminó de soltarla—. He venido a decirte que te amo y a llevarte conmigo —musitó, escudriñando con preocupación en sus ojos verdes—. Pero también he venido a pedirte perdón por lo que hice, o más bien por lo que no hice. Sé que te fallé —reconoció con pesar.

Beatriz volvió a percibir el mismo dolor que ocho meses atrás. Tenerlo enfrente le avivó la rabia y los recuerdos de aquel infortunado día.

—¡Me sentí tan humillada! —reveló, esperando que él no pretendiera consolarla como había hecho muchas veces en el pasado, pero no en aquella última ocasión.

—También yo me sentí avergonzado —confesó, aun sabiendo que no existían palabras que definieran su ánimo hundido en aquellos momentos—. Nunca me perdonaré no haber estado a la altura que merecías. Sólo espero que tú sí sepas hacerlo —musitó, cogiéndole las manos y besando con suavidad sobre sus dedos.

—Hace tiempo que lo hice, pero las cosas han cambiado en estos meses —dijo Beatriz, a la que la ternura de Diego le destrozaba el corazón.

Y, a él, el miedo a descubrir si aquel cambio le llevaba a perderla, le obligó a cerrar los ojos y a intentar cubrírselos a Bea.

—¿Qué ha podido cambiar que tenga importancia? —preguntó con voz melosa—. Yo te amo cada día más.

—Soy yo quien ha cambiado —aseguró, bajando la mirada y tratando de abstraerse de sus caricias.

—Necesitabas que tu hombre viniera a suplicarte perdón y a llevarte en brazos hasta casa —susurró, y sonrió con un amor que llenó de angustia el alma de Beatriz—. Me lo has puesto muy difícil, pero al fin te he encontrado, y aquí estoy porque te quiero con toda mi alma.

—Diego, yo...

La besó con delicadeza en la yema de los dedos, lo que hizo que reparara en una ausencia. El anillo que ella había lucido durante años no estaba. Ni siquiera la huella del lugar en el que había esperado encontrarlo.

—No llevas el solitario que te regalé —observó en voz baja—. Ni el colgante —añadió, rozándole la piel del escote.

La miró con tristeza, esperando una explicación creíble. En realidad estaba dispuesto a creer cualquier cosa que ella le dijese. Todo menos lo que escuchó de sus labios.

—No volveré a llevar esas joyas, Diego —musitó, con el dolor que le provocaban sus propias palabras—. Son símbolos de un amor que ya no siento.

A Diego comenzó a faltarle el aire y supo que no solucionaría el agobio aflojándose el nudo de la corbata. La asfixia se la provocaba el dolor. Toda su valiosa seguridad no le servía en aquel instante. Llevaba meses conviviendo con el temor a perderla, y en este momento ese miedo se hacía más intenso y más real.

—No digas eso —respondió, estrechándola entre sus brazos—. Aún continúas enfadada conmigo, pero me amas, lo sé.

—Te quiero —dijo Beatriz, apoyando la cabeza en su pecho—. Te querré siempre, pero el amor terminó.

—Creo que estás confundiendo las cosas, Bea —susurró con la voz paciente que siempre la había tranquilizado—. Pero es normal después de todo el tiempo que llevamos separados y en el que tú has estado sola, rumiando lo que nos ocurrió.

Beatriz se apartó y él la miró apenado.

—Es más que eso, y en el fondo lo sabes —dijo, retrocediendo unos pasos.

Diego la miró en silencio, tratando de evaluar si sus palabras surgían del enfado, de la decepción, del desamor... Quiso encontrar amor en sus ojos, y le resultó sencillo: sólo tuvo que cambiarle el nombre al cariño que ella le mostraba.

Buscó en el bolsillo interior de su elegante chaqueta y sacó unos documentos. Los desplegó para tenderlos.

—He dejado a Helena —declaró de pronto, y esperó para gozar de la expresión sorprendida de Bea—. Ésta es la copia de la demanda de divorcio —insistió, esperando un gesto de alegría que no llegó—. Soy un hombre libre, mi amor.

Ella los miró sin tocarlos. Los folios se agitaban con un ligero temblor. Diego era

una marea de nervios, y eso la hacía sufrir.

—¿Qué ha cambiado en estos meses para que hayas hecho lo que llevo años pidiéndote? —le preguntó con una sonrisa triste.

—Que me abandonaste —musitó él, acariciándole el cabello—. Que me he dado cuenta de que tú vales más que todas las riquezas y el poder del mundo. Que no quiero nada si no lo puedo compartir contigo —susurró, deslizando los dedos hacia su nuca.

—Demasiado tarde, Diego —exclamó, agobiada por la responsabilidad de que hubiera renunciado a su vida de lujos por ella—. Cuando el amor muere no existe nada que pueda resucitarlo. Ni siquiera podrá hacerlo este divorcio con el que he soñado durante tanto tiempo.

—Eso no es cierto —dijo, atrayéndola hacia él—. Lo dices por lo que te hice. Sigues castigándome y te juro que lo entiendo. Pero no me digas que no me quieres, porque no puedo creerte.

—No, Diego. No quiero hacerte pagar nada. Has sido demasiado importante en mi vida, por eso quiero ser sincera contigo. —Inspiró ante un incontenible deseo de llorar.

Diego, sin terminar de entender el origen de tanta angustia, trató de consolarla besándola en la mejilla. Ella se apartó. No quería sollozar entre sus brazos mientras le decía que le abandonaba. Pero en algún lado necesitaba desahogar el dolor que le estaba partiendo el alma.

Sin decir una palabra, se alejó hacia su habitación. Diego, observándola salir apenada, contuvo el deseo de ir tras ella para consolarla. Pero la conocía bien. Entendió que en ese momento necesitaba su espacio para llorar sin testigos y recuperarse de la emoción.

Se maldijo por no haber sido capaz de localizarla mucho antes. Tantos meses separados habían hecho mella en Bea. Pero la intensa emoción que acababa de ver en sus ojos, hundidos en lágrimas, le hizo albergar la esperanza de que no todo estuviera perdido.

Impaciente, pero confiado, dejó los documentos sobre la mesa. Resopló para tranquilizar a su corazón y se frotó una mano contra la otra. Sus dedos, firmes al acariciar a Bea, comenzaban a temblar de nuevo.

Miró a su alrededor sin poder creer que ella hubiera vivido allí. Él se había ocupado, durante años, de que estuviera envuelta en los lujos que merecía. No entendía qué cables se habían cruzado en su preciosa cabecita para haber pasado allí tantos meses. Pero confiaba en devolverle la cordura, como había hecho siempre.

El delicioso olor de la charlota llamó su atención. Se acercó al fogón donde el molde esperaba para un último y breve horneado.

«¿Quién cocina para ti, preciosa?», se preguntó, resistiéndose a creer que fuera ella quien lo hiciera. Lo más complicado que le había visto preparar, además de café y tostadas, era una buena ensalada. Nunca había ocultado que le horrorizaba el

chisporroteo del aceite y que huía de la cocina como de la peste.

Pero Diego terminó fijándose en el libro de recetas. Pensó que parecían ser muchas las cosas que habían cambiado en Bea. Aún incrédulo, lo cogió en sus manos y comenzó a pasar hojas, como si eso pudiera darle la respuesta.

Y de pronto recibió una información inesperada.

Hacia el centro del recetario encontró la fotografía de un hombre joven, a su entender atractivo, acostado y dormitando en el suelo. Era el secreto que Beatriz había traído de su visita a la librería en Pamplona, oculto, aquella vez, entre las hojas de una novela.

El corazón le dio un vuelco y crispó los dedos sobre la instantánea.

Celos, acerados como puñales, se le clavaron en las entrañas. La sombra de un doloroso presentimiento le hizo maldecir para sus adentros: aquel tipo era el motivo de la larga ausencia de Bea. Se lo dijo la sensación de agobio que le estrechó la tráquea camino a los pulmones.

Volvió a observar la cocina con más detenimiento, buscando la prueba de que aquel hombre vivía allí, junto a la mujer que él amaba. Pero lo que vio ni siquiera pudo identificarlo con ella.

Ofuscado, se grabó el rostro en la retina y dejó la foto en su lugar, cerró el libro y lo colocó como lo había encontrado.

«Justo a tiempo», se dijo al sentirla regresar. Antes de darse la vuelta tomó una gran bocanada de aire esperando que le entibiara los celos, y cuando la vio, más tranquila pero también más distante, contuvo el deseo de abrazarla y recordarle cuánto la amaba.

Beatriz volvía con la firme decisión de acabar con todo antes de que el dolor volviera a dejarla sin defensas. Para hacerlo con más contundencia, traía, encerrados en su mano, los símbolos del amor que Diego y ella habían compartido.

—Siempre tendrás mi cariño —dijo ella, tendiéndole el anillo y la cadena con el medio corazón—. Pero me has hecho regalos muy valiosos que no puedo conservar.

Diego acusó el inesperado golpe controlando un gemido de dolor. En un instante cruzó por su mente el infierno en el que había vivido los últimos meses sin ella. Se dijo que no podía pasar de nuevo por aquello; Bea era toda su vida.

—Nada de esto es necesario, mi amor. —No cogió las joyas y ella las dejó sobre la mesa—. Todo lo que te regalé te pertenece ocurra lo que ocurra entre nosotros. Pero es que, además, tú y yo no vamos a terminar —afirmó con su acostumbrada seguridad, ahora maltrecha—. Me amas, aunque el orgullo no te deje reconocerlo en este momento.

Beatriz negó con la cabeza, cerrando los ojos. No había imaginado que decirle adiós le iba a costar tanto. Pero cinco años de relación no se borran en un instante. Guardaba en su memoria demasiados momentos compartidos, demasiados sueños incompletos.

Diego se acercó a ella. Beatriz, adivinando sus intenciones, caminó hacia atrás. Se

detuvo cuando alcanzó el borde del fregadero. Él apoyó las manos sobre la encimera, confinándola con su cuerpo y sus brazos.

—Lo que tú y yo hemos vivido no desaparecerá con un enfado, por muy grande que éste sea —le susurró, aproximándose hasta rozarle el rostro con el suyo—. Eras una jovencita inexperta cuando te conocí —susurró con su habilidad de hombre—. Te hice mujer; te enseñé a vivir y a gozar con intensidad cada momento.

—Eso ha quedado muy lejos, Diego —dijo, casi como una súplica.

—No tanto, mi vida —volvió a susurrar—, no tanto, y te lo voy a demostrar.

Estaba seguro de que ella no le rechazaría.

Pensó que querría probarle que hablaba en serio y que sus caricias ya no la afectaban. Pero él sabía cómo calentar ese cuerpo. Lo había hecho en los lugares más inverosímiles. Y ella siempre se había dejado llevar por la pasión olvidándose de dónde estaban o a quién tenían cerca. Era como el interior de un volcán necesitado de fisuras por donde poder estallar, y él dominaba el arte de fundirle la corteza para que surgiera su pasión con la fuerza arrebatadora del magma.

Sin apartar las manos de la encimera, le rozó los labios con los suyos. Primero con delicadeza, dibujándoles el contorno, apresándolos de modo sutil. Suaves toques se convirtieron en un beso lento que masajeaba sus labios secos para humedecerlos y entibiarlos poco a poco.

El deseo de Diego, ocho meses aguardando a la mujer que necesitaba, se tensó ante ese tacto familiar y codiciado, pero el hombre, dueño de la situación, aguantó el empuje y se contuvo, ahogó un gemido y pasó a explorar el interior de la boca que tan bien conocía. Su sabor dulce y adictivo, la suavidad de su lengua que tantos placeres le había dado, el calor que le convertía en un ser primitivo que sólo quería poseerla. Pero ella no se excitó como otras veces. Sintió que se le partía el corazón ante el modo tierno en el que Diego la buscaba, sin embargo, no fue capaz de corresponderle.

Él se apartó cuando la boca de Bea le traspasó un sabor salado. Buscó los adorados ojos verdes y se le contrajo el corazón al ver brotar dos gruesas lágrimas.

—Te amo —susurró, cada vez más desconcertado—. Sabes que te amo sobre todas las cosas. No sé qué deseas que haga para que me perdones, pero sea lo que sea, házmelo saber, porque lo haré. —Le secó las mejillas con las yemas de los dedos—. Regresa conmigo a casa —imploró.

—No puedo hacerlo —dijo, conteniendo nuevas lágrimas—. Te pido que aceptes mi decisión. Como bien has dicho, ahora eres un hombre libre. Disfruta de esa libertad.

—Cambiaría todo lo que soy y todo lo que tengo por conseguirte —le aseguró, sin apartar las manos de su rostro—. Si te has encaprichado con quedarte en este rincón olvidado de Dios y del diablo, dímelo, porque puedo aprender a cuidar vacas, ovejas o lo que sea que haga la gente aquí.

Beatriz suspiró, mirándole a los ojos. En verdad, Diego había cambiado. No

encajaban allí ni él, ni sus trajes exclusivos, ni su modo de vida. Aun así estaba dispuesto a seguirla hasta donde ella quisiera.

Pero todo aquello llegaba demasiado tarde.

—Ni existe ni existirá ninguna posibilidad. Durante el tiempo que llevo lejos de ti... —cerró los ojos, buscando fuerzas—, me he enamorado —confesó, para que entendiera que ése era el final—. Tú fuiste el primero para mí, es cierto, pero él es el hombre que he buscado durante toda mi vida. Lo he encontrado y no voy a perderlo.

El cruel presentimiento de Diego tomó forma de pronto. El maldito sujeto de la fotografía le estaba robando a su Bea, si no lo había hecho ya, y él, como un estúpido, le había dejado el terreno libre durante meses. Ahora había alguien sobre el que podía volcar su frustración. Comprimió el estómago para no crisar los dedos con los que aún le acariciaba la mejilla.

Pensó que si daba importancia a aquella confesión, estaba perdido. Le pareció mejor tratarlo como lo que necesitaba que fuera: la distancia que a ella le había enfriado un poco los sentimientos. Sólo tenía que convencerla de que así era, porque después él se encargaría de enamorarla de nuevo. Su corazón albergaba amor suficiente como para conseguirlo.

—No, mi cielo —exclamó, aparentando calma—. Yo soy el hombre de tu vida y tú eres la mujer de la mía.

Beatriz agitó la cabeza y le miró, pidiendo con los ojos que aceptara que las cosas entre ellos habían cambiado.

—Te daré más tiempo, si eso es lo que quieres —insistió él, como si hablara a una niña pequeña: a su niña pequeña—. Ignoro cuánto necesitarás. No sé cómo de desesperado y hundido necesitas verme para perdonarme del todo. Pero aguardaré.

—Diego, nada cambiará...

—No. No lo digas —pidió, negándose a que le arrancara la esperanza—. No lo digas nunca.

Volvió a sacar algo del socorrido bolsillo de su chaqueta, y suspiró antes de mostrarle la estampa de una fastuosa mansión.

—¿Al menos recuerdas esto? —preguntó, mirándola como si pretendiera entrar en sus pensamientos.

Beatriz la cogió, recelosa. Era el palacete de Aranjuez. El que juntos habían mirado infinitas veces porque ella soñaba con convertirlo en su gran hotel.

—¿Qué ocurre con él? —preguntó sin entender nada.

—Que es tuyo —respondió, reteniendo todos los gestos de Bea—. Éstos son los títulos de propiedad —añadió, sacando los documentos del bolsillo en el que aún aguardaba una cajita con un anillo de compromiso—. Sólo tienes que firmarlos y pasarás a ser la dueña absoluta de ese palacio y sus jardines.

—Pero... —ella miró los papeles sin salir de su asombro—, ¿cómo lo has conseguido?

—No ha sido fácil. —Sin apartar la mirada, dejó las escrituras junto a la demanda

de divorcio—. La familia no quería deshacerse del palacio. He tenido que tocar muchas puertas, pedir muchos favores, cobrarme algunos que me debían. —Suspiró profundamente—. Todo vale con tal de verte feliz.

—¿Y el dinero? —preguntó, angustiada—. ¿Cómo vas a pagar esto ahora que no cuentas con la fortuna de Helena?

—No te inquietes por mí —le pidió, conmovido por su preocupación—. Acepté irme sin nada porque lo único que me importaba eras tú. Pero todo cambió de un día para otro. —Sonrió infundiéndole tranquilidad—. Mi ex suegro es un hombre inteligente que no tardó en comprender que me necesita. Al final me salió más que rentable. Mi vida no va a cambiar en ese aspecto.

Recordó su jugada con la multinacional francesa. Se había ocupado de que sólo confiaran en él y de que prefirieran otras ofertas antes de cerrar un trato con una empresa en la que él ya no estuviera presente. No le sorprendió la llamada de su suegro, ni el jugoso acuerdo que le presentó, ni la actitud afable con la que casi le suplicó que continuara al frente de la firma.

—Aun así, no deberías haberlo hecho —musitó, aliviada dentro de su pena.

—Ya —dijo Diego, frotándose la nuca con gesto de cansancio—. Hay muchas cosas que no debería haber hecho en mi vida, pero están ahí, imborrables. —La miró, le rozó unos bucles y se los colocó con lentitud tras la oreja—. Al menos ésta la he hecho por amor. Es tu sueño —le recordó, introduciendo la mano en el bolsillo para rozar con los dedos la pequeña caja—. ¿Vas a renunciar a él? ¿Vas a cambiarlo por esto?

Beatriz miró a su alrededor, imitando el gesto de Diego, y suspiró, jurándose que jamás, nadie, le haría renunciar a ninguno de sus sueños.

Unos minutos después, Diego salía de la borda.

Se sentía frustrado, pero estaba convencido de que todo era una niñería más de Bea. Otra de las muchas a las que él había asistido en sus cinco años de relación. Estaba seguro de que ella le quería y que acabaría entendiéndolo en cuanto su capricho por el sujeto de la fotografía se le hubiera pasado.

Pero era la primera vez que se fijaba en un hombre que no fuera él. Y eso le destrozaba el corazón.

No se resignaba a regresar a Madrid con la simple esperanza de que ella recapacitara. Se había enfrentado a un divorcio en el que a punto había estado de perderlo todo; había utilizado los medios que merecía el más fructífero de los negocios tan sólo para comprarle la mansión; había conducido quinientos kilómetros para verla, para pedirle perdón, para llevársela consigo. No podía rendirse ahora y sentarse a esperar que el destino le fuera propicio.

Miró a su alrededor sin saber bien qué buscaba. Las dos naves de ganado le llamaron la atención. Pensó que tal vez allí encontraría algunas respuestas. Más bien algunas soluciones.

En esos momentos, un nuevo corderito acababa de llegar al mundo ayudado por

la experiencia y la ternura de Jon. Arrodillado en el suelo y con la felicidad bien adherida a la piel, se secaba las manos que se había lavado en un cubo de agua y observaba la dedicación con la que la madre lamía la suave lana de su cría. Sus ojos y su boca compartían una sonrisa que nada ni nadie había conseguido borrar durante toda la mañana; ni siquiera las bromas con doble intención del despierto e intrigado Traian. Dijo que le veía demasiado feliz, demasiado extraño, y le pidió, hasta el aburrimiento, que le contara lo que le había ocurrido. Pero Jon sólo había despegado los labios para sonreír. Había disfrutado en silencio de su dicha, esperando con impaciencia el momento de ver a Beatriz para estrecharla entre sus brazos y comérsela a besos.

Con tanta complacencia y tanto pensamiento apasionado, no escuchó los pasos que se acercaban. No sintió el escrutinio al que le sometió el desconocido para asegurarse que estaba ante el hombre de la fotografía.

—¿Ella te ha hablado de sus sueños? —preguntó Diego, dispuesto a venderle la idea que le convenía, como si de uno de sus clientes se tratara.

Jon se incorporó con la toalla entre las manos y trató de analizar al recién llegado: sus brillantes zapatos pisando el suelo cubierto de paja y su exclusivo traje estaban fuera de lugar. Aunque su gesto de seguridad denotaba que no se encontraba perdido.

Jon le miró con atención, frunciendo el ceño.

—No te esfuerces —aconsejó Diego, con su rutinario tono seguro—. No nos conocemos, aunque hay un detalle que nos une. —Se acercó hasta la valla que le separaba de Jon y los corderos—. Soy el hombre que se preocupa de la felicidad de Bea.

Jon inspiró al comprender que estaba ante el último personaje al que hubiera querido ver allí. Se preguntó por qué, después de tanto tiempo, había aparecido precisamente ese día. Justo cuando la felicidad de amar a Beatriz era tan grande que no le cabía en el cuerpo.

—Entiendo —dijo, sin ocultar el malestar que le provocaba verlo—. Tú eres el tipo que necesita tener a dos mujeres para sentirse, al menos, medio hombre.

A Diego le inquietó que Bea le hubiera hablado de algo tan personal. Imaginarlos compartiendo intimidades le envenenó la sangre, pero nada en su semblante o en sus gestos lo delató. Lejos de ella, volvía a ser el hombre que no dejaba traslucir sus sentimientos ni su estado de ánimo.

—No he recorrido quinientos kilómetros para discutir contigo —con ganas hubiera añadido, «con un pastor ignorante». Pero no quería enfadarle cuando presentía que le bastaría con herirle—: He venido para hablar con Bea.

—Entonces no entiendo qué haces en los establos. Ella está en la casa —exclamó Jon, crispando los dedos sobre la toalla.

—Lo sé, pero, como ya te he dicho, me preocupa su felicidad. Ignoro cuáles pueden ser las aspiraciones de un pastor —dijo, cuidando de no mostrarse demasiado despectivo—. Puede que todo se reduzca al deseo de pasar toda la vida junto a su

ganado, pero Bea tiene otros sueños, y tal vez yo debería contártelos.

Jon sonrió, agitando la cabeza. La sutileza de Diego no le engañaba. Le hablaba como a un pobre inculto al que pretendía menospreciar sin mancharse, y aunque eso le traía sin cuidado, en lo referente a Beatriz la cosa cambiaba.

—Los conozco —respondió, acercándose a la valla para mirarlo de cerca—. No necesito que me expliques nada sobre ella.

—Esa respuesta no me tranquiliza —exclamó Diego, ocultando la satisfacción que sintió al escucharle—. Si sabes que ella lleva años soñando con su gran hotel; planeando hasta el detalle más insignificante, como el color de las alfombras o el tipo de cristal de las lámparas, y a pesar de eso pretendes retenerla aquí, cuidando de ti mientras te encargas de los animales, no eres el hombre que ella necesita.

Jon casi pudo escuchar el chasquido con el que se le rompió el corazón.

Le había preocupado tanto averiguar si el amor de Beatriz era solamente suyo y para siempre, que había olvidado preguntarle por lo que ocurriría con su gran sueño. Un dolor demasiado conocido surgió de sus recuerdos, y sintió que el paraíso que había descubierto hacía unas pocas horas comenzaba a oscurecerse.

—Sigo sin entender qué haces aquí ni por qué estamos hablando de esto —dijo con impaciencia. Le urgía quedarse solo para ordenar sus sombríos pensamientos—. Así que dime de una puta vez qué quieres de mí y lárgate.

—Perfecto —exclamó Diego, complacido al vislumbrar el inicio de su desmoronamiento—. Vamos a lo que interesa sin perder tiempo con detalles estúpidos. —Sacudió un polvo inexistente del borde de la valla y apoyó en ella los antebrazos, cruzando los dedos de ambas manos—. Yo le he conseguido ese sueño: le he comprado esa mansión y le he traído los títulos de propiedad a su nombre. —No pudo resistirse a añadir—: Además de una copia de la demanda de mi divorcio.

«Como si eso me preocupara», pensó Jon. Su problema, real e insalvable, era otro. Y tenía que ver con el amor que él sentía por Beatriz; con el amor que Beatriz sentía por él; con los errores que por amor había cometido en el pasado.

—Estás intentando comprarla —dijo Jon, con una risa amarga—. No lo puedo creer.

—Tú lo llamas comprar; para mí es cuidar de ella, como he hecho siempre.

—Creo que no sabes de lo que Beatriz es capaz —aseguró, y sus ojos brillaron con admiración—. Puede conseguir cualquier cosa que se proponga, sin ayuda de nadie.

La más que evidente devoción que Jon sentía por Bea avivó el despecho y la saña en el corazón de Diego. Contuvo esos sentimientos mientras se decía que le iba a encantar verlo hundido cuando acabara con él.

—Me parece que no estamos hablando de la misma mujer —dijo, y de momento se contentó con el gesto indignado de Jon—, pero, en cualquier caso, da igual; me gusta consentirla y verla rodeada de lujos. Durante estos años ha tenido todo cuanto ha querido sin que necesitara pedirlo. Ella no ha nacido para vivir en un lugar como

éste —y preguntó, cargado de veneno—: ¿O es que no la has mirado bien?

La había mirado. ¡Dios, si la había mirado! Lo había hecho durante meses, y hasta la última fibra de su ser y el último pedacito de su alma se habían quedado prendados de ella para siempre. Pero no iba a explicarle cuánto o cómo la había mirado, ni lo que esperaba recibir de ella o lo que él podía darle.

—Yo no he conducido durante quinientos kilómetros —dijo Jon, con ironía—, pero no voy a discutir esto contigo.

—Estás a la defensiva, y yo no he venido a atacarte —aseguró Diego con calma mientras su interior era un rugido de celos violentos—. Soy un pacífico hombre de negocios, no un macarra que se lía a golpes con el primero que mira a su mujer. Me jode esta situación, lo reconozco —dijo, con un falso aire de aceptada derrota—. Pero es algo que hablaré con ella, no contigo.

—Bonito discurso —opinó Jon, arrojando con rabia la toalla al cubo de agua—. El final perfecto sería que ahora te largaras y me dejaras trabajar.

Diego, viendo que su ataque surtía el efecto esperado, continuó agujoneando sin ninguna piedad.

—Primero deja que te cuente algo que deberías saber —dijo, ajustándose la corbata y volviendo a colocar los antebrazos en la valla—. La difícil tarea de montar un hotel como el que ella pretende es sólo el comienzo. La clase y el prestigio, en estos negocios, hay que írselos ganando poco a poco, a no ser que dispongas de los contactos adecuados. Yo los tengo —aseguró, esperando que eso le impactara—. Estoy en disposición de llenarle ese hotel con personajes importantes e influyentes durante todos los días del año. Puedo darle mucho más de lo que espera alcanzar, y ella lo sabe.

—El hombre poderoso al que nada se le resiste —ironizó Jon, con el temor y la tristeza opacándole la mirada—. ¿Por qué no me dices de una maldita vez lo que quieres? —lanzó, abriendo la valla para caminar, con paso rápido y firme, hasta detenerse frente a él.

—Quiero una sola cosa, y que la aceptes o no dependerá de cuánto te interese la felicidad de Bea.

Jon se mordió la lengua para no decirle que la amaba más de lo que lo había hecho él durante cinco largos años; que no existía nada que no estuviera dispuesto a sacrificar para verla feliz. Pero se negaba a hablar de Beatriz como si fuera «algo» que ellos dos se pudieran disputar.

—Ella me ha pedido tiempo —continuó diciendo Diego, mintiendo al ver crecer la confusión en Jon—. Le ha ilusionado la mansión, pero dice que necesita pensarlo durante unos días. —Hizo una pausa, preparándose para encajarle el golpe final—. Si ella significa algo para ti, no intervengas, no manipules, hazte a un lado y deja que sea ella quien decida qué quiere hacer con su vida. No le destroces los sueños.

Le estaba dando de pleno en su debilidad; en lo único contra lo que no podía luchar. Le estaba clavando un puñal en la misma hendidura por la que se había

desangrado durante años. Ni de haber conocido Diego su funesto pasado le hubiera herido más eficazmente.

—¿Y qué harás tú mientras ella decide? —preguntó con una dolorosa ironía.

—Regresar a Madrid y esperar —respondió con orgullo—. ¿Te atreves tú a hacer lo mismo, o sabes que si no la presionas se te escapará?

—¿A qué juegas? —preguntó Jon, crispado.

—No te entiendo —respondió, alzando una ceja. Su interior ya estaba más tranquilo. El dolor en los ojos de su adversario era intenso, oscuro. Diego respiró con satisfacción sabiendo que ya le había vencido: Bea regresaría a sus brazos.

—Claro que me entiendes —aseguró Jon, apretando los dientes como hubiera hecho el condenado a muerte que se sentía—. Dices que sólo te preocupa la felicidad de Beatriz y que no quieres hablar de mi relación con ella. Pero en realidad has venido a marcar tu territorio; a advertirme que ella te pertenece y que yo no pinto nada en esto. Me estás diciendo que la olvide porque tú la tienes en exclusiva. Pero Beatriz no te pertenece a ti ni a mí ni a nadie.

—¿Eso significa que no intentarás influenciar en su decisión? —preguntó, inmovible y dichoso.

Jon le miró de frente, preguntándose si merecía la pena romperse los dedos estrellándolos contra su cara de insolente prepotencia. Decidió que no, y dejó de escuchar sus palabras. Ni le interesaban ni le herían. Sólo pensaba en Beatriz; en que si la amaba tendría que perderla; en que no dejaría que volviera a ocurrir lo mismo; con ella no.

Sacudió la cabeza y se giró para salir del establo por la puerta trasera.

—No me has respondido —dijo Diego, alzando la voz para que pudiera escucharle.

Jon continuó caminando, más furioso y dolido consigo mismo que con nadie.

—¡Vete al infierno! —masculló, apretando los puños—. Así me harás compañía.

Allí era donde Jon se había hundido de un solo golpe: en el infierno. Salir a galope de la finca para adentrarse en los cerrados bosques de pinos y hayas no le sirvió para escapar de él, porque hacía tiempo que a Beatriz la tenía metida en la sangre, clavada en su corazón, afianzada en sus pensamientos.

Él, que habría luchado hasta las últimas consecuencias para no perderla, estaba siendo vencido por lo único contra lo que no podía luchar: los sueños. Los sueños volvían a cruzarse en su camino, como en una segunda oportunidad para que esta vez pudiera hacer lo correcto, aunque hacer bien las cosas significara perder a la mujer que amaría hasta la muerte.

Quiso cabalgar sin rumbo, pero descubrió que ni siquiera para eso era ya un hombre libre. La inercia, el dolor, tal vez hasta la necesidad de encontrar consuelo donde no lo había, le condujo por la senda que había recorrido junto a Beatriz, meses

atrás, la primera vez que ella salió a cabalgar en libertad, fuera de clubes y picaderos.

Su desesperada huida hacia ninguna parte terminó en el interior del bosque, junto al riachuelo, sentado sobre una espesa capa de hojas secas y con la espalda derrumbada sobre el grueso tronco de una haya.

Cerró los ojos para escuchar el sonido del viento y aspirar el olor húmedo del musgo y la hojarasca. Durante años, las sensaciones y el sosiego habían estado unidos a aquel lugar, pero esta vez el aire le llevó la voz y la risa de Beatriz y su delicado perfume a moras.

¿Qué iba a hacer sin ella?, se preguntó durante horas. ¿Cómo iba a renunciar a tenerla sin morirse de dolor? ¿Qué iba a hacer después, durante el resto de su vida, cuando el martirio de saberla junto a ese otro hombre le fuera arrancando el corazón a pedazos?

Le angustiaba la respuesta.

Sólo pudo llorar, desesperarse y maldecir hasta que se obligó a mantener la calma. Una calma agitada durante la que no consiguió que su corazón dejara de temblar. Una calma breve en la que pensó en lo que podía hacer para ayudar a que Beatriz cumpliera sus sueños.

Ella le amaba, y él sabía que no bastarían las palabras para alejarla de su lado.

El molde con la charlota no entró en el horno ese mediodía.

Beatriz, tras llorar y desahogarse por la despedida de Diego, se arregló un poco para que Jon la encontrara guapa. Estaba ansiosa por hablarle de aquel encuentro y decirle que por fin era una mujer libre para amarle, para pasar junto a él el resto de su vida.

Pero la hora de la comida avanzaba y Jon no llegaba a la borda.

Cuando su tardanza comenzó a preocuparle, cruzó el pastizal para buscarlo en el establo de las ovejas imaginando que alguna de ellas estaba teniendo un mal parto. Allí todo estaba tranquilo. Marcel, que llenaba los comederos con forraje, le contó que Jon había salido de la finca.

Un presentimiento le sacudió el corazón.

¿Y si regresando a la borda se había tropezado con Diego?

No era una idea descabellada. Y conociendo a Diego; un hombre que no estaba acostumbrado a perder y que no se rendía con facilidad, prefería que no se enfrentara a Jon.

—¿Sobre qué hora se ha ido? —preguntó a Marcel, rezando para que sus temores no cobraran forma.

—Muy pronto —le aseguró con mirada huidiza—. Apenas llevaba aquí media hora cuando me pidió que estuviera pendiente de los partos, y se fue.

Diego había abandonado la borda casi al mediodía, pensó Beatriz, y respiró aliviada. Pero lo hizo porque ignoraba que Jon, antes de salir a desahogar su dolor y su desesperanza, había dado instrucciones muy precisas a Marcel sobre lo que tenía que responderle si preguntaba.

Necesitaba convencerla de que no la amaba para que ella quisiera regresar a Madrid, y no lo conseguiría si su encuentro con Diego dejaba de ser un secreto.

Al anoecer, la charlota continuaba esperando a que un alma de Dios la introdujera en el horno para evitar que se echara a perder, pero Jon continuaba sin aparecer y el pensamiento de Beatriz no estaba para horneados. Había pasado la noche de amor más hermosa de su vida y había despertado del mismo modo tierno y apasionado, mas la inesperada visita y, después, la ausencia de Jon, le transformaron el día en un pozo de tristeza.

El peligro de que Diego quisiera hablar con ella llamándola al móvil había desaparecido. Lo encendió y apenas si sonó algún aviso de entrada de mensajes y llamadas perdidas. Dedujo que Diego se había tranquilizado en cuanto la tuvo

localizada, y al parecer eso había ocurrido hacía tiempo.

Le pareció que ya iba siendo hora de hablar con Laura de nuevo en lugar de enviarle el escueto mensaje como casi todas las semanas. Marcó su número y lo primero que escuchó fue un rapapolvo por haberla tenido tanto tiempo sin escuchar su voz. Después, ella le habló del lugar en el que estaba viviendo, del hombre maravilloso que había conocido, de que se había enamorado... Laura le mostró una abierta alegría porque hubiera dejado a Diego; cinco años demorando el momento de divorciarse para casarse con la que aseguraba que era la mujer de su vida, le parecía demasiado tiempo. Después de contarle ella algunos de los cambios que se habían acontecido entre sus amigos, le hizo prometer que muy pronto se verían para hablar con calma sobre muchas cosas. Sobre todo para que le presentara al atractivo roncalés que había sabido robarle el corazón.

Cuando colgó el teléfono era casi la una de la madrugada. Se acercó a la ventana a tiempo de ver cómo se quedaba a oscuras la casa de los Ionescu. En el establo de las ovejas tampoco estaba encendida la luz eléctrica, y el de los caballos y vacas no era visible desde la borda.

No podía con la impaciencia. Se puso con rapidez su cazadora floreada y cruzó el pastizal malamente iluminado por la sonrisa ladeada de una luna creciente. En unos días más, luciría redonda y espléndida.

Inspiró, nerviosa como una adolescente, cuando por la puerta entreabierta de la nave vio un parpadeo amarillento. Se llevó la mano al corazón, que comenzó a latir demasiado deprisa, y deseó con toda su alma que fuera el resplandor de una lámpara de aceite encendida por Jon.

Lo encontró pasando un cepillo de cerdas por el lomo de *Zoraska*. Llevaba haciéndolo un buen rato, tratando de compensarla que la hubiera reventado a cabalgar durante todo el día, y también porque buscaba algo en lo que pasar el tiempo para no regresar a la borda.

Jon no levantó la mirada de la brillante piel que cepillaba cuando sintió llegar a Beatriz. Se había propuesto mantenerse frío con ella. Hacerla creer que no la amaba; que sólo había sido un pasatiempo del que comenzaba a aburrirse. Pero temía que todas sus intenciones se fueran al traste en cuanto la mirara a los ojos o la viera sonreír.

—Te he estado esperando durante todo el día —exclamó Beatriz, apoyando las manos sobre la valla que encerraba a la yegua.

—Tenía cosas que hacer —respondió Jon, sujetando el cepillo con fuerza para que no le temblaran los dedos.

Se preguntaba cómo iba a hacer para mostrarle indiferencia, cuando el deseo de estrecharla entre sus brazos y besarla hasta aplacar el dolor que sentía le estaba matando.

—No me avisaste —señaló ella, confundida por el frío recibimiento y decidiendo que aguardaría para hablarle sobre los últimos acontecimientos.

Jon imploró que siguiera pidiéndole explicaciones para poder responderle que no intentara controlarle; que no le agobiara. Podía ser un comienzo para decepcionarla, ya que no se le ocurría nada, ni mejor ni peor que esa estupidez.

—Te he echado de menos —musitó ella con mimo, esperando que reaccionara acercándose a la valla y besándola.

Jon se volvió, decidido a replicarle con alguna impertinencia, pero, en el instante en el que se encontró con sus ojos llenos de preocupación, perdió el poco valor que había reunido.

Pasó al otro costado del animal, donde la piel estaba brillante y sedosa y él quedaba fuera del alcance de la dulce mirada de Beatriz. Quería dejar de escuchar sus frases cariñosas, y lo consiguió con una pregunta para la que llevaba meses buscando una respuesta.

—¿Por qué viniste? —interrogó de pronto, pasando con suavidad el cepillo—. ¿Qué te impulsó a presentarte aquí?

Ella inspiró profundamente. No había pensado compartir su bochornosa experiencia con él. Pero comprendió que se lo preguntara. Aunque estaba segura de que esperaba una respuesta más normal de la que ella iba a darle.

—Vine huyendo de mi vergüenza —confesó, y se quedó en silencio, esperando alguna reacción en Jon.

Él levantó la cabeza por encima del cuerpo de la yegua. Fue sólo un instante. Cruzó su mirada sorprendida con la cálida y penetrante de Beatriz, y la apartó al sentir el primer estremecimiento.

Ella se confortó diciéndose que le costaría menos hablar de lo ocurrido si él estaba ocupado haciendo algo.

—Ya te dije que fui secretaria de Diego. —Jon advirtió que estaba hablando en pasado—. Él tiene un elegante despacho al que nadie entra sin llamar. Son las normas y se cumplen siempre. —Apoyó la barbilla en sus manos y suspiró—. Hasta que alguien las rompió la mañana del día en el que llegué aquí.

Tras la yegua veía el pelo oscuro de Jon y escuchaba el sonido deslizante del cepillo sobre la piel del animal. Él no hablaba, pero ella sabía que escuchaba con atención.

—Helena, la esposa de Diego, entró de pronto, como si hubiera sabido lo que se iba a encontrar. —Tragó saliva y fijó su atención en el suelo; en la paja que ella movía con la punta de su zapatilla—. Y allí estaba yo, tumbada de espaldas sobre la mesa del despacho, con la falda levantada y su marido entre mis piernas.

Beatriz dejó de escuchar el deslizarse de las púas sobre el sedoso pelo negro y supo que Jon se había detenido. Le habría gustado estar en sus pensamientos en ese instante, pero ni siquiera pudo verle los ojos. Si hubiera podido hacerlo, hubiera descubierto sorpresa, dolor y celos. Celos, a pesar de que cuando todo aquello ocurrió

él ni siquiera la conocía.

—Por mucho que lo intentes no conseguirás imaginarte lo humillada que me sentí —dijo, preocupada ante su silencio—. Y lo peor aún estaba por llegar. —Jon acarició a la yegua y apoyó la frente sobre su costado. No le resultaba fácil escuchar todo aquello—. Mientras yo me bajaba el vestido y Diego se colocaba los pantalones, ella me dedicó las palabras más soeces que encontró en su distinguido vocabulario. Como la retorcida y diabólica mujer que es, ordenó a Diego: «O despides a esta zorra o ya puedes ir preparando tus cosas y largándote de mi casa».

Jon apretó los puños y maldijo en voz baja. Claro que imaginaba la humillación, y le dolía saber que ella había tenido que pasar por todo eso. Se preguntó en qué pensaba aquel tío para exponer así a la mujer a la que tanto decía que amaba.

—Diego se quedó petrificado —continuó explicando Beatriz—. Yo esperé inútilmente que me defendiera. Cuando pudo reaccionar, me miró pidiéndome perdón con los ojos por lo que me iba a hacer. Pude ver su cobardía y salí corriendo para no escucharle. —Sonrió al reparar en que ya no le mortificaba el recuerdo—. No me siguió. Se quedó complaciendo a su mujer, que es la dueña de la fortuna, la heredera de las empresas, la que le sostenía su vida de lujo.

—¡Valiente hijo de puta! —exclamó Jon sin poder contenerse—. Si lo hubiera...

Si lo hubiera sabido esa mañana, cuando lo tuvo delante, pensó, le hubiera partido el alma a golpes. Le hubiera dicho que un hombre que no sabe defender a su mujer no merece tenerla.

Se preguntó si Beatriz iba a excusarle semejante cobardía. No creía que su dignidad le permitiera hacerlo. Y cayó en la cuenta de que eso era lo que Diego trataba de comprar con la mansión de Aranjuez: el perdón.

—Ya ves lo precipitada que fue mi llegada aquí —dijo Beatriz, aliviada porque, a pesar de su frialdad, Jon había saltado en su defensa—. Salí de la oficina, llené una maleta de ropa en mi casa y salí conduciendo sin rumbo. Hasta que recordé la herencia. Llamé a Bessolla, me dio los datos para que los metiera en el navegador, y el resto ya lo sabes —exclamó, fingiéndose animada.

Sí; lo sabía.

La recordó con el vestido azul y los finos tacones de aguja clavados en la tierra. De pronto entendió aquella frustración que percibió bajo el aleteo de los orificios de su nariz y sus labios comprimidos; el orgullo herido que llevaba en su mandíbula temblorosa; sus gafas oscuras ocultando sus ojos. Por fin comprendió su llegada, y también su larga estancia.

Volvió a mirarla por encima del lomo del animal. Ella, con las manos y la barbilla sobre la barrera, aún miraba hacia el suelo. En ese momento Beatriz necesitaba un abrazo y él se moría de ganas por darle ese consuelo. Sabía que no podía hacerlo. Pero cuanto más tiempo pasaba a su lado, más frágil se volvía su voluntad.

—Vete a dormir —le pidió, tal vez con demasiada dulzura para lo que pretendía—. Es muy tarde.

La sorpresa impactó de lleno en Beatriz. Alzó la cabeza para poder ver el rostro de Jon y entender qué le estaba cruzando por la mente. No lo consiguió. Él miraba a la yegua como si nada más importara.

—Pero... ¿eso es todo cuanto vas a decirme? —preguntó, incrédula y herida—. Te acabo de contar algo muy íntimo y lo único que se te ocurre decir es «¿vete a dormir?».

Ya lo había hecho, pensó Jon. Ya había soltado la impertinencia. Ahora sólo tenía que darle la puntilla diciendo cualquier cosa que ella no esperara.

—También podría añadir que ese hombre es un cobarde hijo de puta que no merece tu perdón. —Alzó la cabeza, y, al ver el gesto de alivio en Beatriz, se obligó a explicar—: Pero no soy nadie para decirte lo que debes hacer. Esto es algo entre vosotros dos.

Beatriz apretó con fuerza los dedos sobre la barrera. No entendía qué le estaba ocurriendo a Jon esa noche, que tan pronto se mostraba amable como la rechazaba sin miramientos. Resopló, intentando no llorar y dispuesta a encontrar una explicación.

—¿Tal vez te ha molestado lo que te he contado? —dijo, buscando entre lo absurdo.

Jon sintió la angustia en su voz y no pudo resistirse a responder justo lo que no debía:

—No —dijo en voz baja—. ¿Por qué iba a molestarme?

Pero sí que había algo que le incomodaba, más bien que le venía doliendo desde que ella había entrado al establo: que no le dijera que Diego había estado allí. No es que eso hubiera cambiado nada de lo que tenía que ocurrir, pero se preguntó por qué guardaba ella silencio, por qué no le hablaba de esa visita, por qué callaba que la mansión de sus sueños había dejado de ser un imposible.

—Entonces, ¿has tenido un mal día? —insistió Beatriz, dándole la oportunidad de justificarse.

—Sí; he tenido un mal día —reconoció Jon, volviendo a cepillar a la yegua.

—¿No quieres contármelo? —musitó Beatriz, mirándole el cabello a través del cristal difuso de sus lágrimas.

—No —dijo, ralentizando las pasadas del cepillo hasta detenerse—. Sólo quiero quedarme aquí, para pensar.

Beatriz abrió más los ojos, esperando que la humedad que no le dejaba ver con nitidez desapareciera. Se llevó la mano al corazón, que le dolía como nunca lo había hecho.

—¿Me estás... me estás echando? —preguntó, incrédula.

La echaba, sí, pero no del establo como ella creía, sino de su vida. De esa vida que de pronto se le quedaba grande y vacía.

—Necesito estar solo —respondió, escondiendo su inseguridad tras la protección de la yegua.

Beatriz se apartó de la valla y se introdujo las manos en los bolsillos. No entendía

nada. Aquel hombre que la rechazaba no era el que ella conocía. No era el Jon que había despertado a su lado esa mañana. Algo había ocurrido después, cuando abandonó su cama.

Apenas había dado unos pasos cuando se detuvo. Había ido allí a hablarle de Diego, a decirle que ya nada le ataba a él, que era una mujer libre. Y se volvió, dispuesta a contárselo aunque no quisiera escucharla, para ver si de ese modo le hacía reaccionar.

Pero le vio inmóvil tras la yegua, cepillándola como si tratara de sacarle un brillo cegador. Se sintió incapaz de luchar contra aquella actitud insensible y ausente.

Se alejó de allí despacio, confundida y triste, y llegó a la borda envuelta en lágrimas.

Mientras tanto, el espíritu de Jon se derrumbaba en el establo.

Al final había encontrado fuerzas para herirla. Se había puesto a la altura del infame Diego fallando a Beatriz cuando ella más le necesitaba. Le había dado los primeros motivos para que dejara de quererle, y, en ese empeño, él ya se había dejado media vida.

Unas horas después entró en la borda con más sigilo que nunca. Al pasar ante la habitación de Beatriz, se detuvo junto a la puerta. Deseaba entrar, abrazarla contra su pecho, pedirle perdón y decirle que la amaba tanto que le dolía.

Rozó la manilla con los dedos sabiendo que no tiraría de ella ni esa noche ni ninguna otra. Cerró los ojos y posó su frente sobre la madera. Necesitaba oír la respiración de Beatriz, comprobar que no lloraba, saber que dormía. Pero no escuchó ni el más leve sonido.

Ella, encogida bajo las mantas, había esperado despierta a que él llegara. Ni siquiera se preguntó si entraría para compartir su cama, como la noche anterior. Le parecía natural que lo hiciera y le esperaba para abrazarlo, dejarse abrazar y hablar de lo que estaba ocurriendo.

Ahora sentía la presencia de Jon tras la puerta, el roce de sus dedos sobre la manilla, su indecisión... hasta que el sonido de pasos, alejándose hacia la otra habitación, le hizo añicos la esperanza.

Al día siguiente, Jon madrugó más de lo acostumbrado para no coincidir con Beatriz. Entre ser frío y déspota con ella o ignorarla, eligió lo segundo. Confió en que eso, unido a su estúpido comportamiento de la noche anterior, fuera suficiente para que comenzara a pensar en alejarse de él.

Cuando volvió a entrar para dejar la leche en la cocina, descubrió el molde con la charlota junto al fregadero. Pensó en todas las horas que Beatriz debió de haber pasado el día anterior, esperándole con la mesa puesta para terminar comiendo sola.

Y ahora comenzaba la mañana volviendo a evitarla.

Por un instante, le tentó la idea de dejarle una nota para que no lo esperara ni a comer ni a cenar, pero no. No podía hacer algo correcto para estropear lo poco que había conseguido.

Así que Beatriz volvió a pasar otra mañana sola, con miradas continuas a través de la ventana, por si él llegaba; prestando atención a la puerta, por si él la abría; cocinando unas deliciosas alcachofas con queso, por si él se acercaba a la hora de comer.

Pero la comida se enfrió sobre la mesa sin que nadie, ni siquiera ella, la probara.

La tarde la pasó con Doina, que le enseñó a hacer mermelada de manzana.

Mientras cocían la fruta, la cariñosa rumana le explicó que unas doce horas antes la había pelado, troceado y dejado macerar cubierta de azúcar. Beatriz no dejó de remover, con una cuchara de madera, el interior de la cazuela donde borboteaba el almíbar y se iban oscureciendo las manzanas. A menudo retiraba la suave espuma blanca que se formaba al hervir. Unos cuarenta y cinco minutos después, Doina cogió una pequeña porción de mermelada y le mostró cómo se le pegaba entre los dedos. Ésa era la señal de que la confitura estaba lista. Después trituraron la mezcla y la metieron en pequeños tarros de cristal, con las tapas bien cerradas, y los hirvieron en una cazuela con agua para convertirlas en conserva. Doina aseguró que aun después de un año resultaría deliciosa.

—¿Podré hacer lo mismo con otras frutas? —preguntó Beatriz, imaginando el partido que le sacaría a ese nuevo descubrimiento.

—Sí, señorita Beatriz. Y también con otros productos como tomate, pimientos, pescados. Ya sabe que estoy dispuesta a enseñarle cualquier cosa que quiera aprender.

Beatriz fue tomando nota de todo cuanto Doina le dijo. Pasó la tarde ocupada, pero, aun así, su pensamiento iba una y otra vez a Jon y hacia el motivo por el que la estaba rechazando.

Comenzaba a oscurecer cuando salió de la casa de los Ionescu.

Cruzaba el pastizal hacia la borda cuando vio llegar el Land Rover. Era Jon quien lo conducía, y ella dio por hecho que bajaba de comprobar el estado del ganado en la sierra. El vehículo se detuvo junto a la nave de las ovejas, él descendió, abrió la puerta trasera y sacó en brazos a uno de los enormes mastines. El corazón de Beatriz se comprimió, y ella echó a correr para averiguar qué había ocurrido.

Los alcanzó cuando Jon lo dejaba en el suelo, con cuidado, sobre una gruesa cama de paja limpia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con la respiración agitada por la carrera.

—No es grave —respondió Jon, frotando con cariño la cabeza de *Obi*—. Tiene una fuerte gastroenteritis. Está débil. Necesita descansar y no lo hará si lo dejo en la montaña.

Beatriz se arrodilló junto al perro. Ya no temía a ninguno de los dos y había terminado cogiéndoles cariño.

—No tardo —dijo Jon, levantándose con prisa y saliendo del establo.

Ella acarició el lomo del animal, temiendo que al no sentir ningún contacto pudiera sentirse solo.

—¿Qué te pasa, pequeño? —comenzó a decir al enorme mastín como si hablara a un bebé—. ¿Has comido algo que te ha sentado mal?

El perro gimió y apoyó la cabeza en su regazo. Ella le frotó las orejas, tal y como había visto hacer a Jon y a los chicos Ionescu.

—No te preocupes —continuó hablándole sin advertir los pasos a su espalda—. Te vamos a cuidar y pronto estarás bien —dijo, y se inclinó para estamparle un beso en la frente.

Jon, que regresaba con medicamentos en las manos, la observó mientras caminaba hacia ella. Nunca la había visto acariciar de aquel modo a ninguno de los perros, y le enterneció ser testigo de aquel primer beso. De haber tenido más tiempo, se hubiera detenido para observarla durante un rato. Pero el mastín necesitaba su ayuda.

Se agachó a su lado, abrió una ampolla de cristal y llenó una jeringuilla con su contenido. Beatriz miró impresionada las grandes dimensiones de la aguja.

—¿Le dolerá? —preguntó alarmada.

—Menos de lo que te dolería a ti —respondió Jon con una sonrisa.

Ella respiró tranquila, más por el sonido amigable de su voz que por su respuesta. Pensó que tal vez no la había estado evitando y era la salud del mastín lo que le había tenido preocupado. Miró con atención cómo le inyectaba y cómo masajeaba con los dedos sobre la zona para ayudar a dispersar el líquido.

—*Thor* se queda solo en la montaña —comentó, nerviosa y sin saber qué decir.

—Él puede encargarse de todo sin ningún problema —dijo para tranquilizarla. Le conmovía su preocupación—. De todos modos sólo serán tres o cuatro días. Aunque sigue haciendo muy buen tiempo ahí arriba, ya comienza a enfriar por las noches, así que al final de semana bajaremos el ganado a casa.

Se hizo el silencio.

Jon continuó masajeando la piel del perro mientras miraba con disimulo el hermoso perfil de Beatriz. Deseaba hundir los dedos en sus esponjosos bucles, girarle el rostro hacia él y besarla. Besarla despacio, hasta que les descubriera la mañana.

Sus pensamientos se interrumpieron. Beatriz ponía la mano sobre la suya, en el lomo de *Thor*, y le miraba a los ojos con tanta dulzura que se le deshizo el alma.

—Te quiero —susurró, mientras la respiración de Jon se detenía y el corazón se le aceleraba.

«¿Y ahora qué?», se preguntó él, viendo que su absurdo plan hacía aguas por todos lados. No podía decirle que no la amaba; eso nunca. Tenía que ser ella la que se desengañara de él, ella quien le abandonara, ella la que se fuera sin sentir la necesidad

de mirar atrás ni una sola vez.

Le mantuvo la mirada sin saber qué responder; más bien conteniéndose para no decirle las dos únicas palabras que no podía pronunciar.

Pero ella volvió a susurrar:

—Te amo —y le acarició con suavidad la mejilla.

Jon tuvo que cerrar los ojos un instante. Una noche no había sido suficiente para acostumbrarse a sus caricias, pero había bastado para que cada momento que pasaba sin ellas las echara de menos. Debió apartarse, y sin embargo apretó el rostro contra esa mano cálida.

Beatriz se emocionó ante su reacción. Lejos de rechazar su caricia, Jon se rendía a ella con dulzura. Aquella tierna debilidad lo hacía más humano, más hombre, más suyo.

Quiso avanzar un poco más. Le besó los labios y le invadió la boca acariciándola con su delicada aspereza y su humedad dulce.

«¿Y ahora qué?», volvió a preguntarse Jon cuando la pasión calmada de sus besos le provocó un estremecimiento.

«Sólo la besaré una vez», se dijo, aunque ni él mismo podía creerlo. «Sólo una vez más», se repitió cuando su sangre se fue entibiando a pesar del hielo que le nacía de las entrañas.

«Sólo la amaré una vez más, y después estaré preparado para perderla».

La sujetó por la nuca para atraerla, para devorarla con la misma fuerza con la que a él le laceraba el dolor y comenzaba a consumirle el deseo.

No hubo ternura, sino la urgencia desesperada de llenar un vacío, de acallar una ausencia.

La necesitaba como nunca había necesitado a nadie; ni siquiera a ella antes de ese instante.

Poco después, en la cocina de la borda, Jon se secaba las manos con un paño sin apartar los ojos de Beatriz, que se jabonaba las suyas en el fregadero. Había recorrido esa espalda cientos de veces, imaginando qué sentiría al acariciarla. Ahora lo hacía preguntándose qué iba a hacer al perderla, qué iba a hacer cuando ya ni siquiera pudiera mirarla.

La respuesta le desgarró el corazón, y el miedo a vivir sin ella se le hizo real y angustiante.

Arrojó el paño sobre la mesa y se acercó a Beatriz para abrazarla por la cintura y apretarla contra su cuerpo. Le revolvió los bucles con el rostro para abrirse paso hasta su cuello: esa suavidad lo enloquecía. Era un rincón íntimo y cálido, y acceder a él era como comenzar a poseerla. Y él quería arder con ella antes de que el frío le cristalizara para siempre en las entrañas.

—*Que vais-je faire sans toi?*^[9] —le musitó con dolor contra esa piel de seda.

Beatriz gimió satisfecha; él volvía a ser el mismo hombre apasionado que le susurraba palabras de amor. Alzó los brazos sobre su cabeza y sus manos cubiertas de espuma se posaron en la nuca de Jon. Escuchaba su respiración junto a su oído y sentía el palpitar acelerado de su corazón pegado a su espalda.

—Te amo —dijo ella, girando el rostro para ofrecerle sus labios.

Jon los atrapó con avidez, como si buscara en ellos la vida que sentía que se le escapaba. Le invadió la boca mientras sus manos, firmes y anhelantes, se ahuecaban para acariciarle los senos a través de la tela del vestido. Gimió al sentir que sus pezones se endurecían para él, y en un instante la necesidad se le fundió con el deseo. Su cuerpo se encendió y supo que no podría amarla despacio. Necesitaba entrar en ella para calmar el dolor que llevaba bajo la piel. Después, tal vez podría entregarse sin prisa, como si el tiempo y la felicidad no fueran a abandonarles nunca.

Beatriz se arqueó al sentir el calor de esas palmas atravesando el tejido. La urgencia de las caricias fue un latigazo que estimuló sus ansias. Sus gemidos terminaron de deshacer el control de Jon, que mordió con avidez sobre sus labios.

—No podré amarte despacio —susurró con voz ronca, girándola hacia él—. Lo siento, pero no voy a poder.

Una punzada de inquietud palpitó en el pecho de Beatriz al descubrir una noche sombría en los ojos negros que amaba.

—No quiero que lo hagas —musitó, encendida. Cualquiera forma en la que él la amara le parecía un sueño.

Jon la sujetó por las nalgas y la alzó hasta su cintura. Ella se abrazó a su cuerpo con brazos y piernas y dejó que la condujera con prisa hasta la cama.

Y esta vez no fue el amante tierno y pausado que ella había conocido.

Fue impaciente, ansioso. Su boca y sus manos exploraron con avidez, tratando de llevar a Beatriz al mismo grado de excitación y necesidad que a él le consumía. Quería sentirla estremecerse y retorcerse bajo su cuerpo, hacerla gritar de placer. Quería llevarla con rapidez al éxtasis más glorioso, porque sentía que si no entraba pronto en ella se moriría. Necesitaba poseerla y creer, por un momento, que le pertenecía y que así sería para siempre.

Ella, asida con fuerza a la almohada, gimió, abandonándose a la agilidad incansable de sus manos y a la humedad ardiente de su boca. Los mágicos y precisos dedos de Jon la invadieron con una urgencia contenida, la apremiaron con destreza hasta empujarla al límite en el que un suspiro basta para desatar un orgasmo.

Entonces Jon ascendió deslizando la lengua por el sudor que le vestía la piel, bordeándole el ombligo, lamiendo por el centro de sus senos hasta su garganta, mordisqueándole la barbilla y alcanzándole los labios.

Beatriz se estremeció al mirarle a los ojos. Contenían algo mucho más profundo que un deseo urgente. Era una necesidad descarnada que le agitó el corazón.

—No puedo esperar más —susurró la voz rota de Jon—. Necesito entrar en ti, ahora.

—Te amo —musitó Beatriz, abrazándolo con sus piernas y mirándole a los ojos.

Un grito salvaje surgió de la garganta de Jon cuando la penetró. El placer más gozoso se fundió con el sufrimiento más desgarrador para gritarle que ésa estaba siendo su despedida. Ningún adiós podía ser tan dulce y amargo como entrar en ella para depositar en su alma, por última vez, su amor sincero. Y mientras se entregaba a su amada Beatriz, él encontró para su cuerpo un desahogo que sabía que jamás obtendría para su espíritu.

Cuando el éxtasis dio paso a la calma, Jon la abrazó y enterró su rostro entre los bucles con olor a moras.

Ella, con la respiración agitada, se acurrucó contra su pecho sintiendo el frío de una ausencia: un te amo. Ni una sola vez, durante esa noche, había escuchado esas dos palabras de los labios de Jon.

—Te quiero —le susurró, esperando que él sintiera la necesidad de decírselo.

Jon se apartó, tomándole el rostro entre las manos para mirarla. Necesitaba verla con el brillo del gozo oscureciéndole sus ojos verdes, con las mejillas encendidas, la respiración agitada, los labios temblorosos.

—*Je ne peux pas supporter l'idée de te perdre*^[10] —susurró, ocultando su dolor con un idioma en el que cada palabra sonaba a poesía.

—Me gusta cuando me hablas en francés —dijo ella con inocencia—. Aunque no las entienda, sé que son palabras hermosas.

—*Tu es toute ma vie. Je ne pourrai pas respirer quand tu t'en iras. Je ne voudrai même pas le faire*^[11] —gimió Jon, con ojos brillantes por lágrimas de hielo a las que no permitía brotar.

—Dime que me quieres —pidió al fin Beatriz, rozándole los labios con los suyos—. Dímelo en francés.

Jon tomó una gran bocanada de aire. Desde que amaneció junto a ella estaba mordiéndose el deseo de gritarle «te amo». No podía decírselo ahora... o tal vez sí. Tal vez ésa era la disculpa que necesitaba para repetirle que la amaba; para decírselo todo sin revelar nada.

—*Je t'aime* —se estremeció y volvió a susurrarlo mirándola a los ojos—: *Je t'aime*.

La estrechó con fuerza mientras le susurraba *je t'aime* una y otra vez. Se lo repetía mientras su cuerpo volvía a excitarse, anticipándose al gozo que sentiría al amarla, esta vez sin prisas, encadenando sus dedos de seda a los barrotes del cabecero. Necesitaba tenerla tendida en la cama, con su piel rozando y revolviendo las sábanas; precisaba saber que encontraría, anidando entre los pliegues de la tela, su olor y sus huellas cuando ella se hubiera ido.

Beatriz despertó antes de que comenzara a amanecer. Gimió, extendiendo las piernas para enredarlas en las de Jon.

Sólo se encontró con sábanas frías.

Ya no era una absurda sensación, ni la enfermedad de *Thor*. Le costaba creerlo, pero el sentido común le decía que Jon había sido amable hasta acostarse con ella. Una vez conseguido el reto, había perdido interés.

Pero no se resignaba a aceptarlo. Necesitaba aferrarse a cualquier esperanza y, en el fondo, era sencillo encontrarla. Sólo tenía que mirar en su corazón y recordar los momentos apasionados vividos con Jon. Nadie podía engañar así, se repitió sin descanso; nadie podía fingir un amor tan grande. La explicación tenía que ser más sencilla y menos dolorosa, y seguramente él se la daría.

Esta vez no preparó nada para comer. Estaba segura de que él no aparecería hasta que cayera la noche, y ella no tenía apetito. Se pasó una buena parte de la mañana en la cama, sumida en pensamientos contradictorios y repitiéndose, porque necesitaba creerlo, que Jon la amaba. Dedicó el resto de las horas a leer sin conseguir centrarse en la novela que tenía entre las manos. Tenía la mente en su particular confusa historia, en sus propios problemas.

No quiso pasar la tarde con Doina; no tenía espíritu para elaborar y embotar mermelada. Escogió la soledad y la espera silenciosa. Prefirió contar el transcurrir de las horas mientras pensaba en Jon y echaba vistazos por entre las cortinas, esperando el milagro de verlo aparecer.

Pero, a ratos, la soledad elegida se convertía en una compañera despiadada que le estrujaba con frialdad el corazón. Entonces se apartaba de la ventana y deambulaba por la casa, murmurando con debilidad que todo estaba bien.

En uno de esos momentos en los que ya no contaba las horas, sino cada uno de los interminables instantes, se decidió a llamar a Bessolla. Hacía mucho tiempo que debía haberlo hecho, ya que él estaba buscando compradores cuando ella ya había descartado la opción de vender.

El abogado no le ocultó su decepción. Contaba con sacar una buena comisión de aquella venta y además ya había invertido una buena parte de su valioso tiempo en ese asunto. Aunque eso sí que pensaba cobrarlo. Le dijo que en unos días le enviaría la minuta.

—¿Cómo se ha tomado Jon que no quieras vender? —preguntó el abogado por simple curiosidad.

—¿Jon? —exclamó Beatriz, extrañada—. No entiendo tu pregunta.

—Él tenía mucho interés en hacerse con tu herencia. —Recordando que le había

hablado de liquidar su parte de los negocios, añadió—: Habría vendido su alma al diablo para conseguirlo.

La desazón hizo que Beatriz se levantara de la silla y caminara hacia la ventana. La tarde avanzaba y los verdes se oscurecían, como había hecho su vida en un instante. Por fin entendía el interés de Jon por ella, y también su rechazo de los últimos días. Un estremecimiento le recorrió la columna vertebral al comprender lo ciega que había estado.

—No sólo al diablo... —susurró, sujetándose al borde de la encimera. Sentía el golpear de cada gota de sangre con la que comenzaba a llorar su corazón—. No sólo al diablo.

—Tal vez tengas razón —dijo el abogado sin entender lo que quería decirle—. Desde el primer momento quiso tratar este tema conmigo.

—Desde el primer momento... —musitó sin fuerzas. Sus ojos vacíos miraban hacia el cristal de la ventana, pero se clavaban en la nada.

—Te confieso que eso me chocó. Él es un tío muy directo al que no le gusta trabajar con intermediarios. Ignacio me solía contar, con mucho orgullo, que su chico sabía con quién entrevistarse para conseguir todo lo que se proponía.

Beatriz recordó la llamada en la que él le contó que su abuelo estaba a punto de morir; que, por favor, fuera a verle. Ella le había respondido que sí, pero tan sólo para quitárselo de encima.

—No tuvimos un buen comienzo —reconoció, apoyando los codos en la encimera y frotándose los ojos con la mano libre—. Puede que él no quisiera hablarlo conmigo porque yo no me porté bien con el abuelo.

—Es posible. Ése puede ser un motivo por todo el cariño que tenía a Ignacio. Pero hay otro que no debes olvidar —a través del teléfono Beatriz escuchó un suspiro y sonido de papeles—: tú acababas de heredar lo que siempre creyó que sería suyo.

«Lo que sería suyo...». Ella había llegado a «sus dominios», a tomar posesión de «lo que sería suyo». De ahí nacieron su aspereza, sus desplantes, sus humillaciones. Ella había estado dispuesta a jurar que Jon no era un hombre que albergara resentimientos, menos aún por cosas materiales. Pero estaba claro que no lo sabía todo sobre él.

Acarició, con la palma abierta, el pequeño ramito de flores que llenaba el vaso de cristal, y un suave olor a menta le despertó el recuerdo de sus paseos y largas charlas en la sierra. Sus ojos se empañaron con la humedad de la amargura y la decepción. Los cerró para soportar el dolor despiadado que le perforaba el alma.

—¿Por qué conoces tantas cosas de Jon? —preguntó después de una pequeña pausa.

—Por Ignacio —respondió Luciano al otro lado—. Hablábamos mucho. Lo consideraba como un hijo.

—Cuéntame todo lo que sepas, por favor —le pidió Beatriz, temerosa de escucharle.

Y Luciano rescató de su memoria antiguas conversaciones que fueron iluminando a Beatriz algunas dudas y oscureciéndole muchas otras.

En cuanto colgó el teléfono, sin darse tiempo a llorar, zarandó su amor propio y salió en busca de Jon.

Caminó erguida, con los hombros firmes y la barbilla alzada para que el aire le resecara con rapidez los ojos. Se sentía furiosa porque la hubiera utilizado de esa manera tan sucia, pero, sobre todo, y eso era lo que no quería que Jon viera, estaba herida. Herida en su dignidad y herida en su alma. Especialmente en su alma.

El Land Rover circulaba despacio por el camino, en dirección a la carretera. Beatriz echó a correr para alcanzarlo. Al llegar a su altura golpeó con la mano abierta la portezuela del copiloto.

Jon detuvo el vehículo, se inclinó, alargando el brazo, y bajó el cristal de la ventanilla. Le sorprendió verla con los labios apretados y con el revelador aleteo de los orificios de su nariz. Hacía tiempo que no contemplaba esos signos de furia contenida.

—¿Qué ocurre? —dijo, mirándola con preocupación.

—Quiero hablar contigo —respondió Beatriz con sequedad, resoplando por la corta pero intensa carrera.

—¿Puedes esperar a que regrese? —preguntó él mientras oteaba el cielo a través del parabrisas—. Si me entretengo me pillaré la noche sin haber subido a ver el ganado.

—No puedo esperar —aseguró ella—. Subo contigo y hablamos por el camino —se agarró a la manilla para abrir la puerta.

—¡No! —la interrumpió Jon con demasiada urgencia—. Espera.

No quería tenerla dentro del coche. Demasiada intimidad en un espacio tan reducido, sobre todo si ella estallaba, como parecía que estaba a punto de hacer.

Descendió para mirar hacia las naves y descubrió a los chicos. Juntó los labios y emitió un potente silbido. Después alzó el brazo y con el dedo índice dibujó un círculo en el cielo. Eso bastó para hacerles entender que fueran ellos a echar el vistazo, porque Traian le devolvió el silbido. Un minuto después los dos hermanos salían alborotando el aire con el ruido de sus motos.

Jon rodeó el Land Rover por su parte delantera y se detuvo ante Beatriz. Se fijó en que sujetaba la manilla de la puerta con tanta fuerza que los nudillos le brillaban blanquecinos.

Ella le miró con el orgullo ofendido de los Ochoa de Olza.

—Te has dado mucha prisa por abandonar mi cama esta mañana —inspiró hondo para controlar su rabia a la vez que clavaba en él sus resentidos ojos verdes.

—Tenía mucho que hacer y... —Era el momento de asestarle el golpe definitivo que la alejara de su lado, pero sólo encontraba disculpas que no la hirieran

demasiado.

—Es curioso —interrumpió ella con una sonrisa mordaz—. Llevas tres días tan atareado, que a pesar de que compartimos techo sólo nos hemos visto las ocasiones en las que yo he ido a tu encuentro.

—A estas alturas... —su voz surgió ronca y se detuvo un instante. Carraspeó, introduciendo las manos en los bolsillos—. A estas alturas ya deberías saber que aquí se trabaja duro.

Beatriz dejó escapar una risa mal fingida. Deslizó su mirada por la hierba fresca de la finca, por los establos, por los fardos apilados junto a las paredes.

—Soy tan estúpida que llegué a admirarte por eso —dijo con un susurro apagado—. Por encima de tu descanso, incluso de nuestras discusiones, siempre estaba tu compromiso con lo que perteneció al abuelo, tu sentido del deber. —Asintió con pesar—. Sentido del deber... —repitió con una triste ironía—. ¿Puede existir alguien más ingenua que yo?

—No comprendo lo que dices —murmuró, confundido y apenado—. Mezclas tantas cosas...

Ella reaccionó a su debilidad devolviéndole una mirada cargada de fría e intencionada saña.

—El abuelo te prometió que todo esto sería tuyo, ¿verdad? —dijo al fin, a la vez que cruzaba los brazos sobre el pecho—. Y lo hizo tantas veces que acabaste creyéndolo, ¿no es cierto?

Jon apoyó la palma abierta y vacilante sobre la chapa del Land Rover mientras sus ojos escudriñaban los de Beatriz, tratando de entender.

—¿Qué tipo de conversación es ésta? —preguntó, arrugando el ceño.

—Es algo que debimos aclarar hace ya mucho tiempo —respondió Beatriz con aparentada firmeza—. Y es que no creo en esa fidelidad eterna que muestras hacia él. Te he observado trabajar con esa entrega incansable, defender al abuelo con más vigor del que utilizas para justificarte a ti mismo. —Alzó los hombros para dejarlos caer, rendidos—. No puedo comprenderlo, pero creo que en algún momento has tenido que sentirte engañado.

Fue como un soplido a la conciencia de Jon que le avivó las llamas de la culpa y del remordimiento. No quería volver a dudar de Ignacio; se atormentaba cada vez que lo hacía.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó en voz baja, con un brillo de agonía en la mirada.

—¡Porque quiero la verdad! —gritó Beatriz, sin apiadarse de su dolor—. Por una santa vez quiero que seas sincero conmigo.

—¡Sí, le creí! —soltó, crispando las manos, y sintió alivio al decirlo al fin en voz alta—. ¿Por qué no iba a hacerlo, si yo había trabajado aquí incluso más que él? —Golpeó con su puño la chapa del todoterreno—. No se cansaba de repetirme que todo esto sería mío.

La frialdad que percibió en Beatriz le sobrecogió. Se giró hacia el Land Rover, apoyó ambas manos en el capó y, sobre ellas, el peso de su cuerpo vencido. Miró a su alrededor. Una suave brisa mecía con pereza las ramas de los árboles. La caricia cálida con olor a pinos voló a su alrededor y le rozó el rostro. Inspiró y cerró los ojos para impregnarse de esa calma.

Pero Beatriz no iba a concederle ninguna tregua.

—Así era lógico que le creyeras, ¿no? Confiabas ciegamente en él —le lanzó con la rabia que le provocaba el sentirse utilizada.

Jon giró la cabeza y la miró, incrédulo. Comprendía que ella se sintiera dolida y se defendiera devolviéndole el daño. Lo que no alcanzaba a entender era que estuviera siendo tan certera, atacándole en el centro de todas sus dudas.

—Sí, confiaba en él —respondió con suavidad—. Al final, y cuando ya estaba muy enfermo, mantuvimos una conversación muy extraña —suspiró, recordando las vacilaciones de Ignacio—. Él quería decirme algo, lo sé. Pero sólo me hizo prometer que nada cambiaría a su muerte —soltó una risa amarga—. ¿Qué esperaba que hiciera yo, si ya te había nombrado su única heredera?

—Nunca me has perdonado eso, ¿verdad? —preguntó, pero Jon percibió una afirmación y un reproche.

—Te equivocas. —Durante unos segundos se mantuvo inmóvil y silencioso, contemplándola mientras lamentaba no poder decirle hasta qué punto las cosas no eran lo que parecían—. Desde el primer momento entendí que tú eras la beneficiaria legal. Estaba tan seguro de que esto no te interesaba y que lo pondrías en venta, que de lo único que me preocupé fue de buscar el modo de ser yo quien lo comprara —resopló con fuerza, pero no consiguió aliviar la presión en su pecho—. Reconozco que no me gustó verte aquí, tomando posesión de algo que nunca habías amado y que además tenía que terminar siendo mío.

—¿Y a pesar de esto, me vas a decir que nunca sentiste resentimiento hacia el abuelo porque te mintió? —preguntó, alzando la cabeza con orgullo.

—No. Eso nunca, porque no cabe en mi cabeza que me mintiera. Desconfianza sí que he sentido a veces. —Un escozor le humedeció los ojos, los cerró y tensó la mandíbula con impotencia. Seguía juzgándose culpable por sus recelos—. Sólo desconfianza... porque no entendía, y sigo sin entender, por qué no fue sincero conmigo.

La rabia de Beatriz se fue volviendo tristeza ante el sufrimiento que Jon no supo esconder. Apoyó la espalda contra la portezuela del vehículo y suspiró, mirando hacia los imperturbables picos que se dibujaban en el cielo.

—Porque tenía miedo de que le abandonaras —reveló al fin, dejándose llevar por la piedad—. Se lo contó a Bessolla. Le dijo que su corazón sabía que todo esto era tuyo, pero que de algún modo tenía que pagar lo que había hecho a su mujer y a su hijo. Sólo podía tranquilizar su conciencia dándome lo que legalmente me correspondía. Tuvo miedo de que no lo entendieras y te fueras de su lado.

El murmullo del río, el suave mecer de las hojas, el canto de los pájaros... todo se oía con más claridad en el silencio que siguió a esa confidencia. Un nudo de emoción se le encajó a Jon en la garganta. Tragó para deshacerlo, pero fue un intento inútil.

—Yo nunca habría hecho eso —dijo con la mirada perdida en el fondo del valle—. Yo le quería.

—Pero él no podía arriesgarse. Tú me lo has dicho más de una vez: era un hombre solo que necesitaba cariño. —Miró sus hombros hundidos y se le oprimió el corazón—. Si te sirve de consuelo, Luciano asegura que el abuelo te quiso como a un hijo. Los últimos meses de vida se los pasó intentando mediar entre su cabeza y su corazón. Era una contienda que de cualquier modo tenía perdida —suspiró con lentitud para que Jon no la escuchara—. Se dejó el alma batallando entre su cariño, que eras tú, y su obligación, que era yo.

Jon dejó de apreciar el valle con la misma claridad cuando sus ojos se nublaron con el significado de aquellas palabras. Le servían de consuelo; sí. Le ayudaban a entender al viejo y le decían que no le había traicionado. Bajó los párpados para contener las lágrimas. Por fin recuperaba la paz que perdió el día en que se abrió el maldito testamento. Pidió perdón en silencio por la poca fe que algunas veces había tenido en el abuelo.

—Esto explica que quisieras conseguir todo esto —continuó diciendo Beatriz, mirando a su alrededor—. Pero ¿por qué he tenido que enterarme por Bessolla?

—No lo sé —mintió, porque la verdad era que al principio lo ocultó por orgullo; si no iba a conseguirlo prefería que ella no supiera que lo había intentado. Después, cuando se enamoró, todo eso dejó de tener importancia.

—Yo sí lo sé —dijo Beatriz con lágrimas en los ojos—: quisiste seducirme para convertirte en el señor de estas tierras. Pero una vez que te acostaste conmigo, debiste pensar que el sacrificio de soportarme no te compensaba.

Ahí estaba el motivo que la iba a apartar de su lado, pensó Jon. Algo sucio, rastrero. Algo que conseguiría que ella quisiera olvidarle. Llevaba días buscando la solución mágica que la alejara sin romperle el corazón. Pero eso no era posible. Y era ella, precisamente ella, la que le brindaba una justificación despiadada que supondría el principio del calvario. Sólo rezaba para que el de ella fuera breve, para que le borrara de su memoria con la rapidez con la que se olvida a los canallas, para que ocupara el resto de su vida en cumplir sus sueños y ser feliz mientras él consumía la suya en recordarla.

—Buscaba mi sueño. No puedes culparme por eso —musitó sin mirarla.

—Es cierto. Resultaría hipócrita por mi parte. —Se pegó con fuerza a la chapa del Land Rover y volvió a cruzar los brazos, como un escudo protector—. Diego se casó con una mujer a la que no amaba para poder disfrutar de su fortuna, de su posicionamiento social. Me lo contó, y aun así comencé una relación con él. La única diferencia entre vosotros dos es que tú no has sido capaz de llevarlo a cabo. —Tomó una gran bocanada de aire al sentir que se ahogaba—. Lo que no sé si es debido a que

tienes más escrúpulos, o a que yo no estoy a la altura de lo que esperabas.

—Beatriz... —susurró Jon, volviendo el rostro para mirarla.

—No, Jon. No te disculpes —rogó, alzando las manos—. No es necesario. Confío en que algún día aprenderé a elegir a los hombres. —Caminó sobre el mullido y dócil pasto para alejarse unos metros—. Voy a recoger mis cosas. Mañana vuelvo a casa —musitó con ojos brillantes.

Jon se sintió morir. Se giró despacio. Beatriz le daba la espalda, con los brazos cruzados de nuevo sobre el pecho. La brisa de aquella tarde apacible mecía el revoltijo de bucles sobre sus hombros. Seguramente olía a moras.

—Es lo mejor que puedes hacer —dos lágrimas resbalaron por sus mejillas hasta desaparecer en sus labios; jamás le habían parecido tan amargas—. Éste nunca fue tu sitio.

Beatriz se estremeció al escucharle. Había llegado a creer que aquél se había convertido en su hogar, su hogar para siempre. Ya no le cabía duda de que había estado alimentando una ilusión estúpida.

—Es cierto. Nunca fue mi sitio —respondió, preguntándose si alguna vez encontraría ese lugar en el que de verdad encajara.

Sin volverse para que él no fuera testigo de su desolación, le pidió que la despidiera de sus padres cuando regresaran de Pamplona y le dijo que lamentaba no haber podido hacerlo ella misma.

Nombrar la ciudad que visitaron juntos le avivó otros recuerdos. Volvió a ver la ilusión que descubrió en sus ojos cuando le contó que iban a convertirlo en tío, a escuchar de nuevo su confesado deseo de que fuera una niña... Ella no estaría allí para contemplar la emoción con la que abrazaría por primera vez a aquel bebé. No estaría allí para compartir con él esa emoción ni ninguna otra.

—Espero que la vida te conceda lo que buscas. —Pensó en el que era, para él, su más valioso anhelo, y se le encogió el corazón—. No dudo que conseguirás todo eso que ansías.

—Lo que yo ansío... —La acarició con la mirada, dolorosamente consciente de que no podría volver a hacerlo—. Yo también deseo que encuentres la felicidad que mereces. Presiento que está esperándote ahí, muy cerca.

—La felicidad es para quien sabe buscarla —musitó Beatriz—; yo ni siquiera sé en qué dirección debo mirar. —Comenzó a alejarse al comprender que no podría contener por más tiempo su desconsuelo.

Las lágrimas que el coraje no le dejó verter al descubrir el juego sucio de Jon, brotaron en el instante en el que todo había terminado. Las derramó sobre los restos de ese amor fracasado, de ese sueño roto que jamás olvidaría.

Se fue despacio, sumida en un mar de lloros silenciosos, atravesando el pastizal y despidiéndose con cada nueva pisada, con los hombros vencidos y la cabeza baja.

Jon sí pudo mirarla, seguro de que ella no le descubriría haciéndolo. Necesitaba verla, grabársela en las retinas y en el corazón para poder pasar el resto de la

eternidad recordándola.

Escogió, para marcharse, una hora en la que sabía que todos estarían ocupados con las labores de la granja. No quería más despedidas. La noche anterior, diciendo adiós a la familia Ionescu, Beatriz había llorado hasta acabar deshecha. Doina se había atrevido a decirle que no se fuera; que el señor Jon la amaba, pero ella sabía que eso no era cierto. No podía quedarse confiando en que las cosas cambiaran. Si lo hacía corría el riesgo de acabar convertida en otra Helena. Y ella no quería eso. No deseaba mantenerse al lado de Jon a cualquier precio.

Acercó el coche a la entrada de la borda y después arrastró como pudo su pesada maleta. Junto a las mismas cosas que trajo cuando llegó, había metido algo muy preciado: el libro de recetas que le regaló Doina, y, bien protegida entre sus hojas, la imagen de Jon; el hombre que ni con sus traiciones había conseguido que ella dejara de amarlo.

Se detuvo a medio camino para volverse hacia la casa. Ya no le parecía una cabaña inhóspita, sino el refugio sencillo y acogedor donde había vivido los momentos más hermosos de su existencia, los más importantes, los que por muchos años que transcurrieran jamás olvidaría.

Desde el interior del establo, donde sabía que la poca luz no le descubriría, Jon observaba su indecisión y el modo en el que tiraba del pesado bulto hacia su lujoso BMW.

Con la espalda bien pegada a la pared, los puños crispados en el interior de los bolsillos de su pantalón, la mandíbula tensa... Sólo sus ojos se movían siguiendo cada movimiento de Beatriz. Era como un animal al acecho. Pero nada más lejos de la realidad. La tensión de sus músculos no estaba provocada por la excitación de la espera, sino por el dolor; y no obtendría la recompensa que toda cacería conlleva, pues él estaba dejando escapar a su presa.

Los pasos de Beatriz eran lentos, como si aguardara que alguien apareciera para detenerla. Finalmente cerró el maletero, miró a su alrededor sin encontrar a nadie, y entró en el coche.

Jon inspiró cuando ya no pudo verla. Ya estaba hecho, ya la había perdido, ya podía comenzar a hundirse en el infierno.

Cerró los ojos y golpeó su cabeza contra la pared, una y otra vez. No quería presenciar cómo se alejaba el automóvil por el camino hacia la carretera, apartándola de su lado para siempre.

Pero no necesitaba mirar, cuando la verdadera separación la estaba librando en su corazón, que se desangraba a la que vez que la distancia con Beatriz iba creciendo. Padeció hasta que se desgarró en dos pedazos y uno se precipitó tras ella, como asciende con fidelidad el vapor hacia el sol. El otro, el más frío y cansado, el que ya no podía latir para mantener vivo a un hombre, se quedó llorando, asustado y

encogido al abrigo álgido de su pecho.

La mansión de Aranjuez era bellísima.

Todo lo que Beatriz había imaginado viendo su exterior, se le quedó pequeño al encontrarse en el interior con un amplio hall, una escalera de mármol y una enorme lámpara de brazos y lágrimas de cristal.

Diego disfrutaba viendo su rostro sorprendido. Se sentía dichoso. El día anterior Bea había regresado al piso que compartía con Laura. Opinaba que ése era un paso importante. Que ahora le tocaba a él. Tenía que volver a enamorarla, convencerla de que seguía siendo el hombre de su vida. No le cabía ninguna duda de que lo conseguiría. Por lo pronto, sus ruegos habían conseguido que esa tarde le acompañara a ver su regalo.

—He hablado con expertos —dijo, siguiéndola por la escalera—. Con muy pocos cambios se podrá convertir en un hotel, y siempre respetando el carácter de la casa. Aunque todo se hará como tú quieras, mi amor. Tiene que quedar tal y como siempre lo has imaginado.

Beatriz no respondió. La entrada al palacete la había enmudecido y continuó igual de callada mientras recorría las estancias del piso superior. Se fijó en la riqueza con la que estaban decorados techos y paredes, y descubrió que hasta los muebles quedarían perfectos en un hotel de lujo bien diferenciado de todos cuantos había visto.

Su contención contrastaba con la euforia de Diego.

—Que no te preocupe el dinero, cariño —dijo él con satisfacción—. Puedes contratar a los mejores profesionales. Yo correré con todos los gastos —aseguró, acercándose a uno de los ventanales.

Descorrió las cortinas para que el frondoso jardín invadiera la habitación, y se detuvo ante el cristal para admirar el espectáculo.

Beatriz contempló su figura, perfecta y elegante, dibujada sobre los hermosos colores del otoño. No lo imaginaba limpiando cuadras. En realidad no lo concebía haciendo algo que no careciera de *glamour*. Él había nacido para vestir carísimos trajes, conducir coches de lujo, desayunar con caviar y champán. Daba igual cómo había conseguido llegar hasta allí, porque, sin ninguna duda, aquel era su sitio.

Diego dejó de observar el exterior y se volvió. La felicidad de encontrarse con la sonrisa y la mirada de admiración de Bea le incitó a ir un poco más lejos. Se acercó a ella despacio, con su eterno aire seductor, y la cogió por la cintura.

—Vamos a ser muy felices, mi amor —susurró, acariciándola con los ojos—. Por fin tendremos todo lo que hemos soñado. Y estaremos juntos para siempre.

Se inclinó para besarla y todo su cuerpo se estremeció en cuanto rozó sus labios.

De pronto, todo lo que había padecido por su larga ausencia quedaba en el olvido

y sólo podía pensar en que volvía a ser suya, esta vez para siempre. Porque estaba seguro de que ya no cometería ni un solo error con ella. Él ya no era esclavo de nadie, ni siquiera de sí mismo. Era un hombre libre, rico y poderoso que soñaba con que llegara el momento de encadenarse para siempre a su amada Bea.

Después ordenaría que fundieran la llave que cerraba los grilletes.

Dormir en la habitación de Beatriz era una tortura, pero Jon seguía haciéndolo cada noche desde que ella se había ido. Si cerraba los ojos y se dejaba envolver por el aroma que quedaba entre las sábanas, casi podía creer que aún la tenía a su lado. Era un martirio, sí, pero él quería sufrirlo. Quería atormentarse con su olor porque sabía que pronto desaparecería y entonces sólo le quedaría el recuerdo, como una cicatriz imborrable.

Tres noches amándola y llorándola en silencio comenzaban a pasarle factura. No era sólo el aspecto desaliñado de su barba de esos tres días. Era la tristeza de sus ojos negros, sus profundas ojeras, sus hombros caídos, su caminar cansado...

Buscaba trabajos absurdos para mantenerse ocupado todo el día. Creía que si la noche le encontraba muerto de cansancio, conseguiría dormir; pero nada cambiaba. La mayor parte de las horas las pasaba en vela, con la mirada en las sombras del techo y pensando en ella. Sólo en ella.

Eran cerca de las seis de la mañana cuando sonó el móvil que tenía sobre la mesilla. El fatigado corazón de Jon se comprimió al ver el nombre de Pablo en la pantalla.

Respiró tranquilo en cuanto escuchó su grito de euforia.

—¡Soy padre! Tengo la nena más bonita del mundo —exclamó, henchido de felicidad.

La noticia le alegró y trató de sonreír, pero no pudo hacerlo. Era como si, al intentarlo, en lugar de curvar los labios doblara sobre sí mismo su agonizante corazón... y dolía. Sonreír le provocaba un dolor más inclemente que el que le mortificaba cuando se dejaba ahogar por las lágrimas.

—Felicidades, papá —bromeó sin fuerzas, apartando el teléfono del oído—. ¿Leire está bien?

—Está perfecta, estupenda, feliz —dijo, ya sin gritar—. La nena tenía prisa y no ha querido esperar otro mesecito, pero todo ha salido bien. Tienes la sobrina más preciosa que te puedas imaginar.

A Jon, la feliz noticia le sabía agri dulce. Tenía tanta tristeza en el cuerpo que se le mezclaba con el resto de sus sentimientos. Comenzaba a creer que se había diluido en su sangre y que no podría deshacerse nunca de ella.

Ninguna de sus respuestas supo transmitir lo que de verdad sentía. Pablo aguardó hasta asegurarse de que no eran imaginaciones suyas.

—Te encuentro extraño —dijo al fin—. ¿Qué está pasando?

—Son imaginaciones tuyas —respondió Jon, frotándose el escozor de los ojos—. Me has pillado medio dormido y me has emocionado.

—¡No jodas, tío! —aulló con impaciencia—. Nos conocemos bien y sé que te pasa algo.

—Vamos, Pablo —exclamó, mostrándose animado—. ¿Todos los padres os volvéis tan sobreprotectores o sólo tú? —emitió una risa que sonó muy veraz—. Se me han pegado las sábanas. Eso es todo.

—¿Es por la finca? —insistió, haciendo caso omiso a su disculpa—. Si es por eso sabes que yo estoy dispuesto a ayudarte.

—Tenemos que hablar del dinero que puedo llegar a necesitar, es cierto —reconoció. Se sentía en la obligación de cumplir la promesa que le hizo a Ignacio—. Pero éste no es el momento. Acabas de ser padre y tienes que celebrarlo junto a tu preciosa mujer. Y vuelvo a decirte que todo está bien, nada me preocupa.

—Si te estuviera ocurriendo algo me lo dirías, ¿verdad? —preguntó con voz grave.

—Claro que te lo contaría —dijo Jon apretando los párpados—. Siempre lo he hecho, ¿no?

Se hizo un silencio en el que Pablo sopesó las respuestas. Al final se rindió a la evidencia: sólo podía creerle, de momento.

—Lo comprobaremos en cuanto vengas a conocer a tu sobrina.

No era un farol. Cara a cara ninguno de los dos hermanos era capaz de ocultarse nada. Ni lo bueno ni lo malo. Ya en su visita a Pamplona, Jon no había logrado convencerle de que no estaba enamorado de Beatriz. Lo supo cuando se apartó, fingiendo interesarse por el parque de Yamaguchi, y Pablo le respondió con silencio.

Por eso, antes de colgar, Jon le dijo que iría a verles en uno o dos días; cuando dejara en marcha algunas cosas que no detalló. Pero él sabía que necesitaría mucho más que unos días si no quería presentarse ante la familia en aquel estado lamentable.

Una sobrina. ¿Por qué no podía mostrar la alegría que le causaba la noticia?, se preguntaba Jon, enterrando el rostro contra la almohada. ¿Iba a ser siempre así; la tristeza iba a dominar al resto de sus emociones? Pensó que tal vez de ese modo se comenzaba a morir de pena.

Perfecto, dijo en voz alta. La muerte lo iba a pasar en grande con él, porque su dolor era inmenso y sus ganas de luchar, ninguna.

La puerta de la borda se abrió de golpe. Jon levantó la cabeza y escuchó los pasos acelerados por el corto pasillo. Marcel, con el rostro desencajado y la respiración agitada, irrumpió en la habitación.

—¡El lobo!

Jon saltó de la cama como si las sábanas se hubieran transformado en las llamas del infierno.

Maldiciendo en todos los idiomas que conocía, se puso el pantalón y se calzó las botas. No había tiempo para ajustarse nada. Con el torso desnudo y el resto de ropas

en las manos, corrió a por el botiquín mientras ordenaba a Marcel que pusiera en marcha el Land Rover.

Antes de que Marcel detuviera por completo el todoterreno, Jon abría la portezuela y descendía de un salto para correr hacia el rebaño. La angustia le desgarraba las entrañas y le comprimía los pulmones. Respiraba como si la distancia entre la borda y la sierra la hubiera hecho a la carrera y en línea recta, escalando las empinadas laderas de la montaña.

Durante el ascenso en el Land Rover, habían organizado cómo harían las cosas.

Mihai y Marcel saldrían para reagrupar al ganado que con toda seguridad habría huido despavorido. Jon se encargaría de atender a las ovejas heridas y de acabar con el sufrimiento de la que no tuviera solución antes de incorporarse a la búsqueda. Traian no se presentó.

Al parecer, el chico pasaba algunas noches fuera de casa y el desastre le había descubierto. Su hermano le había dejado mensajes en el móvil explicándole lo ocurrido. Ahora confiaba en que los viera antes de que llegara a la finca y entrara a los establos fingiendo que acababa de levantarse.

En la cima les recibió el olor acre e irrespirable de la muerte y una imagen desoladora. Sólo un pequeño grupo de ovejas permanecía allí, apretadas unas contra otras, como si pretendieran fundirse en una sola. No demasiado lejos, los cuerpos ensangrentados y sin vida de otras tres daban una idea del terror que había empujado al resto del grupo a huir en estampida. No estaban devoradas. Tan sólo tenían el desgarró mortal en sus gargantas. Eso les hizo pensar que, a pesar de todo, *Thor* había conseguido hacerlos huir.

El corazón de Jon se encogió hasta caberle en un puño al no ver al mastín. Si se encontraba bien estaría intentando reunir a los ejemplares perdidos. Pero, ¿y si no estaba bien? Ese pensamiento aumentó su angustia. Emitió un fuerte silbido que se dispersó por la montaña que emergía de entre la niebla matinal que aún cubría el valle. No obtuvo respuesta y maldijo entre dientes mientras se agachaba junto al ganado herido, oteando a su alrededor por si aparecían Mihai, Marcel... *Thor*.

Con el contenido de la pequeña maleta de cuero que acondicionaba el botiquín, fue desinfectando mordiscos y dolorosos desgarró, estos últimos más difíciles y lentos de sanar. Por fortuna, ninguno de ellos había sido hecho en el cuello. Una oveja lastimada de esa forma no cuenta con ninguna posibilidad de salvación. A los animales que encontró en peor estado, después de una primera cura los metió en la parte trasera del Land Rover. Desde allí silbó de nuevo, esta vez con toda la potencia de la que fue capaz.

Terminó de curar el resto de las lesiones con la ansiedad clavada en tantos frentes que continuaba sin poder respirar con normalidad. Estaba en estado de alerta, apretando la mandíbula y agudizando el oído. De modo continuo levantaba la cabeza

en busca de alguna señal, de alguna presencia.

Oteaba una vez más el ondulante horizonte que se dibujaba sobre las montañas cuando la imagen del mastín apareció sobre una ladera, y al fin respiró con alivio en medio de tanta desolación. El animal asomaba con aspecto lastimoso, cojeando y con su hermoso pelaje blanco ensangrentado. Se emocionó cuando le vio sacar fuerzas, sólo Dios supo de dónde, para arrancar a correr hacia él, hacia su amo, hacia su cobijo.

Se levantó para recibirle y evitar que su fuerza le lanzara contra el suelo. Volvió a agacharse cuando lo tuvo quieto, a su lado.

—Me alegra verte, amigo —dijo, tratando de tranquilizarle con caricias—. Te has portado como un valiente.

Buscó heridas. Las más visibles y escandalosas estaban en el hocico y en las mejillas. Pero había más. Tenía dentelladas en los hombros y en la grupa. Eso no se lo había hecho un solo animal. Por suerte, *Thor* era un perro fuerte y astuto. Con cualquier otro las primeras bajas habrían ascendido a mucho más que a tres ovejas muertas.

—Tranquilo. Saldremos de ésta —prometió cuando le oyó gemir de dolor—. Tú y yo somos duros. No podrán con nosotros ni alimañas ni... ni la ausencia de ninguna mujer —dijo, cuando sentía que entre el ataque al ganado y la soledad que le estaba matando, se le cerraban todas las salidas por las que salir a flote.

Le costó que se tumbara en el suelo para examinarlo con cuidado. Comenzaba a derramar desinfectante sobre el hocico cuando escuchó el sonido de la moto de Traian. Ese muchacho se estaba convirtiendo en un hombre sin que se hubieran dado cuenta. Pensó que tal vez debería encontrar un momento para hablar con él y...

Levantó la cabeza y su corazón, que ya bombeaba acelerado desde que escuchó nombrar al lobo, se precipitó hasta hacerle creer que acabaría estallándole en el pecho.

Nadie le había preparado para aquello. Nadie habría podido hacerlo.

Sus pulmones de quedaron sin aire y, aún rodeado de aquella inmensidad, no fue capaz de llenarlos de nuevo. Sintió que se ahogaba, como un indefenso pez sin agua. Detuvo las manos, de pronto congeladas, sobre el cuerpo caliente de *Thor*, y respiró despacio, con una calma que ocultaba un interior agitado y confundido.

Ella estaba allí, detrás de Traian, como si de modo inconsciente buscara su protección. Protección tal vez contra la angustia de encontrarse con una tragedia inenarrable, la angustia de descubrir que el plácido mundo en el que había vivido durante meses también podía romperse y desangrarse.

Sin embargo no miraba a su alrededor, sino a él. Lo hacía con ojos húmedos y la barbilla temblorosa, con aspecto de estar necesitando consuelo. Pero él no podía dárselo; tenía el alma llena de amargura. Una amargura que llevaba mortificándole tres días, que lo seguiría haciendo cuando Beatriz se hubiera ido después de esa inesperada y dolorosa llegada.

Sólo la había mirado un instante.

Un instante que bastó para que ella pudiera ver en sus ojos un sufrimiento denso, un vacío mortal. No imaginó que si hubiera llegado una hora antes, cuando el desastre en el que le encontraba sumido aún no había ocurrido, esos ojos negros habrían mostrado el mismo padecimiento, la misma desolación.

Traian sintió la necesidad de disculparse. La dificultad la encontró en el orden en el que debía hacerlo.

—Siento el retraso, Jon —metió las manos a los bolsillos, ladeando la cabeza hacia Beatriz—. La encontré en la finca y... —Ninguno de los dos le miraba ni le atendía—. Bueno... creo que... voy a buscar al ganado. —Por fin reaccionó, alejándose a la velocidad del rayo. El momento era dramático y no había tiempo que perder.

Beatriz, sobrecogida por la situación y por la indiferencia que le mostraba Jon, no se atrevió a moverse. Fue él quien rompió el silencio que parecía separarles más de lo que lo habían hecho, durante los últimos días, los quinientos kilómetros reales.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con voz tan poco firme como los dedos con los que abría un nuevo paquete de gasas.

—Lamento haber llegado en un momento así —dijo, a punto de entrar en llanto—. Vine porque quería hablar contigo, pero... —resopló varias veces seguidas para tranquilizarse. De pronto se fijó en las ovejas muertas—. Esto es horrible.

Su sobresalto y el temblor de su voz le bastaron a Jon para entender lo que le ocurría.

—No las mires —aconsejó sin levantar la cabeza—. No es un espectáculo agradable —suspiró mientras empapaba unas gasas en yodo—. No deberías estar aquí.

—No sabía esto cuando salí de Pamplona hace un rato. Pero ya que he venido —dijo, incapaz de explicarse de otro modo—, dime en qué puedo ayudar.

—Ayudarás si no haces nada —dijo en tono seco mientras oteaba a su alrededor por si alguno de los chicos regresaba con peores noticias de las que ya tenían.

Beatriz no dejó que su aspereza la hiriera. Podía disculparle cualquier cosa después de ver el desastre que afrontaba y el dolor en el que se estaba ahogando.

—Sé que éste no es un buen momento... Necesito hablar contigo, pero... pero no quiero molestar.

—No lo haces —sonó más brusco de lo que pretendía, pero no hizo nada por cambiar el tono—. Si quieres decirme algo hazlo ahora, porque no pienso estar toda la vida hablando de algo que ya terminó. Creí que lo habíamos dejado todo claro.

Beatriz se encogió en el interior de su cazadora y buscó con los ojos la siempre fiel serenidad de las montañas. Se puso a hablar sin demasiadas esperanzas de que Jon la atendiera. Pensó que en aquel momento su cabeza debía de estar en tantas cosas, que no le quedaría ni espacio ni deseos de interesarse por sus reclamaciones.

—Quiero rehacer mi vida —empezó a explicar—; romper con todo y comenzar

de nuevo.

Jon contuvo la respiración. Por un breve instante sus ojos se alzaron hacia ella, pero dominó aquella debilidad. Con la cabeza baja asimiló el significado de sus palabras: su historia con Diego había terminado. Se alegró por ella..., se alegró por él mismo. La tortura eterna de saberla en brazos de otro hombre sería menos lacerante si no la imaginaba en los de alguien que no la mereciera. Había renunciado a ella para que fuera feliz; feliz por completo.

—No puedo hacerlo si voy dejándome puertas abiertas —insistió Beatriz ante su silencio—, y... hay una duda que no me deja cerrar la nuestra.

Jon no hizo ningún gesto que mostrara que estaba prestando atención. La inquietud que le provocó su última frase se fundió con el caos doloroso que descarnaba su interior. ¿Qué más tenía que hacer, además del sacrificio inmenso de mantenerse lejos de ella? ¿Pasar otra vez por el cruel proceso de perderla? Cómo hacerlo, si no sabía de dónde iba a sacar la fortaleza que necesitaba para herirla y herirse de nuevo.

Tomó una gran bocanada de aire mientras lanzaba una mirada fugaz hacia la zona por la que había desaparecido Traian. Terminó de aplicar yodo en las heridas del hocico de *Thor* para comenzar a desinfectarle las dentelladas del hombro.

Pero Beatriz sabía muy bien lo que ella buscaba. Si tenía que aprender a vivir sin Jon, lo haría, pero sin incertidumbres. Recordaba todas sus declaraciones de amor, todas sus promesas de felicidad, pero ni una sola vez le había oído decir «aquellas» palabras. Necesitaba escuchárselas para no torturarse con ideas estúpidas; para enterrar aquella esperanza que a veces se empeñaba en resucitar.

—He repasado multitud de veces todo lo que ocurrió los últimos días entre nosotros —reconoció sin pudor—, y en ningún momento me dijiste que... que no me amabas.

No se lo dijo entonces ni se lo diría ahora. Jon rogó por que no le pidiera una prueba tan simple y a la vez tan condenadamente difícil de realizar. Respiró aliviado cuando las palabras de Beatriz parecieron cambiar de rumbo.

—Ayer estuve con Bessolla —dijo, y buscó con dedos temblorosos en el interior de un bolsillo—. He dado muchas vueltas a mi herencia y al final he entendido que lo más justo es que todo pase a tus manos. Es lo que el abuelo deseaba de todo corazón y es lo que tu fidelidad hacia él y hacia este sitio merece.

Jon se sintió avergonzado. Comprender hasta qué punto le amaba esa mujer le hacía juzgarse pequeño y miserable. Él sólo le había provocado dolor y, a cambio, Beatriz reaccionaba entregándole la prueba más palpable de que no existía en el mundo nada que le importara más que él. Había pensado que Diego no la merecería, y ahora descubría que a él le ocurría lo mismo. Ningún hombre era merecedor de un amor tan grande y desinteresado.

Continuaba atendiendo a *Thor* con dedos trémulos mientras esperaba que alguno de los chicos apareciera con ganado o con noticias, cuando escuchó el sonido de un

papel al ser desdoblado.

—Este documento lo redactó Bessolla —explicó Beatriz—. Puedes leerlo y verás que todo está en orden. Sólo quiero algo a cambio —suspiró, y aguardó en vano a que él la mirara—: Dime que no me amas, que no me has amado nunca, y todo por lo que llevas años luchando será tuyo.

Beatriz soltó el papel, que se balanceó en el aire hasta caer con suavidad sobre las piernas de Jon. Él apretó la mandíbula. ¿Qué quería ella que hiciera? ¿Vender su alma a cambio de unas tierras y ganado? Se tragó un grito de rabia al entender que eso era lo que él había conseguido; que ella lo considerara un rastrero codicioso.

Debía de sentirse satisfecho por su logro, pero no lo estaba. Le dominaban sentimientos contradictorios. Quería que ella dejara de amarle, pero a la vez le espantaba la idea de que lo hiciera.

Incapaz de responder, pasó a desinfectar la herida de la grupa del mastín.

Beatriz suspiró con fuerza. Era consciente del sufrimiento en el que estaba hundido, y entendía que no tuviera la cabeza para preocuparse por herencias.

—Sé lo que esto significa para ti —dijo ella con una profunda pena—. Entiendo que hoy tienes mucho que hacer y no puedes pensar en lo que te estoy proponiendo. Hablaremos cuando te encuentres mejor.

Resignada, se dispuso a bajar caminando hacia el valle.

Jon escuchó sus pasos alejándose mientras se preguntaba cómo podía ser tan necio. Él le había fallado y, aun así, ella estaba allí para mostrarle una vez más sus sentimientos. A cambio sólo esperaba la misma honestidad aunque lo que tuviera que escuchar resultara despiadado.

Esperó hasta que comprendió que ella no se detendría si él continuaba en silencio.

—Ya lo hice una vez —dijo con voz desgarrada y sin levantar los ojos.

Beatriz se estremeció al escucharle; esa voz herida le había atravesado la espalda hasta alcanzarle el corazón. Se giró despacio. Él seguía arrodillado junto a *Thor*, con la cabeza baja y las manos ocupadas en reparar daños.

Jon escuchó los pasos que se acercaban despacio, y continuó:

—Dejé que alguien que me amaba renunciara a sus sueños por quedarse a mi lado. Y ése fue el principio del fin.

Beatriz suspiró, sobrecogida. Se detuvo junto a él, acariciándole con los ojos la nuca que dejaba al descubierto su cabeza inclinada.

—Ella había estudiado periodismo... Era su pasión —contó en voz baja—. Durante la carrera participó con pequeñas colaboraciones en algunos periódicos. —*Thor* gimió y Jon le acarició el lomo. Después puso más cuidado al impregnarle la herida con yodo—. Vivíamos juntos cuando la llamaron de una de esas publicaciones. Tenían una vacante que querían ocupar con un extranjero. Casi sin tiempo para pensarlo, tenía que responder sí o no, y era definitivo, porque ella era la primera en una lista en la que nadie contestaría con una negativa.

Agrupó en un extremo del botiquín las gasas usadas, cerró recipientes, ordenó

utensilios. Y lo hizo despacio, como si cada gesto le provocara algún padecimiento. Era el esfuerzo de mostrarse distante lo que le mortificaba. Comprendía que ninguna dificultad, ninguna pérdida, ningún dolor podía compararse al profundo tormento que le estaba destrozando desde que había escogido agonizar lejos de ella. No importaba si el cielo se le caía encima o el suelo se abría bajo sus pies. Respirar sin ella sería eternamente su mayor angustia.

Beatriz llegó a pensar que no continuaría con su explicación. Verle tan hundido le partía el alma. Miró hacia el valle, cubierto aún por una esponjosa niebla matinal y sobre ella las montañas, unas tapizadas de verde y otras rocosas, que se dibujaban con orgullo sobre un amanecer azul.

Inspiraba para aguantar las lágrimas cuando volvió a escuchar su voz.

—Yo tenía mi clínica veterinaria —dijo, acariciando a *Thor* con suavidad—. Era un momento crucial y no podía acompañarla. Le pedí que se quedara —agitó la cabeza con pesar—. Y lo hizo.

—Te amaba —expresó Beatriz abrazándose a sí misma para controlar sus temblores.

—Sí —respondió Jon, mirándola al fin con una profunda tristeza—. Me amaba, y eso debió haberme bastado para pedirle que se fuera en busca de su gran sueño. Pero no lo hice.

—A veces el amor es más importante que el resto de cosas —opinó, comprendiendo que aquella mujer hubiera querido dejarlo todo por él.

—Eso no es cierto —dijo con amargura, poniéndose en pie—. Eso es muy hermoso y altruista al principio. Después la frustración comienza a carcomerte por dentro y empiezas a buscar culpables. —Cerró los ojos y se frotó la mandíbula y el cuello. Beatriz pudo escuchar el roce áspero contra su barba—. Al final el amor se acaba y sólo queda resentimiento por lo que la otra persona te hizo —aseguró bajando la cabeza.

—¿Y qué tiene que ver esto con nosotros?

—Mucho. Todo —dijo, casi con rabia—. No quiero volver a sentirme verdugo de nadie. —La miró, y sus ojos mostraron el peso de esa responsabilidad—. Y menos aún... el tuyo —susurró.

—No sería así... —comenzó a decir.

—Claro que lo sería —afirmó con rotundidad—. Siempre lo supe, pero cuando me confesaste que me querías fui tan egoísta que lo olvidé. Luego, cuando Diego me dijo lo de la mansión de...

Ésa era la explicación de todo, dedujo Beatriz mientras él continuaba diciendo que no podía interponerse entre ella y sus sueños. Comprendió que el temido encuentro entre los dos hombres había tenido lugar, y Diego había jugado sucio.

—... y durante días tú no hiciste otra cosa que empujarme hacia sus brazos —dijo Beatriz en voz baja, como si expresara un pensamiento.

—¡No! —gritó Jon, y sonó más a sollozo que a protesta—. Hacia sus brazos no;

hacia tus sueños. Quiero que cumplas tus sueños, Beatriz. Y no lo harás si te quedas aquí.

Si toda la preocupación de Jon era que ella fuera feliz, entonces la estaba queriendo como nadie la había querido nunca, se atrevió a pensar Beatriz, llena de esperanza.

—Estás equivocado —musitó. No podré cumplir ninguno de mis sueños si no estoy contigo.

—Mira a tu alrededor —le pidió en voz baja, y esperó a que lo hiciera—. Esto que ves es todo lo que yo soy. Y no quiero ser otra cosa. —Con los ojos clavados en los suyos, negó con la cabeza—. Yo no te puedo comprar mansiones ni...

—No quiero que lo hagas —musitó con ternura—. Yo me enamoré de lo que eres, pero también de lo que nunca serás.

—Palabras, Beatriz. Palabras hermosas que mueren a la vez que lo hacen los sueños. Cometí el error una vez. No volveré a hacerlo. No contigo.

—¿No te sería más sencillo decir que no me quieres? —le desafió ella, buscando la respuesta por la que había viajado hasta allí.

—Sí —reconoció Jon—. Al menos sería más rápido. Pero no podría decirlo aunque me torturaran. Porque te amo como jamás pensé que podría llegar a amar a nadie. Porque desde que supe que tenía que alejarte de mí estoy muriendo un poco cada día. Porque te quiero tanto que renunciar a ti es lo único que puedo hacer.

Ella cerró los ojos para soportar el estallido de felicidad.

Comprendió que todas sus declaraciones de amor habían sido ciertas. La amaba, pero la amaba tanto que aquél era el problema. Inspiró despacio, aquietando el entusiasmo que sentía antes de volver a mirarle.

—... para que cumpla mis sueños —dijo, controlando el deseo de lanzarse a sus brazos.

—Para que seas feliz y para que no malgastes tu vida a mi lado —aclaró él, bajando la voz.

Se pasó las manos por el cabello para dominar su desesperación y se volvió para que ella no le viera las lágrimas que se le agolpaban en los ojos.

—Sé lo que significa vivir con lo justo —dijo Beatriz, mirando las manos que él tensaba sobre su nuca—. Gracias a lo generoso que fue Diego durante nuestra relación, también sé lo que es vivir como una princesa consentida a la que le basta desear para poseer. Incluso ahora, si vendiera la herencia que dejó el abuelo, podría seguir viviendo rodeada de lujos. —Suspiró ante el grandioso espectáculo de naturaleza en el que se dibujaba la figura de Jon—. También he probado lo que es vivir aquí, contigo, compartiendo esta otra riqueza que tú me has enseñado a ver. Y esto es lo que quiero, porque en todo lo que yo sueño estás tú.

Recordó la majestuosa mansión de Aranjuez, y a Diego junto al ventanal.

Recordó el momento en el que, contemplándole a él y al frondoso jardín a través del cristal, había descubierto que no era ésa la vegetación que quería ver. Allí no

estaban los pastos, ni los bosques, ni las montañas, ni el infierno verde en el que ella deseaba despertar cada mañana. Examinando la perfecta imagen de seguridad de Diego en aquella ostentosa decoración, había comprendido que ni siquiera el palacio era ya el que aparecía en sus sueños. Y es que la grandiosidad que ella había imaginado se había ido transformando día a día, poco a poco, hasta tomar la forma de lo que era y sería siempre su verdadero sueño.

—Beatriz... —suplicó Jon, negando con la cabeza y sin volverse.

—No, por favor. Deja que acabe —dijo ella mientras comenzaba a caminar—. Hace tiempo que descubrí que el hotel que quiero es pequeño, íntimo. —Suspiró cuando se detuvo a su lado—. Ése, y no otro, es mi sueño. Un lugar al que los huéspedes deseen volver cada vez que se vayan. Un sitio acogedor en el que pueda cocinar y encender el fuego en las habitaciones mientras tú llevas a los visitantes a cabalgar, a ascender montañas, a descender por esos ríos o a cualquiera de las locuras que tú hagas —sonrió, mirándole a los ojos—. Un sitio donde pueda esperarte con amor y ropa seca cuando llegues empapado y muerto de frío porque te hayas caído en esas aguas de hielo que agita el diablo. Eso es lo que yo sueño —susurró—, y si no lo tengo contigo, no lo tendré con nadie.

Jon contuvo la respiración, pero no pudo hacer lo mismo con el galope emocionado de su corazón. Las palabras de Beatriz eran la promesa de una vida tan perfecta, que no podría creerlo si no se lo escuchaba decir de nuevo.

—¿Estás segura? —preguntó con la esperanza y el miedo combatiendo en su interior—. ¿De verdad es esto lo que quieres? —dijo, dirigiendo la vista hacia la belleza de las montañas y del valle, pero también hacia el mermado y maltrecho rebaño.

—Sí —susurró Beatriz, acercándose un poco más—. Pero sólo si tú estás a mi lado.

Un lastimoso gemido de alivio escapó de la garganta de Jon a la vez que la estrechaba contra su cuerpo. La presión del abrazo dejó sin aire los pulmones de Beatriz, pero a ella no le importó. Respiraba del pecho de su hombre, del golpear de los latidos con los que la recibía su corazón, del calor de su aliento junto a su cuello.

—Quiero estar a tu lado —le susurró Jon al oído—. Quiero pasar el resto de mis días a tu lado. —La miró con ojos brillantes, pero ya sin sombras—. Quiero vivir y morir a tu lado.

Beatriz le rodeó el cuello con los brazos y le besó en la boca, gimiendo de emoción. Jon la ciñó por la cintura y la alzó del suelo, poniéndola a su altura para devorarla con verdadera codicia. Fue un beso largo, profundo, intenso, que contenía el sabor de todos los besos que llegaron a creer que nunca se darían; y es que la felicidad de tenerse era tan grande como inmenso había sido el dolor de perderse.

—Te amo, te amo, te amo —susurró Jon, abrazándola con fuerza—. No me va a alcanzar con una vida para demostrarte cuánto te amo.

—Eso quiere decir que no tenemos tiempo que perder —dijo ella, llorando y

riendo sobre su hombro—, porque a mí me va a ocurrir lo mismo.

Jon dejó que apoyara los pies en el suelo y se apartó un poco para borrarle las lágrimas con los pulgares. Era la segunda vez que la veía llorar de felicidad entre sus brazos, y en ese instante se juró que la llenaría de motivos para que lo hiciera muchas más veces... todas las veces que pudieran caber en una vida.

—¿De verdad me darás calor cada vez que vuelva empapado y congelado a casa? —preguntó mientras sus dedos se quedaban con el último resto de humedad.

—Sí —respondió ella, riendo—. Te quitaré la ropa mojada, te secaré todo el cuerpo con toallas suaves, te...

Él volvió a besarla en la boca para acallarla. Quería que eso se lo explicara más despacio y con más detalles, pero después, cuando ya estuvieran en la borda.

—Creo que me aficionaré a dejarme caer al río al final de cada descenso —susurró junto a sus labios cuando tuvo que apartarse para respirar.

—Pues tengo más sueños que te iré contando poco a poco —dijo ella con un emocionado misterio—, porque tú estás en todos ellos —añadió, mimosa.

—Pues tú no estás en los míos —dijo Jon, con una tierna sonrisa—; tú eres mi sueño. —Encerró el rostro de Beatriz entre sus manos y le susurró junto al oído—: «No morir sin haberme vuelto loco de amor correspondido». Ése es mi gran sueño que sólo puedo cumplir contigo. Y es que después de ti no puede haber nadie más.

Volvieron a besarse a la vez que la niebla pegada al valle se iba disipando. Las brujas, cansadas de contar los pelillos de las *eguzkillore* durante toda la noche, ya habían huido para protegerse de la luz del día; las *lamias* terminaban de peinar sus cabellos y se sumergían en las aguas de los ríos y las fuentes, mientras, Jon y Beatriz, con el nuevo y brillante amanecer, comenzaban a crear su propia e inmortal leyenda en el corazón de una tierra llena de magia.

Las recetas de Beatriz
COCINA NAVARRA

Redondo de ternera de Navarra braseado con trufa de verano

Ingredientes (4 personas):

1 redondo de ternera de Navarra (1 kg) / Aceite de oliva virgen extra / Sal / 3 zanahorias / 1 cebolla mediana / 2 puerros / 1 diente de ajo / 1 tomate grande maduro / Trufa de verano (20 g) / Coñac (una copa) / Vino blanco (una copa) / Agua o caldo (1/4 l).

Tiempo: 90 minutos / Dificultad: Baja / N.º de calorías: Medio.

Consejos: Se puede hacer en cazuela tradicional o en olla exprés. Pueden utilizarse otras piezas de características similares al redondo (venas, brazuelo, espaldilla, etc.) y reemplazar la trufa de verano por trufa en conserva.

Elaboración:

- Sazonar el redondo con sal y dorar con el aceite en la cazuela. Una vez dorada por todos los lados, retirar la carne y reservar.
- Añadir a la cazuela las hortalizas peladas, lavadas y troceadas muy finas. Agregar los ajos pelados y aplastados.
- Rehogar de 8 a 10 minutos, removiendo de vez en cuando.
- Volver a colocar el redondo en la cazuela, añadir el coñac y el vino blanco, y hervir hasta que reduzca a la mitad.
- Incorporar el caldo y dejar cocer (si es en olla, esperar entre 20-25 minutos contados desde que suba la válvula). Una vez cocido, abrir y retirar el redondo. Dejar reposar.
- Triturar con un túrmix el contenido de la cazuela para hacer la salsa y pasarla por un colador. Poner a punto de sal y espesar con Maizena diluida en agua.
- Cortar el redondo en lonchas gruesas y colocarlo junto a la salsa.
- Añadir las trufas cepilladas y cortadas en láminas finas.
- Dar un hervor a todo el conjunto para unificar sabores entre 2 y 3 minutos.

Presentación:

- Servir la carne con la salsa y las trufas. Acepta como guarnición coliflor, guisantes, zanahorias, patatas, pasta italiana...

Charlota de calabacín con ternera de Navarra, foie y manitas de cerdo

Ingredientes (4 personas):

Carrillera de ternera de Navarra (1 kg) / 1 calabacín / 2 manitas de cerdo / Foie (150 g).

Tiempo: 40 minutos / Dificultad: Media / N° de calorías: Alto.

Consejos: Puede sustituirse el calabacín por berenjena. En este caso, lo mejor sería freírla o asarla.

Elaboración:

- Cortar el calabacín en rodajas finas.
- Escaldar durante un minuto y enfriar. Forrar el interior de un molde con estas rodajas de calabacín.
- Cocer las manitas con verduras hasta que resulten tiernas (media hora en olla a presión o tres horas en cazuela), dejar enfriar y deshuesarlas.
- Estofar la carrillera en una olla a presión con cebolla, zanahoria, puerro, ajo, tomate, aceite, sal y vino tinto, durante 40 minutos aproximadamente.
- Partir la carrillera en lonchas, llenar el molde en capas combinando carrillera, foie y manita hasta llegar al borde.
- Hornear unos minutos antes de servir.

Tarta de sidra y manzana caramelizada

Ingredientes (4 personas):

4 huevos / Azúcar (80 g) / Harina (75 g) / Almendra tostada molida (20 g) / Mantequilla para engrasar el molde.

Para el relleno: Nata líquida (1/2 l) / Azúcar (100 g) / Sidra (250 cl) / Gelatina (cola de pescado, 3 hojas) / Manzana reineta (300 g) / Mantequilla (50 g). Para el almíbar: Agua (1/2 l) / Canela (1 rama) / Azúcar (250 g).

Tiempo: 1 hora / Dificultad: Media / N° de calorías: Alto.

Consejos: Se pueden utilizar otro tipo de manzanas, como la Granny Smith, verde doncella, golden, pero debemos tener en cuenta que su contenido en azúcar es distinto, por lo que el resultado final no será igual.

Elaboración:

Bizcocho:

- En un recipiente de cristal grande, poner el azúcar con los huevos. Mezclar y batir enérgicamente hasta ver que aumente tres veces su volumen. Espolvorear la almendra molida sobre la mezcla anterior y remover con suavidad.
- Incorporar la harina y seguir mezclando. Cuando no se aprecie la harina, extender la mezcla sobre un papel engrasado y hornear entre de 4 a 5 minutos a 180°. Una vez dorado, sacar del horno y dejar enfriar.

Almíbar:

- Poner a hervir el azúcar con el agua, desmenuzar la rama de canela y dar un hervor de 2 minutos.

Relleno:

- Pelar las manzanas, quitarles el corazón y cortarlas en láminas.
- Ponerlas a cocer con la sidra y la mantequilla durante 15 minutos. Añadir las colas de pescado previamente puestas a remojo en agua fría, ya escurridas, y remover. Montar la nata con el azúcar.

- Mezclar la manzana cocida con la nata montada, removiendo suavemente hasta conseguir una crema lisa y homogénea.

La D.O. Navarra recomienda:

Moscatel.

Presentación:

- Cortar dos discos de bizcocho y empapar las capas con el almíbar, ayudándonos con una brocha.
- Alternar las capas de bizcocho con capas de crema.
- Decorar con algún toque de hierbas aromáticas como hierbabuena, menta...

Risotto de hongos con *foie* a la plancha

Ingredientes (4 personas):

Hongos limpios (250 g) / Arroz de grano largo (300 g) / 2 chalotas / 1 diente de ajo / Vino blanco seco (1 dl) / Romero (una ramita) / Aceite de oliva virgen extra (3 cucharadas) / Mantequilla (100 g) / *Foie gras* de pato (4 lonchas) / Cebollino picado / Sal.

Tiempo: 40 minutos / Dificultad: Media / Nº de calorías: Alto.

Consejos: Podemos utilizar hongos o cualquier seta de temporada.

Elaboración:

- Pelar el ajo y las chalotas. Picarlos muy finamente y ponerlos en una cazuela junto con el romero y la mantequilla.
- Rehogarlo todo durante dos minutos a fuego lento sin dejar de remover.
- Seguidamente, agregar el arroz, el aceite, poner el punto de sal y seguir rehogando tres minutos más a fuego lento.
- Rociar el arroz con el vino blanco hasta que éste se evapore.
- A continuación, agregar 4 dl de agua, tapar y dejar cocer el arroz diez minutos.
- Pasado este tiempo, añadir la mitad de los hongos muy picaditos y un poco más de agua. Dejar cocer hasta que el agua se absorba por completo. El tiempo total de cocción es de 25 minutos. Dejar reposar un poco.
- En una sartén a fuego fuerte, dorar unos ajitos con un poco de aceite y saltear en ellos el resto de los hongos. Reservar.
- Cortar cuatro lonchas de *foie gras* de pato y asarlas en una sartén sin grasa, vuelta y vuelta, con sal gorda, hasta que estén doradas. Mantener caliente.

La D.O. Navarra recomienda:

Tinto crianza.

Presentación:

- En la base de un plato hondo, colocar el arroz y sobre éste los hongos salteados.

Acompañamos con el *foie* a la plancha y adornamos finalmente con cebollino picado.

Menestra de verduras puesta al día

Ingredientes (4 personas):

2 alcachofas / Guisantes (125 g) / Habas (125 g) / 2 espárragos / Jamón serrano poco salado (15 g) / Aceite de oliva virgen extra / Sal.

Para el jugo: Alcachofa (50 g) / Guisantes (50 g) / Espárragos (50 g).

Tiempo: 40 minutos / Dificultad: Baja-Media / N° de calorías: Bajo.

Consejos: Podemos sustituir algunas hortalizas por otras de temporada y jugar con las estaciones del año. Así, en invierno podremos utilizar nabos, coliflor... y en primavera brotes tiernos.

Conviene no conservar la menestra de un día para otro, ya que pierde vitaminas y minerales, además de presencia y sabor.

Elaboración:

- Cocer las verduras por separado para que cada una tenga su cocción necesaria (alcachofas, 12 minutos; guisantes, 5 minutos; habas, 6 minutos; espárragos, 7 minutos).
- Poner aceite en una cazuela pequeña y el jamón cortado a daditos pequeños y elevar la temperatura del aceite hasta los 55° (fuego bajo).
- Montar el jugo de guisantes, espárragos y alcachofas triturando todo junto al caldo de cocción de cada verdura. Es preferible realizarlo con poco caldo, ya que se podrá rectificar al final. Este jugo será la ligazón de la menestra, una vez pasado por un chino.
- Una vez cocidas todas las verduras en su perfección de color, textura y sabor, saltear los guisantes, las habas, las alcachofas cortadas en cuatro partes y los espárragos también cortados en el aceite del jamón, al que habremos añadido unos ajos al gusto. Reservar dos espárragos para la decoración final.
- Poner el jugo de las verduras y dar un pequeño hervor al conjunto.

La D.O. Navarra recomienda:

Rosado.

Presentación:

- Decorar con el jamón confitado y los espárragos enteros reservados anteriormente.

Pastel de puerros

Ingredientes:

3 puerros / Un cuarto de litro de leche / Una patata mediana / Un chorro de nata / 3 huevos / Pimienta blanca / 50 g de harina / Mantequilla / Sal.

Preparación:

- En una perola con agua poner a cocer el puerro y la patata sazonándolo todo con sal.
- Una vez que esté cocido, escurrir y picar con la batidora (cuchillas) y mezclar con una salsa bechamel recia que se prepara con mantequilla, leche y harina. Sazonar todo con sal y pimienta y añadir los huevos y un chorro de nata.
- A continuación verter la mezcla en un molde untado con mantequilla y cocer en el horno al baño maría a fuego medio. Cuando esté dorado y hecho, sacar y servir acompañado de una salsa mahonesa o de tomate.

Menestra de verduras

Ingredientes:

Una docena de alcachofas / 300 g de guisantes / 300 g de alubias verdes / 2 pencas de acelgas / 4 espárragos gordos / 100 g de jamón serrano / 2 dientes de ajo / Una cucharada de harina / Aceite de oliva.

Elaboración:

- Cocer las verduras con sal, por separado. Escurrir y reservar el caldo de las alcachofas. Pasar las acelgas y los espárragos por harina y huevo, freír y reservar.
- A continuación, en un recipiente no muy profundo, colocar las verduras de la siguiente manera: en la base, los guisantes, después las alubias verdes y por último, las alcachofas.
- Calentar aparte el aceite con los ajos, cuando empiecen a dorarse añadir el jamón, esperar que se haga un poco, añadir la harina y a continuación el caldo de las alcachofas hasta conseguir una salsa ligera. Echar por encima de las verduras y adornar con los espárragos y las acelgas rebozadas.

Ensalada de endivias, trigueros, queso de Roncal, maíz crujiente y vinagreta de mostillo de uva

Ingredientes:

2 endivias rojas / 2 endivias blancas / 4 espárragos trigueros / 1/2 manzana reineta / 100 g de queso de Roncal / Un chorrito de nata líquida / 20 g de maíz frito / Vinagre de Módena / Aceite de oliva virgen / Armagnac / Un chorrito de mostillo de uva / Sal y pimienta.

Elaboración:

Rulo de queso:

- Triturar el queso con el armagnac, la nata líquida, sal y pimienta.
- Con la ayuda del papel film, hacer un rulo y dejar en la cámara para que se quede sólido.
- Después cortar en rodajas y reservar.

Vinagreta:

- Mezclar con la ayuda de una varilla el aceite, el vinagre y el mostillo de uva.
- Cortar de forma irregular las endivias; los espárragos trigueros y la manzana, en bastones alargados, y aliñar.

Presentación:

- Con la ayuda de un cortapastas, colocar en el fondo las endivias, encima tres rodajas del rulo de queso, cubrir con el maíz frito picado, los bastones de manzana y rociar con la vinagreta de mostillo de uva.
- Para decorar añadir cebollino picado al gusto.

Cogollos de Tudela con Anchoas

Ingredientes:

4 cogollos / 16 anchoas / Un pimiento morrón / 2 cucharadas de vinagre / aceite y sal.

Elaboración:

- Lavar bien los cogollos, secarlos. Partirlos en cuartos y ponerlos en un plato.
- Cortar el pimiento en trozos y añadirlo a los cogollos por encima.
- Aderezar con unas gotas de aceite y vinagre. Colocar encima las anchoas.

Truchas a la navarra

Ingredientes (4 personas):

4 truchas de las llamadas de ración / 8 lonchas de jamón serrano o de bodega / 2 patatas a la panadera (en rodajas finas) / Aceite de oliva / Harina / Sal.

Elaboración:

- Abrir las truchas por el vientre y limpiar muy bien. Secar con un paño de cocina bien limpio y añadir sal.
- A continuación rellenar cada trucha con una loncha de jamón serrano y cerrar. Para evitar que se salga el jamón o la trucha se rompa se pueden coser con una aguja de lana dando puntadas grandes. Luego pasar por harina y echar a la sartén cuando el aceite esté muy caliente.
- Poner a fuego suave y dejar que se hagan por dentro. Echar a la sartén, las 4 lonchas restantes de jamón serrano, darles vuelta y vuelta y retirar. Colocar una trucha encima de cada loncha.

Presentación:

- Acompañar con unas rodajas de patata tipo panadera.

Agradecimientos

Gracias, Conrado, mi amor y mi puerto seguro, por tu ayuda en la documentación, por los viajes hasta Roncal, por subir conmigo a la sierra de Santa Bárbara, por toda la inestimable información que me aportaste para esta novela. Sabes que te amo.

Gracias, Aitor e Irati, que sois mi vida, por el tiempo que dejáis que os robe y por no protestar demasiado por mis ausencias de espíritu. Os adoro. Sin vosotros nada de esto tendría sentido.

Gracias, *aita* y *ama*, que a pesar de necesitarme entendéis que no os dedique tanto tiempo como debería. Os quiero con todo mi corazón.

Gracias, amiga Audrey Baldacci, y mi amada y hermosa sobrina Anne, por vuestras valiosas clases de francés. Fueron apasionantes y divertidas.

Gracias, Eli, por leer y releer esta novela hasta que a las dos nos pareció que estaba perfecta, por no permitirme desfallecer, por creer en mí y decírmelo cada día. Sin ti, este libro tan sólo contendría un alma en lugar de dos. Te quiero.



ÁNGELES IBIRIKA nació en Ugao-Miraballes, un pequeño pueblo cercano a Bilbao y vive en el campo en compañía de su esposo, sus dos hijos y sus perros. Siempre ha trabajado rodeada de libros; en una editorial o regentando su propia librería. Hace pocos años resurgió su inquietud por escribir, cambiando las poesías de su juventud por novelas cargadas de sentimientos. La propia Ángeles dice: «Mi gran reto es emocionar y conquistar la complicidad del lector. Conseguir que se sienta tan unido a los personajes que tras meses de haber cerrado el libro se pregunte qué habrá sido de ellos tras superar tantas calamidades».

Es autora de *Entre sueños* (2010), galardonada como Mejor debut romántico en El Rincón Romántico y con el Premio Romántica's como mejor autora revelación española; y *Antes y después de odiarte* (2011), con la que ganó dos premios Dama. *Donde siempre es otoño* es su tercera novela publicada.

Notas

[1] ¡Eres una mujer peligrosa! <<

[2] Guiso típico de la cocina marinera vasca, con base de patata y atún, que nació en los barcos de los pescadores, donde lo hacían con los restos de los pescados. <<

[3] Vellón: conjunto de lana de una oveja o carnero que se esquila. <<

[4] Personajes de la mitología vasca. Mujeres de belleza irresistible con extremidades de pato en lugar de pies. Habitan en los ríos y en las fuentes, entonando hermosas canciones con voz dulce y melodiosa para atraer y enamorar a los hombres. <<

[5] ¿Qué me estás haciendo? <<

[6] Me estás matando. <<

[7] Hombres que descendían, por aguas bravas, en balsas de troncos, jugándose la vida, con el río helado, y regresaban a casa a pie, tras haber vendido la madera. <<

[8] Hombres que bajaban troncos por los barrancos y cursos altos de los ríos, y los transportaban sueltos por las corrientes. Una técnica americana llegada a Roncal en la década de 1920, más rápida y peligrosa que la de los almadieros. <<

[9] ¿Qué voy a hacer sin ti? <<

[10] No puedo soportar la idea de perderte. <<

[11] Eres mi vida. No podré respirar cuando te vayas... Ni siquiera querré hacerlo. <<